



Vivir en el Vacío

Rafael Salin-Pascual

VIVIR EN EL VACÍO

Rafael J. Salín-Pascual

Amazon.com.m

2018

ÍNDICE

¡ LA ACTRIZ LAURA MEDINA, Y EL COMENTARISTA CULTURAL RAÚL SAUCEDA, ASESINADOS!

LOS DESEQUILIBRIOS DE BRENDA

LA NANA DOLORES

HÉCTOR

PALOMA

SI NOS DEJAN ...

LOS ESPOSOS FELICES

SAMY Y SU REBANADA DE PASTEL

LOS OLVIDOS DE BRENDA LA CACHETES

EL ROMPECABEZAS

LE DIRE QUE NACI EN UN MUNDO RARO

SI TE DICEN QUE CAI

NADA ES PARA SIEMPRE, NI PARA TANTO

VIVIR EN EL VACÍO

Rafael J. Salín-Pascual

¡ LA ACTRIZ LAURA MEDINA, Y EL COMENTARISTA CULTURAL RAÚL SAUCEDA, ASESINADOS!

“La madrugada de hoy, la policía capitalina, hizo un hallazgo macabro, de tres cadáveres en una lujosa casa del barrio señorial de Coyoacán, al sur de la ciudad de México. Raúl Saucedo, uno de los comentaristas del mundo cultural, estaba desnudo, con una herida amplia en el cuello y en medio de un charco de su propia sangre. Mientras que la actriz de teatro, la bella Laura Medina, a la que de manera insistente, las revistas del corazón, la habían vinculado con Raúl Saucedo, presentaba un tiro en mitad de la frente ¡A quemarropa! Finalmente, el tercer difunto un taxista, estaba a la entrada de la recámara, con un balazo en el tórax. Los reporteros de este periódico, lograron entrevistar al comandante a cargo de la investigación el capitán Santibáñez, quien nos dijo que lo único que estaba claro, era que las tres víctimas, fueron ejecutadas por diferentes asesinos y en tres tiempos distintos, quizás con un intervalo de dos horas, ninguno de los asesinados dio positivo en la prueba de la parafina...”

Nota de un periódico capitalino, de su edición vespertina.

LOS DESEQUILIBRIOS DE BRENDA

Desde la azotea de su casa, ella podía intuirlo todo, aún cuando estuviera oscuro, las cosas se podían entrever. El follaje de los árboles vecinos, la silueta de los edificios acharolados en donde ella entreveía la felicidad ajena, los automóviles en la calle, inclusive las personas indiferentes, o estáticas. La neblina que la envolvía a ella de manera delicada esa noche, le impedía ver todo lo que le rodeaba con claridad.

Estaba balanceándose en la barda cual equilibrista en un alambre. Sus brazos hacia delante y hacia atrás cada que llegaba a las esquinas, como si fuera a lanzarse al vacío. Ahora, casi de cuarenta años, esa mujer estaba deforme, caricatura involuntaria de lo que había sido, alguien sin duda bella. Toda su hermosura se había transformado, se le había escapado de las manos, a fuerza de querer mantenerla, de componer las huellas de las batallas que había perdido contra el tiempo. Vestida con un atuendo extraño, un turbante de tela blanca, túnica de colores indefinidos, que apenas le cubría, parte de sus muslos, y una serie de adornos, joyas, alhajas, zapatos de color vino, y una tanga azul, que apenas se mostraba.

Esa noche en particular, todo su cuerpo era acariciado por esa nube blanquecina, neblina, de donde trataba de conectar sus emociones, aglomeradas a flor de piel, con el sentido de la urbe, del bosque, de la noche. Tal vez eso le diera un sentido, una coherencia. No entendía como se había formado la nube que la rodeaba, quizás no fuera necesario entender eso, tal vez había nacido con esa capa envolvente, aislante y por eso no se pudo conectar bien con ninguna persona jamás. Su madre, su nana, las amigas, incluso Paloma, los hombres, su esposo.

Se alzó nuevamente, impulsada, y apoyada sobre las puntas de los dedos de sus pies. Le pareció, por un momento, que el aire, era más fresco, más respirable, con una aroma que emanaba del bosque cercano. Brenda dio varias bocanadas, paladeando esa presencia de miles de árboles, y entrecerró

sus ojos, que estaban para entonces, con los párpados abotagados por el llanto.

Alguna vez había sido muy bonita, altiva, voluptuosa, de esas divas que atraen las miradas de los hombres, por el simple acto de estar presentes, como un imán a los metales. Entrar a un sitio y ser el centro de atención de los varones, le proporcionaba una sensación de euforia, en donde el dominio y poder, sobre los que la rodeaban era indescriptible. Sin embargo ahora eso ya no ocurría. El poder de su belleza, era lo que más añoraba, porqué era su razón de ser, el esqueleto, sobre el cual, todo lo que ella era se había cimentado.

Brenda estaba marcada de por vida, por varias cirugías plásticas, torturas estéticas, que después de todo habían sido en vano. Una barreta le había golpeado en su rostro solo por ser bella. Si tan sólo le hubieran dicho que la preciosidad era más efímera que la vida, se hubiera preparado para no recargar su autoestima, en la tersura de su rostro, en la líneas rectas de su fina nariz, en los labios gruesos, sin embargo delicados, en los ojos grandes negros, seductores, enmarcados en pestañas larga y arqueadas. Nadie lo mencionó, ni una sola palabra al respecto, de que todo eso se terminaría, y si lo hicieron, seguro no los escucho, confundió esas advertencias con el viento anodino, los ruidos de la calle, o a lo mejor la niebla protectora, la nube que la envolvía esa noche, eso impidió que llegaran esas advertencias a sus oídos. — ¿Sería que era tan obvio que no merecía la advertencia?

Ella sentía que debía de practicar esa ceremonia. Era un tipo de ensayo, un intento de volar, que consistía simplemente en asomarse por un instante, a esa puerta colocada a la entrada del otro mundo. La sola posibilidad de estar frente al vacío, arriba de su barda, a una altura de veinte metros, le producía la misma catarsis, que cuando se hacía todas esas cortadas, en los brazos y las piernas. Algo se liberaba en su interior, se bajaba de la barda, y se volvía a recluir, con pasos fatigosos, pesados, arrastrados, como una sonámbula, en la única habitación que utilizaba de su mansión. Después de aquella performance, todo volvía a su cause, la respiración relajada, vacía, indiferente, volvía a su cama y conciliaba un sueño extraviado, agitado, con gotas de clonacepam.

La tragedia de toda mujer bella, se inicia cuando se percata que ha dejado de serlo, antes se ha engañado, le han dicho lo que ha querido oír, las fotografías no mienten querida Brenda. Entonces, viene el desfile de los tarros de cremas, los frascos de lociones, las cirugías plásticas, las

inyecciones de botox, los levantamientos y estiramientos de una piel, que ya dio sus mejores momentos, los postizos, el colgarse de cabeza, la dieta de la luna, el tomar agua y perejil, y cientos mas de leyendas y mitos como estos. Toda la vida que resta al servicio de engañar al espejo, o de mentir a la mujer que se asoma temerosa ante el, ante la evidencia de su imagen, que está transformada y que nunca será la misma ya, ni tampoco será la escultura perfecta, que aún reverbera como alucinación del pasado, en algún sitio de su cerebro, y que la mirada insiste en encontrar en ese territorio laminar, como si fuera solo cuestión de ir retirando las capas de una cebolla .

Brenda estaba sola esa noche, recluida en su casa, su espacio sagrado. Esa zona que había decorado con muebles y adornos, con los que siempre había soñado, cuando de niña jugaba a lo que sería cuando fuera mayor. El concepto de la moda y la elegancia era su imperativo, esto se remontaba, tal vez a su infancia de niña consentida, en donde los juguetes, los regalos, sustituían a todo lo además, inclusive a las caricias y besos de papá y de mamá.

El padre, era sólo como una aparición en los Viernes Santo, que venía y que se iba de inmediato, por largos períodos de tiempo. Ese papá, al que inclusive, le rezaba por las noches, para que se apareciera por su casa y que se quedara muchos días mas. Se lo pedía a Dios y al Ángel de la guarda, - ***“El de la dulce compañía, que no me desampare ni de noche ni de día”*** – , que impidieran a toda costa, que su mamá Lupita se enojara con su papá, Manuel. No importaba que el papito tuviera otra familia en Veracruz, en aquella la “Casa Grande”, en donde el señor Manuel Breceda, era latifundista, después de todo ella vivía en la “Casa Chica”, que por definición, pensaba, debía de ser un total “nido de amor”.

Esa noche, sin embargo, la mujer pasó más tiempo de lo acostumbrado en la barda, con sus zapatitos de gamuza de color guinda, con ribetes grises y dorados. Regaló un amante suizo, al que conoció el mismo día que se bajo del avión, en su primer viaje a Europa, y que después de servirle como guía de turista y amante exacto, como un reloj, no volvió a ver jamás. También lucía el prendedor de perlas y diamantes, una medalla obtenida en las batallas del amor, recuerdo de un arrebató de lujuria que tuvo en Estambul, en el casino aquel, en donde el sujeto con apariencia de sultán, se imaginó que la seducía, — “¡Que inocencia!”— aquella noche calurosa en “El cuerno de oro”. Brenda se percató, de ese auto deportivo, descapotable, de color rojo, con vestiduras de piel blanco nacaradas, trepado en el costado de la banquetta,

del cual se había bajado el tipo que la observaba; se dio perfecta cuenta de las varias caravanas de los empleados al paso de ese Señor, y observó los anillos, el reloj y la marca del diseñador que vestía ese guapo joven turco; se había dado cuenta sin duda de quien era en realidad, aún antes de que el “Sultán”, pensara siquiera acercarse a su mesa. En esa época, ella era una máquina de seducir, estaba equipada con todo lo que una dama tiene para hacerse ver, para lucir como la misma narradora de las mil y una noches.

En la barda esa noche, estaba adornado con todos los recuerdos, con todos sus regalos, las dádivas correspondidas o no, de sus varios enamorados. También estaban las de su esposo, de él lucía los anillos, los collares, y un par de bellas pulseras de esmeraldas y oro. Trataba de atravesar con la mirada el espesor de la neblina que la rodeaba, sin embargo no lo logró. La nube era una metáfora de su vida, que la escondía por completo. Esa noche planeaba escaparse del cerco de la neblina, diseñaba arriba de la barda, su próxima salida, en donde ella se imaginaba ya los reflectores, los aplausos, los silbidos, todo el mundo a sus pies como aquella noche en Estambul, en donde los ojos de todos esos moros se posaron como brisa tibia en su piel.

En un instante, de pronto y sin pensarlo, levantó los brazos por encima de su cabeza y juntó, una vez más, las palmas de sus manos, en un movimiento tan estudiado, tan ensayado, que no habría manera de que no le saliera. Así, adornada como estaba, se sentía imaginada por todos esos hombres que la amaron, se sentía alucinada, por esos seres que la adoraron, como si fuera un ser mitológico. Se percibió como la síntesis terrenal de Isis, Atenea, Cleopatra y Nefer Nefer Nefer.

Trataba de guardar el equilibrio, el contrapeso, que a su figura delgada bien proporciona, a excepción de su trasero, que ya le había ocasionado algunos sustos en el pasado, de los cuales pudo salir bien librada, mediante un movimiento ágil, que evitó la caída hacia el vacío. El sólo pensar que podía precipitarse veinte metros hacia abajo, le proporciona una sensación de mariposas epilépticas en su abdomen. Aunque esa noche en especial, no le importaría mucho que al fin le sucediera, aunque no era lo mismo que se cayera por un resbalón, en donde el cuerpo se desparrama burdamente ante lo inesperado, como desparramando extremidades, cabeza y resto de cuerpo, en un desorden apocalíptico, que brincar altiva, como si de un mascarón de proa se tratara, una insignia de un barco que nunca conoció la mar.

¿En que piensa la Diva cuando esta inmóvil, cuando esta quieta al borde de su muerte? Extasiada con la fantasía de su propia figura, se despoja de sus

valiosas prendas, del reloj, de las cadenas, del prendedor, las pulseras, los varios anillos con piedras, diamantes y perlas. Todo eso, lo coloca en una cesta que ha dejado, a un lado. Recipiente cuidadosamente diseñada de mimbre y un pañuelo de terciopelo rojo, en donde hay una nota: “Para mi Nana Dolores con amor”. Se suelta el pelo, deja que este se agite de un lado al otro, como si fuera una bandera que ondula, una insignia sin país, sin tierra, sin dueño. Luego arroja un poco más de lágrimas, las cuales emanan con mucha facilidad, le salen a borbotones, sobre todo cuando se piensa tan desvalida, cuando se percibe víctima del ángel del destino. Toda ella se descubre, como un ser atormentado.

Esa noche tiene la fantasía de traspasar lo gris de su vida, la neblina, la metáfora de sí misma, con un brinco al vacío, vestida únicamente con una pequeña tanga de color azul fosforescente. Se ilusiona centelleante, por los fulgores del triangulo azul, que emanarán de su cuerpo, de manera constante, en el corto lapso de su caída libre, de esos veinte metros, hasta el suelo. Se visualiza, primero conservando la postura, como si fuera una estatua griega, o tal vez persa, egipcia por lo calva, que mas da, erguida y tensa, aunque a la vez altiva. Luego se alucina en la caída como un rehilete, en donde las piernas y los brazos son las hélices, y el centro, ese triangulo, de un azul eléctrico y brillante, casi centelleante, que forma su tanga. Su imaginación, siempre desbordada, le obsequia una última visión de su caída. Ella altiva, cual Ángel de la Independencia, surcando el aire, correteando a la fuerza de gravedad.

Antes de saltar, Brenda detecta un perro que caminaba en la acera de enfrente, cree en no darle importancia. Será la forma desvalida en que camina, es blanco con manchas en el lomo color caqui, de orejas largas y ondulantes. Sin quererlo, le ha robado toda su atención, y un segundo después se percata, se da cuenta, como un relámpago lleno de culpa, de la similitud con Héctor. El perro le recuerda a su marido, — nunca se lo dijo directamente, muchas veces si, indirectamente — él, se parecía al perro “Esnupy” . No es que fuera únicamente parecido a ese perro de las caricaturas, sino que Héctor Plasencia, actuaba muchas veces con un carácter perruno de la vida real.

Recién casados, llegaba ella a casa, y Héctor ya estaba en la puerta. Se abalanzaba hacia ella y la llenaba de besos. Le preguntaba si quería cenar en casa, o si mejor salían a algún sitio. SI lo segundo era su elección, que tipo de comida era su preferida para esa noche en especial. Estaba bien que ese fuera

su recibimiento, cuantas esposas no la envidiarían, sin embargo no había nada en especial que celebrar.

Brenda Breceda, la psicóloga zurda, quien fuera una diva, sufrió en su vida una gran derrota, a manos de un hombre para el cual, ella fue transparente, inexistente, vacía. Por supuesto no era por el Esnupy. Ese que le recuerda el perro que va de la correa de su amo indiferente al trote del que lo guía de la correa, como si la misma vida fuera una metáfora.

Antes de saltar al vacío la psicóloga zurda se pregunta: “¿A que horas baje la guardia y deje que se colara toda esa pasión en forma de huracán? ¿Por qué nadie me avisó, que si era cierto que la gente enloquecía de amor?”.

Diario de Brenda Breceda.

Papacito, todos te regalan cosas ¿Yo, que te regalaré? Como soy tan pequeñita. ¡Mi corazón te daré!

Brenda Breceda. Día del padre, junio 1967

Esa fue la primera tarjeta, que recuerdo le hice a mi papito, cuando tenía apenas 7 años. Eran tiempos bonitos. Él vivía con nosotros todo el tiempo. ¿Quién iba a pensar que tres años después se iría de la casa?

Guadalupe, mi madre, lo corrió de la casa. Ella, sabía desde el principio que él tenía otra señora, aún antes, desde que estaban de novios. se puso ahora la muy digna, sólo para forzar las cosas, y así tener el poder, para estar mas a gusto con sus amigos, y poder hacer lo que se le pegue la gana.

Sufrí mucho cuando se marchó mi papito. Es que de tenerlo todo, nos quedamos con muchas limitaciones. Antes, vivíamos en una residencia llena de lujos y comodidades, con servidumbre, autos, viajes, y después, acabamos en un departamento en la colonia del Valle. No me faltaba nada, sin embargo no es lo mismo. Una cosas es que no te falte nada, y otra muy distinta que te sobre todo. Me enfermé de úlcera, de colitis, y me volví cabrona con los hombres, eso se lo debo a mi mamita.

Lupita siempre me tuvo envidia, por ser mas guapa que ella. Ella a los veinte años de edad, como los que yo tengo ahora, no se parecía ni de lejos a mi. Es verdad que se compuso mucho con los aeróbicos, y todo lo que se pone de cremas, y luego también un poco de ayuda profesional, los masajistas, y los cirujanos plásticos que hicieron muy buen trabajo. Jamás ni en sueños va a volver a tener a un hombre, como mi papá ¡NUNCA!

LA NANA DOLORES

¡Mira mi niña como te dejaron! Me dijeron que fueron los huchilobos, los chinecuiles, los animales ponzoñosos, que te metieron en la cabeza los malvados de tus padres. Él más que ella, aunque también Lupita sembró para obtener su cosecha.

¡Cómo te cuide yo de niña! Con tu cara tan rosada, eras mi reina cuando chiquita, mi princesita. Cuando me dijo don Manuel que yo iba a ser tu nana, me puse bien contenta. ¿Por que cuando en la vida iba yo a tener una niña como tú? mira ahora mi muñequita, con tu cabeza rajada, pálida, llena de sangre. Me dan ganas de abrirte en canal y sacar de algún sitio el alma de mi niña, la misma que fuiste, hace muchos años, de seguro que la encuentro, melindrosa como eras, estará acurrucada en algún lugar de tú vientre, temerosa de ver en lo que tú te volviste.

Tu papito me decía que te quería rete arto y tu mamita que te odiaba. Se le metió a la Doña en la cabeza, que le habías arrebatado el amor de don Manuel. Ese señor panzón, tenía varias queridas, ese tú papito, a todas les decía lo mismo, que las quería mucho, que cuidaría de los chilpayates, que nada les faltaría. No más que no les daba cariño. ¡Pos cómo le iba a hacer! Si era como el lechero: ¡Reparte y reparte crema! Tú le creías todo, mi niña. ¡Qué si eras la más bonita!; ¡Qué tú eras su consentida!; ¡Qué porque la señora Lupita lo había corrido a él de la casa!; ¡Qué era su casa, ¿acaso no la pagaba? ¿Pos como iba a ser de otra manera?

Cuando estaba en el pueblo, en Veracruz, también le hablaba igual a la otra Doña, y a sus hijas, las de la “Casa Grande”, la oficial ¡Eran puras mentiras mi niña! Él no quería a nadie, nomás se quería a él, la persona del espejo. Cuando era la feria del pueblo, estaba como en celo, buscando a las mujeres bonitas, con las que luego se iba a rejuntrar.

Si tan sólo hubiera venido esta noche que te caíste de la azotea, si te hubiera visto tendida en el suelo, rodeada de esa mancha roja grandota que salía de tu cabecita estallada. En ese momento en que el alma esta jalando

para fuera del cuerpo, para irse con el Santísimo, en ese momento te hubieras dado cuenta, de que tú papito no era el dios que te imaginaste, a lo mejor ahora ya estás ahí arriba con él ¡Ojalá que le ajustes las cuentas! Ya vas a saber quien era ese viejo panzón.

Tú nana Lolita, esa si llego rete rápido, yo te arrulle y te cuidé cuando eras chiquitita, me encariñe mucho contigo mi niña, eras un angelito, aunque luego te volviste bien “güilota” . ¿Qué otra cosa ibas a ser? Si ya habías visto que eso te funcionaba con el mero don Manuel, que tenía rete hartas viejas, pos el resto fue pan comido. Cara bonita, cola bien parada, piquitos en las chichis mirando para el cielo, la miradita de “yo no fui”, la trompita coloradita, y esa tu postura de gata en celo y ronroneando. ¡Pobres muchachos! ¡No los dejabas en sus cabales!

Varias veces te lo dije mi nena: “¡No te ensañes con los señores que te pretenden!” Después de todo, este es el juego de la vida. “Escógete uno que te quiera, y del que tú también te sientas enamorada”, te pusiste como loca diciendo que el que quisiera “azul celeste que le cueste” y que tú valías mucho. Cada fin de año te la pasabas bien solita, como perrito sin dueño, no más mirando para donde te largabas. Otras tantas veces te invité para que fueras a mi casita, siempre me salías con que ya tenías a donde irte, aunque no fuera cierto. Cuando ya tuviste dinero, te organizabas tus viajes para el extranjero y por haya, si le dabas vuelo a la hilacha. ¿Pos que no se te ponía la cara roja de vergüenza, mi niña? Eras como la cigarra del cuento: cante y cante, putiando por aquí, y por el otro lado también y al final más sola que un dado.

¿Pos que creías, que no te hacías ya de fama? ¿Pos que creías que los hombres eran todos unos pendejos que no te las iban a cobrar? Luego las otras señoras, a las que les quitabas a los maridos, a las que les gritabas “¡Pinches Rucas Putas!” por el teléfono ¿Creíste que no se iban a molestar, a encabronar? ¿De que te sirvió estudiar tanto mi niña? Pusiste tu cliniquita para ver loquitos y te hinchaste de billetes, te compraste tú casota y andabas ahora si como reina. Si te entraba dinero y hasta te veías decente, entonces ¿para que tanto ordeñar a los señores?

Cuando te casaste con el señor Héctor, ahí te hubieras apaciguado, ese señor era rete buena gente, si le decías que fuera por esto, que fuera por lo otro, ahí andaba el pobre de arriba pa´ abajo, y ni modo, así era ese señor de servicial, de buena gente, de pendejo dirías tú. Nunca te entendí la razón de que no lo quisieras. Tenía su carita de perrito, chaparrito, todo ñango, así era

desde que lo conociste. No más se salía de la casa o se iba del país y ahí andabas trayendo a otros señores a dormir a la misma cama que era la de tu esposo ¿Por lo menos cambiabas las sábanas al día siguiente, mi niña?

Me contabas, que le hacías maldades al señor Héctor que no te llenaba, que tampoco aguantabas que te quisieran tanto, que te trataran tan bien, que no te negara nada. Que fuera como tu chacho, tu pequeño mayordomo. Me decías que tú necesitabas un hombre que te dominara, como tu padre. eso no era verdad. Al señor Héctor Plasencia lo usaste, como “tu peor es nada”, y para llegar rápido a donde te encontrabas. Pensaste que lo del amor eran puras mariguanadas, hasta que se te apareció “el príncipe azul”, pero ya estabas apartada, y él ni siquiera te miraba, ahí fue en donde te volviste mala. Por eso me alejé de ti Brendita, preferí solo acordarme de mi chiquita, de la nenita que se dormía en mis brazos, no tuve más niña en mi vida que a ti, luego pienso que este mundo no es parejo, que le vamos hacer ¡Qué le vamos a hacer!

“Dualidad, todos tenemos dos caras, yo descubrí mi verdadero ser, cuando estuve viviendo con un hombre bueno. Al toparme con el que no me veía trate de ser la buena del cuento, pero ya no me salió esa historia. La verdad insoportable de mi verdadera naturaleza, debe de ser apagada, envuelta en la niebla, frente a un destello antes del trueno, de la bala, que me cruce de lado a lado el cerebro... Le tengo miedo al acero, al plomo, es mejor brincar al vacío, no creo llegar viva al suelo... Brenda ”

Nota dejada con pasadores en el cesta de mimbre, para su Nana Dolores. en la barda.

Héctor se enteró de la muerte de Brenda por un encabezado en el periódico: “SE SUICIDA BELLA PSICÓLOGA”. Al leerlo, el corazón le dio un vuelco, algo inmenso, al mismo tiempo que doloroso, lo separó por completo de la esperanza remota de volverla a ver. Él no se percató, se quejó varias veces, emitiendo sonidos guturales, apenas audibles y las líneas de su rostro se hundieron marcando el contorno de su calavera, mientras un color gris tiño su piel y dibujo el resto de sus arrugas, que se fueron arboreciendo, frente a sus ojos ante el espejo de metal, el mismo que utilizaba para peinarse todos los días.

La fotografía en el diario, mostraba sólo el contorno de las bien torneadas piernas, el camisón ensangrentado, y un brazo en donde se alcanzaban a ver las madejas lineales de heridas paralelas las varias cortadas en la piel. El camisón, fue lo que atrapó su atención por completo, esa prenda, él la

conocía muy bien, se la había regalado en los primeros días de su relación, cuando aún vivían en el paraíso de lo que fue su amor. Su aliento se entrecorto. Se percibió apenas con esfuerzos para no llorar. Los otros presos, aunque distraídos en ese momento, se darían cuenta si se quejaba, si gemía. Voló con su imaginación en el camino de la imagen, primero con asombro, y luego, al percatarse de un hombre gimiendo con el periódico en la mano, habría un alboroto al que seguiría el escarnio, la burla, para finalmente, el tener que romperse la madre a golpes, con alguno de ellos, aquel que se pasara de la raya. Hoy no estaba para eso. Prefería tragárselo todo, su dolor, el rencor, la tristeza y aún las lágrimas que amenazadoras, se acumulaban en alguna represa.

En la cárcel las noticias llegaban siempre retrasadas, fuera de tiempo, el tiempo ahí tenía otra cadencia. La fecha del periódico que sostenía Héctor en sus manos, le indicó que habían pasado más de dos semanas de ese suceso, que hoy lo tenía abrumado. Leyó tres veces la nota, y aunque no le quedaba duda de que fuera ella, daban nombre y dirección precisos, aún no lo podía creer.

Héctor ya conocía a lo que olían ese tipo de noticias, sobre todo, cómo dolían. Así se había puesto su cuerpo cuando supo del abandono de su madre, cuando le dijeron que era un pendejo, y que dejara de preguntar por qué no estaba ella en la casa.

Tantas veces lo había amenazado Brenda con matarse , que la posibilidad de que fueran a concretarse, a fuerzas de repetirse, se volvía, sólo un ruido más en el paisaje. Fueron tantas, que él había pensado que eso nunca ocurriría, que no pasaría, que eran las manipulaciones y dramatizaciones, del vodevil de Brenda Breceda. Ella era de una manera que Héctor calificaba como “paradójica reversible”: Impredecible, explosiva, hiriente, iracunda. Llorar y decir que no le gustaba quejarse, cuando por horas era todo lo que hacía. La zozobra de su irritabilidad, la ira sin control, hasta que la fatiga la tranquilizaba, y luego toda la tormenta era seguida de la calma e indiferencia a todo lo que había provocado. La lengua, era por sobre todas su arma favorita y mas luciente, la más potente y efectiva. Lanzaba balas, que daban en las partes mas vulnerables, y no dejaba nunca prisioneros en el campo de batalla. Los defectos físicos y los del carácter. Las debilidades de los demás, eran sus blancos favoritos, igual le pegaba a las virtudes, que para ella, eran simples posiciones artificiales y con ganancias secundarias, los apodos eran la forma elegante y humorística, con que se curaba en salud de los ataque de

sus oponentes. Lanzar la piedra y ocultar la mano. Dar en el blanco y no celebrarlo, por lo menos públicamente. Era como si planeara las cosas a la mala, Héctor sabía que improvisaba, y aún así debía tener un gran repertorio de mentiras, escenarios y despliegue de luces y entarimados, armados en su cabeza, en eso de inventar cosas, como en las películas, siempre le daba continuidad. Además de acordarse de todo.

A Héctor le brincó en ese momento, la imagen de Brenda, hablando un día cualquiera, por teléfono, sin que se percatara de que él estaba en la puerta de la habitación, a sus espaldas: “El Esnupy ni se las huele. ¿¡No sabes quien es Esnupy amiga!? –Después de un silencio sonriente, mientras de seguro escuchaba que su amigas hacían alarde de sus artes adivinatorios —. Una carcajada contenida, develaba la verdad: ¡Pos el chaparro de mi marido. ¡Ese es el Esnupy!”. Él sabía que otro marido le hubiera puesto límites a su esposa por menos que eso. Se dio la media vuelta, se metió a uno de los baños, y se miró en el espejo. Él no se encontró parecido perruno.

Ese era finalmente el apodo que portaba en la cárcel. Los periódicos policíacos, habían publicado la información del apodo de Héctor. Por un tiempo se mostró agraviado, después no le importó ya nada. Esa era la “victoria” de las cárceles, convertir en autómatas, en una especie de seres en estado intermitente a sus habitantes. En general los presos lo respetaban, sabían que era médico, y ahí el valor de las consultas no redundaban en dinero, sino en calidad y aprecio sincero de los reclusos, familiares y amigos.

Él había intentado, en el pasado, antes de casarse, alejarse de Brenda, fueron muchas veces. Lo retenía con su llanto y una serie de actuaciones deslumbrantes, eso le quedaba ahora muy claro. Lo que más le reconocía, era su arte de discutir, era como si jugaran ajedrez, llevaba de antemano la jugada del “Jaque – Mate”, en su cabeza. Los pleitos por casi nada, era en ella una habilidad innata.

Héctor se recostó en su camastro sin dejar de ver la foto de la muerta. Sus piernas, ahora con raspones, no habían cambiado con el tiempo, seguían siendo bellas, aún cuando estuvieran salpicadas de sangre y lodo. El recuerdo de esas formas de carne suave, piel lisa, fina y tibia, con un torneado armónico se apoderó del imaginario del recluso.

Ahí estaba la figura de Brenda, con una minifalda, sonriente, cuando era aún la tierna estudiante de psicología. Entonces, a veinte años de distancia, recordaba como ya no pudo poner atención a nadie más en esa aula. Su atención por entero estaba en esa alumna, del pelo negro y ondulado,

desafiante, sonriente, coqueta, que lo miraba a los ojos, mientras le enseñaba las pataletas negras, en ese juego que hacían con sus muslos, blancos y casi perfectos, de abrir y cerrar. Ya se habían conocido antes, cuando Héctor ingresó apenas a la residencia en psiquiatría y ella estaba en los primeros años de su carrera de psicología, cinco años después, eran tan diferentes, que tuvieron que presentarse mutuamente, como dos perfectos desconocidos.

¿Cómo conocí a Brenda? — se preguntó, mientras revisaba una caja de cartón con fotos y recortes de periódicos —, esta tenía una gruesa cubierta de polvo y dejó al moverla, una marca en el piso. Tres años llevaba sin abrirla, el contenido, era como agua con sal en sus heridas, así que la dejó descansar por mucho tiempo. Ya era hora de enfrentar a los fantasmas, de resucitarlos, para resolver y tal vez cerrar los capítulos de su vida.

Brenda se le había acercado al concluir una de las clases. La vio cuando avanzaba por un pasillo, y antes de que él pudiera decir nada, lo felicitó efusivamente. “¡Ese era su estilo!” – pensó Héctor, - “Alabar el ego de su botín, o sea yo, después, si detectaba que el animalito respondía a sus caricias, era presa segura y hacía con él, lo que mejor le pareciera. No era mala, sólo era una cazadora innata de hombres”.

Le comentó que era un gran maestro, muy didáctico, que explicaba muy bien, con gran detalle. Luego siguieron algunas preguntas, estudiadas y meditadas de antemano, a cada respuesta, el consabido: “¡Muchas gracias doctor!” Qué sonaba falso, de tan formal.

En las clases que siguieron, la adolescente repitió la dosis de alabanzas, admiración y sobre todo, acercamientos. Así se fueron por todo el curso. No se le hizo fuera de lugar, invitarla una tarde a tomar un café. Héctor estaba intrigado, las miradas que le brindaba, enmarcadas en cálidas sonrisa, la forma como dejaba sus manos descansar entre las de él, cada vez que se saludaban. Los besos en la mejilla, que a veces se corrían hacia el oído, o se recargaban en la piel de Héctor, con pausa poco usuales, lo tenían intrigado.

Ella aceptó la invitación para tomar café, con mucho gusto, de inmediato le pidió que fueran a un lugar, lo más alejado del hospital: “Es que ya sabe como es la gente, sus habladurías, las personas no entienden que pueda haber una amistad entre alumnas y maestros ¿Verdad Héctor? ¡Hay perdón ya te hablé de tú!”.

Él estaba derrotado, lo percibió al tercer parpadeo, la intuición femenina no mentía, desde entonces tenía claras sus intenciones, el maestro de psiquiatría, era una posibilidad.

“El juego de la gata y el ratón”, se convirtió en su estrategia favorita. Repetido y perfeccionado, reforzado por todas sus victorias. La sonrisa con una mirada especial, la frase inacaba y al mismo tiempo sugerente, el enseñar bastante, aunque nunca suficiente, de ninguna manera permitir ser tocada, hasta que veía al ratón metido en la trampa, y después de eso, era importante el dosificar los miligramos de su persona y los mililitros de afectos, para que los hombres no se aburrieran, para que no se empacharan, de tanto recorrer su cuerpo, y quisieran asomarse a ver como eran las formas y estilos de otras mujeres.

Las salidas a tomar café, continuaron por un tiempo; a veces ella se quedaba por varias horas dentro del auto del maestro, retadora, concedora de los estragos que causaba su sensualidad. La mini falda que apenas cubría la mitad de los generosos muslos, era estirada hacia abajo, de manera insistente, como si el trozo de tela fuera a crecer a punto de estirarlo. Los roces con las manos de Héctor, eran respondidos, con una sonrisa y un parpadeo apenas perceptible. Por fin un día, él llevó una docena de rosas, las cuales reposaban escondidas y húmedas, en la parte posterior del automóvil. En la mitad de la plástica, Héctor le entregó las flores, pidiendo sin palabras, un beso a cambio, acercó su rostro y luego su boca a la de ella, seguro de ser correspondido. Ella no cedió.

— ¡Hay Héctor! Perdón, es que ere un hombre casado. Te agradezco mucho tus flores, son divinas, van adornar de maravilla mi departamento, no me pidas a cambio de estas, que te de un beso. Yo no puedo andar con un hombre casado. Tú lo sabes, te he platicado la historia de mis padres, no quiero ser “segundo plato”, en ninguna relación.

— No te preocupes, entiendo, y respeto tus decisiones— El doctor estaba confundido, después de todo, era ella la que propiciaba las salidas, era también, la que pedía salir a platicar y tomar café, e insistía en que fuera lejos. “Nunca entendí bien a que jugaba conmigo, porque me provocaba, me excitaba con sus avances y luego adoptaba esas conductas, ¿moralistas?”

Héctor le pidió que lo disculpara, que no era su intención el forzar nada, la llevó a su casa lo dos en silencio, y él pensó que todo se había terminado. Un par de días después, trató hasta de esquivarla cuando lo abordó como si nada hubiera ocurrido, le insistió para que volvieran a salir: “¡Por que yo si sé comportarme con un hombre como una amiga!” Una tarde por fin salieron, Héctor se dijo asimismo que con esa salida le probaría que él podía volver a

ser la persona atenta aunque distante. Muy pronto noto, que ahora ella no hacía nada por detener la subida de su minifalda, la cual trepaba con cada movimiento, hasta descubrir las bellas piernas por completo. A veces apoyaba sus manos descuidadamente en las piernas de él, por ningún motivo permitía que ocurriera lo contrario.

— Mira Héctor, si me gustas mucho y creo que hasta te quiero un poco, — insisto —, no puedo andar con un hombre casado. Tú sabes lo de mis padres, ya te lo he comentado muchas veces. Tampoco te podría pedir que te divorcies, si es que en realidad me quieres, no quiero eso, quien soy para pedirte que rompas con tu familia. Bueno, si me quieres mucho como dices, deberías de pensar que es lo que debes de hacer ¿No? ¿Qué es lo correcto? Tú eres mayor que yo, y de seguro con una gran experiencia en la vida.

Héctor tenía para entonces, algunos años de casado. La relación con Sonia, su esposa, nunca había sido buena. Ella era una mujer de mucho dinero, que después de enviudar, y con dos hijos pequeños a costas, pensó que podría ser feliz con el hombre con el que se psicoanalizaba. Héctor se opuso al principio, la soledad fue el factor que lo hizo doblegarse. Tres años después, su matrimonio era sólo un contrato social, que les funcionaba a los dos, para sus muy particulares intereses. Él no se integró nunca a las actividades de Sonia, y a ella no le importaba mucho que no la acompañara a sus eventos sociales. De hecho, eso era del todo preferible. Su hermana Marcela, le había contado, la plática que había tenido con una persona en una especie de interrogatorio, al que había sido sometida en una velada, con sus ex compañeras de la Academia Maddox.

— ¡Hay querida! Perdona que te pregunte esto, dirás que soy muy metiche, ¿Qué fue lo que le vio tu hermana Sonia a su marido?

— Lo mismo me pregunto Dolores, pues mira, Héctor es un psicoanalista muy prestigiado. Tal vez se deslumbro ¿No?

— Yo creo que fue lo solita que se quedó la pobre. Mira que dos hijos pequeños, siempre necesitan la figura de un padre. Héctor, de plano, no puede esconder “la cruz de su parroquia”.

— Pues si Lolita. Creo que el doctor nació en una vecindad. Bueno, al menos parece que si es decente ¿No?

— Pues si Marcela, imagínate que a Sonia, se le ocurra embarazarse de él. Van a terminar emparentadas con los descendientes de la familia de los hijos de Sánchez.

— Ya se lo dijimos, ya sabes, que cuando la gente se encapricha, es

mejor que se den de topes ellos, ahí solos. Nadie escarmienta en cabeza ajena.

— ¿Y ella es feliz con su indio cara de perro? – Las dos mujeres se rieron de buena gana.

— ¡Hay Lolita! Me hiciste reír de buena gana. ¿Pues que cree? Que mi hermana ya le está cayendo el veinte, de que metió la pata. Fíjate que... – Aquí bajó la voz, y le pidió a su amiga, con una seña en el dedo índice que se acercara -. Pues, dice mi hermana Sonia, que es de esos señores que no les gusta mucho hacer el amor, y ... ¡No se lo digas a nadie Lolita por favor! Parece que termina muy rápido, a veces antes de que empiece la función.

La relación de los esposos, se había hecho más tensa, seca, fría, sobre todo, desde que el psicoanalista, salía con su alumna Brenda Breceda. Un día, ante un pleito, sin importancia, en donde Sonia le había reclamado por haber llegado tan tarde, Héctor indignado, ofendido, sin decir una palabra extra, se marchó de la casa. Mientras caminaba en busca de sus cosas, él mismo se percataba de que estaba confundido, asombrado, y embotado por el cómo había manejado la situación. También se daba cuenta, de que en el fondo de su ser, había una inquietud, una necesidad de estar con Brenda. Era el deseo de lo que nunca había tenido: mujer bella, cariñosa, inteligente y que además lo amara, lo que le impulsaba a hacer ese tipo de cosas claramente impulsivas. De las cuales no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde.

Ahora que repasaba en su mente, desde la celda en la cárcel, las escenas de esa noche, en que se salió de su casa, sintió vergüenza de sí mismo, del como había salido corriendo, en espera de una señal de la mujer que lo amaba, para poder correr a su lado, la sirena se le había esfumado. Pensó que hubiera querido tener responsables de su imprudencia, no había nadie más a quien culpar, que a su persona.

Al paso de los años, recordaba haber repetido la palabra “Infatuación” , quizás la letra de una canción en inglés, que ahora no recordaba. y que se refería a un tipo de enamoramiento terco y absurdo, más por razones de baja auto estima, y que en el momento de sentirse correspondido, aun cuando pueda ser de forma imaginaria, se abandona todo, de manera poco racional.

En la cárcel conoció a un cirujano, que había tenido un enamoramiento de ese tipo; infatuación. Era una mujer treinta años mas joven que él, argentina, con quien planeaba huir, vender su clínica, divorciarse, dejar a su familia. Mientras revalidaba sus credenciales académicas, la argentina iba a trabajar de lo que sabía hacer, como dama de compañía y prostituta. La esposa se negó a darle el divorcio, y el hombre en su desesperación intentó

asesinarla, sin éxito. Estuvo preso, hasta que se comprobó que la familia retiró los cargos, el cirujano desarrolló un tipo de cáncer, finalmente murió en su casa. “La infatuación es terrible, yo fui una de sus víctimas, lo entendí demasiado tarde.”

Se marchó a un hotel de paso, en donde estuvo tres días, mientras localizaba algún sitio estable en donde vivir. Había llamado a Brenda desde la primera noche que la pasó fuera de su casa, ella no estuvo, y a pasar de que le dejó muchos mensajes en su máquina contestadora, ella no se comunicó. En una de las veces que habló por teléfono, le había tomado la llamada, Lupita, la mamá de Brenda, y él tuvo que fingir que era un compañero de la escuela, por lo cual se había sentido ridículo. Después de dos o quizás tres preguntas que le lanzó, Guadalupe, supo que ambas, madre e hija, eran muy parecidas, hasta en la forma de interactuar, quizás por eso se odiaban: “polos del mismo signo se repelen”- pensó acordándose de los imanes -. En la soledad de los días que vivió encerrado en el motel, no hizo más que ver la televisión, comer y dormir. Ahora que evocaba todos eso, se veía además de absurdo, irónico. Él había escogido estar en un motel, como si ese sitio fuera una cárcel. Estaba encadenado a un aparato de plástico negro, esperando la llamada de la mujer que estaba de vacaciones en Estambul. La ventana, el espejo, la televisión, el sueño. ¿Cuántos días permaneció así?

Cuando se vieron Brenda y Héctor, nuevamente, había pasado ya más de dos semanas de su huida. Se les había atravesado la “Semana Santa”, y esto prolongó la agonía y la ansiedad del médico, que había pasado unos días realmente mal, oculto, no sabía de quien, en ese hotel de paso, con ese amasijo de sentimientos, en donde la ira y el resentimiento se destacaban. En su cabeza, sólo existía una explicación para la indiferencia de Brenda, estaba con otro, con otros, y ese sentimiento se le fue imponiendo en las entrañas.

Días más tarde, Héctor pudo percibir, como la sangre le hervía, cuando la vio. Ella bajaba de un auto deportivo de un color rojo, - extremadamente rojo para su memoria — un muchacho, al cual no alcanzó a identificar, le dio un beso en la boca, antes de bajarse. Ese beso había durado doscientos segundos. Entonces el infierno se le hizo real. Al llegar al hospital, la primera mañana de su reanudación de labores Ese era uno de esos días, pensó ahora en la cárcel, en que todo le salió mal, uno de esos momentos de su existencia, en donde los ángeles te dan la espalda y hasta puedes suponer que juegan a los dados con los íncubos, disputándose el premio de la próxima trastada, de la siguiente mala pasada. Los escasos muebles de su consultorio, estaban

orientados, desde hacía tiempo, para que él pudiera ver hacia la puerta de la entrada principal del hospital, y desde ahí, vigilar quien entraba y quien salía. Eso se le había vuelto casi una obsesión, aunque en verdad, sólo le interesaba fijarse en una persona con minifaldas atrevidas, senos prominentes, y una cabellera larga, negra y ensortijada. Esa misma persona, que esa mañana de su mala fortuna, bajaba del auto deportivo, - que ahora era color bermejo acharolado en su imaginación -. La responsable de su malestar, era la misma mujer, que ahora entraba despreocupada al salón de clases, ella era la dueña y generadora, de esa obsesión malsana, que como una termita con rabia, lastimaba y hacía polvo sus entrañas.

Poco después, cuando ingresó al salón de clases, desde su banca le mandó un saludo al “profe”, en forma de un beso volado, como si nada hubiera ocurrido a lo largo de esas semanas. En la que en su viaje a Turquía, ella se había transformado en Sherezada, y sólo había regresado a México, porque se percató que en Estambul le podían cortar algo más que la cabeza. Sin embargo, el sol se le había recargado en su piel, matizada ahora por un color cobrizo la perfección de su envoltura. Las piernas y los brazos, lo mismo que su nariz, eran una invitación constante a deslizar los dedos y los labios, por sobre toda esa superficie, que debía de estar en ese momento muy sensible, como resultado de los baños de sol y cremas bronceadoras. Héctor hubiera querido cancelar la clase en ese momento. Únicamente para preguntar, reclamar, interrogar. Quería saberlo todo: “¿En donde habías estado? ¿Quién te había acompañado? ¿No sabías acaso, qué ahora ya estaba solo?”.

La clase fue uno de esos martirios auto impuestos, tuvo que explicar y desarrollar un tema, para el cual no estaba preparado, además, de que su mente estaba en otro lado. ¡Para colmo! Ese día hubo muchas más preguntas de lo acostumbrado.

Brenda se veía muy bien, y conforme pasó la clase, Héctor se dio cuenta que nada ganaría con reclamar y enojarse con ella. El escuchar su propia voz, y sentir que la clase fluía bien, lo fue tranquilizando. Por un momento pensó, que esa era la oportunidad que esperaba, para dejarla ir, para sacarla de su vida. Eso aliviaría su estado de sufrimiento constante, de dolor y presión, de sentirse culpable de su deterioro vital, de lo cual se percataba de manera invariable, entre otras cosas, por una inquietud en las piernas, las cuales no dejaba de mover insistentemente. Terminó la clase, y sin más salió con pasos apresurados.

— ¡Hola Héctor! ¿Porqué tan enojado? Sabes que conmigo no puedes fingir bebé. ¿Te sucede algo? ¿Por qué me esquivas? – Lo alcanzó en uno de los corredores —. Él iba ya de salida hacia el estacionamiento del hospital. Por un momento sólo se miraron, ella le sonrió coquetamente, y después de percatarse de que nadie los observaba, le planto un beso prolongado en la mejilla, después, como si nada, se colgó de su brazo y se dejó conducir sin decir más nada al interior del auto de Héctor. — ¡Te traje un regalito de Turquía!, me fui con mi tía Queta, nos la pasamos muy bien.

Él se colocó atrás del volante, sin haber dicho una sola palabra, mientras que en su interior luchaba, por explicarle que lo mejor era poner distancia. La miraba, de la misma forma que la hacía todas las tardes, sólo que ahora, ya sentía que la había excluido de su vida para siempre, sin clara conciencia de que la eternidad y el siempre eran medidas relativas e inexistentes. En ese momento pensó que podría estar solo. Eso era lo que acababa de descubrir, una actitud mental, que no era necesario verbalizar: “¡Ya no somos nada, hemos terminado! Eso era todo, levantar el muro de la distancias y la pared de la indiferencia. Después de todo”, - pensó -, esa era una de las habilidades más desarrolladas en la vida de los doctores”.

Le contó, con tranquilidad y aplomo, lo que le había sucedido con su esposa; todo lo que había hecho desde entonces; en donde estaba viviendo; que pensaba hacer de su vida. Todo eso fluía a través de su boca, con calma, como si le narrara un partido de fútbol bastante aburrido, con la mente por un lado y los sentimientos escondidos. Brenda lo miró, con una auténtica expresión de asombro. Era claro que ella estaba espantada, Héctor se percató de eso, pues las manos de la chica, se restregaron varias veces, apoyándose sobre la tela de la minifalda roja, con cuadritos blandos y negros. Estaba pálida, miraba inquieta hacia los lados, como buscando una salida, al laberinto al que se había metido tan confiada de encontrar todas las salidas cuando ella quisiera. Era él, quien ahora llevaba la delantera, y eso le dio mucho miedo, se tragó todo de un solo suspiro, todas las palabras que iba a usar para excusarse de su ausencia sin aviso, los argumentos y pretextos. Tenía la boca seca y la lengua paralizada, los ojos inquietos, las cosas se le salían de momento de su guión, de su control, ya no podía seguir jugado al gato y al ratón. Este último, había resultado ser un mapache, calmado e indiferente, que parecía reírse por dentro de lo que le provocaba. Eso no le gustaba. “¡Ahora nada más me falta que me salga con que soy libre para casarme contigo!”

— ¿Qué piensas que haga tu esposa ahora Héctor? Las mujeres no nos quedamos quietas, buscamos explicaciones. Lo primero que nos interesa es saber si hay otra mujer. Yo no quiero problemas, tú sabes que soy una hija de familia, no quiero que me vengan a zarandear, algunas mujeres despechadas contratan detectives privados y buscan en el exterior de sus casas la explicación del engaño de sus parejas: ¿No crees que nos deberíamos separar por un tiempo?

“¡Tómala! Ahora es cuando vas a suplicar y volveré a ser la domadora”.

Él no respondió nada, sabía que era un contra-ataque de Brenda, pensaba: “¿Cómo es posible que me este diciendo esto?... después de que todo lo hice por ella, por nuestro amor”, aunque, por otro lado, al escuchar la propuesta: “¡Separarnos por un tiempo... !”. Sintió un alivio, le dio gusto, a fin de cuentas, eso era lo que él iba a pedir esa noche, para dejar de sufrir. Encendió el auto, al mismo tiempo que la veía. Acomodó el espejo retrovisor, y detectó como su boca, articulaba una serie de palabras, que le decía a la mujer, que tenía razón, que estaba de acuerdo en que no se vieran por un rato. En la medida que todo eso le salía, notó que se aligeraba algo en su interior.

— ¡Eso será lo mejor! Tienes razón, desde que te subiste al auto, era lo que quería decirte, no sabía como hacerlo, pero gracias por proponerlo, por tú ayuda y comprensión... por los momentos inolvidables. ¡Gracias! La verdad es que tengo que resolver mi separación de Sofía y luego, pues quedar en paz conmigo mismo.

Ella hizo un gesto apenas perceptible, de estar molesta, antes que sorprendida, no dijo nada en todo el trayecto. Por supuesto que esperaba algo diferente de Héctor, que le hubiera pedido que no se fuera, que no se preocupara. Eso era lo que los demás hombres le decían a la mujer que amaban, cuando se daban situaciones parecidas, sin embargo no fue así. Le había resultado mejor ajedrecista de lo que ella había pensado. “Sacrificó a la Reina por el peón, bueno, así es mejor” — pensó antes de bajarse.— “Me salió mas cabrón que bonito ¡pinche mono cara de perro!”

Él sonrió al verla salir de su automóvil, notando como murmuraba maldiciones entre los labios. Por primera vez en muchos días sintió que el aire entraba con facilidad a sus pulmones, y que la sangre se enfriaba en su piel de un modo agradable, al mismo tiempo que llegaba a las zonas que la tenían como ateridas, una sensación de descanso, con un hormigueo placentero, le llenó por completo. Ese día pensó, con gran alivio, que ella se alejaba de su vida para siempre, le dio un poco de miedo no verla más, luego

se sonrió. Sintió que había podido desprenderse de una carga pesada, grande y fastidiosa, que hacía tiempo él mismo se había colocado en su espalda.

Dos días estuvo muy inquieta. No se podía explicar como la había hecho a un lado. Si era verdad, que no estaba ya viviendo con su esposa, lo más natural hubiera sido que consolidara la relación con ella. No fue así. Todavía asistió un par de semanas más a clases, y aunque era claro que le ponía distancia y evitaba comunicarse con ella a solas, detectaba una que otra mirada especial del profesor, sobre todo, cuando cruzaba las piernas y la minifalda develaba sus muslos casi perfectos.

Hizo un par de intentos más para acercarse. Todo fue en vano. Además, Armando, el del auto Mercedes Benz rojo, se iba una temporada a Europa y ella no lo pensó muchas veces, las distancias siempre le habían dado una perspectiva diferente para mirar la vida. Armando Sáenz, hijo de un magnate, sería una buena elección, así lo caviló incluso cuando estaba ya en el avión, acomodada en primera clase. Sólo que Armando jugaba en varios niveles. A la semana de estar en los casinos de Niza, lo vio besándose con una rubia, y luego con un chico trigueño, en un de los corredores del hotel. Soportó un poco aquella situación, supuso que eso era ser del “Jet Set”. Lo que no soportó fue que la dejara olvidada como un bulto, por días en una habitación de hotel, no importaba que fuera el “Ritz Charlton” de Cannes, eso era el peor de los insultos que ella podía tolerar, y de pronto se olvidó las buenas maneras. Una mañana, hizo un escándalo colosal, con todo y la prensa amarillista de “La Costa Azul”, saliendo a un balcón en bata y con un cinturón apenas disimulado de donde colgaba un pene de hule azul o negro acharolado. Lo que le valió, sin mucho averiguar lo que había sucedido, un boleto de regreso en primera clase a su país.

De regreso a México, sin que entendiera bien el porqué, Armando la llamaba, algunas veces desde el aeropuerto, sólo para avisarle que se iba de viaje de negocios a Europa, Asia u otro sitio, y que al regresar la buscaría, eso ya no sucedió nunca jamás.

Por esa temporada, fue cuando volvió a cortarse con una pequeña navaja de rasurar plateada, de mango dorado, que había pertenecido a su papito. La contemplaba al abrirse entre sus dedos, la dejaba expuesta interponiéndose entre su imagen en el espejo. “Oro y plata”. Se acariciaba con el canto romo su cuello, la redondez de sus firmes senos, los pezones rosa nacarados. Bajaba a la planicie de ese abdomen plano con piel de durazno y se detenía en el ombligo. Ahí era en donde crecía la lejanía, en donde aparecía una

pared, el sentirse injustamente relegada, olvidada y aún rechazada. Su padre, estaba de vacaciones con su familia en Sudamérica, su madre tenía un nuevo novio, y ella se enfrentó una vez más a la soledad, que para una beldad era insoportable. Su piel se pobló entonces de pequeñas marcas, heridas que se hacía de un solo tajo, sin que sintiera el mas mínimo dolor y que dejaba que sangraran, paulatinamente, hasta que sola se detenía la hemorragia, y al mismo tiempo, casi como si fuera magia, también se paraba el malestar, el escozor que las había motivado. Brenda misma se maravillaba ante el fenómeno que observaba. Dolor que sana, herida sobre cicatriz, al final todo se resuelve con sangre.

La siguiente vez que Héctor la encontró, habían pasado dos años, tal vez fueran más, porque los calendarios de los amores desafortunados se suelen distorsionar. El doctor estaba repuesto de su divorcio con Sonia, y había establecido una clínica privada, bardas altas, portones, cámaras de seguridad. Le iba económicamente muy bien, eso se medía por el tipo de automóviles que permanecían estacionados, y por lo que desfilaban cada cuarenta y cinco minutos, y eran recibidos por un empleado encargado de estacionarlos. La clínica, estaba localizada en el exclusivo barrio colonial de Coyoacán, en la Ciudad de México. Sitio en el cual se había retirado Hernán Cortez, después de haber conquistado a sangre, fuego y la epidemia de viruela la capital de los aztecas. Era tal la podredumbre de cadáveres, que apenas en esa zona habitada por coyotes se podía respirar.

Los ciclos vitales de las personas, son como marejadas, maremotos y tsunamis, repetidas volteretas que da la vida. No hay otra alternativa que continuar el nado, hasta que llegue el momento de paz y calma, que por lo menos a nivel de la superficie se antojan equivalente a una lagunas apacibles. Sin embargo, la experiencia de lo vivido, esa debe de quedarse en algún sitio expectante para la nueva embestida. Y sin embargo, el enemigo también aprende, y siempre lleva la delantera del que ataca primero.

La mansión de la clínica estaba rodeada de árboles, jardines, y esto le daba una sensación de que la vida por fin, estaba mimando un poco al dueño de todo eso, después de haberlo sacudirlo por una larga temporada. Héctor había conseguido un préstamo para remodelar el sitio en el que estaba la clínica, una casa que rentaba, si bien un poco vieja, de dos pisos y un pequeño jardín, la cual le había gustado mucho desde un principio. Fue un amor a primera vista cuando se la enseñó la casera, además vivía en un departamento cercano a ese sitio, y las turbulencias que le produjeron su

divorcio se había disipado ya por entonces, por completo. Pensaba que el caminar todas las mañanas a su trabajo, por una avenida con un camellón central rodeado de árboles, sin necesidad de preocuparse por el tráfico, usar el auto, esquivar al agresivo transporte público capitalino, era de por sí, ya un nivel de vida diferente. Héctor Plasencia no extrañaba nada de su pasado, vivía su presente sorprendido de lo sencillo que era estar en paz. Hasta que volvió a ver a Brenda Breceda.

En su camastro de la prisión la emoción que evocó al recordar ese encuentro, a la luz de los que sucedió después, fue la misma que tubo el oficial Giorgio Bacchetti al ver a la horrible Fosca descender por las escaleras en una de sus películas favoritas, “Pasión de Amor” de uno de los genios del cine italiano Ettore Scola. Ella es la hermana del coronel de la guarnición en la frontera. Fosca se ha mezclado en la memoria emocional de Héctor, a una serie de personajes como Nosferatu, de Murnau, por ser un mujer tan bella el símil más claro es con Königin der Nacht, la Reina de la Noche de la ópera de Mozart “La Flauta Mágica”. Sabe al ver una de las fotos de su boda que en ese momento estaba perdidamente enamorado de esa mujer. Varias décadas mas tardes entiende por fin el porque los antiguos consideraron el enamoramiento como una forma de psicosis, de locura. Era claro que la noche en que volvió a asaltar su vida. No fue para nada esa la emoción que lo había sacudido. Mirando las estrellas desde su lecho penso: “¡Si hubiera subido lo que me esperaba!”

Brenda lo saludó como si nada hubiera ocurrido en esos tantos meses, como si apenas fuera ayer, cuando ella se hubiera bajado del auto rojo descapotable, recién llegada de Turquía, sin decir nada. Ahora, lucía mas bella, delgada, había perdido ese candor de inocente colegiala, y ahora era más mujer, las formas sinuosas que ya la caracterizaban, que sabía presumir y resaltar, se apreciaban más marcadas, esculpidas, firmes, cada línea eran horas de gimnasio escaladora, elíptica, bicicleta, remadora, metal y plomo que por la gracia de ser desplazado por esas articulaciones, se transforma en oro y plata, el secreto de los alquimistas, es una mujer hecha y derecha Brenda Breceda Luppi.

Se había presentado en la clínica psicoanalítica del doctor Héctor Plasencia, como si no supiera que era él su dueño, vamos como si fuera pasando por la calle y se la hubiera topado. Entonces entra solicitando informes sobre el curso de introducción al psicoanálisis, que se había

anunciado en el periódico, en donde se resaltaba, por lo menos en dos sitios del texto, que el director del curso era, nada menos que el doctor Héctor Plasencia.

No aceptó, que le diera los informes que ella solicitaba, la encargada de hacerlo, que era una psicóloga, sonriente y servicial no fue suficiente para Brenda. Porque ella quería saludar en persona a su amigo, el doctor Héctor Plasencia. Le dijeron que estaba ocupado, que tenía pacientes hasta muy tarde, que quizás no la podría recibir el día de hoy. Brenda sonrió y se sentó en la sala de espera, con un dejo de fastidio y desafío, tomó una revista y se dispuso a esperar el tiempo que fuera necesario. Leyó, dormitó, y hasta conversó con algún paciente. Varias veces fue a donde la recepcionista, a preguntar si ya sabía el doctor Plasencia que ella estaba en la sala de espera. Preguntó también, sólo para estar segura, si esa era la única salida de la clínica, y luego volvió con aparente paciencia a su sitio. A veces caminaba por el pasillo, desde la puerta de entrada hasta la amplia sala de espera. Sobre todo cuando había otros pacientes esperando. Ella sabía que Héctor tenía varios socios y jamás estuvo, sola. Llegó la secretaria de la tarde, y fue informada por la del turno matutino de la presencia de Brenda, ella misma, pasado el tiempo se encargó de recordarle que no era paciente, sino amiga del doctor Plasencia. La estancia en donde se encontraba, era en realidad una sala de estar muy amplia, con sillones de color amarillo, un extenso ventanal por el que se podía ver el jardín central de la casa, dos lámparas modernas colgaban del techo, y lo único que a su juicio rompía el encanto del lugar, era los cuadros en la pared, propaganda de los servicios que se ofrecían en el lugar, un retrato de Sigmund Freud y otros cuadros de Remedios Varo, en la versión de un cartel de laboratorio: “Saliendo del psicoanalista” -, aun con la propaganda del laboratorio de medicamentos, que lo habían obsequiado. Un paciente, tras otro, sin pausas, habían desfilado frente a la psicóloga, contó ocho personas para el doctor Plasencia, desde medio día, hasta las ocho de la noche. Brenda sabía meditar, eso era lo que hacia en algunos momentos, ponerse en un estado de aletargamiento, dando la espalda a todos y viendo el jardín. Ella prefería que Héctor la viera hasta el final de sus consultas y espero con la paciencia de monja tibetana. Al fin, cerca de las ocho de la noche, le avisaron que ya podía pasar.

Él se disculpó al solo verla entrar, hecho de hacerla esperar.

— Tu visita fue inesperada, si me hubieras avisado, otra cosa hubiera sido. — La miraba por arriba del hombro. No a los ojos.

Brenda le dijo que no se preocupara, que ella habría hecho lo mismo, y sin dar mas oportunidad a tantas formalidades, se sentó en un sillón exactamente enfrente del doctor y le soltó de buenas a primeras la razón de su presencia en ese sitio; y la sorpresa que le había producido, el saber que él era el director de esa clínica. Le manifestaba efusivamente la alegría de ver como había progresado tanto desde la última vez que se había visto.

— ¡Caray Héctor! ¿Pues que sucedió, te sacaste la lotería? Mira que esta casa está muy mona, te la decoraron muy bien, sabes que me ha encantado la sala de estar, con esos motivos modernos y coloniales.

— ¡Muchas gracias Brenda! Entonces ¿Quieres ser psicoanalista? ¿Pero por qué en esta escuela? Debe de haber otras, en las que te hayas interesado ¿No?

— Pues la verdad, está es la primera que visito. Te voy a ser franca, no estoy trabajando y si se puede, pues podría trabajar en tú clínica, y con eso costear mi preparación, sabes que soy muy buena estudiante y que me empleo a fondo ¿Qué te parece?

— ¡Me parece bien! De todas formas, hay un comité de admisión, como en todos los sitios, eso ya lo sabes, todo lo de costumbre, aunque no creo que tengas ningún problema.

De manera espontánea, sin esperar que Héctor le dijera nada, se invitó a cenar esa noche y las que fueran necesarias. No había esperado diez horas, llenándose la boca de caramelos de menta de la recepción en balde. A partir de ese día como si adivinara, calculara, rastrear a o mas prácticamente, como si hubiera fotocopiado la agenda del doctor en un descuido de Silvia la secretaria vespertina, se apareció por todos los sitios a los que frecuentaba el doctor, como una constante que lo perseguía en la vida de Héctor Plasencia, sin más, sin preguntar si se podía o no acercarse. Héctor se percató de lo que estaba sucediendo, era obvio que lo estaban cazando, y no le molestó para nada la idea. Si la gente pensaba que era su becaria pues bien, si por el contrario que era una secretaria ejecutiva de alto nivel, mucho mejor, eso aumentaba su nivel, el mito de los psicoanalistas descansaba en ese tipo de mujeres. Lou Andreas-Salomé, distancias muy aparte con Brenda Breceda, se codea con Sigmund Freud y la crema y nata de la filosofía alemana, empezando con Friedrich Nietzsche. Luego Jacques Lacan acariciado por todas sus alumnas y que en segundas nupcias se casó nada menos con la esposa de George Bataille, Sylvie. Conocida en el teatro y cine como Sylvie Mablès. “¡Que horror — pensó en ese momento Plasencia — como es posible

que se le recuerde ahora solo como un mueble del despacho de Lacan”.

El recuerdo de Brenda, había sido constante, en esos años, comprendió que había extrañado la presencia de esa muchacha que ahora mujer desarrollaba en dentro del doctor una serie de conexiones de momento invisibles por ser agradables, placenteras, adictivas. Ella venía con las claras intenciones de quedarse en la vida del doctor, siempre había querido tener “su clínica privada”, ser la “doctora”, mandar, administrar, volver a tener dinero, como cuando su papito vivía con ellas. Una vez que fue admitida al curso de psicoanálisis que coordinaba Héctor, pues tenía muy buenas calificaciones y había conseguido un par de cartas de recomendación de dos terapeutas psicoanalistas, la mujer desplegó las estrategias que mejor le funcionaban de toda la vida.

La primera, inducir lástima y compasión, transformarse en la mujer mártir, víctima del destino. Le fue soltando a Héctor, la historia de infelicidad, de una tragedia a medias. La telenovela de su biografía, que sabía debía de funcionar en un hombre que había nacido en una vecindad. La madre desalmada, Lupita, que la había arrojado de la casa, por el sólo pecado de ser la consentida de su papá y de que incluso había insinuado que este la había tocado de mas en sus zonas íntimas, todo eso se había desbordado, para una jovencita sensible como ella. Al paso del tiempo, no soportó más a su madre y tras un fuerte pleito, se fue de la casa, a vivir con una viejita, la cual, en un principio fue encantadora, comprensiva, la abuelita que Brenda nunca tuvo, sobre todo, tolerante de la conducta desordenada de la muchacha, que recién descubría que los caracteres sexuales secundarios bien desarrollados y administrados, eran un capital erótico cuyos bonos ella estaba aprendiendo a administrar. El encanto y cariño hacia su casera, solo le duró unos cuantos meses, hasta que la “Vieja Bruja” le puso límites y le prohibió que recibiera a los chicos en su habitación a altas horas de la madrugada.

— ¡Era el cuarto que yo le rentaba! ¿No? ¡Pinche vieja mocha! ¿Pos que se estaba creyendo? Le hablé a mi papito a Veracruz y le conté lo que pasaba. Él envió a un señor, uno de sus chóferes, para que convenciera a la pinche viejita, ya no me molesto jamás. Después de un tiempo me salí y me fui a vivir sola, mi papi me ayudó y puse un departamento pequeñito, por supuesto que eran pura habladurías de la ruca, eso de que yo metía hombres a mi cuarto, ya ves Héctor, siempre me han tenido envidia las mujeres, ni mi mamá me pudo tener cerca, menos otras ¿No? ¿Y tú, como has estado Héctor? Platícame de ti.

— ¿Y que le pasó a la viejita, la que te levantaba mentiras, con eso de las visitas de los hombres por la noche, que le hicieron los señores que envió tu padre? – Branda sabía a que se refería, dudó si soltar “esa carta”, ella hizo como que estaba distraída. No le iba a platicar, que la señora había terminado en una silla de ruedas. El método de su papito era amedrentar primero, eso lo sabía, no era necesario ser psicóloga. Tampoco colgar personas en los puentes peatonales. La imaginación de la desconocido o de las verdades incompletas, es el verdadero poder de la manipulación. Así que se brincó ese capítulo por lo pronto, si le contó de cómo compró su primer auto y de la vida maravillosa en su nuevo departamento y como después de algunos meses vio a su ex casera en silla de ruedas, pero que le dio pena preguntarle nada al respecto.

Si Héctor hubiera sabido que Brenda ya se prostituía por esas fechas, se hubiera dado cuenta de la realidad de las cosas; de cómo se las gastaba, esa que pensaba era la mujer ideal; o por lo menos, quien tenía la razón, entre la viejita lisiada, Lupita versus Brenda. Sin calificaciones morales, tal vez hubiera hecho un promedio de esas versiones, disecado lo coherente de lo inverosímil. Lo único que es verdad, es que el amor apasionado es un resplandor que ciega, y los hombres de baja autoestima, creen que entonces, que “las mujeres trofeos” son el premio mayor de la lotería existencial.

En uno de sus pleitos, sin embargo, cuando ya casados, cuando él ilusamente le reclamó el haber ocultado la forma mafiosa de los pistoleros de su padres. Ella que ya le decía Esnupy para todo, se sirvió un whisky en las rocas y sentada desde uno de los bancos de la barra color caoba con sillas de asientos y respaldo de un color bermejo, con un sonrisa burlona en sus labios le explicó cuando había aprendido a tergiversar las cosas y a decir mentiras o verdades a medias.

— ¿Te acuerdas de la fábula del lobo y el pollito, en el que le decía que el cielo se estaba cayendo? Lo que realmente se había caído en el pollito pendejo, era una hoja. El resto fue la desinformación y el temor, que puede convertirse en terror. ¿Qué querías que te dijera Esnupy? ¡Mi padre le pidió a uno de sus hombre que le diera una madriza a la ruca!— Brenda abrió sus piernas, y la falda azul eléctrico trepo a sus muslos. Miró a su ahora esposo un momento con la sonrisa congelada, cerró abruptamente sus muslos y se levantó de la silla del bar, alejándose de la estancia.

En sus noches de insomnio, ahí en el reclusorio, no dejaba de repasar cada uno de esos días del re-encuentro, y trataba de descifrar en que se había

equivocado. No lo había detectado entonces, si ahora le era todo tan obvio. Ya de nada le servía ¡Claro!. Después de todo, que otra cosa podría hacer ahí encerrado, eso era una manera de purgar sus errores. Él sabía que tenía que luchar contra esa ansia que le secaba las entrañas, incluso hasta la médula de los huesos, ese malestar que se llamaba culpa, ya que de no hacerlo, no tendría la energía suficiente para sobrevivir. Su condición seguía siendo el de “un animal de caza mayor”. Así se percibía, agazapado, encerrado, eso le permitía pensar en esa mujer como la predadora, que había desecho su vida y lo que alguna vez consideró que era su alma, la esencia buena de si mismo. Brenda había sido como una parásito. Alguna vez leyó de una hormigas que alojan uno de estos gusanos en sus cerebro. Y que se trepan a la parte mas alta de los matorrales, se caen al suelo lodoso, se vuelven a trepar, las veces que sean necesarias. El gusano ha tomad el control de toda la hormiga. Es necesario que esta sea devorada por un borrego, porque un vez dentro del estómago del nuevo animal, el gusano se termina de formar, sufre una metamorfosis. Brenda el gusano, fue pasando par varios estómagos, y fue creciendo y haciéndose mas fuerte. Hasta que uno de esos carneros la escupió y eso no se lo perdonó a nadie, a ella menos que a otras personas y por eso se suicidó.

La famosa beca en la Universidad, que la psicóloga tanto había cacareado entre sus amistades, no existía, no había tampoco la “Harvard and Kellogg Foundation”. Para lo cual, ella había mandado a imprimir papelería y unos diplomas con escudo y sello en la Plaza de Santo Domingo, en el centro histórico de la ciudad de México, en donde se falsifican todo tipo de documentos. Era una mentira, una más de todos sus esfuerzos para tapar su pasado, el ocultamiento, que era como el caldo primigenio de su naturaleza; el elemento natural, del cual, la niña estaba aderezada desde su infancia; un merecimiento inventado, finalmente también tenía algo de esfuerzo, sudor, lágrimas y un poco de gozo.

— Lo que mas trabajo me ha costado ha sido lo de la beca. Todo en esta vida es dedicación y suerte. En una de esas ferias que organizan para las universidades privadas, yo estudiaba en el Anáhuac ¿Te acuerdas? Pues un señor alto y canoso, que luego supe era un premio Nobel de Harvard, me pregunto que carrera estudiaba, y le dije que yo estudiaba psicología, que me fascinaba la parte de la terapia cognitivo conductual. Pues fíjate que ese señor era nada mas ni nada menos que el doctor Aarón Becker, que como sabe fundó este tipo de terapia, y pues le caía bien, y me dio una carta de

recomendación y en dos semanas, de exámenes y de presentar un proyecto de investigación, me dieron la beca. ¿Qué suerte verdad?

Él le contó de su clínica, de su divorcio y de la nueva relación amorosa que tenía con Martha, que además era su socia. Brenda se percató que en la descripción que Héctor hacía de su novia, faltaban algunos elementos, que le hicieron suponer, que no estaba muy enamorado de ella.

La psicóloga escuchaba al doctor, sin decir nada, al parecer atenta, como si una de sus manos tuviera vida propia, se acercó a la de él y la acarició, de manera distraída. Héctor sonrió de una manera nerviosa, sin embargo no hizo nada por librarse del suave contacto de la piel de la mujer que tenía enfrente. Esa era sin duda, otra forma que tenía ella, de probar lo que su intuición le decía, si estaba en verdad muy enamorado de Marta, había muchas formas de parar el avance de esa mano que lo acariciaba, despedirse, siendo un caballero y dando las gracias, sin lastimarla siquiera. no lo hizo. Sus pieles se mezclaron, como si una fueran agua y la otra arena, disfrutaba de los avances que lograba, y él con la suavidad, el calor, la fragancia, sobre todo por poder asomarse nuevamente a esos ojos, que eran de un color negro, que lo tenían totalmente atrapado, e hipnotizado.

Siguieron platicando un par de horas más, él no dejaba de asombrarse ante lo cambiada que estaba Brenda, ahora amable, dulce y un poco sin inhibiciones. Ya casi de salida, esa noche, le confesó que había venido a verlo en taxi, y le pidió que si podía, tenía tiempo suficiente y no le causaba muchas molestias, la llevara por favor, a algún lugar, para que tomara un taxi de sitio, porque esos eran de los más seguros.

Héctor la llevó hasta su apartamento y no se cuestionó mucho del porqué, ahora si lo invitaba a pasar a conocerlo. Tampoco se detuvo, ni hizo muchas preguntas cuando aún en el elevador, ella se arrojó a sus brazos y lo besó, una y otra vez, sin pedirle permiso, pegó todo su cuerpo al del hombre, sintiendo que ese era su territorio. En el departamento, ella estuvo encantadora. Si Héctor pensó alguna vez que nunca haría el amor con esa mujer, estaba equivocado, esa noche maravillosa, — por lo menos así se matizaba en sus recuerdos—, se dio cuenta de que sus sueños se podían hacer realidad. Sospecho incluso, que los presentimientos eran malos juegos del alma puritana, que aún se escondía en su interior, y los suprimió por completo. La recámara era amplia, adornada profusamente, había jarrones, flores de papel, figuras en miniatura, lámparas, alfombras, tapetes, y en el centro, la amplia, acogedora, suave, mullida y bella cama de latón, con

múltiples adornos, que esa noche, por cierto, apenas distinguió. La habitación estaba iluminada, y Héctor pensó que la debía dejar así. El ímpetu sexual de la mujer, lo sorprendió por completo y lo desconcertó. No hizo mucho caso del par de moretones en el cuello de la mujer, que claramente eran producto, de los besos apasionados de un amante previo, tampoco le importó entonces, los otros magullones, y especie de arañazos, que se fue encontrando en el camino que iba explorando, las piernas, nalgas, senos y espalda, mientras prodigaba besos al cuerpo de la mujer. No era el momento adecuado para pedir aclaraciones.

Hicieron el amor de una manera desbocada, rápida, ella lo masturbó antes de que la penetrara, él no supo por qué, Héctor se dejó conducir, aunque terminó de manera predecible, casi al contacto con la humedad y tibieza en el interior de ella.

Brenda le tomó la mano y le dijo que no le importaba que hubiera terminado tan rápido.

— El nervio es traicionero, ¿No?—, Le susurró al oído, con una sonrisa nerviosa. Héctor fumaba de manera aprensiva y la miraba con expresión de angustia, las columnas de ese humo de color azul y gris, que se perdían para siempre en el techo de la habitación, totalmente iluminada. “¿Por qué me pasó esta cosa de venirme tan rápido?”. Ella le pidió que se salieran de la recámara pues ya se estaba quedando dormida en la cama. La sala era pequeña, pulcramente arreglada, una mesa rústica de fino estilo colonial, contenía fotos en marcos de metal, y un florero en el centro de la habitación. Dos sillones y el sofá en donde ambos reposaban, eran de un color verde oscuro, con rayas verticales de color crema y la mesa de centro con figuras de ángeles y querubines de metal y vidrio, hacía frío en esa amplia habitación, los techos de la casa, al fin antigua, eran altos, las paredes gruesas, con ventanales amplios, por lo que los dos se abrazaron.

Platicaron toda la tarde y parte de la noche. Cuando él intentó por fin irse, a eso de las dos de la mañana, ella le pidió que se quedara toda la noche, que no se fuera: “Quiero dormir junto a tu cuerpo desnudo, oler tu fragancia, tu sudor; que me hagas nuevamente el amor temprano, al amanecer”.

La mañana siguiente, un sábado, ella había decidido ya, que desayunarían juntos, que después irían de compras, y por la tarde, después de comer en un restaurante japonés, irían a ver la película que ella ya había seleccionado, “Manhattan”, de Woody Allen. A Héctor no le pareció mal todo lo seleccionado, después de todo a él no le gustaba decidir por casi por

nada.

Esa noche, en la prisión, Héctor, no dejaba de sonreír, cuando recordaba las caras de Brenda en la penumbra del cine, cuando se veía reflejada en Tracy, la joven de 17 años, amante del cuarentón Isaac. Ella no tenía esa edad entonces, era seguro que su vanidad la había llevado a identificarse con Mariel Hemingway, la Tracy de la película de Woody Allen.

Al salir del cine, se fueron caminando a la casa de ella y fue la primera vez que él escuchó la historia de un Gurú que había abusado de Brenda. El tema surgió cuando después de hacer el amor, ahora de forma intensa permitiendo que ella terminara un par de veces y él por fin finalizó dentro de su pareja. Ella había terminado llorando, al mismo tiempo que le confesaba, que le costaba mucho alcanzar un orgasmo. Un hombre mayor, casi de la edad de su padre, la había utilizado para sus placeres sádicos, mismos que Brenda había aceptó con gusto. Primero, fue como una especie de iniciación sexual; luego, todo fue como una orgía sin fin. La serie de cosas que ese hombre, de nombre Tomás, “le había obligado a hacer”, sólo estaba descritas en “Justine” o en “Los 120 días de Sodoma y Gomorra” del Marqués de Sade. Todo lo anterior era, según lo interpretó más adelante Héctor, incongruente con sus destrezas sexuales, o por lo menos, el gusto con el que se desenvolvía ella en esos menesteres.

Solo el tiempo transcurrido, le había permitido entender lo bien estudiado del montaje, de las escenas, que tenía esa mujer sobre sus posibles presas: hombres incautos como él. Todo era un tipo de perversión, de parafilia, jugar con la carne en la boca y luego escupirla. Ella atraía a los hombres, los seducía, y lo que en realidad la excitaba de manera morbosa, era dejarlos a un lado, cuando ellos estaban completamente atrapados. Las súplicas, llantos, el que le imploraran que volviera con ellos; eran más excitantes para ella, que incluso, el tener orgasmos, esas eran victorias completas, y sin misericordia. Las parafilias en las mujeres nunca se han descrito, mujeres como Brenda Breceda, se describen como ninfomaníacas, aunque en realidad, en el imaginario colectivo, los norteamericanos tienen un nombre para ellas. “Suck-prickers” succionadoras de penes. Esto es una mera metáfora, pensaba Héctor, él no había vuelto a tener una erección por años. Su órgano sexual, solo servía para orinar, la otra función, era una bola de carne molida y putrefacta que estaba desparramada junto al cadáver de Brenda Breceda.

El Gurú nunca existió, luego lo puedo comprobar. Ella había creado

leyendas en torno a su vida, historias fantásticas, que luego sin duda alguna se creía, y por lo tanto actuaba con la exactitud que le proporcionaba el falso recuerdo, elevado a la categoría de hecho biográfico. Brenda era un mito hecho realidad. Para ese suceso en particular ella había leído un artículo que se había publicado en la revista "Newsweek" sobre un Gurú pan sexual.

El Guru OSHO es pro capitalista, llegó a acumular 365 Rolls-Royce. Uno para cada día del año, utilizaba relojes hechos a mano con diamantes, sus seguidores de todo el mundo daban donaciones, y trabajaban en los diferentes sitios de meditación sin retribución como parte de sus terapias. En Bombay en base a donativos y de una relación con la primer ministra Indira Gandhi compro una locación para concentrar a sus seguidores. En sus prédicas afirmaba que lo que la India necesitaba para escapar de su atraso era el capitalismo, la ciencia, la tecnología moderna y un control de natalidad (Capitalista Neoliberal) . Él criticó a las religiones ortodoxas de la India como muertas, llenas de rituales vacíos, que oprimen a sus seguidores con los miedos de la condenación y la promesa de bendiciones. Debido a esas declaraciones lo hicieron polémico, también ganó un público fiel que incluía una serie de ricos comerciantes y hombres de negocios. Las consultas individuales que le hacían sobre el desarrollo espiritual y la vida diaria, a cambio de donaciones — una medida común en la India — creció rápidamente. A partir de 1962, empezó a dirigir los campos de meditación de 3 a 10 días, y los primeros centros de meditación (Jivan Jagruti Kendra - **Centros para el Despertar de la Vida**) comenzaron a surgir en torno a su enseñanza, luego conocido como, Life Awakening Movement (Jivan Jagruti Andolan - **Movimiento para el Despertar de la Vida**). Después de una gira de conferencias en 1966, renunció a su puesto de profesor.

En una serie de charlas en 1968, publicada posteriormente bajo el título **Del Sexo a la Super consciencia**, escandalizó a los líderes hindúes por hacer un llamamiento a una aceptación más libre del sexo y llegó a ser conocido como el "Gurú del Sexo" en la prensa indhú. Cuando en 1969 fue invitado para hablar en la Segunda Conferencia Mundial Hindú, a pesar de los recelos de algunos líderes hindúes, él aprovechó la ocasión para plantear una vez más una polémica, afirmando que "cualquier religión que considera una vida sin sentido y lleno de miseria, y enseña el odio a la vida, no es una religión verdadera. La religión es un arte que muestra la forma de disfrutar la vida".

En 1974, en el 21 ° aniversario de su experiencia en Jabalpur, se trasladó a una casa en el Parque Koregaon, Pune comprado con la ayuda de Ma Yoga

Mukta (Catherine Venizelos), una Griega heredera de la marina mercante. Osho enseñó en el ashram en Pune desde 1974 hasta 1981. Las dos casas contiguas y seis acres (24 000 m²) de tierra se convirtieron en el núcleo de un ashram, y la propiedad sigue siendo el corazón del actual Osho International Meditation Resort (Resort de Meditación Osho International). Se permitió la grabación normal de audio, y más tarde, la grabación de videos e impresión de sus discursos para su distribución en todo el mundo, permitiéndolo llegar a audiencias más grandes. El número de visitantes occidentales aumentó considerablemente. El *ashram* pronto presentó un centro de artes y manualidades produciendo ropas, joyas, cerámicas y cosméticos ecológicos y actuaciones organizadas de teatro, música y mímica. A partir de 1975, después de la llegada de varios terapeutas del Movimiento del Potencial Humano el ashram comenzó a complementar las meditaciones con un creciente número de grupos de terapia, el cual se convirtió en una fuente importante de ingresos para el *ashram*. Hay un intento de asesinato por un miembro del hinduismo y se rompe la relación con el gobierno de la India, y entonces se le menciona la posibilidad de establecerse en la tierra de los sueños y la libertad. Estados Unidos de Norteamérica. ¿Por qué no les agradaba Osho a sus compatriotas? En efecto, era un sociopata. Una cara la del santo, que parece no tener pies, sino flotar, la otra que a través de su círculo selecto y una secretaria ordena ya actividades ilegales, venta de drogas y prostitución. Además de no declarar el total de ingresos y evasión fiscal, acusación de explotación laboral, etc.

En esa época de su vida hay dos mujeres cercanas su secretaria ejecutiva y su cuidadora y concubina (nunca se caso) Ma Anand Sheela la secretaria y su compañera íntima y cuidadora Ma Yoga Vivek (Christine Woolf). Sheela era de la India y había estudiado en EUA, fue el brazo armado de OSHO en términos legales y también de infiltración a varios niveles. El Oshito no era de peluche como aparentaba, pues en el momento en que decide que se va a trasladar a EUA decide no hablar mas en publico por cuatro años, y toda su comunicación para seguidores, detractores, prensa y USA Government es con Sheela.

Los gringos de Oregon y mas concretamente de un pequeño pueblo llamado Antelope con 40 habitante, se despiertan literalmente un día, y están inundados de personas vestidas de color naranja, que vinieron de muchos lados, y que están en una propiedad que acaban de comprar. El 13 de junio de 1981, el esposo de Sheela, Swami Prem Chinmaya (Marc Harris Silverman),

compró por US\$ 5.75 millones, un rancho de 64 229 acre (unidad de superficie)acres (260 km²), antes conocido como "The Big Muddy Ranch" (El Gran Rancho de Lodo, en español), ubicado entre dos condados de Oregón. Fue renombrado "Rancho Rajnîsh" y Osho se trasladó allí el 29 de agosto (Se consiguió un visado para que fuera tratado por una hernia de disco en un hospital de USA) . Las primeras reacciones de las comunidades locales fueron de hostilidad a tolerancia, según la distancia del rancho. Al cabo de 3 años se produjeron una serie de batallas legales, principalmente por el uso del terreno. En mayo de 1982, los residentes del Rancho Rajnîsh votaron a favor de incorporarlo como la ciudad de Rajnishpuram. Los conflictos con los residentes locales se volvieron más amargos y, en los años siguientes, la comuna fue objeto de una constante y coordinada presión de diversas coaliciones de rancho temerosos. La postura de sus dirigentes fue intransigente, de confrontación e impaciente: sus conductas fueron implícitamente amenazadoras, y los cambios reiterados de los planes fijados de la comuna parecían un engaño intencionado. En cierto momento, la comuna trajo de varias ciudades de Estados Unidos a un gran número de personas sin hogares en un fallido intento de cambiar el resultado de una elección, ya que la Constitución de EUA, puedes votar en una elección si eres residente registrado en el área, sin embargo les negaron el registro a los "homless", y por lo tanto los soltaron en los alrededores de las ciudades y dejar que el Estado de Oregón los regresara a sus ciudades de origen a expensas del estado. Los sanniasins comunes ignoraban y/o no compartían el juego sucio del escuadrón que administraba la comuna, sino que se centraron en el trabajo diario de la meditación y la elaboración de una vida destinada a ser un modelo global. No compartieron la paranoia de estas acciones y algunos estaban avergonzados por ello.

El noventa por ciento de los sanniasins eran norteamericanos hippies, pobres, drogadictos, muchos de ellos encontraron un sitio diferente, en donde trabajaban por comer y follar, tomaban cerveza con haloperidol (les daban haloperidol para tranquilizarlos) y de esa forma era felices en sus ejercicios masivos de meditación activa.

Esa mujer, que había sido su esposa, usaba esas y muchas escenas parecidas, para retar y luego evaluar casi de manera psicométrica, las respuestas de las personas que le rodeaban. Evaluaba a las personas a cada instante, y eso era como el estar en un examen psicológico a cada instante. La leyenda del Osho, por ejemplo, exploraba el grado de celos, la inseguridad,

las fantasías sexuales de la persona puesta a prueba. Héctor se dio cuenta pronto, de los juegos que Brenda jugaba, aunque no podía sustraerse a todos, sobre todo, algunos, también le entusiasmaban.

La sospecha de que la psicóloga hubiera sido molestada sexualmente por su padre, le rondó de manera insistente, aún antes de conocer a su suegro. Ahora, no le quedaba la menor duda. El sueño, que a veces ella le narraba, de un hombre gordo, que la abrazaba por la espalda, y le acariciaba la entrepierna, siempre le pareció sospechoso. Sin embargo, el día que conoció a Manuel Breceda, y detectó como la miraba, no tuvo ya ninguna duda.

“Los ojos clavados en las nalgas, en los senos, la línea de sus labios apretada, para no mostrar, lo que era evidente. El enrojecimiento en las mejillas, le brincaba sobre todo cuando ella, lo abrazaba, trepando toda su anatomía, en un gesto infantil de sentarse en sus rodillas, aun que a todas luces, era una caricatura”.

Nunca se lo pudo decir, no hubo la oportunidad. Ella no lo puso nunca en duda. No hizo finalmente el curso de psicoanálisis, la excusa con la que había llegado nuevamente a su vida, eso le hubiera servido, para darse cuenta, de que el único Osho que la había desgraciado, era el hombre que idolatraba: ¡Su papito!

A la semana siguiente de la aparición de Brenda, estaba mas que instalada en la clínica de Coyoacán, ante el asombro y perplejidad del resto de los socios de Héctor, especialmente de Martha, quien le advirtió a su ya novio, de una manera calmada, sin enojarse y con una objetividad, lo que sólo él no veía: que estaba metiendo una bomba de tiempo: “a su vida, casa y trabajo”. Héctor minimizó la situación, pensando que estaban muy exageradas las opiniones de Martha.

Todos los años que llevaba en la cárcel, no le habían bastado al doctor Plasencia para entender, el por qué de su ceguera. Eso que había sido tan obvio para todos, aún para el vigilante que estaba en la puerta de su clínica, un hombre viejo de más de cincuenta años, que movía la cabeza de un lado al otro, con una sonrisa de incredulidad, cada que ella, “la psicóloga zurda”, como el policía le había bautizado, entraba y le entregaba las llaves de su coche, para que él estacionara su auto, sin decirle si quiera por favor, gracias, buenos días, hasta mañana, sin preguntar lo mas obvio: si el hombre al que le daba las llaves de su auto sabía conducir un coche.

La clínica empezó a sentir la influencia de la nueva “dueña”, y los tres socios, incluyendo Martha, se fueron retirando del negocio, desaparecieron

uno a uno, trataron de no romper del todo con su amigo, que no veía, no oía, no decía nada, no detectaba lo que pasaba a su alrededor, estaba enamorado, y ese estado suele afectar profundamente la razón, en el caso particular de Héctor Plasencia, estaba además obcecado, producto de las huellas que muchas mujeres habían dejado en su vida, empezando por su madre.

Brenda, la psicóloga era muy capas en su trabajo, ni quien lo dudara, además de ser amable con los pacientes y de laborar sin descanso. Aunque los pacientes, para ella, tenían un signo de pesos en la frente, y los materializaba en su imaginario, como los abonos de su camioneta, los cupones para el abrigo y las joyas de las tiendas en el barrio de Polanco, en la calle de Masaryk. En el trabajo, era exigente y dura con los demás, la excelencia laboral era su lema, después de todo, también era el lema de su papito, en las empresas que había dirigido y en su carrera política.

Parecía que la vida le fuera en prenda en el consultorio, iniciaba sus labores a las nueve de la mañana, y el último de sus pacientes se marchaba a las siete de la noche. Luego seguía viendo los aspectos administrativos y las finanzas, en eso era obsesiva, y el más fiero capataz.

A los dos años de vivir juntos, sin más, ella decidió que era tiempo de casarse con Héctor, antes habló con su papito, largo y tendido. El licenciado Manuel Breceda, llegó a la ciudad de México y convivió una semana con la pareja. Papito dio por fin su bendición, había revisado que todo estuviera bien. La clínica funcionaba como un reloj suizo, Brenda era el motor propulsor y el alma indudable de todo, ubicada en una colonia adinerada, recibía un flujo importante de pacientes, a los que se cobraba muy bien. Porque, después de todo: ¿No era su nena la alumna de psicología más destacada de la Universidad en donde había estudiado? La Universidad Anáhuac, era uno de los sitios más exclusivos de la gente bien de la Ciudad de México.

Manuel Breceda, vivió siempre la fantasía de que la hija mayor, Brenda Breceda, la primera de sus niñas, de su unión libre con Guadalupe Arantxa Luppi, había estado becada, durante toda su carrera universitaria. Nadie le dijo entonces, ni tampoco después, que Brenda se costeaba la Universidad, con la filiación a un club muy exclusivo, sólo para ejecutivos. En donde las chicas como Brenda, proporcionaban, sus favores, por cantidades considerables, que se pagaban en dólares y solo a clientes de reputación conocida y de cuentas en bancos que se redondeaban en millones de esos billetes verdes.

HÉCTOR

He decidido escribir esto, para no morir del todo, para hacer un último esfuerzo que me permita entender lo sucedido, comprender lo que me tiene apartado del mundo, encerrado en una prisión. Hoy que me enteré que Brenda, la mujer que más he querido en mi vida ha muerto, que se lanzó hacia el vacío, desde la azotea de su casa, mi casa, nuestro hogar ¡Joder!

Me di cuenta... apareció en las noticias, en un periódico, que cayó en mis manos, por mera casualidad. La noticia me lacera el alma, no me toma desprevenido, ya sabía, que algún día sucedería.

Aunque no sé, me sigue causando tanto dolor, si ya estoy separado de ella. Me pregunto sobre todo — y eso es lo más raro — por qué la sigo queriendo, después de lo que ella me hizo. ¿Será que concentré en su persona, todas mis esperanzas de hacer efectiva una relación? ¿Será que la idealicé en exceso? No fue la única mujer con la que me fue mal, heridas parecidas tuve con otras, a esta, no me la puedo sacar de mi vida, lo he intentado todo. Ya en el pasado tuve el mismo tipo de relaciones con otras mujeres. Los calificativos que mejor me describen mi forma de vincularme con ellas son sumisión, posesión, codependencia, centrar mi vida a su alrededor, crear un vínculo tan íntimo en lo afectivo, que quisiera que fuéramos una solo ser. Aunque nunca como en el caso de Brenda, en donde la relación se convirtió en una situación destructiva, posesiva, anormal. En una emoción monstruosa, que acaricia aún mis entrañas, para luego paralizar todo mi cuerpo, mientras me ahogo, en esa nata viscosa que es la hiel de los celos.

Sin embargo, a pesar de considerarme una persona buena, me refiero de sentimientos, nunca he podido manejar mis afectos, soy un inválido emocional. Lo ha sido, debo de puntualizarlo, desde que yo lo recuerdo. Solo me sentí vivo cuando fui un objeto amado por esas mujeres, a las que idealicé demasiado: “¡El estar vivo solo por el amor!” ; “¡Limosnero del amor!” Esas dos frases ridículas, lo sé, que ejemplifican, lo inocente que he sido en mi afán de no estar solo. ¿Habría una enfermedad aún no estudiada, en donde haya algo equivalente al exceso de sensibilidad dolorosa, dirigida hacia la soledad? Así como hay personas que perciben el dolor de manera más acuciosa, por pequeño que este sea, que son intolerantes ante cualquier molestia ¿Habría personas que sean extremadamente sensibles a estar solas? Una especie de fobia a estar con uno mismo, no sabemos nada de esas fronteras de los sentimientos, es solo hasta que nos golpean en la mitad del rostro, que nos percatamos de su poder... ¡Estoy desvariando!

Sé que la soledad es una condición inherente al ser humano, y si no tengo la capacidad para negarla, para diluirme o enajenarme ¡Algo está mal! Lo que siempre he pensado es que estoy deprimido, en efecto crónicamente deprimido. Podría decir que a la luz de lo que he leído recientemente, en las revistas de psiquiatría, — mismas que sigo consultando por Internet —, la separación temprana, con relación a ciertas etapas de la infancia, es vital para afectar la formación de ciertos mapas en nuestro cerebro. Por ejemplo el mapa del amor, del odio y de la autoestima. Parece ser que desarrollamos conexiones entre las células del cerebro en respuesta al amor de nuestros padres, de los seres que nos rodean. También pasa lo contrario, que si las conexiones no se forman adecuadamente, entonces se forma una inadaptación para la soledad.

Un recuerdo claro, que surge de esto, fue el de los niños de un hospital pediátrico. Yo era estudiante de cuarto año de medicina y llevaba mi clase en un hospital de pediatría del Seguro Social. Me llamó la atención, el ver, en una de las cunas, a un niño flaquito, quizás de tres años. Las cunas eran de metal, pintadas de blanco y las paredes rosas. El niño tenía un aspecto de viejito, y se mecía mientras se encontraba sentado, sosteniéndose de los barrotes de la camita. A veces, se alcanzaba a pegar levemente en la cabeza y gemía, no por eso lo evitaba, repetía muchas veces el golpeteo. Le acaricie la cabeza al pasar a su lado. Él me extendió las manitas delgadas, sus ojos sin brillo, lo cargue sin pensarlo mucho y de inmediato se abrazó fuertemente a mí, como si en los dedos hubieran ventosas. No decía muchas palabras, solo algunos monosílabos, sus ojos me miraban de manera insistente, parecía que no hubiera visto una cara en su vida, o trataba de identificarme con algún ser de su pasado reciente. Cuando quise continuar con el paso de la visita, y depositarlo de nuevo en su cuna, me di cuenta que el niño no me soltaba, se aferraba y gemía. Una enfermera vino en mi auxilio, al tiempo que ella lo abrazaba, el bebé pasaba ahora a ver detenidamente la cara de la mujer. Ella me dijo que el niño había sido abandonado por sus padres, y que eso que yo veía ahora, era la reacción que presentaban los niños abandonados, incluso leí mas adelante en mi carrera, se detenía su crecimiento, adelgazaban y finalmente morían. Los niños abandonados mueren por falta de amor. Basta que sean adoptados, para que de inmediato, su hormona del crecimiento vuelva a producirse, y si los padres adoptivos son cariñosos, el niño se recuperara de peso y emociones.

Entonces intuí que la mirada exploratoria del niño era cierta. Detectaba,

estaba alerta para darse cuenta de inmediato, si lo separaban de esos brazos tibios ¿Se habría desarrollado en él un sentido especial de localización del abandono? Esa posibilidad, resonó dentro de mi cabeza desde entonces, de una manera muy especial.

Ese niño se llamaba Jaime, y todo el tiempo que roté por ese cunero, traté de dedicarle unos minutos. No era gratis mi atención y afecto que le proporcionaba al bebé viejito del cunero, pues cada que lo cargaba, sentía que ese niño era como una “llave” que me permitía abrir las puertas de mi pasado, una especie de señalización, que me concedía avanzar, a pesar de sopesar su dolor en mis brazos. “El síndrome de Jaimito”, ese fue mi diagnostico, eso es lo que yo tengo, aunque pocos sepan que esa enfermedad exista.

En ese mismo periodo me enteré, por un documental, que vi en la televisión, de los llamados “Monos de Harlow”. Changuitos que eran separados de sus madres en etapas tempranas y quienes se les daba como mamás sustitutas muñecas de alambre o felpa, con un biberón. Los bebes monitos se balanceaban igual que Jaime, con más intensidad, sobre todo era mas notorio en los changuitos de las frías mamas de alambre. ¿Y yo? ¿Cuándo me empecé a balancear? Me pregunte al finalizar de ver el documental.

Mi abuela vivía entonces, por esa época en que conocí al bebé Jaime y a los “Monos de Harlow”, y sin aclarar más, un día que estábamos solos los dos, en la vecindad que habitábamos, le pregunte, que si yo cuando nene, me había mecido en mi cuna solito, traté de imitar un poco, el movimiento y la posición a la que me refería. Ella se rió y me dijo que si, que cómo lo sabía. “¿Cuándo notó que me meneaba así abuelita?” Ella me respondió con una voz dulce mientras acariciaba mi cara: “Desde que los abandonó su madre”.

RAÚL SAUCEDA

Él era un hombre de cerca de cuarenta años, cuando se encontró con Brenda por primera vez, en un camerino de una estación de la televisión cultural. Ella por supuesto fingió no conocerlo, los libros que había escrito, y la fama instantánea, de conductor de programas de televisión culturales, hacían que eso fuera poco probable. Él era un hombre alto, guapo, por lo menos así lo describían las mujeres que estaban cerca de él. Su mirada serena, distraída de sus ojos azules, de cuya presencia, las mujeres no podían apartarse con facilidad; al mismo tiempo que la barba negra, densa y cerrada; el cabello bien recortado, la pulcritud y la elegancia con la que portaba sus trajes cortados a la medida, las corbatas en armonía y en general la elegancia

en su vestir, hacían difícil que se pensara, cuando alguien no lo conocía bien, que fuera un intelectual, crítico de literatura y cine. Tenía la imagen de un ejecutivo bancario o de un galán cinematográfico. Raúl Saucedo, también era confundido con los hombres de negocios, de los llamados “Chicago Boys”. Elegante y fino en el andar, en el trato personal, en la forma de ser. Su padre fue un torero español, que al retirarse, con una fortuna respetable, se asentó en México y estableció una ganadería de aboleño. De la madre, doña Inés, una mujer de Asturias, era de donde le venía la galanura de sus facciones y el porte distinguido que lo caracterizaba, además de un ligero acento seseado, que por más que intentaba modular en sus programas, se le resbalaba por entre los labios.

Un programa de televisión en el que ambos esposos Plasencia habían sido invitados fue el motivo de que se conocieran. Brenda quería destacar a toda costa y hacerse promoción, le entusiasmaba la idea de ser alguien famosa algún día, como Gaby Vargas, Adela Micha, Lolita Ayala. No en balde, había tomado todos los cursos de auto imagen, actuación y estilo. Si esa noche conseguía desenvolverse bien, con soltura y mostrarse conocedora del tema, era seguro que tendría otras invitaciones televisivas.

Entró despreocupada en el camerino de maquillaje, pensando en lo que comentaría en la transmisión, todo se detuvo en un instante, en que percibió una atmósfera irreal. Cuando vio a Raúl Saucedo, algún engranaje que nunca había usado, se movió en su interior, de tan nuevo y desconocido causo en ella la misma sensación de un rayo paralizante y una sensación de burbujas en el vientre que en vez de dolor le causaban tal placer que sin percatarse le hicieron suspirar intensamente. Él estaba sentado, fumando de manera indiferente, distraído, ajeno a su presencia. Revisaba parte del material que iba a presentar esa noche en su programa. Ella sintió un tirón de algo que le atravesó su cuerpo, un quejido sin voz, se gestó muy adentro y muy debajo de su ser, le expandió por completo su pecho, que terminó en un suspiro mas intenso que todos los anteriores. Le pareció entonces, que toda su vida había recorrido un camino, en apariencia sin sentido, agotador, sin rumbo, de sobrevivencia, que la había llevado al oasis que estaba delante de ella esa noche. Al ver a esa persona, supo que todo lo vivido hasta ese día, había valido la pena, solo por verlo a él.

El oleaje en su abdomen se agitó, los sonidos, y las fragancias, eran únicamente las que se irradiaba de él. Al mismo tiempo que se dio cuenta de la ausencia de su vacío. Ninguna persona le dijo que eso le podía pasar a ella.

Los trescientos segundos que tardo en llegar a donde él estaba sentado, los quinientos y tantos en que sus ojos la acariciaron, se le disolvieron en un suspiro. ¿Cómo fue que nunca se dio cuenta que había seres como el que estaba estrechando su mano? ¿Ese calor...?

— ¡Buenas noches! Señor Saucedá, permítame estrechar su mano, admiro profundamente su trabajo. Soy la doctora Brenda Breceda. ¿Me daría su autógráfo?

Raúl levantó su mirada y le sonrió, apenas la vio, atrajo el papel y la pluma que le ofrecían. Firmo y con un saludo de mano, le dijo gracias. Luego salió del camerino, dando las buenas noches y nuevamente dijo gracias, matizando la voz con una caravana y la sonrisa.

Mientras la maquillaban pensó, que nadie le había movido tanto el piso como ese galán, además de guapo y distinguido, podía ser el padrino que necesitaba para instalarse en la televisión. Cerró los ojos y se vio al lado de Raúl; charlando frente a las cámaras; un técnico haciendo un “close-up”, de su rostro, captando la mejor de sus sonrisas. Porque estaba al lado “del señor perfecto”. Luego las cámaras tomarían al resto de los panelistas, al público, y aún a los camarógrafos. Todas las caras sonrientes, los ojos sólo la miraría a ella.

Cuando terminó el programa que grabaron los esposos Plasencia, ella se disculpó con Héctor por no poder acompañarlo de regreso — argumento que tenía que marcharse súbitamente, había recibido un mensaje en el celular de su papito que llegaba inesperadamente a la ciudad de México, y le había pedido que fuera por él al aeropuerto.

Héctor arrugó la frente, y la miró por arriba del armazón de sus lentes de carey.

— ¿Si te acuerdas que Miguel tiene una semana en el Distrito Federal? ¿Cómo es que vas a ir por él al aeropuerto? Ella se dio la media vuelta arrugando las facciones de su rostro y mientras se alejaba le grito sin mas, que si le iba hacer una escena de celos, que se la guardara para más noche.

De regreso al estudio de televisión, Brenda buscó en el camerino de maquillaje y pregunto por el señor Saucedá. Le dijeron que su programa era en vivo y que duraba toda una hora, cuando ya estaba a punto de terminar. Corrió a esconderse en el baño, pues no podría explicar su presencia en el estudio televisivo, sin tener el gafete que la acreditaban como visitante, mismo que ella ya había regresado.

Escondida, notó que ya lo extrañaba, que él era una obsesión que crecía,

que eso se parecía a la nostalgia que sentía cuando su padre se iba cuando ella era niña. Trató de bloquear ese pensamiento, le dio miedo no poder controlarlo, al mismo tiempo, estaba asombrada de lo que había surgido en su interior y del control que estaba tomando en su vida. ¡Ella, que no creía en la magia del enamoramiento!

Se estaba quedando dormida, — había esperado casi una hora—, cuando escucho que se abría la puerta del baño, eran las risas de un hombre y una mujer, desde el sitio en donde se encontraba agazapada, pudo ver la figura espigada de la actriz de teatro, Laura Medina, que jalaba a un hombre, el cual se dejaba conducir, y que no se resistía mucho. Se estremeció al identificar al amante de la bella mujer, era él, el hombre a quien Brenda esperaba como colegiala.

Laura se abrazaba a Raúl, y desde donde se encontraba la psicóloga pudo ver, como cerraban la puerta de metal del baño con cerrojo por dentro. Las caras de los dos amantes estaban radiantes, y surgían cascadas de sonrisas de sus bocas, en el breve intervalo que no se besaban. Un lavabo, largo, iluminado, y de piedra blanca, fue el lecho amatorio. La pareja se extendió sobre esa superficie, al mismo tiempo que se acariciaban intensamente. Él la desvistió con ternura, besando cada uno de los puntos, de la blanca y suave piel, en la medida que esta era descubierta. Brenda no podía dejar de mirar a la mujer, mientras la envidia la apuñalaba por todos los sitios que él besaba, no podía apartarse de la cara de Laura, quien con los ojos entrecerrados, traducía la expresión de una mujer en medio de los extremos del placer. La mujer de la cabina de metal, sentada en el retrete, no se hubiera imaginado, - hasta ese día en que lo observaba, que existieran tal capacidad y cima para el goce. Eso era algo que ella había devaluado toda la vida, una mera herramienta con la que había costado sus escuelas, viajes, y poder promocionarse en la vida. Una alpinista sexual. Incluso ahora lo seguía haciendo, no muy seguido por cierto, como una forma de mantener controlado a Héctor, su marido, el perro Esnupy, a través del dragón de los celos.

Laura Medina la rubia, de rasgos finos, ojos verdes y boca con labios delgados, respiraba jadeando, lucía radiante, con un gozo desconocido para Brenda. La actriz era una mujer alta, quizás cercana del metro ochenta, en televisión se veía perfecta, en la vida real, lo era aún más, sobre todo, y eso le quedó bien claro a Brenda, estaban enamoradas del mismo hombre. Ese que la abrazaba, y que la hacía ser, de una especie diferente de hembra. La rubia

tenía un matiz, una pincelada en la expresión, que aunque Brenda nunca lo hubiera tenido, cualquier mujer sabía reconocerlo, casi al instante, cuando se le descubría, en otras. Amaba al hombre que se sumergía en su humedad.

Después, buscó la cara de él, estaba enredada en la mata de los cabellos rubios, estaba sumergido por completo en el cuello, era como si se hubieran fusionado por completo en el cuerpo recostado en el mármol del lavabo.

La actriz tenía la falda totalmente enrollada en la cintura, las piernas, largas y esbeltas, sin mucha dificultad, rodeaban por completo la cintura del varón y entre ambos cuerpos, se había instalado una cadencia perfecta. La danza sin melodía, con el ritmo que desemboca en al sincronía total.

Laura no lo dejaba ir, aún cuando ya hubieran terminado. Le decía al oído que se quería quedar pegada a él, injertada, unida. Le decía, todas esas cosas y otras que Brenda no oía, aunque tal vez no se las decía ella. Tal vez era Brenda la que se imaginaba todo: “¡No te salgas! ¡No nos mutiles!, ¡Quédate llenándome de tu calor, afuera de mi no hay nada! ¡Tu y yo, nosotros, somos el todo!”.

Ahora que la cara de Raúl estaba iluminada, se le veía que sonreía ante las palabras de la rubia, y con una de sus manos acariciaba el rostro sudoroso de Laura, apartando los cabellos rizados, la besaba en los labios, despacio y sin prisa. Se dieron un último beso, que no duro más que un instante, — mientras Brenda contuvo un quejido con ambas manos aplicadas a su boca — , y después se separaron. Laura salió primero, y Raúl se secó el rostro y se limpió la ropa con unas toallas de papel húmedas, y con mucha energía, sin siquiera detenerse para que nadie o viera salir del baño después de Laura Medina. Luego salió Brenda, ella su tambaleante, aun con sus piernas que fibrilaban de pasión. Fue hasta que recibió el aire del estacionamiento, que percibió en la entrepierna lo mojada que estaba, y como en un acto reflejo, intentó llevarse la mano a ese sitio, habían mas personas, que la veía, sonrientes.

En el estacionamiento Brenda volvió a toparse con Raúl, está vez sin premeditarlo, ella fue la única sorprendida, él ni siquiera se acordaba de quien era esa mujer. Fue hasta que detectó la forma y color de sus zapatos, que sin perder la calma, le preguntó que si se había divertido con lo que había visto en el baño. Era de noche, y el estacionamiento apenas iluminado, estaba casi vacío.

— ¡Perdón! ¿No entiendo sobre lo que me hablas?... Bueno... no me metí al baño a espiarlos ¿Verdad? Yo estaba, bueno pues estaba ahí, y ustedes

entraron y... pues si los vi ¿Qué podía hacer?.. ¿Decirles, oigan estoy aquí haciendo pipi, podrían irse a coger a otro lado?

Él no dijo nada, mientras ella primero negaba haber estado en ese baño, y luego lo admitía confundida, avergonzada, para finalmente enfrentarse a Raúl, indignada, enojada. Después de un rato de silencio, Raúl le dijo que no había problema, tenía razón, “el show” se lo habían dado ellos, Laura y él, que disculpara el que la hubiera tratado como un patán. Continuo su paso hacia su automóvil estacionado a unos cuantos metros, y ya sin la seriedad en el rostro, le hizo una seña con la mano: el pulgar desplegado sobre el puño cerrado, que le indicaba que se animara.

La chica era una estatua de cera, paralizada, inmóvil, lo que realmente le apretaba en el pecho y el abdomen, era el dolor de ser recordada por unos zapatos horribles, que nunca le habían gustado y que únicamente había aceptado, por ser un regalo de Héctor. Ese día se los había puesto, combinaban con el traje sastre, de color nacarado y el destino era así de cabrón.

Cuando intentaba recordar, lo que siguió a la escena del estacionamiento, no lo tenía claro. Había estado como ausente. Le parecía como que había corrido, — estaba con el aliento entrecortado, o quizás ¿solo caminó más rápido? Se recordaba en la ventanilla del auto de Raúl pidiéndole perdón, o pidiéndole una cita o quizás pidiéndole que le diera el mismo trato que le había dado a Laura Medina. No estaba claro que fue lo que sucedió, solo que en su mano derecha— y de eso se percató, cuando estuvo de nuevo sola en el estacionamiento—, había una tarjeta con el nombre y el teléfono de Raúl y la vaga noción de que se verían en dos días en un café cercano al del lago de Chapultepec.

Ya le había sucedido antes, cuando la ansiedad se desbordaba, le creaba un efecto abrumador, envolvente, en donde la sensación de ahogo, y la percepción de una catástrofe, no le daba otra alternativa que disociarse, bloquear por un instante todo, y estar como autómatas por un tiempo indefinido. Ella había notado en el pasado, periodos mínimos de amnesia, de “lagunas mentales”, esa era la razón por la cual no bebía, le daba miedo perder el control sobre su vida, sobre su cuerpo, ella que era en todo perfecta.

Al acomodarse en el asiento de su auto, se miró en el espejo y a pesar de que eran sus mismos ojos, sin duda, algo había cambiado en ellos; cuando la imagen de Raúl, se brincó en su evocación y su mente supo que estaba enamorada.

PALOMA

Esa noche, cuando me llamó Brenda, yo estaba más dormida que despierta, era muy tarde. Le pregunte: “¿Qué onda, cual es la prisa?, - —y sentí que su voz estaba emocionada — , estaba gimiendo, aunque cuando se lo pregunté, me dijo que como iba a llorar, que estaba muy contenta, que pensaba que eso del amor, como las otras se lo habían platicado, — y ahí me incluía, por las experiencias de tu humilde narradora —, pues qué eran puras jaladas y exageraciones. Yo me reí y añadí: “¡No que no!” “¡Se siente a toda madre! ¿A poco no?”

— ¡Hay Paloma eres muy cabrona! Como la ves, fíjate amiga, ahora que estoy casada y feliz, con la clínica que siempre soñé, y que todo marcha bien, se me aparece el “Príncipe azul” ¡No se vale amiga!... ¡No se vale!...

— Hay Brenda pláticame ¿Dónde lo conociste? ¿Cómo es? ¿Te corresponde? ¿Ya te lo cogiste?

Ya sabes, ¿No? Las típicas preguntas tiernas que uno le hace a las amigas, y que solo buscan acrecentar tu doctorado en las ciencias del amor, algo que no acabas de estudiar y menos entender jamás ¿Verdad?

Conocía a Brenda Breceda cuando ambas éramos unas enanas, en la escuela primaria; su mamá era de las bailarinas del programa de la televisión: “Orfeón a Go-Go” ¿Te acuerdas de ese show? Me encantaba ver a las chicas con minifaldas de tiritas de metal y pelucas, que danzaban como loquitas poseídas, en sus jaulas, que eran como plataformas con rejas estilizadas, mientras grupos bien fresitas, como “Los rebeldes del rock”, “Locos del ritmo”, y “Los Hermanos Carrión” ponían el ambiente musical, haciendo como que tocaban, la mayoría de las veces, eran pistas, “playbacks”, ¡Que fraude! ¿No?

Yo era la niña gordita de la clase, y Brenda la niña bonita y aplicada. ¿Te acuerdas de Petunia, la de Porky Pig? A pues esa era yo, ¡Tu segura servidora! Cuando estaba chiquita. ¡Mucho Gusto!

Nos hicimos amigas, cuando identifique que la señora que estaba por recoger a mi amiga, a la salida del colegio, ella era una estrella de la tele. Nunca se lo dije a la Brenda, me daba como pena. Ni modo que llegara y le dijera: “Oye Brendiux, ¿ya sabes que tu mami es una chica a Go-Go?”. Ni ella me presumió tampoco con ese tema, y esa actitud, como que me gustó, igual como que le valía madre lo que su Jefa hiciera o dejara de hacer.

A veces Brenda llegaba a la escuela sin “lunch”, le compartía del mío, otras veces, cuando ya estábamos en la escuela secundaria, la veía llorar, se

agarraba la panza de dolor, ya luego de mucho preguntarle, me dijo que su mamá había corrido a su papito. Lo que Brenda nunca entendió, es que su papito, — así le decía al desgraciado panzón de su padre —, le había arruinado la vida a ella, a su hermana, a su madre, y a media docena igual que a ellas; que él era un güey casado cuando conoció a su mamá, y bueno, ya sabes, mi amiga era una pinche obcecada. Tenía al Gordo en un altar, y a su madre de puta no la bajaba, bueno pues así, está el gremio de las mujeres mexicanas en cuanto a la solidaridad ¿No?

Me llamó dos veces más, antes de salir con el mentado Raúl, estaba muy emocionada, al mismo tiempo estaba con un poco de miedito ¿Qué tal si se percataba su marido Héctor? Buena gente por cierto, con su cara de perrito regañado, la Brenda le decía “El Esnupy”, a sus espaldas por supuesto. Es que era flaquito, chaparrito con cachetes, y nariz respingada, parecía uno de esos perritos de caricaturas.

Bueno, pues ella estaba bien nerviosa, una cosa es andar con dos o tres galanes al mismo tiempo, como era su estilo, con simples “acostones”, cogiendo donde se podía, con una meta económica o de promoción académica o laboral y otra muy diferente, ponerle el cuerno al marido en forma oficial, y a todo color. Además, por si fuera poco, con el mero guapo de la película. Mi amiga fue siempre bien golfa la pobrecita, y te lo digo en buena onda, y queriéndola mucho, en donde quiera que esté su alma pecadora ¿Verdad? Sí, le ponía empeño a lo de las cogidas, por supuesto que nada gratis, nunca se clavo amorosamente con nadie, hasta que se le apareció ese Raúl, bueno que le vamos a hacer, a estas alturas del partido.

La noche esa, en que se vieron en el “Restaurante del Lago”, se vino derecho para mi casa, Ya sabía que iba a llegar a verme, así que ni me puse el pijama. Como a las once y tantas de la noche, me llamó, y me ordenó, que bajara a abrirle me iba a contar lo de su cita, — ya te he platicado que esa era su estilo ¿No?, cuando te tenía confianza, sin muchos modales y dando ordenes — Mi amiga era bien creída, como medio narcisa, de los que se sienten como hechas a mano, y mentirosa como pocas. Yo, de lo que ella me decía, solo le creía la mitad, ya sabes, hay que ponerle filtros, y buscar el justo medio ¿Así serán todas las psicólocas? Alguna vez que le cacho el Esnupy en una mentirota, le dije que no se dedicaba a la literatura, que canalizara su imaginación de manera creativa. Se encabronó conmigo como tres semanas, y luego como si nada, llegó un día con un pastel y como si no hubiera pasado nada me platicó su vida.

Cenaron, platicaron, se dieron un beso y se despidieron. Ese era el guión general de lo que había pasado, lo demás era como confeti, serpentinas, globos y gorritos, que estaban en la imaginación de la Brenda.

Yo tenía una pregunta bien calada, que era realmente mi método para medirle “el agua a los camotes”, para aquellas, a las que presumían de ser súper atractivas y ligadoras: “¿Cuándo te vuelve a ver?” Aquí, lo importante no es lo que te puedan responder: “el fin de semana, al rato, mañana... no sé”. La clave está en la cara que ponen las amigas, en si titubean, y... sobre todo esto, en el tiempo que tardan en contestar. Mira, llámalo sexto sentido, a mi me funciona. Mi amiga lo sabía, y me miró desafiante con esos ojos de cabrona que tenía, como pensando: “¡Ya me desenmascaraste Paloma!”

— Pues no sé amiga, eso ya depende de él. Tampoco le voy a rogar. No me ves ¡Qué bonita fui a mi cita!

¡Ah! la nena era de las que te embarraban en la cara su belleza. Le hablabas por teléfono para saludarla, toda buena onda. Tú sabes ¿no? : - ¿Cómo estas amiga? - Y cuando me contestaba: “¡Bonita!” ¡No! Me cae que yo sentía como que me jalaban los pelos de la nuca. “¡BONITA!” Y luego, pues ya, qué más le podías preguntar. Tenía estilos de comunicación muy especiales, muy cabrones. Hacía como que pareciera como que no se daba cuenta, era muy calculadora la diva, te estudiaba de la cabeza a los pies, era su manera de sobrevivir, y le funcionó mucho tiempo.

Raúl la acompañó hasta su coche, y al momento de despedirse, sintió que ella buscaba sus labios, rápidamente fingió que su teléfono celular vibraba en el interior de su saco, e hizo un movimiento brusco e inesperado, para extraerlo de la bolsa. Sin embargo en realidad lo había activado él, ahí mismo, para que la pantalla y las teclas se iluminaran de un color azul eléctrico. La besó en la mejilla, de manera convencional, mientras fingía que tomaba una llamada importante y la vio partir. En el auto, Raúl encendió el aparato de sonido. Las notas de la quinta sinfonía de Beethoven fueron el marco de lo que reflexionaba. No prendió el motor por un rato, desde donde estaba, pudo ver como se marchaba el vehículo de la mujer con la cual había estado. Lo había provocado durante toda la cena, primero intentó tomarlo de la mano, de una manera que aparentó como distraída, él apartó a tiempo la suya, tomando el vaso que contenía su bebida. Luego le había colocado el pie descalzo sobre uno de sus zapatos. Estuvo tentado a moverlo hacia otro lado, se detuvo pensando que no le importaba.

Para nada le había mencionado Brenda el motivo de la cena, para lo cual

se habían citado. En el estacionamiento de la televisora, solo dos días atrás, ella le había pedido que la asesorara en la escritura de un libro, que aunque era de los llamados de “autoayuda”, le gustaría, — según le había dicho —, insertar algunas lecturas de personajes o escritores famosos, que ejemplificaran lo que ella planeaba desarrollar. Sin embargo nada de eso salió en la plática. La experiencia de Raúl con ese tipo de muchachas bonitas y presumidas, era que lo utilizaban como trampolín, el cual les permitiría, primero ingresar y luego ascender en el mundo de la televisión.

El tema principal de la velada había sido ella. Su vida, sus logros y lo infeliz que era en su matrimonio, del cual se pensaba separar. Raúl se sintió un tanto molesto toda la noche, por otro lado, había curiosidad de su parte. Se preguntaba hasta donde podían llegar algunas mujeres en su búsqueda de estatus. ¿Sería que ella fuera una Madame Bovary del siglo XXI? ¿Una Ana Karenina? ¿Quizás la re-encarnación de Marilyn Monroe? Sabía que no podía acercarse mucho a ese tipo de personajes de la vida real, eran impredecibles. Tampoco se podía engañar a sí mismo, le gustaba la psicóloga, al mismo tiempo le daba miedo. No era sólo acostarse con ella, eso lo podía hacer en cualquier momento, lo realmente difícil era separarse sin lastimarla, alejarla de su vida, sin que tomaran una actitud de venganza. El movimiento #MeeToo, se había tardado, finalmente, ya se empezaban a escuchar muchos casos en México. La mayoría bien fundamentados, sin embargo él conocía dos casos muy cercanos en donde el único motivo real había sido la venganza.

Se acordó en ese momento de lo que había escuchado en un bar: “¡No mi amigo, lo difícil con algunas viejas no es enamorarlas, sino dejarlas!”. Emprendió el regreso a su casa, y se distrajo compenetrándose en la música de Beethoven, después fue Mozart y casi cuando llegaba a su casa en Coyoacán, sonó su celular. Era Laura Medina, una tonada especial dedicada a ella se lo indicaba: “When a man loves a woman”. La rubia y espigada actriz, era el ser que realmente amaba, no sabía cuanto tiempo iba a durar su relación, ella era una mujer famosa, casada y con dos hijos, mientras la vida le proporcionara esas probadas de felicidad, él no iba a darle la espalda.

Laura, al teléfono, se describía acostada en una cama, con lencería de satín negro, el último modelito que había comprado en la boutique de “Victoria Secrets” de San Antonio. Él se imaginó a la mujer en ese instante, como esa ropa, que resaltaba las líneas perfectas de su cuerpo. Ella añadió, que también le había traído una botella de whisky, de la marca favorita de

Raúl de regalo, no lo pensó dos veces, y cerró la puerta de su cochera, que ya se abría con lentitud, para ir en búsqueda de la mujer que le había llamado, la rubia envuelta en sábanas de seda rojas. La cual, era ya, para ese instante, una obsesión en su mente, y el solo pensar en como lo estaba esperando, le excitó de sobremanera. Todo lo demás, incluyendo lo que había sucedido hacía unas horas, pasaba al terreno del olvido.

Héctor la escucho llegar esa noche, era muy tarde, seguía viendo la televisión, conteniendo sus celos. Brenda pasó corriendo al baño, — para él fue como una ráfaga en ropa de noche —, después de un rato largo en esa habitación. Se terminó de desnudar por completo y se metió con él entre las sábanas, se le notaba agitada, estaba fría y él se resintió a su contacto, se cuidó de no decirle nada, estaba irritado por la tardanza. Estar celoso y enamorado, con esos dos sentimientos antagónicos, le hizo considerar por segunda vez, lo que iba a reclamar y entonces, le pareció que el silencio fuera la mejor opción para esa noche.

Ella lo atrajo, sin preguntar nada, y lo montó, sin siquiera darle un beso. Técnicamente, eso era como violarlo, ningún tribunal se tomaría la molestia de leer el caso. Para ella, era como si estuviera en el gimnasio haciendo aeróbicos, utilizando un vibrador, que en realidad estaba conectado a un esposo con cara de perro. Cerró los ojos y borró por completo la imagen que tenía de la cara cotidiana de su marido, quien sólo hacía unos pocos segundos, la había mirado con ternura, con su cara de perro asustado. Las siluetas de los amantes del baño, surgieron nítidamente como unos relámpagos, que se movían y sudaban, solo que ahora, Laura Medina no estaba recostada en el lavabo de piedra, en su lugar, estaba ella, poseída por Raúl. Le costaba trabajo seguir con sus fantasías, ya que seguía abrazada, a ese cuerpo delgado, frágil, lampiño, que no era para nada, el del hombre que imaginaba, no le importó mucho en ese instante, el carrujo de marihuana que se había fumado en el baño, también hacía lo suyo, cancelaba todas las evidencias, que le gritaban, de esa otra realidad que tenía entre sus piernas. Se sintió guiada, no por los sentidos que le abrumaban, sino por la imaginación que con “Juanita” de la mano lo bloqueaba todo, y que la hacía percibirse casi en la cima, tanto, que se adivinaba con la misma expresión de placer, que había visto en la cara de Laura Medina. Entonces, su respiración se hizo incontenible, jadeaba y gemía, estaba desbocada, tanto, que no se dio cuenta que su esposo, hacía mucho tiempo que ya había terminado, y que con una expresión de asombro y susto la miraba, al mismo tiempo que trataba de

ayudar con las manos, para que el orgasmo continuara desenrollándose. Este se manifestó por fin, en la forma de una de esas serpientes de muchos metros, que calientes y vibrantes, la mantuvieron por una eternidad contraída y jadeante.

Esa noche, después de mucho tiempo, Brenda tuvo un orgasmo magnífico, había funcionado hacer el amor en la mente, y coger con el cuerpo. Una sonrisa iluminó su rostro, al abrir los ojos, se dio cuenta que su esposo la miraba con una expresión extraña.

— ¿Te gusto cariño? ¡Estuvo fenomenal! Es que si té tardas en venirte, si me dejas llegar hasta arriba ¡Wow! ¡Creo que me hiciste alucinar! - ¿Qué te tomaste chaparrito? Lo que sea, hay que hacerlo más seguido, hasta mañana Bebé.

Se dio la media vuelta y se quedó dormida en un instante. Héctor sacó un cigarrillo y lo prendió. La luz de una pequeña lámpara que estaba a su lado, iluminaba la habitación, los muebles estilo colonial eran horribles, a él nunca le habían gustado, tampoco le importaban ya mucho. Se hacía la idea que vivía en una casa de antigüedades. Había jarrones por todos lados, ositos, y cuadros con fotos pequeñas: Brenda con su padre; su papito solo; de su esposa sola en diferentes paisajes y en una sola, de todas esas fotos, de todas las que había en esa habitación, estaban retratados juntos ellos dos en una única foto. Esa fotografía, había sido tomada el día de su boda. La boda que ella había decidido: como, cuando y con quien. Ceremonia ecológica, entre árboles, todos de blanco, informales, que como todas las cosas extrañas que ella planeaba, era como jugar a “pretender ser”. Tú eres el novio y yo la novia. Nos casamos y dormimos juntos, . Siempre le había parecido a Héctor que su esposa era como una “hippie nice”, “hippie fresa” de los años setenta, que vivía desfasada en el siglo veintiuno.

Lo que le tenía intrigado esa noche, no era lo horrible del mobiliario, como quiera, esa recamara había sido su hábitat natural en los últimos años. Se había dado cuenta perfecta, que nada había cambiado en la manera del cómo habían hecho el amor. Él era “eyaculador precoz”, y era en todas las veces, sin excepción. Le quedaba bien claro, que aún cuando estaban en terapia sexual, las cosas no avanzaban tan rápido, de hecho, ella no había seguido esa noche los ejercicios prescritos por el terapeuta, se había lanzado de manera desobediente a coger, sin calentar motores, sin los ejercicios para que él se contuviera, y sin que ella hiciera pausas. El resultado era que la penetración había sido fugaz, apenas duró un par de minutos. Brenda había

acabado sola, en un estado de excitación intensa, ciertamente diferente a sus previas interacciones sexuales. Le había ayudado la marihuana, ambos la habían usado antes, aunque ella era la menos entusiasta en ese tipo de exploraciones eróticas. Al verla dormir, mientras fumaba, un sentimiento raro se apoderó de él. No lo detectó al principio, su mente estaba ocupada en descifrar el misterio de ese coito, que había sido calificado, por la ejecutora y juez, como “maravilloso”.

En la medida que descartaba muchas pasibilidades, suposiciones, hechos, ese gusano que sentía en la panza se engrosaba, se iba hinchando, cambiando de forma y textura, hasta que de un solo brinco se fue a instalar primero en su pecho y luego a su cerebro. Ahí fue que lo reconoció bien pronto — ya antes lo había habitado esa criatura, sobre todo con un amor previo, Mónica la veracruzana, el gusano le barrenaba el alma, y los vísceras, no lo dejaba descansar, dormir, comer, le daba de martillazos y lo cegaba en cuanto a sus capacidades—. Él sabía, que el nombre de esa alimaña era Celos, igual eso de nada le iba a servir su nombre e incluso su diagnóstico médico Celotipia.

Ese fin de semana, Brenda llamó varias veces al celular de Raúl, en todos los intentos, la voz anónima de la compañía a donde estaba suscrito le informó que el teléfono estaba apagado. Héctor había salido de la ciudad, para ir a dar unos cursos y regresaría hasta el domingo por la noche. Era sábado y la mujer manejó hasta la casa de Raúl, por lo menos, hasta donde él dijo que vivía. Se estacionó a una distancia prudente. Había luz en una de las ventanas y decidió volverle a llamar, la voz de la mujer en la grabadora de la compañía telefónica, que le indicaba que el teléfono estaba apagado o fuera del área de servicio, le molestó de manera notoria, sintió que se dirigía precisamente a ella, a Brenda Breceda.

Hacía frío, octubre era un mes en donde el aire se colaba por los huecos de la ropa y ponía la piel de gallina. La oscuridad era casi completa, la calle estaba solitaria y llena de hojas secas. La casa de Raúl, era rústica, de piedra color marrón, techo de dos aguas con tejas verdes. Un desnivel comunicaba la calle con el sótano, sitio en donde se veía la gran puerta de madera del estacionamiento.

¿Cuánto tiempo tendría que esperarlo? ¿Sería como su papito, que dejaba la luz de la casa encendida, para distraer al posible ladrón? Se acomodó en el interior del vehículo, sin una clara noción de lo hacía y espero. Se estaba quedando adormilada, cuando vio que se abría la puerta de madera

de la cochera y salía un auto que no era el de Raúl, no tardó mucho en darse cuenta que la mujer que conducía el vehículo era Laura Medina y que llevaba la misma cara radiante de aquella noche, al salir del baño de la televisora. Sin pensarlo mucho, sin darse cabal cuenta siquiera de lo que se estaba haciendo, se encontró siguiendo el auto de Laura Medina, a una distancia considerable, por las calles de Coyoacán, San Ángel, Periférico, Reforma y Lomas. Una mansión de piedra, rejas verdes, y puertas de madera, que se abrían para permitir el paso del auto, fue el resultado de su persecución morbosa.

Brenda se estacionó afuera, a corta distancia de la casa y trató de relajarse, después de todo, esos eran los ejercicios de respiración que practicaba con sus pacientes y que le salían tan bien. En ese momento pensó, que el relajarse era lo indicado, se había puesto muy nerviosa mientras la iba siguiendo, a quien ya consideraba como su rival, el temor de que se escapara, y el miedo a ser descubierta, se sumaron geoméricamente en su pecho. Le temblaban las piernas y le retumbaba el corazón, tenía la boca seca, y las manos heladas. Al detenerse ante la casa de la calle de Cárpatos, los músculos del cuello estaban duros, hechos nudos de tan apretados.

Los ojos entrecerrados, mientras se ejercitaba en relajarse, le permitieron ver, que de nuevo que se abría la puerta principal de la casa. Salía ahora otra camioneta, que manejaba un hombre rubio en camisa deportiva, a su lado iba Laura sentada y en los asientos de atrás, dos niños brincaban distraídamente. Antes de que se cerrara el portón, una muchacha de servicio, salió tímidamente y caminó por la banqueta hacia la dirección en que se encontraba estacionado el carro de Brenda, sin que la chica de servicio se diera siquiera cuenta de la existencia del auto rojo y de su pasajera.

La mucama iba distraída, con el pelo negro, recogido en la nuca formando un chongo, que era cubierto por una pequeña gorra blanca. El delantal impecable del mismo color y el uniforme de color azul, le proporcionaban una apariencia pulcra. De pronto, de un auto estacionado, escucho que la llamaban, se acercó con desconfianza, aún cuando vio, que en el interior estaba una señorita muy bien arreglada.

— ¡Hola buenas noches! Vengo de la televisora en donde trabaja la señor Laura Medina, ella vive en la casa de la esquina ¿No?—Sin esperar la respuesta de la muchacha, continuó desarrollando su actuación de niña bonita y bien intencionada —, le traigo un recado ¿Para donde vas? ¿Si quieres te llevo?

Ya dentro del automóvil, Domitila, la sirvienta de la familia Aznar

Medina, le contó que la señora era esposa del señor Pedro Aznar; que él tenía fábricas, de no sabía que cosa; que si sabía que tenían mucho dinero; el señor no le hacía mucho caso a la señora, se llevaban bien; había dos niños y ella estaba muy contenta con su trabajo. Brenda no tuvo que preguntar mucho, la sirvienta le soltó muchas cosas de manera espontánea. Domitila se bajo en la panadería de la colonia, la cual estaba ubicada, cinco cuadras mas adelante. Brenda lucía una sonrisa de cartón que no quitó en todo el trayecto, le dio una propina a su informante espontánea, y le pidió, que no le dijera a nadie lo que habían platicado. Eso fue todo, Domitila se bajo muy contenta con sus cien pesos, pensando que podría comprarse varios discos compactos piratas de Chente Fernández y Cuco Sánchez.

Mientras manejaba de regreso a su casa, Brenda era un hervidero de ideas y planes. Las posibles situaciones y las suposiciones, le brincaban en su cabeza, como grillos en un comal. Ese hombre y su amante eran seres cotidianos, como ella, por lo que se propuso estudiarlos con mucha precisión. Ya encontraría la forma de seducirlo y que se enamorara de ella. Eso era lo que había hecho toda su vida, para eso estaba más que entrenada, sólo que en esta ocasión las personas estaban más complicadas, apenas los conocía, aunque sabía lo que quería, el resto era trabajo y eso nunca la había espantado.

PALOMA

Me llamó desde su celular, estaba aún en su coche. Se le oía rara. Yo le conocía ese estilo de mi amiga, cuando sonaba distinta, es más, me podía imaginar su cara en esos momentos, de tantas veces que la había visto con su expresión de que “tramaba algo” y en efecto algo traía entre manos.

Me preguntó por mí ex novio Samuel Goldstein, si sabía algo de él, y le dije, que si sabía mucho de él, que seguíamos siendo “cuates”, amigos cariñosos – Tú sabes, nada formal, los dos nos gustábamos y una buena cogida a ninguna persona se le niega —. A veces pasaba a visitarme y dependiendo del estado de calentura interna o externa, en que me encontrara, pasaba o se estaba afuera.

A tanta insistencia de la Brenda, le llamé , a mí me pareció que era un buen negocio para todos, para el Samy en lo económico, para tu servidora en lo sentimental. Siempre me gustó el muchacho cabeza de cerillo, ¿Cómo iba a saber entonces, lo que iba a pasar después?

— Necesito que Samuel me haga un favor ¿Crees que pueda? Mira Palomita, es solo tomar unas fotos de alguien, es como un trabajo de espía, sé que Samuel es taxista, ¿Quien puede pasar mejor desapercibido que un taxista?

Desde que llegó a mi departamento, me lo contó todo, estaba muy maquiavélica la chava. Traté de decirle qué primero se asegurara de qué el galán le hiciera caso, “la pelara” y luego lo demás ¿No? Qué Raúl le hiciera caso; todo lo demás era como estar delirando; que no se embarcara en broncas de vigilarlo; para qué involucraba a mas personas. Lo único que me dijo es que las cosas podían hacerse en paralelo. “¿Para qué una cosa y luego la otra, Paloma, eso es de lelos?” Yo solo le “di el avión”. Qué más podía hacer, ella era mi amiga, y tenía que ayudarla ¿No?

Al día siguiente le conté a Samuel del plan de Brenda, le dije que eran mil pesos por día, qué le convenía, pues eso no lo sacaba de andar de ruletero, y me dijo que si le entraba, qué tenían que pagarle por adelantado, todos los días, y que él no se hacía responsable de lo que encontrara.

También me dijo, que tomaba las fotografías y luego se esfumaba, su compromiso sería, únicamente el de entregar los rollos y nada más. Aunque luego cambio de opinión. ¡El muy caliente! Las intenciones se esfumaron, eso fue el primer día que se fue con la Brenda, ya se conocían, yo digo, no es lo mismo que veas ese par de nalgas desde atrás de la barrera, a qué te lances a la arena y te espongas a las cogidas ¡Digo! A mi amiga se le daba con mucha facilidad lo de ser coqueta, era su estilo personal. La caída de ojos para un lado, la sonrisa, el uso exagerado del lenguaje del cuerpo. Para cualquier hombre de este planeta, esos signos funcionan como la luz verde de los semáforos. Samuel estuvo siempre muy ilusionado con picarse a mi amiguita, y tenerla tan cerca, por lo menos le alborotaba las hormonas, situación que era canalizada para el beneficio de tu servidora ¡ Por esos días me daba una cogidas de antología! A mi no me importaba que cuando estaba con los ojos cerrados, dizque concentrado en sus artes amatorias, estuviera imaginándose las piernas, senos y culo de mi amiga. ¡Total! Él estaba con la “cobija de tripas” que era yo, mientras que mi amiga Brenda estaba toda descubijada, y pasando fríos ¿Cómo es la vida no? “¡La suerte de las feas ya la quisieran la bonitas!”

Finalmente no se le hizo con mi amiga, al Samuelito, lo que sí le salió muy bien, fue su labor de espía. Tomó fotos y más fotos, de los tórtolos en todas las situaciones posibles: saliendo tomados de las manos; entrando a la casa de Raúl; cenando y dándose “kikis y más kikis”; o sea “becho y más becho”, para que me entiendas y creo que nada más, hasta ese nivel de información llegó el taxista acomedido, tampoco era el “James Bond” de los judíos de la colonia Condesa.

Mi amiga recibió sus fotos y yo... pues como ya te dije, varias cogidas del buen Samuel, creo que la Brenda me lo dejaba bien calentito, y este a de haber pensado:

“A falta de pan, tortillas, si no me tiro a la buenísima de Brenda, pues ahí está la gordita, esponjada de la dulce y bella Paloma”.

Por supuesto que Héctor ya sospechaba que un galán rondaba a su mujer. Algo estaba disuelto en el aire, porque olía raro, y cargado de ese olor ácido y dulzón de la infidelidad mezclada con celos ¿No? no era normal, que de buenas a primeras su esposa se llenara de muchos compromisos, además de los de su famosa clínica, y que se volviera muy cercana a su antigua amiga, la hermosa y famosa Paloma, es decir yo. Tampoco era normal que Héctor me llamara seguido para saludarme y de pasada, como si fuera sólo

una formalidad, para saber si su esposa estaba conmigo: “De casualidad”- ¿Por qué dirá eso la gente? De casualidad ¿tienes cinco pesos que me prestes? Estaría bien preguntarles, ¿Qué si la casualidad le otorgaba a uno dinero, estaba pidiendo limosna? Ese es otro asunto metafísico —. Por supuesto que siempre le dije al Esnupy, que si había estado su esposa conmigo apenas hacia un instante, y que luego se había marchado cual veloz saeta, a sus asuntos profesionales, ahí ya dependía de lo que cada cual entendía. Me refiero, respecto a cual era la verdadera profesión de mi difunta amiga ¿No?

Cuando Brenda recibió las fotos del Samuel, me llamó inmediatamente, quería saber mi opinión sobre lo que iba a hacer, no es que le importara realmente lo que yo le pudiera decir. A ella nunca le importó mucho lo que yo le dijera ¿Verdad? Creo que era la necesidad, de oírse en el teléfono así misma y revisar su plan. Me dijo que había creado una cuenta en Yahoo, con un pseudónimo, creo que me dijo algo así como, “Gata en celo”, o algo que terminaba en celo. Le iba a enviar las fotos al marido de Laura Medina, con ese pseudónimo y esperaría un tiempo. Luego, saldría con Samuel, a lo que la Gata en Celo llamó: “Trabajo de campo”, para evaluar el impacto de su maniobra, y eso era básicamente todo el plan. Yo le dije que era toda una cabrona, y ella sólo se rió. En mujeres como ella, ese insulto, era como un título nobiliario, y a lo mejor se imaginaba que algún día, no muy lejano, habría corridos rancheros que cantaran sus aventuras amorosas. Ella sabía que yo le tenía envidia, de hecho Brenda sentía que todas las mujeres la envidiaban, la verdad era que mis sentimientos hacia ella estaban bien mezclados. La admiraba, la envidiaba, me daba un poco de lástima, a veces de ternura. Sabía que no era muy buena, la justificaba por la vida que le había tocado, como “a salto de mata”, adaptándose, y utilizando lo mejor que tenía: el culo, la belleza y su inteligencia, así en ese orden. Aunque luego me decían otras amigas que la odiaban “¡Hay pinche Paloma, si todos tenemos una vida de la chingada, que la andas compadeciendo!”. Mi amiga nunca tuvo límites para sí misma, era: “Quiero esto, por lo tanto lo obtengo”; “ese güey se ve curioso”; “Pos me lo cojo, esa tipa me vio feo, le hablo a mi papi y que le den una madriz” Esa era su vida, hasta que se la cargó la chingada.

Habían pasado unos meses y la pareja de Laura y Raúl continuaban saliendo. Samuel conocía ya todos los lugares que frecuentaban. Las fotos le salían cada vez mejor, con lo que ganaba de sus trabajos con la psicóloga, había comprado una cámara digital muy efectiva, con telefoto y alta resolución. Él también estaba intrigado del no ocurría nada con el marido de

Laura, después de las varias fotos que le habían llegado de su amiga misteriosa, “La gata en celo”, así que un día, cambio de modelos fotográficos, y lo siguió a él. Pedro Aznar era un hombre delgado, con cabellos largos, rubios, de semblante fino, y caminar afeminado. Era dueño de una cadena de lotes de automóviles usados y una franquicia con autos nuevos europeos. Las agencias de autos estaban repartidas por toda la ciudad y aunque no vendía muchos, él seguía abriendo más negocios. A las dos semanas de seguirlo, se percató que al lote de autos de la calzada Camarones, llegaba una camioneta negra, de vidrios polarizados, sin placas. Notó que bajaron dos hombres con un par de maletas. Los sujetos parecían gente de campo, usaban sombreros y botas y pantalones vaqueros. Se cubrían con chamarras de cuero finas, a pesar del calor que hacía. Regresó nuevamente el viernes al lote de automóviles, a la misma hora, y al poco rato llegó la camioneta negra de vidrios polarizados. Los mismos sujetos trasportaban maletas similares al interior del negocio, y salieron nuevamente en un tiempo, como de quince minutos, ya sin su equipaje. Samuel adivinó entonces de que se trataba: “lavando dinero”.

Se bajó del taxi y se fue directo al lote, era de noche y se coló entre los autos estacionados, para asomarse por una de las ventanas en donde podría escuchar con claridad lo que conversaban. Su aspecto de joven adinerado, pelirrojo y regordete, le daba el mejor disfraz para infiltrarse, como si fuera un simple cliente. Al asomarse, Samuel vio a los tres hombres que hacían cuentas, y al juntar las torres de fajos de billetes, se entusiasmaban y aplaudían, así, hasta llegar al millón de dólares.

Los hombres se marcharon después de media hora. Pedro Aznar llamó por teléfono de inmediato. Samuel podía intuir que se trataba de una llamada que hacía a una persona especial, eso se veía claramente en la cara del sujeto rubio; en la manera como movía la boca; el cuerpo ladeado, hasta parecía que mandaba unos besos.

Quince minutos después, se estacionó un auto deportivo de color rojo, enfrente del negocio, del cual se bajó un joven fornido, guapo, con apariencia de motociclista sadomasoquista. Traía todavía la ropa del gimnasio, en donde de seguro trabajaba, se podía leer claramente la palabra “Instructor”. Samuel odiaba entrañablemente a los maricas, y solo pudo soportar el tiempo necesario para verlos besarse y poder tomar un par de fotografías.

Ya de regreso a su casa, en el pequeño auto de alquiler, Samuel tenía un ataque de risa incontrolable. Por varias semanas se había gastado la psicóloga

una buena cantidad de dinero, para seguir una estrategia equivocada. Eso no se lo iba a contar a nadie, por el momento al menos. Él era el tipo de personas que sabía esperar, ya vendrían tiempos correctos, en los que podría usar esa información, por lo pronto, a él le seguían pagando una o dos veces a la semana por no hacer otra cosa, más que tomar fotos y tirarse a la gorda de Paloma.

SAMUEL

Samuel Goldstein Martínez era su nombre completo, un judío a medias, producto de los amores de su padre con una de las empleadas de la tienda de casimires y atuendos masculinos en las calles de Brasil, en el llamado “Primer cuadro” de la Ciudad de México. Jacobo Goldstein, había reconocido al hijo, sólo para fines de las leyes mexicanas, y aunque le pasaba una pensión a Marina Martínez, ella tuvo que dejar de trabajar en la tienda de los Goldstein. Samuel creció siendo un ser marginal, abandonado de padre y madre, rondando por lavaderos y azoteas. Lo único que había sacado del padre, era además de su nariz, ojos claros y cabellera pelirroja, una libido insaciable, en especial por la carne morena, y si esta podía ser negra, mejor. Sus gustos eran abigarrados, también le fascinaban las mujeres gordas y caderonas. Cuando conoció a Paloma, supo que, un personaje salido de uno de los cuadros del pintor Botero, había cobrado vida en esa mujer. La musa, descendiente de españoles, era apiñonada, de ojos color café y boca protuberante. Lo único que le incomodaba, era su forma insaciable de comer, después de todo, eso lo hacía, para conservar las formas frondosas y carnosas que a él le fascinaban.

Ya antes, un amigo de arrabales, asombrado por el estilo de las novias de Samuel, y encontrándose ambos en un estado avanzado de intoxicación alcohólica, le había preguntado del de esos gustos en apariencia abigarrados, parecía que le gustaban las más feas del vecindario, a lo que el muchacho le había contestado: “¡Porque son las más agradecidas amigo!”. El compañero de parranda se rió, a lo largo de la amistad que compartieron, se percató, que Samuel tenía razón y algo de sabio, quizás no era muy culto, veía la vida diferente, con ojos prácticos. El método era preguntarse “los porqués”, al mismo tiempo “los paraqués”, a fin de cuentas, eran las mismas cosas que todos miramos sin asombrarnos, como si fueran iguales, no para él.

El taxista vivía en la colonia Condesa, su departamento no era muy grande, era un almacén en miniatura, en donde se podía oler el polvo de la Polonia, los viñedos de Portugal, y si se tenía el sentido del olfato muy

educado, los árboles de olivo de Castilla-La Mancha. La mayoría de los muebles no tenían un pasado que se pudiera detectar a simple vista, y los colores rojo y marrón, eran con mucho los dueños del paisaje. En las ventanas de la sala se veían las copas de los árboles, de un jardín, que los mexicanos llamaban el parque España, y para él, eso era suficiente para saber que estaba en casa, un trozo metafórico de la península ibérica, de donde Isabel y Fernando, los “Reyes Católicos”, los habían expulsado, el mismo año en que Colón había llegado a Santo Domingo.

El piso había sido de su abuela Noemí, quien lo había recogido, cuando ya estaba “bien podrido”, según le había oído a ella comentar. Todas las veces, cuando sentada en una banca de ese parque, platicaba con Ruth, Edith y Raquel, y otras señoras que sonaban igual que Noemí, y que cuando lo miraban sonreían también de manera parecida. La abuela lo regañaba, a pesar de todo, lo quería con ese amor de abuela judía que traspasaba el tiempo y la distancia. Noemí contemplaba en el joven bajito, el mismo semblante de su padre, el abuelo de Samuel, un señor que se llamaba Moisés, y que se había quedado dormido en Praga. La carne revivía, después de todo, eso le gritaba Edith a Noemí, era la herencia, que navegaba continuamente, en ese como éter que fabricaba el tiempo y que algunos se empeñan en llamar espacio. Esas eran las cavilaciones de Noemí, y en mucho, esa fue la razón por la que le había heredado su casita en la colonia Condesa.

Después de descargar su material fotografiado y desplegar cada foto, en el monitor de su computadora, Samuel se fue por una botella de tequila y dejó que esa esencia de agave se resbalara por su boca y garganta. El degustar, también era algo que le habían enseñado las abuelas, lo mismo el alcohol, que la leche, el pan que las manzanas. Suspiró y percibió cómo el alcohol se metía ladinamente por todos esos sitios que estaban alrededor del paladar.

Se preguntó, al ver una de las fotos de esos dos hombres, de la razón de que los homosexuales se besaran sacando tanto la lengua, como si fueran reptiles, que detectaban en ese acto el grado de pasión. Volvió a succionar de la botella, ese líquido transparente, el cual le quemaba un poco desde la mitad de la lengua hasta el fondo del esófago. Luego se fijó en los besos de Laura y Raúl, esos eran discretos y suaves, sólo de verlos sintió como el escroto se le encendía y se llevó la mano a la bragueta. No había nada en este mundo que lo excitara más, que ver los besos de amor de un hombre y una mujer. Nunca había entendido cual era el sentido en las películas eróticas y pornográficas, le daban más importancia a los órganos de la pelvis, que a los besos, a los

labios, la lengua, y los rostros extasiados de los amantes. Los besos en donde los labios de los amantes, dejaban de existir de forma aislada, individual, para fusionarse, como queriendo comerse, a él, lo calentaban en extremo, en este mundo, ver los labios prominentes al besar a una mujer, tenían para Samuel más calor, que el sol de medio día en las playas de Acapulco. La explicación que se había dado, a eso era la ignorancia de los pornócratas. Los espectadores se tienden a identificar con lo que ven en la pantalla, le costaría trabajo pensar, que podrían identificarse alguien con un close-up de un seno, o vulva, mientras que “El mirar a una mujer así, con los ojos bien cerrados, los labios bien abiertos y húmedos, esperando el encuentro de la otra boca, y de esa lengua, con la que jugarían a danzar”. Cuando terminó por fin de masturbarse, permaneció un rato, con la mano húmeda y eso le gustó.

Se quedó dormido en el sillón por un buen rato, al estar en esa posición incómoda, un calambre lo hizo despertar y a pasos titubeantes llegó hasta la recamará en donde se quedó botado cual largo era y luego se volvió a dormir.

“No supe como llegué a ese sitio oscuro. Era como un túnel, en donde apenas una luz se colaba delineando el contorno de lo que me rodeaba. Los automóviles estaban detenidos a lo largo del túnel. Escuché dos estallidos, antes de abrir los ojos. Pensé que podría ser el televisor del vecino, un olor desagradable me hizo abrir los ojos. ¿Los tenía abiertos? Y aún así de todas formas. Ahora que los tenía abiertos, me llevé la mano a la cara para asegurarme que los párpados estuvieran levantados: ¡Lo estaban! Entonces era real lo que veía, los ojos estaban abiertos.

La luz aumentó de intensidad — ¿Me estaré acostumbrando a la oscuridad?—. Los automóviles eran viejos, bien pintados y cuidados en extremo. Los colores sólo se intuían. Me asomé por una de las ventanas del coche en el que me encontraba. Lo primero que me llamó la atención, es que no era el taxi — No poseo otro vehículo —. Oía a pólvora, — entonces era cierto que algo había estallado —, hacía calor. El resto de las personas que se encontraban en los otros autos, estaba sin movimiento. Me bajé y me asomé al vehículo de junto, un Citroën negro que respiraba,— veía como subía y bajaba del sueño —, el chofer y los dos pasajeros eran figuras de una tierra oscura, me percaté de que no tenían ojos. Eran muñecos, muy parecidos a los que vi en Pompeya, aunque yo nunca he estado en ese sitio — ¿Será que los vi en un programa de “National Geographic”?—.

Proseguí caminando por entre los autos. La oscuridad se disolvía en la medida que avanzaba, un sonido, primero apenas detectable, y cada vez más

notorio, llenaba el túnel. Traté de agudizar mi oído, de orientarme por completo hacia el sitio de origen (¿Por qué hacía eso? Era mas importante salir del túnel ¿No?). Era música de Glen Miller, de eso estaba seguro. Mi abuela escuchaba esos discos, que parecían platos de peltre, por las tardes, cuando regresaba de ver a sus amigas del parque. No me acordaba del título de la melodía, de seguro estaba reproduciéndose en alguna toca-cintas, o radio, de algún vehículo. Me percaté de que no había pensado para nada en esa posibilidad, un radio. Metí de manera intempestiva, la mitad del cuerpo en el primer auto que encontré, la tenía abajo, y apreté el botón que decía “On” en el radio. Se escucho la estática a través de las bocinas. Repetí la operación en varios autos, y sólo detecté la reproducción de ese ruido, un zumbido interminable, que se parecía a las abejas en un panal. Estaba muy molesto, el sonido se repetía en cada radio de cada coche, Glen Miller y su banda estaban sonando todo ese momento, surgiendo de algún sitio, — ¿Cómo se llamaba lo que tocaban? ¿Por qué no me recuerdo de algunas cosas en mis sueños? —.

Llegué hasta una de las paredes del túnel, estaba húmeda, al mismo tiempo caliente. El sonido se ubicó en esa zona, escuche pegado a la pared, no se oía nada. Un anciano estaba sentado en el suelo. Usaba un sombrero extraño, corbata negra y camisa blanca. No se movía, tampoco era de sal o de tierra. Me aproximé un poco más, y toque su cuello, estaba muerto, no se sentía el paso del aire. Me quise cerciorar de que estaba difunto. Me aproximé con miedo a su pecho. Ahí fue que me di cuenta que la melodía se llamaba “De buen humor”. Algo que se localizaba en el interior del viejo, la hacia sonar. Era un chip, o algo por el estilo. Levanté la cabeza, y al observar la cara del anciano, me di cuenta que se parecía mucho a mí”.

HÉCTOR

Mi madre, Ernestina, vive todavía. A veces viene a verme, la recibo con respeto, no la quiero. Ella adopta ahora, un papel que nunca tuvo y sobre todo, del que huyó, como lo que es: ¡una ladrona! Yo era muy pequeño para recordar los detalles de su huida. Ahora soy muy grande para juzgarla bien o mal. veces, quiero saber en que estado se encuentran los orificios, las heridas, que me dejó con su partida.

Un día, vi a mi padre, recostado sobre la mesa del comedor, lloraba, su espalda vibraba de una manera especial. Me acerque, sin hacer ruido, con respeto, al mismo tiempo que miedo, solo quería preguntarle, ¿qué le pasaba? Se levantó con rapidez y me respondió con ira, con un rostro colorado,

crispado, erizado, entre lagrimas y mocos: “¡Qué no te das cuenta muchacho pendejo que no tienes madre!”. Siguió llorando, y tomando de una botella de vidrio que tenía a un lado. Yo me alejé confuso. La verdad sea dicha, que para esa edad, tenía siete años, yo me había hecho a la idea, de que mi abuelita Lolita, era mi madre.

Mi padre, que también se llamaba Héctor, era un tipo bohemio, tomaba, cantaba, tocaba la guitarra, era el alma de las reuniones, un galán de las películas del director Juan Orol. Le hizo muchas jugarretas a mi madre, la primera maldad: haberla embarazado diez veces, quizás más, aunque solo tuvo diez hijos a término. La segunda, que no obstante esa muestra ostensible de potencia sexual, mi padre tenía otras muchas queridas, con algunas de las cuales, había engendrado otros hijos.

Un día, como muchos otros, mi padre trajo a vivir a la casa a un amigo, compañero de parrandas, del mismo pueblo de él. En esa casita vivíamos, diez almas infantiles, hacinados por todos lados, además de mis padres y mi abuelita. En los tres cuartos, de lo que llamábamos la casa, dormíamos quince personas, más dos perros: “Solovino” y “Mapache”. Todas las superficies planas, lisas y horizontales, que incluían camas, pisos y sofás, con excepción de la mesa, eran para dormir. Yo me acostaba entre mis padres, no conocí, por ejemplo, la existencia de lo que era una pijama, hasta que crecí, y me di cuenta que la gente se quitaba la ropa de día, y se ponía una más cómoda y holgada en la noche.

Mi madre y Juan, — el huésped de mi padre, y que después fue el gran amor de mi madre —, se llevaron bien desde el primer día, según contaban mis hermanas, — los hombres somos ciegos a esos primeros signos de la atracción femenina, en especial cuando estas no se dirigen a nosotros —. A diferencia de otros amigos, que a veces también se quedaban a dormir las borracheras que compartían con mi padre, Juan se quedó por más tiempo. La única explicación que se me ocurre, por parte de lo permisivo de mi padre, a ese respecto, era lo infravalorada que tenía a Ernestina. Las miradas entre la señora de la casa y Juan los delataban, eso decían mis hermanas, y que Ernestina suspiraba cada que lo veía. Yo no sé si fue amor a “primera vista”, o el odio acumulado que mi padre había engendrado dentro de ella, que le brotó primero como venganza, que se transformó en amor por el otro. Tal vez la libido aumentada de una mujer cercana al climaterio, en donde los bochornos y sudores, elevan la temperatura del cuerpo, y también el deseo sexual, actuaron como catalizadores. Lo cierto, el hecho indiscutible fue que

mi madre y Juan, se fueron una noche de la casa.

En nuestro hogar, en mi familia, en mi persona, esa fue una herida que aún hoy en día, no cierra, a veces sangra. Ese suceso en particular, en esa etapa de mi vida, en mi opinión y a la luz de psicoanálisis, fue determinante para que yo desarrollara esa enfermedad de la celotipia, por cuyas manifestaciones, hoy me encuentro encerrado.

Hoy, que somos todos ya mayores, y que mi madre fue a su vez abandonada, — después de diez años de vivir con Juan, a quien todos apodamos el “Papi”—, ella sigue siendo un ser bien periférico a nuestras existencias.

Ernestina se fue de la vecindad, aunqueno del todo, ya que seguía ligada a nuestras vidas. No estaba muy lejos de nosotros, y desde ahí nos hostigaba ejerciendo su poder despiadado y matriarcal sobre mi padre y sus hijos. Si alguien se portaba mal, era ella quien se presentaba, literalmente como una aparecida, “La Vengadora Justiciera” y nos castigaba. Nada más le faltaba una máscara, como esas que emplean los luchadores, era realmente un personaje temido. Ella quiso ganarse nuestro respeto y el de los demás, utilizando la estrategia del ataque frontal, nunca la caricia, el halago, el convencimiento. Siempre con la espada desenvainada y cortando cabezas, aún cuando ya estuviéramos vencidos de antemano.

Mi abuelita se llamaba Dolores, Lolita, madre de mi madre, y cuando Ernestina se fue, pasamos a ser todos sus hijos, incluyendo la sombra en la que se transformó mi papá.

A los ocho años reprobé , — la única vez en mi vida —, el segundo año de primaria, y el castigo impuesto por “La Vengadora Justiciera”, fue el de alejarme, exiliarme bajo su custodia. Esos tres meses, que duraron las vacaciones escolares, fueron inolvidables por su dureza, aún tengo pesadillas con ellos. Los tres meses me la pasé descalzo y encerrado en el cuarto que habitaban Juan y mi madre. El castigo era para humillarme, además de que el frío se me enterraba en las plantas de mis pies. Ese recuerdo de mis pies desnudos, del agua fría y sucia, del dolor de los guijarros clavándose en las plantas de mis pies, me ha acompañado toda mi vida. Recién llegué a la cárcel, tuve una acción disciplinaria, casi novatada, en donde estuve tres días sin zapatos. El recuerdo de mi infancia en esa misma condición, fue tan intenso que un día somaticé, empecé con dolores articulares en rodillas y cadera. Me tuve que aguantar, no ha dejado de impresionarme, del cómo los recuerdos, que uno cree sepultados, ya olvidados, surgen como zombis del

pesado y tienen una presencia real en nuestras vidas.

Esos años, en que los que falta del afecto de una madre te marca, quedaron compensados, en parte por la figura de mi abuela. ¿De donde le salía tanto amor a esa viejita enjuta, jorobada, siempre con una sonrisa? ¿Cómo le hacía, para tenerlo en exceso para todos nosotros? En formas varias, como la palabra de consuelo, su mano tibia apoyada en la nuca, en la frente, el obsequio humilde de un trozo de chocolate, un caramelo relleno de afecto. Dolores, mi abuela era analfabeta funcional, vestida siempre de negro, con un rebose gris, con motitas negras, una sonrisa enmarcaba la describía, infatigable, era la imagen andante de un ser adaptado a las circunstancias adversas de la vida. La veía en una actividad constantes, con un caminar ágil y despabilado. Dormía apenas, sentada en un sillón; si acaso cinco horas, en abonos de dos o tres; A las cuatro de la mañana, ya estaba barriendo la calle; dándole de comer a sus pajaritos; preparando los tacos de guisado, para que mi padre saliera en su bicicleta a venderlos cuando amaneciera. Ella era como una mujer orquesta, lo hacía todo, y además lo hacía muy bien.

Alguna vez le pregunté que pensaba, sobre lo que había hecho mi madre. Se le nublaron los ojos, y únicamente me dijo que así era la vida, llena de cosas inexplicables, de ella escuché por primera vez eso de “Hay razones que el corazón no entiende, sobre todo, que el corazón no ve”. Sé que se parece mucho a lo que dijo Blaise Pascal, y que de alguien que no sabía leer, no podía ser resultado de una cita de alguna de sus lecturas. Sin embargo, escuchaba el radio desde que amanecía hasta que se dormía, igual oía radionovelas, que noticias y programas culturales. Por ahí citaba cosas, y frases, que luego cual rompecabezas, fui juntando con figuras famosas.

SI NOS DEJAN ...

La última vez que intentó seducir a Raúl, no había conseguido nada, ni un pequeño avance. Se había presentado al finalizar el programa que él comentaba en la televisora, con la excusa del proyecto de su libro. Raúl trató de ser lo más cordial, no podía tratarla por mucho tiempo, sin que un malestar casi físico se le hiciera presente. Algo como un retortijón, a veces como una náusea. Raúl no se quitaba de la cabeza que la bella psicóloga, que sólo lo quería utilizar, para sus fines de ser una estrellita del canal que se promocionaba como la catedral de las luminarias. Esa noche, Brenda estaba realmente bella, un vestido de color guinda, de una sola pieza, el cual le llegaba hasta la rodilla, se entallaba a su cuerpo, como si fuera su segunda piel. Los únicos adornos que usaba, la hacían lucir muy elegante y sobria: una gargantilla negra, de la cual colgaba un pendiente en forma de ángel, muy estilizado, además de los aretes pequeños y dorados.

En la medida que hablaban, ella se acercaba más a él, lo tenía materialmente acorralado. Los camarógrafos y demás personal de la estación, no podían dejar de mirar la silueta enfundada en el vestido guinda, de terciopelo. No faltaron los técnicos, que al pasar enfrente a Raúl, o a las espaldas de Brenda, le hacían a este, la señal de la “V” de la victoria, con ambos dedos, y unas risas traviesas. La situación se tornaba incomoda, por lo que para aliviar el momento, la invitó a tomar un café, al finalizar su programa.

Al salir de la estación televisora, Brenda recibió una llamada de Héctor. Ella titubeó un instante en contestar, la mirada inquisidora de Raúl no le dejó muchas alternativas.

— ¡Hoooola! – Ese era su muy peculiar saludo, cuando era requerida por alguien conocido en el teléfono, seguido de - ¡Bonita! Signo inequívoco de que su interlocutor le había preguntado qué como estaba. – Mira chaparrito, voy a ir a tomar un café con el señor Raúl Saucedo, ya te había platicado ¿No? Me va a echar una mano, — aquí, nuevamente hizo una pausa, en la

que sonrió discretamente, no lo suficiente para que no se diera cuenta Raúl —, ¡Si Héctor!, es sólo un rato, si me tardo mucho me llamas, ya sabes que cuando me entretengo se me va el tiempo volando, ¡Soy una adicta al trabajo!.

Fueron a la pequeña cafetería de la televisora. Ella hubiera querido ir a otro lado, en donde no los estuvieran interrumpiendo, él argumentó que esperaba a una persona en la televisora y que no se podía retirar. Brenda le habló de su proyecto, sin nada muy concreto, nada nuevo el mismo rollo que ya le había comentado previamente, él se sentía enfadado, un tanto exasperado. Los meseros iban y venían, en ese sitio con paredes de vidrio, a esas horas de la noche, se hacían los cambios de turno, y todo estaba saturado.

Raúl le pidió que le dejara su material, con los datos del proyecto que le estaba proponiendo, lo iba a leer con detenimiento, no le prometía nada, y después de mirar su reloj, como un acto fingido más que real, se levantó, diciéndole a uno de los meseros que le pusiera en su cuenta los dos cafés. Ya de salida, y casi sin ver a Brenda, le dijo que uno de sus asistentes se pondría en contacto.

Ella sintió que se le nublaba la vista y también la razón. Lo siguió sin decir nada, a corta distancia, al llegar a una salita de espera, la cual se encontraba casi desierta, le pidió hablar a solas un minuto, al mismo tiempo que lo sujetaba de uno de los brazos y con la mirada le indicó la acompañara a la salita.

— ¡Raúl! – su voz le temblaba un poco, estaba en un volumen aceptable, aunque firme - ¿Qué quieres que haga, para que te fijes en mi? -

Él se encogió de hombros, y movió la cabeza, tratando de no perder la calma, salir de esa situación por lo demás incomoda. - ¡Ahh, no te importo! ¿Nada? – la voz estaba subiendo de volumen de manera gradual, y al ocurrir esto dejaba de notarse el temblor.

—¿Nada? Como amiga, colaboradora... ¿Ni siquiera como mujer? Si no te hubiera visto esa noche con Laura Medina, diría que eres gay, aunque bueno, debes de quererla mucho ¿No? ¿Es eso verdad? – Brenda lloraba, las lágrimas arrastraban el maquillaje, aún así no dejaba de martillar con su voz, todo lo acumulado. Él estaba paralizado, no sabía que hacer, lo único que se le ocurrió fue ofrecerle su pañuelo, Brenda lo rechazó, realmente había un dolor físico, que le impedía detener las lágrimas mas halla de su voluntad, salió por una puerta lateral, giró la cabeza, desde afuera lo vio aún parado, en

el sitio que lo había dejado, sin moverse, solo agitaba de un lado a otro la cabeza, en una actitud de reproche.

Esa noche Brenda subió por primera vez a la barda de la casa en donde vivía y vaciló por unos minutos en saltar. No toleraba que la rechazaran. “¿Qué se había creído ese miserable?” – pensó de manera repetida — . Bajo al cuarto de baño y se cortó con una navaja en las piernas, luego en los brazos. Eran cortes pequeños, milimétricos, apenas unas rayitas, que de rojas se transformaban en púrpura. Había poco dolor, y un descanso infinito. Ella se extasiaba al observaba como salían las pequeñas gotas de sangre, como crecían y luego, desbordadas, se soltaban de las heridas. Esperaba con paciencia, extasiada, entretenida, dissociada, el que se coagulara la sangre. Cuando se detenía el sangrado de un sitio, fabricaba otra rayita, y luego otras mas. El agua de la regadera salía tibia y monótona, las gotas de sangre, iban cayendo en el mosaico, se mezclaban, y le daban al líquido, una tonalidad especial, que finalmente desaparecía por la coladera. Estuvo tres horas el baño, hasta que levantó su cara, y vio su imagen adolorida, y eso se transformó en odio. Ese nuevo sentimiento, se metía por los orificios de su piel, la cual se endurecía. La cara que veía en el espejo, con todos y que estaba enrojecida e hinchada de los párpados, seguía estando igual. Era sin duda ella, Brenda Breceda, llena de odio y rencor, de envidia, sobre todo, llena del tipo de soledad, que tienen aquellos que no saben amar de verdad, y confunden ese sentimiento muy a menudo con el de poseer.

PALOMA

Brenda me llamó por teléfono, era casi de madrugada. Me dijo una serie de cosas, que la verdad, no entendí. Yo estaba muy adormilada, quizás eran las tres de la mañana. Raúl la había despreciado, no la había pelado y eso, no se lo perdonaba a él ni a nadie.

— Hay amiga no te azotes, mira que no es para tanto. ¿Quieres que vaya a verte? — Me dijo que no, que Héctor estaba dormido, y que no quería hacer las cosas más grande, luego añadió, con el tono de voz que se enfriaba un poco: “¡No por ahora!”

— ¡Mira de que me las va a pagar, ese cabrón!... ¡Te juro que me la va a pagar - ¡Hay güey! ¿Qué le podía yo decir? ¿Cómo podía tranquilizarla? Estaba fuera de sí, esa forma como se detenía al pronunciar las palabras, me indicaba que tenía las quijadas trabadas, la lengua, o todo el cuerpo ¡Qué sé yo! Sólo le dije que se acostara, que la invitaba a desayunar temprano, para que me platicara en detalle lo ocurrido. Ella accedió a todo.

Al día siguiente, en el desayuno, se veía patética. Me recordó la época de su infancia, cuando estábamos en la secundaria, cuando su papito las había abandonado.

— ¿Qué vas a hacer amiga? – Me miro y bajando la voz, con una mirada de loca, me dijo que tenía ganas de matarlo. – Te juro por el “Osito Bimbo”, que me dieron ganas de reírme, decirle que no exagerara; aunque cuando la vi cómo empuñaba el cuchillo de la mantequilla, de manera amenazadora, pensé que no era prudente hacer ese comentario. Traté entonces de que reflexionara. Después de todo él no la había engañado

— ¿Qué tal si te hubiera dado la luz verde amiga? Se hubieran acostado ¿Y luego? ¿Sabes que hubiera pasado luego? ... Tú enamorada, y él distante, hubieras sufrido—. Sé que en ese momento no le importó lo que yo le dije, no le importaba nada, era muy rencorosa, y si alguien se la hacía, real o imaginariamente, no paraba hasta desquitarse, o por lo menos humillar a quien la ofendía.

— Raúl no sabe todo lo que sé yo, y esa es tener una delantera en la carrera. ¿No te parece Paloma? Tú me tienes que ayudar amiga.

— ¡Claro que te ayudo! Por eso estoy aquí mas desvelada que una pájara madrugadora. ¡Hay amiga! Te tomas la pinche vida tan en serio, me cae que no es para tanto, ni modo, a veces eso tiene algo bueno...

Me la llevé de compras esa mañana. Después de que se calmó un poco en la cafetería, la tomé del brazo y nos fuimos a ver trapos ¿Tú sabes no? Eso le quita el mal humor a cualquier mujer ¿No? Ella se compró varios juegos de ropa interior, de lencería, muy bonita, luego una blusa transparente negra, y no me acuerdo que otras cosas, hasta que le llamó Héctor al celular. El Esnupy estaba en el aeropuerto, habían quedado en que mi amiga iría por él, Brenda ni se acordó del chaparrito, la verdad es que yo tampoco, con todo lo que me había estado diciendo del galán que se la había ido vivo, a mi la verdad se me había borrado preguntarle por el Esnupy, bueno, no era de mi familia ¿Verdad? Le dijo que estaba con un paciente, el mismo que se le había puesto mal. Creo que él le preguntó por la música que se escuchaba en el centro comercial, o algo por el estilo.

— Estoy con el paciente en un centro comercial, es “exposición graduada”, le tiene miedo a los espacios abiertos, y estamos aquí en Perisur, por eso escuchas la música cariño, no sea celoso, nos vemos en la casa, si puedes compra algo para comer, llego como a las tres ¿Me trajiste mi regalito?

Yo me “quitaba el sombrero”, ante el aplomo de la niña para manejar esos momentos candentes de su vida, el cómo se enfrentaba a todo sin flaquezas. Me había platicado, alguna vez, como estando aún montada en uno de sus amantes, le había llamado por teléfono el tal Héctor, y ella con el miembro del otro vibrando dentro de su cuerpo, le mandaba besos y le decía al Esnupy cuanto lo quería, y hasta que lo extrañaba. ¡Hasta besitos le mandaba la muy canija! ¿Cómo ves? No me espanto, ella era así, autentica, en su falsedad.

Me dirás que son jaladas, o masturbaciones mentales, mi opinión de la difunta, es que era una mujer evolucionada. Los hombres han hecho eso toda la vida ¿NO? coger por acá y por todos lados, y ahora que una mujer hace lo mismo brincan de coraje y la quieren quemar con leña verde. El royo del hombre es “pisa y corre”, el de la mujer es afianzar al macho, para que la mantenga a ella y a los hijos. En mujeres como Brenda, las cosas están revueltas, ellas quieren usar el poder del sexo, para obtener el otro poder. ¿Sabes en que le falló? Te lo platico si me invitas unas memelas y un par de quesadillas. ¿Te salgo barata no?

Recostado en su camastro, revisaba un álbum de recortes de periódicos. Lo hacía muy a menudo. Pasaba las hojas de cartón cubiertas de plástico, en donde bien pegadas, estaban los recortes de las fotos del crimen que había cometido, ahí estaban resguardadas del polvo. Al principio, pensó que podría utilizar de alguna manera esas imágenes. La defensa podía creer lo que quisiera, decían que Héctor les había engañado, de una forma total. No le creían, que él no hubiera sospechado algo turbio en la mente de su esposa. De hecho no sospecho nada, hasta que recostado en el camastro en donde ahora estaba, durante los primeros días de su encierro, había descubierto la trampa urdida por Brenda. Por eso y otras cosas más, que le resultaban ahora tan obvias, Héctor había aceptado estar encerrado, sin alegato alguno, no lo mortificaba, era un castigo aceptado, por algo que había cometido azuzado, era una manera de estar aislado, escondido, separado de una realidad, que no había sabido entender, descifrar, analizar, que aunque evidentes, en el momento que ocurrían las cosas, no las detectó, estaba preso, a su juicio, por pendejo, un grado más que estúpido, por hacer pendejadas, era hacer estupideces, siendo inteligente, y eso se lo repetía cada mañana, cuando después de escupir el último buche de agua, al finalizar de lavarse los dientes, se quedaba mirándose en un espejito metálico que tenía en la celda y con la boca aún humedad y llena de gotas de color blanquecino, veía mover sus

labios que se abrían para formar el trisílabo: ¡Pen-de-jo! ¡Pen-de-jo! ¡Pen-de-jo!

¿Cómo iba a sospechar que las fotos que empezaron a llegar a su correo electrónico, eran fotomontajes? Él, un gran pendejo que había aparentado un desprecio olímpico por las computadoras, y todo lo que tuviera que ver con ella, que sólo utilizaba el Internet y el correo electrónico, como una manera más de comunicarse con sus pacientes, únicamente para eso.

La primera serie de fotos que llegaron, mostraban a Brenda y Raúl, saliendo de la casa del primero en Coyoacán; la siguiente en un conocido restaurante, como si nada, exhibiéndose si recato; en la última de esa serie, Raúl bailaba con Brenda, de quien no se veía bien el rostro, aunque si parte el cabello, oscuro y ensortijado, que le llegaba a la espalda, seguro que era el de ella, era fácil reconocerla. ¡Pues claro que era de ella! Sólo que el cuerpo, el hombre, el resto de la escenografía eran fabricados. Héctor tardó muchos meses en darse cuenta del engaño.

Si la ira y los celos no lo hubieran cegado, hubiera visto que los anillos y pulsera que lucía esa “Brenda” de mentiras, no correspondían a ninguna prenda de las que ella tenía, lo mismo que el reloj, el collar, e incluso el vestido. El cuerpo era más delgado, elegante y no usaba el tipo de ropa pegada, entallada, sensual y un poco vulgar que solía usar su esposa. Había algo más obvio, en la escena de la mesa del restaurante: ¡Brenda era zurda! Y la otra mujer, con cara de Brenda, sostenía el cuchillo con la mano derecha. Nada de eso lo había visto, todo se le había nublado, a causa de la ira y los celos.

La noche que recibió las primeras fotos, Héctor habló con Brenda, en el mejor de los tonos posibles, pidiendo una explicación, tratando de sonar conciliador. Ahora en la prisión, no sabía que lo impulsado a actuar como si no fuera un esposo supuestamente burlado. ¿Sería su narcisismo herido?

Para empezar, ella no negó la “autenticidad” de las fotos, y sacó sus mejores garras, tomando la actitud de ofendida.

- ¡Tú ya sabías que yo veía a Raúl Saucedo! Te lo comente ¡Como siempre se te olvida todo! ¿Cuándo ha sido inmoral que una mujer cene y baile con un hombre con el que trabaja? ¿Es que crees aún que vives en tu pueblo o en la vecindad de quinto patio?

Él ya se sabía todo el guión, cada escena, las actuaciones de Brenda eran de antología. Al principio de su relación, y aún de recién casados, en las primeras versiones de sus escenificaciones, había mordido el anzuelo, y se

había enganchado en broncas de proporciones descomunales. Ahora tenía un sobre entrenamiento, una tolerancia desarrollada por la repetición de los numeritos, únicamente la miraba, se dedicaba a estudiar sus gestos, a esquivar sus golpes bajos, aquellos en donde lo insultaba o le llenaba de apodos: “¡Eres un perro, por eso se te puso la cara como pinche perro! ¡La perra de tu madre, por eso los abandonó, por machitos!” “¡A mi no me tratas como de seguro trataba el borracho de tu padre a los demás!”. Brenda montaba en cólera, sobre todo cuando Héctor la daba el trato de paciente psiquiátrica agitada, y esa vez no fue la excepción, ya para finalizar, le echó en cara que a fin de cuentas, lo que la arrojaba en brazos de otros hombres, era “la insatisfacción sexual crónica”, que padecía con un puto marica como él.

—¡Gozo más masturbándome, qué con las embarradas que me das por fuera! ¡ No sirves ni para eso!

— ¡Tranquila! Solo te quiero decir que necesitas analizarte para seguir en esta clínica. Hable con la doctora que pusiste entre tus cartas de recomendaciones. Ella no es analista, es psiquiatra. No le dije que era tu esposo, pero si que estabas trabajando en mi clínica como terapeuta. Me pidió que continúes tu análisis, por tu bien y por el de los pacientes. Ella sospecha que tienes un trastorno limite de personalidad.

— ¿Te dijo eso la doctora Lorena Romero? ¡Que poco profesional, pinche vieja! ¿A poco no lo sabías tú pinche hijo de Lacan y nieto de Freud? ¿Y? ¿Si no voy a psicoanalizarme me corres? ¿Te divorcias de mi?

— ¡Es para que no obtengamos una buena calificación de la clínica!

— ¡Mira pendejo Esnupy! Para que te lo sepas yo no uso psicoanálisis en mis pacientes, eso es para estafadores como tú. Yo soy terapeuta cognitivo conductual. Eso es lo que si está aprobado por los seguros médicos en Estados Unidos y a mi con eso me basta.

Las dos tabletas de tranquilizantes, y el trago de whisky “derecho”, le ayudaban. Literalmente sentía como que Brenda estaba muy fuera de su mundo, la indiferencia y hasta la flojera, le impidieron agitarse siquiera, cuando escucho que Brenda se estaba metiendo con su vida sexual, tuvo la fantasía, de disponer de u control remoto, con un botón rojo y reluciente, que le permitiera apagar sus reclamos, o tal vez usar el botón de “mute”, para conseguir borrar de su boca las palabras , aun cuando permaneciera gesticulando.

Ella seguía moviendo la boca, el alcohol y los calmantes, eran los

botones del “silencio”, la observaba en cámara lenta, la boca se abría y cerraba, apretaba los dientes, se afinaban los labios, no paraba de hablar, se le aceraba enfrenandolo, era una diarrea de insultos, que él, ya había oído antes. “¿Habría algún tipo de estudio conductual con las caras de seres humanos en estado extremos de ira? Sería interesante el poder mostrar este material a los mismos pacientes, cuando estaban en terapia, se percatarían de lo parecido que son a los chimpancés”. Héctor solo observaba el movimiento de sus labios, que parecían como estar practicando, una serie de ejercicios gimnásticos, después salió de la recámara y la dejó gritando a solas. No le había aclarado nada de las fotos, sólo estaba el hecho, en ese momento en particular, que ella aceptaba ser la pareja de Raúl Saucedo. “Lo trágico de ese momento, - - pensó Héctor en la cárcel —, fue que la bronca, la gran actuación de Brenda, ocultó la verdad: no era ella la de las fotos, ni tampoco que Raúl Saucedo la amara.

Esa noche, al diluirse el efecto del alcohol y sedantes, se despertó de un solo salto. Tres de la madrugada, “La hora del lobo”. Desconoció la sala como el sitio habitual de sus sueños, ya orientado, después de ir al baño y mojarse la cara, encendió un cigarrillo y se fue a conectarse al Internet.

El “Amigo Rito”, le había enviado dos nuevas fotos de la pareja: Raúl besando a Brenda; otra foto mas, con la mujer reclinada sobre la pelvis de Raúl, en una posición más que sugerente.

“Mi buen amigo, si usted no ha notado la emergencia de cornamentas en su cabeza, es por la falta de calcio. Nuestro suplemento FOSFO-VITA-CAL es el mejor medicamento en su género.

FOSFO, contiene ¡Fósforo! Ideal para una sexualidad potente.

VITA. Por ser un combo de vitaminas, con las que, el que acaba pronto, el masturbador compulsivo, el eyaculador precoz, el que no logra que se le pare ni con el himno nacional, encontrara una notoria mejoría.

CAL. El calcio, elemento básico para el desarrollo del hueso y cornamentas.

Recuerde amigo, si no tiene cuernos, no significa que su esposa sea una santa o que le sea fiel, la deficiencia de calcio puede ser la explicación, de que aún no se le desarrollen los cuernos”.

Era claro que alguien, bien informado, se estaba burlando, aunque no dejaba de reconocer el elemento de la creatividad y sentido del humor. No era Brenda Breceda. Apretó la tecla en el monitor que decía “responder” y

escribió: “¿Qué quieres? Estoy asombrado de todo lo que sabes de mí, no me importa. ¿Qué quieres?”

Pasaron menos de cinco minutos, cuando sonó la campanita de “Mensaje nuevo”, era el Amigo Rito que en un correo le decía: “¡Te invito a chatear!”.

Héctor: ¿Qué quieres de mi cabrón?

Amigo Rito: ¡Que paso! ¿Así sin más, sin decir buenas noches?
¡BUENAS NOCHES DOCTOR!

- H: ¡Buenas noches güey!

- Ar: ¡Buenas las tengas! Las noches, por supuesto

- H: Eres un ser enfermo ¿Sabías eso? ¿Qué te propones con el envío de esas fotos?

- Ar: ¿TÚ QUE CREES PENDEJO? ¿QUÉ QUIERO SER TU NOVIO?

- H: ¿Quieres un billete? ¿Qué ganas con enviarme las fotos?

- Ar: Por el momento que estés enojado y ... ¡Ya lo logré!

- H: No me vas a sacarme dinero... no tengo nada. ¿Quién te pago para hacer esto?

- Ar: Digamos que soy un “free lance”, me entero de cosas, a veces por terceras personas y luego arrojó mis anzuelos al mar... a veces se pesca y otras, pues no.

- H: Pues ya te chingaste conmigo cuate, no vas a obtener ni un peso.

- Ar: ¿Quién te ha dicho que quiero dinero? A lo mejor soy el amante de tu esposa, y quiero que te separes de ella... ¿Has pensado en esa posibilidad?

- H: Pensaría que eres muy pendejo si haces eso... no me voy a separar de Brenda por lo de las fotos, estas perdiendo el tiempo.

- Ar: ¿Te digo una cosa?

- H: ¿?

- Ar: Raúl Saucedo habla muy mal de ti, tenemos intervenido su teléfono y de pendejo no te baja. ¿Tú crees que anda con Brenda porque la quiere? Es sólo para hacerte daño, él si sabe quien eres tú. ¡Sabandija... arrastrado... mandilón!

- H: ¿Por qué me insultas? Pareciera ser que el que me odia eres tú. ¿Nos conocemos?

- Ar: No... yo solo conozco tu reputación, debo decir buena en lo

profesional, solo que la vida está llena de oportunidades, que hay que saber atrapar, tú eres para mí, una de esas oportunidades. ¡¡Ya me voy a salir del chat, avísame, cuando descubras que quiero de ti... apúrate, no te vayan a ganar la carrera... Bye!!

La pantalla indicó que la persona con la que platicaba se había desconectado. Esa imagen parecía burlarse de él, un payaso con un globo surgió del recuadro que decía: "Amigo Rito terminó la conversación"...

HÉCTOR

Mi hermano mayor se llama Ramiro. Tenía 16 años cuando nuestra madre se fue de casa y 20 años cuando murió papá. Las barbas de Ramiro eran negras y muy largas, lo mismo que su pelo, leía y volvía a leer, su dicho era: "Mejor re-leer que el no hacer nada". Estudió filosofía, historia y letras, luego inglés, francés, italiano y alemán, sólo para poder leer lo que le caía en sus manos: "¡Traduttore, traditore!", me decía, cada que leía una obra en su texto original. Los libros se apilaban del piso al techo, en filas verticales. "Dime que libro quieres Carnalín y te digo donde está". A eso jugábamos cuando yo era niño. En un tocadiscos muy viejo escuchaba discos, que para la mayoría de nosotros sonaban raros. En una vecindad de barrio marginal, en donde lo que uno escuchaba eran tríos, boleros, música tropical, escuchar a Mozart, a Beethoven, Malher y Prokofiev, era una excentricidad. Ahí estaba Ramiro, aislado, con sus libros, y su música rara. Me decía que leyerá: "Aunque sean las caricaturas carnal, ¡Hay que leer!". Él se había iniciado en sus hábitos de lectura solito, sin nadie que lo guiara, pasó de los "comics" a los libros, sin querer, como en un resbalón: "Cuando era niño, había una señora que alquilaba los cuentos y revistas de muñequitos, eran la renta de cinco cuentos por 20 centavos, de esos de cobre, grandotes, con un sol y un gorro frigio por un lado y por el otro el águila sobre un nopal, devorando a la serpiente.

La señora que alquilaba los cuentos, ponía unas bancas montadas sobre ladrillos, y ahí leía: "Chanoc", "Memín Pingüín", "Lagrimas y Risas"; "Tawa"; "Kalimán el hombre increíble"; "El Charrito de oro"; "La Familia Burrón"; "Santo, el enmascarado de plata"; "Los supersabios". Lo que de verdad me abrió los ojos a la lectura fueron "Los supermachos", que luego se convirtieron en "Los agachados", de un tal Rius, mejor conocido como Eduardo del Río. Tú deberías de iniciarte por ese mismo camino en las lecturas carnal"

Ramiro fue "la estrella polar" que nos hizo mirar hacia otras

posibilidades, otro tipo de vida, diferente, no mejor o peor, sólo distinta. A muchas personas, ajenas a la familia, no les quedaba claro Ramiro, era como una especie de “Druida” o de “Pachá árabe”, que desde su habitación, rodeado de libros salía a decirnos que éramos unos pendejos, o por el contrario, que no estábamos tan mal, o simplemente a platicar y de pasada una encaminadita en la cultura. Para mí era como la metáfora en persona. A veces, me decía que así debía de haber sido la función de los primeros chamanes. Seres que observaban e integraban, digerían y acumulaban las experiencias colectivas. No todos podemos leer e integrar lo que ingresa a nuestro cerebro, igual o con la misma facilidad, que los que están dedicados sólo a esa tarea. Ese es mi hermano Ramiro, al que en la vecindad apodaron como el “El Loco”.

En una de sus pláticas me decía: “Yo solo los encamino carnal, mira es como estar con unas ovejitas, solo los pastoreo, si solo nos mantenemos fuera de las broncas, ya estamos a la mitad. No chupes, el alcohol mató a nuestro papá. ¡Pinche cáncer en el estómago! ¡Cómo chingados no le iba a dar, si todo el día estaba bien pedo!.

Lo otro, son las nenas hermanito. ¡Fíjate a donde la metes güey! Lo difícil no es meter, si no sacar. Yo por eso casi no salgo de mi cuarto, ¿Para qué? Todo lo que quiero saber esta en los libros, discos, y en las películas”

Ramiro fue nuestro Gurú. Injertado en su cama, rodeado de libros y su música, era como una especie de “padrinito”. Ahí sentado en el lecho, en posición de loto, con un libro abierto en el regazo, leía y se acariciaba sus barbas, mientras daba sorbitos a su café – “¡Mi único pinche vicio, es ponerle azúcar al café carnal!”-. Mi hermano fue el puente que la familia lanzó desde la isla de la “Desesperación” a la “Civilización de enfrente”, la que está cruzando la calle, cerca de la Universidad. Nadie se puso de acuerdo, no hubo un plan, solo algo como la fe y el amor entre hermanos, seres dolidos y unidos por el infortunio. Yo creo que entendimos que no había mas familia, que nosotros mismos.

Treinta años después, los diez hermanos, los hijos de Ernestina y Héctor, todos tienen una carrera universitaria, no nos va tan mal, y me pregunto ¿Hubiera sido esto posible sin el ejemplo de Ramiro? La respuesta obvia es no, él fue nuestra inversión hacia el futuro. Quizás mi hermano nunca quizás afrontar el mundo exterior de manera abierta, y nos formó para que nosotros saliéramos, como sus “ojos y oídos” al mundo. Eso él lo sabe de sobra, fue una relación de ganar-ganar, para todos.

Cuando estaba cursando la mitad de la carrera de medicina, me dio por tomar, primero como parte de las celebraciones y fiestas, Aunque luego, buscaba cualquier pretextos para entrarle de lleno al alcohol. Martín, el segundo de mis hermanos, el que seguía de Ramiro, me apadrinó. Él había sido un trabajador incansable, de niño cargaba canastas en el mercado, ayudaba en lo que podía a las señoras de la vecindad. Se ganaba el peso, los cinco y hasta los diez. Ya más grande se iba a los supermercados y ahí, era de los niños que empacaban la mercancía: “Los cerillos”. Le daba mucha risa, que el resto de sus hermanos fuéramos tan tímidos o presumidos, que nos diera vergüenza trabajar de cargadores: “¡Huy que chamacos! Ni que fueran a perder a sus admiradoras!” nos decía muerto de risa. Estudió la carrera de leyes y desde que estaba en la escuela, se iba a litigar a los bufetes de abogados, y ya con dinero en la mano, pues también ahí empezó a irse a las cantinas.

Martín tocaba muy bien la guitarra y yo cantaba, lo que primero fue una afición, se fue convirtiendo en nuestra perdición. Luis, el tercero de mis hermanos, también se hizo asiduo a las fiestas y al alcohol. No había fiesta de nuestra vecindad, o de otras de la colonia, en donde los hermanos Plasencia no apareciéramos como invitados. Nos llamaban para ir a dar serenatas; para tocar enfrente de las puerta y ventanas de las novias; a las comidas y pachangas diarias; no nos faltaba la reunión. Si al principio era una o dos veces a la semana, después no teníamos ningún día de descanso. Lo mismo pasaba en lo referente a emborracharnos. Fue algo imperceptible, de buenas a primeras, ya estábamos tomando, aún que no hubiera, fiesta. Nos reuniríamos con el pretexto de ensayar, componer, hacer arreglos musicales, todo era una buena excusa.

Ramiro se jalaba los pelos de la barba de enojo. Nos regañaba, nos insultaba, hasta que por fin un día, cansado de hablarle a la pared, que lo hiciéramos caso, se fue de la casa. Ese hecho nos sacudió, aunque no pasó de ahí. Tampoco nos intimidó que mi abuelita estuviera enferma, - ella era todo lo que nos quedaba como figura de autoridad, era la piedra de fundación de mi familia- . La noche en que se murió, yo estaba con Martín en la cantina “La Zacatecas”, estábamos bien borrachos, y hasta ahí llegó Luis, que ya había ido a jurar a “La Villa”, con la Virgen de Guadalupe, ya no se emborrachaba. Juró no tomar por un año, si se aliviaba Lolita. Cuando entro a la cervecería y nos miró en silencio, con los ojos cubiertos de lágrimas, mojado por la llovizna que había caído todo el día, no nos tuvo que decir ya

nada, en ese momento, sentí como la borrachera se me caía por completo, hasta la planta de los pies.

Nunca me ha dolida tanto una muerte, como la de esa viejecita buena que fue Dolores, Lolita, mi querida abuelita. Ahí estaba tendida en la camita, con las manos en el pecho y una cruz entre los dedos. Me acerque a besar su frente, antes siempre tibia, ese día helada, como si fuera de piedra. En el momento en que tocaron mis labios su frente, sentí que me hablaba: “¡Otra vez chiquito! ¿Te vas a volver tú también un hombre basura como tu papá?” Esa noche, fue la última ocasión que bebí en mi vida. ¿Un milagrito de la viejita? Yo lo creo así, su frente fría cerró mi boca para el vino, y ese hecho, lo tengo grabado como el último regalo del ser que más me ha amado, mi querida abuelita. Aunque, no pensé que eso ocurriría así de fácil, de hecho, noté que no había tomado alcohol, hasta la última misa de mi abuelita, la novena.

Una semana después me invitó Martín a comer, tomar a una cantina en donde servían codornices. Le dije a mi hermano que iría, que no iba a tomar nada, — le mentí un poco, también le dije que estaba jurado como Luis —. Se me quedó mirando y luego me dijo que se iba al baño. En ese momento que se ausentó, el mesero que nos había atendido se acercó a tomar nuestra orden.

— Perdone joven ¿Es usted familiar del licenciado?

— Si, soy su hermano. — miró hacia la dirección del baño para estar seguro que Martín no regresaba. - ¡Cuide a su hermano!, ¡Ayúdelo! Mire joven, él se queda seguido ahí en las mesas, dormido de borracho, el otro día, traía una caja y un traje recién hecho, me consta que estaba aún en la bolsa del sastre. Pues le robaron todo. Cuando se despertó no se acordó de nada, ni de lo que le habían robado. Fue hasta el día siguiente, en qué llegó preguntando por esas prendas, que nos dimos cuenta de lo sucedido. Todo se lo robaron.

El mesero se retiró discretamente, y nosotros comimos como si nada. La sobremesa se prolongó, Martín continuaba ordenando varias cervezas, una y luego otra, casi sin poder parar. Me empezó a molestar que él, mi hermano, no se pudiera detener al comenzar a beber, me veía reflejado en él, me sentía débil, a punto de ceder. Sus párpados se le cerraban al hablar, las palabras se le arrastraban, se detenían, en pausas prolongadas, recargadas en las consonantes. Se reía al ver, lo que le sucedía, en lo que se había convertido por efectos del alcohol, luego simplemente se fue quedando dormido.

El mesero me ayudó a llevarlo a un taxi, y como pude lo cargué hasta el interior de nuestra casa. Lo arrastré por los patios de la vecindad y luego ya en la recámara, mis hermanas se levantaron para ayudarnos. Al día siguiente me fui a un grupo de “Alcohólicos Anónimos”, recabé toda la información impresa que pude, y me la llevé a casa. Ese día por la tarde llegó Ramiro, en una de sus visitas relámpago, Martín aún dormía, y entre todos tramamos el complot, para obligar a Martín a que fuera a “Doble-A”.

LOS ESPOSOS FELICES

La clínica de los esposos Plasencia Breceda, funcionaba cada día mejor, Brenda había conseguido que de una escuela de psicología particular le enviaran alumnas a prácticas y eso le proporcionaba a su centro una orientación académica. Los pacientes se mostraban agradecidos de la atención y el profesionalismo del doctor Héctor Plasencia y de las atenciones y terapia de la doctora Brenda Breceda. Sobre todo de ella, que había creado una atmósfera de intimidad y de servicio con todos ellos. En la sala de recepción, había una barra de madera, en donde dos secretarias se desvivían por ofrecerle a los pacientes café, galletas, refrescos y agua. Era como un ambiente familiar. Un policía de una agencia particular de vigilancia, les abrían la puerta, cuidaba de los autos estacionados en la calle. Un televisor y revistas, hacían que la espera no fuera tan tediosa.

Samuel Goldstein leía con atención una de las revistas, cuando escucho que una de las secretarias le llamaba, esta le comunicó que la doctora le esperaba en su consultorio. Brenda tenía la oficina más grande de la clínica, era una sala de estar y una oficina, todo junto y armonizado. Un escritorio y dos sillones cómodos de color mamey, le servían para atender a sus pacientes. Una mesita de centro, con un florero blanco, siempre lleno de rosas rojas, daba un toque femenino y de buen gusto. A los lados los librerías, diplomas y títulos colgaban de la pared. Un par de fotos de su papito, y otra de ella recibiendo un diploma, eran las únicas fotografías de la oficina.

Cuando entro Samuel, ella le hizo un gesto con la mano para que se sentara, mientras estaba contestando una de sus múltiples llamadas, tenía una diadema de telefonista y un pequeño equipo que le permitía, seleccionar las llamadas. Ese día, lucía unos pantalones blancos entallados y una blusa azul con cuello recto con estampados chinoscos. Sobre los librerías, se veían figuritas de artesanía africanas y egipcias. Eso distrajo la vista de Samuel y le hizo recordar las innumerables veces, que había tenido que escuchar las historias del memorable viaje de Brenda a Egipto; más las otras veces que

había tenido que aguantar el álbum de fotos, con boletos del metro, hojitas de árboles, basuritas del río Nilo, cáscaras de dátil y hasta los fragmentos de los pases de abordar y más chucherías que estaban adheridos ahí.

¿Por qué lo había llamado a él esa mañana? El dinero que le pagaba por sus servicios de fotógrafo y espía, se lo hacía llegar, siempre en efectivo, como habían acordado, con Paloma, y rara vez acordaba algo con ella de manera directa. No le importaba estar ahí, sobre todo, cuando la bella mujer caminaba por la habitación y lucía ese hermoso trasero, en donde la tanga de color azul cielo, apenas se insinuaba, entre la tela blanca del pantalón. Era una mujer hermosa, y hasta distinguida. “¿Por qué estará siempre con esa sensación de insatisfacción?” – Se preguntó Samuel, mientras la oía arreglar la vida de sus pacientes por teléfono.

— ¡Hay, Peeerdoon! ¡Peeerdoon por hacerte esperar Samy! Tú sabes que los pacientes son a veces muy demandantes. ¿Cómo estas? – su voz modulada, con maestría, servía para cada situación, se administraba en diferentes tonos, intensidades, y vocabularios. Esto la hacía sentir, como el ser importante, que se percibía en el fondo que no era. Otra llamada volvió a pedir su asistencia, ella sonrió, y después de pedir perdón nuevamente, se entretuvo un rato más. “Si me vuelve a pedir perdón esta pendeja, me largo”- Pensó Samuel, mientras se rascaba el hombro, con incomodidad. Eso era algo que le molestaba de las mujeres en general y en particular de Brenda y Paloma, le pedían perdón a la gente de manera repetida, por algo, que volvían a repetir, una y otra vez.

— No te enojas Samy, ahora si, ya le dije a la Secretaria, que no me pase ninguna otra llamada. Mira te pedí que vinieras, porque... Esto quiero que quede entre los dos ¿verdad? — Samuel movió la cabeza, sin cuestionar realmente el porqué de la petición, todo lo que él hacía con ella era secreto después de todo —. Mira, lo de las fotos estuvo muy bien, te quedaron muy bien, sobre todo el montaje con mi cara, solo que a Esnupy, parece que no le importó nada, aunque creo que pudiera ser que está esperando pruebas más contundentes, por ejemplo el que nos vea con sus propios ojos, lo cual como sabes está medio canijo. ¿Sabes hacer un video digital? Porque lo que se me ocurrió es mandarle un video, en donde me vea cogiendo con otro hombre, él pensará que es Raúl, en realidad seremos tú yo ¿Te parece?

Samuel estaba siguiendo la conversación con Brenda, de manera muy atenta, y cuando escuchó que él se la cogería para darle celos a Héctor, se lo creyó de manera total, brincó y se puso tenso.

—¡No te emociones Samy! Todo va a ser fingido, vamos a estar en una cama de motel, casi desnudos, abrazados y haciendo como que hacemos el amor, la cámara nos va a filmar por un rato. Yo seré la que más se vea, e incluso gritaré un par de ocasiones el nombre de Raúl... ¿No? ¡Cachondamente! - Brenda se rió, con esa su risa contenida, al mismo tiempo, coqueta. Samuel la miraba en ese momento ya con otros ojos, él se había quedado montado en esa escena que le habían descrito, y no se quería ya bajar de ahí. Desde que había tenido el sueño de la caverna, la melodía “De buen humor”, enmarcaba esos pensamientos placenteros.

— ¿Por qué quieres hacer todo esto? ¿Para que bajar a bucear en las aguas turbulentas? Ahí no se veía nada.

— Te podría decir... que a tí no te importa, - la voz de ella seguía siendo dulce, modulada, lo mismo que la sonrisa, no estaba agitada, eso era una buena señal. - aunque si vas a ayudarme en este asunto, te lo voy a contar... brevemente, claro, ¿porque sabes Samy... no eres aún de toda mi confianza: Ese sujeto no es un caballero, intento pasarse... no violarme, por supuesto que ¡No! Sólo, pues, ¿cómo te diré? irse por la vía rápida conmigo. Se dio cuenta que me gustaba y se le hizo fácil lanzarse al ruedo. Yo soy una mujer casada, y... bueno, pues si quiero un amante debe de ser por las buenas. Eso es lo que me motiva a tener a ese tipo agarrado de los huevos. Tú sabes, que él es un hombre público ¿No? Ellos viven de su fama, más o menos quiero eso, tener como una póliza. Si le enseño parte del material a mi esposo, por otro lado, si Raúl Saucedo se quiere pasar de listo nuevamente, entonces le echaré a andar al Héctor. Hasta ahora, mi esposo no tiene la certeza de que le pongo el cuerno, porqué le ha manejado la estrategia de la semi-verdad: “Si salgo con Raúl Saucedo, es que estamos trabajando en un libro”.

Por supuesto que Brenda no le dijo el verdadero motivo, de confrontar al Esnupy con ese material, estaba realmente cebando a un asesino, que sin pensarlo mucho, y sin que ella siquiera se lo pidiera, terminaría algún día, no muy lejano, con la vida de Raúl Saucedo.

Llegaron al motel desde muy temprano, antes de medio día. Pusieron la cámara digital en un triple, que había conseguido Samuel, y luego se metieron en la cama. Ella había diseñado en su mente el guión de las escenas sobre el “tórrido romance”. También consiguió una peluca de hombre de color negro, y hasta un mostacho de utilería. Hicieron varias pruebas, las vieron y repitieron las escenas completas durante tres horas. Siempre debajo

de las sabanas, y bien cubiertos. Al fin quedaron convencidos de lo que habían filmado, aunque ambos estaban muy calientes, tanto andar rozando zonas eróticas no era para menos. Samuel había tenido todo el tiempo, una erección considerable y ella decidió hacer un “close-up” en donde de rodillas le chupaba el miembro. Le había dicho a Samuel que se imaginara que estaba en una película porno, que tratara de pensar en Paloma o en su novia. él no necesitaba para nada de tales recursos imaginativos, la tenía a ella ahí enfrente y eso era suficiente. El hombre estaba extasiado, sólo se detenía, porque sabía reconocer y respetar los negocios y también se auto sugestionaba: “¡No te emociones compadre!; ¡esto es de mentiritas!”. Algo más le detenía y le ayudaba a contenerse, algo muy importante en su vida: ¡El dinero!.

Cuando Samuel se estaba vistiendo, haciendo un gran esfuerzo para sacar el deseo de su cabeza fue, entonces que sintió un beso detrás del oído y las manos de ella, en el acto de acariciarlo, Brenda le acercó su boca al oído y le musitó: “Ya entrados en gasto... ¿nos echamos uno rápido? Estoy muy excitada.”

Para Samuel esa petición, era como si se hubiera ganado un premio mayor en la lotería, sin comprar ni siquiera un billetito. Hicieron el amor, no una sino varias veces, hasta que se les acabaron los condones. Luego estuvieron un rato recostados, él con una sonrisa de adolescente, pensando en que ese día había conocido la felicidad.

— Samy... esto que pasó entre nosotros... tú sabes, fue solo para desahogarnos. ¡Ni una palabra a la Paloma! Yo no tenía hace mucho tiempo relaciones, Esnupy me levantó la canasta, y

Él estaba con los ojos cerrados, hizo un ruido, que parecía ser algo así como “De acuerdo”. Ella no se percató, que la vista de Samuel estaba puesta en la cámara digital, cuyo foquito rojo encendido, indicaba que un “ojo divino” lo había visto todo, que habían quedado filmados ella y Samy las tres veces que lo habían hecho, la posibilidad de eternizar lo que había sucedido, le invitó a pensar, que ese día, era uno de los más maravilloso de su vida.

El “Amigo Rito” volvió a conectarse con Héctor esa noche. Se presentó como todas las veces, con alguna payasada bufonesca.

— Ar: ¡Ya llegó el miembro que está mejor parado en esta clase! Querido Héctor, espero tengas instalado en tú máquina, alguno de los sistemas para ver películas ¿Sí?

— H: Si tengo uno ¿Qué pasa, ahora los filmaste?
— Ar: Sipi
— H: ¿Para qué? ¿Tú qué ganas con esto?
— Ar: Ahora si te lo digo. Quiero un billete para que esto no salga a la luz pública. ¿Cuándo vale tu honra?
— H: ¿Cuál?
— Ar: Veo que estas de buen humor esta noche ¡Bien por ti!
— H : ¿?
— Ar : Te va a costar cien mil pesos que obtengas el original de este video y otros cien mil por las fotos ¿Cómo las ves?
— H : Todavía no veo nada
— Ar: Sólo te pondré un avance. – Una barra de color azul apareció en el monitor de Héctor, con la pregunta de sí aceptaba o no el documento anexo. La pantalla se oscureció y el reproductor de Windows, se desplegó. En la parte inferior izquierda, un letrero que parpadeaba y decía: “Cargando, espere un momento...” Lo primero que sucedió fue el sonido de una especie de acordeón, tocaba un tango. Luego dos cuerpos semi tapados hacían el amor. Un close-up le permitió identificar a Brenda, mientras que en otra escena, se distinguían nebulosas las facciones de Raúl, dos veces escucho que Brenda apremiaba a su pareja: “¡Raúl mi amor! ¡No te detengas!” - ¿Cómo la ves Chaparrito? Me estoy consagrando, soy un Spielberg de la pornografía ¿verdad?
— H: Si tú lo dices...
— Ar : ¿Cuándo tienes listo el dinero?
— H: Lo voy a pensar, conéctate mañana...

Sin darle tiempo a responder, con un movimiento brusco de sus dedos, Héctor apagó la máquina, prendió un cigarrillo. Pensó entonces, que estrategia era la que debía de seguir. En el fondo, no le extrañaba mucho lo que Brenda hubiera hecho eso, eso no significaba que no le doliera. Las alternativas, que desfilaban en ese momento en su cabeza, no tenían que ver con el sí actuaba o no, sino en que tipo de acción sería más contundente. Le encantaría matarla, eso era lo que sentía que debía de hacer, lo que le quemaba por dentro. Se dio cuenta de eso, cuando la foto de la psicóloga, que estaba recargada en su escritorio, se le cruzó en el camino visual. Cerró los ojos y la primera imagen que emergió fue la cara roja y llena de ira de su propia padre, cuando a Héctor niño le decía que era muy pendejo, sino se

había dado cuenta que ya no tenía madre: “¡Eres muy pendejo sino te has dado cuenta de que no tienes esposa!”- Es pensamiento fue una detonación y se dirigió a la puerta de su casa.

Salió a la calle y caminó varias cuadras, sus pasos lo llevaron a una cantina. “El Salón de Clases”, se acomodó en la barra y ordenó lo de siempre, que eran las cubas libres. Bebió primero tres al hilo, luego bajó el ritmo, se mantuvo con el brazo caliente, subiendo y bajando el vaso con los hielos, y sintió el líquido dulzón de la bebida que se infiltraba agradablemente en su carne. Un tipo con aspecto indefinido se había sentado a su lado. Tenía tiempo tomando un par de cervezas, y fumando. Al cabo de un rato le preguntó por la hora, Héctor le contestó que iban a dar las doce de la noche, de ahí, sin más se siguieron platicando como si se hubieran conocido de toda la noche. Ricardo era mecánico automotriz, también repartía droga, y estaba ahí esperando a un par de clientes, después de la tercera cerveza y se había metido al baño con un señor muy bien vestido, el cual salió al poco rato, con la cara roja granate y los ojos de felicidad.

Cuando les dijeron que ya iban a cerrar, Ricardo invitó a Héctor a otro lugar, era un salón de baile, que cerraban hasta las cuatro de la mañana. Ricardo era un tipo moreno, con un bigote delgado, con estilo oriental, se mimetizó en un instante con el sitio, sus ojos rasgados, y el pelo escaso en su cabeza, casi calvo. Usaba una camisetita, que resaltaba los bíceps y la ausencia de panza indicaba que era asistente de un gimnasio. Llevaba una bolsita tipo morral colgada en el hombro izquierdo, la cual descansaba en la parte derecha de su cadera. Las mujeres estaban ya “ocupadas” cuando llegaron al siguiente antro, así que sin hacer mucha labor, se fueron a sentar solos, a una de las mesas. Pronto se acercó una chica, que resultó ser una cliente de Ricardo. Se metieron a un privado y tardaron bastante en salir. Mientras tanto dos mujeres se habían intentado sentar a charlar con Héctor, pero este no se los había permitido.

Por fin salió Ricardo, caminaba sonriendo mientras se iba acomodando su camiseta, y se dirigió a donde Héctor. Ya en la mesa, le comentó que la ruca no tenía para pagar su “papelito”, y que le había pagado con cuerpo-matico. “Las viejas buenas tienen siempre el crédito abierto”. Héctor se rió de mala gana, y de eso se percató el mecánico. Ya para esas horas de la noche y con bastantes alcoholes en el cuerpo, se le hizo fácil a Héctor platicarle del dolor que le oprimía el pecho.

Ricardo notó que le temblaba la voz, a ese, su nuevo amigo, el

compañero de esa noche, ese que le daba sorbos más largos a su bebida y chupadas más intensas a los cigarrillos. Estaba sufriendo enormidades, ese hombre necesitaba algo, eso era fácil de verse, él entendía de esas cuitas, por eso se le hizo fácil sugerirle que matara a su rival. Así la mataba a ella dos veces y tendría el gusto de verla sufrir. La conversación de los dos hombres se interrumpía, por largos silencios que precedían a un “Si” o un “está bien”. Respecto del “Amigo Rito”, Ricardo le dijo que lo mandara a la chingada, y que si seguía insistiendo, le dijera que lo iban a “abaratar” también.

Brenda volvió a recibir a Samuel en su consultorio. Ella estaba elegante, siempre bella y seductora, se podría decir que ahora se preocupaba menos por que él le vieran las piernas más de la cuenta, después de todo Samuel la había visto ya completamente desnuda.

— ¿Cómo estas Samy? Espero no te hayas olvidado de lo que comentamos el otro día respecto a nuestro desahogo.- Samuel estaba callado, una sonrisa discreta enmarcaba su rostro.- ¿Ya pensaste como vamos a hacerle llegar los documentos al Esnupy?- Sin darle tiempo para contestar, continuo. – creo que en un CD, el servicio de mensajería, no estaría mal. ¿Puedes hacerlo ya? Me interesa que de la copia del video, se le haga llegar un CD a Laura Medina, también de forma anónima.

Samuel la oía, le daba una serie de órdenes, él estaba en otra parte. En un motel cualquiera, cerca del cielo, con ese cuerpo de hembra maravillosa, que ahora le hababa, que no escuchaba, se daba cuenta ahora que además le atraía, la manera fría y seca de dosificar su maldad. Le excitaba saber que debajo de esa cáscara de ángel bello y arrebatador, estaba Lucifer. El taxista y espía sentimental, asentía con la cabeza a cada una de las órdenes, realmente en ese momento especial, todos sus sentidos estaban clavados en el pequeño triangulo de color blanco, que se percibía apenas por la rendija voluptuosa de sus piernas.

—¿Crees que habrá que matar a Laura Medina? – El aire se agitó con esa pregunta, le golpearon en la cara esas últimas palabras, se sintió muy caliente, la mente de Samuel, que había estado deslizándose por otros rumbos, se quedó en blanco. Trataba de recapitular, el significado del verbo matar, y el “No mataras”. ¿Había escuchado bien? No iba a contestar nada, hasta que no estuviera completamente seguro del todo, de que ella había dicho eso. – ¡Si me oíste bien querido! ¿Crees que sería buena idea matar a Laura Medina? Eso le causaría mucho dolor a Raulito. Entonces, si se va a

dar cuenta, ese creído, que con Brenda Breceda no se juega. ¡Estas pálido cariño! ¡Por supuesto que no te estoy pidiendo que lo hagas tú! Para eso tengo a mi papi, solo quería tú opinión.

Al salir de la Clínica, y dirigirse a su taxi, se agolpaban las ideas en su cabeza, ya sentado y enfrente del volante se quedó un rato estático “¿Qué le hizo ese güey a esta psicóloga realmente?”. Algo le quedaba claro, en ese momento tenía que hacer algo más que andar en las intrigas, sino se lo iba a llevar esa corriente que te jala cuando te duermes, fueras o no un camarón.

HÉCTOR

“Convencimos” a Martín de que necesitaba ir a doble-A, le hicimos creer que estaba enfermo de algo neurológico, unas gotas de un medicamento, que era como el agua, incoloro, inodoro y sin sabor, hicieron el milagro. Estuvo dos días, torcido del cuello, y luego gradualmente se fue enderezando, así fue como lo pudimos llevar a doble-A, cuando aún estaba espantado y adolorido de cuello. El engaño, como el que hicieron los griegos a los troyanos funcionó. Algo similar me ocurrió a mi la noche en que me escondía en la cajuela del auto de Brenda, la noche mas negra de mi vida.

La asistencia a “doble-A”, fue colectiva, todos los hermanos nos sometimos, sobre todo, para acompañar a mi hermano Martín que estaba francamente sin control, se agrego además, el abstemio de Ramiro, por solidaridad, y un poco por una mezcla de curiosidad y necesidad de aprendizaje, que van de la mano.

Entrar a una sala de doble-A no es fácil, tampoco lo es permanecer ahí por mucho tiempo. La mayoría de los alcohólicos que no asisten a doble-A creen que los que suben a la tribuna son paleros, muy a menudo se comenta: “¡Seguro que les pasan una lana a esos güeyes!”; “¿A que voy yo, a ese sitio Doctor, ya me sé lo que van a decir? ¿A oír puras desgracias? Mejor me paro en el espejo y me las recito yo solito ¡Pa´que pierdo mi tiempo!”.

El salón en donde sesionaba, ese grupo al que fuimos, se ubicaba en un departamento, el cual estaba situado en la planta baja de un edificio vetusto, cerca del Santuario de la Villa, por la colonia “Lindavista”. Estaba todo acondicionado, para que cupieran hasta cuarenta sujetos sentados cómodamente. El auditorio se iba poblando muy lentamente, en el lapso de las ocho a las diez de la noche. Las actividades consistían en leer cosas, se escuchaba a los ponentes, que éramos nosotros quienes subíamos a la tribuna, a veces como quien va al cadalso, para contar retazos biográficos de nuestras

vidas lastimadas, mordidas de manera feroz, por el alcohol,

—“¡Soy Martín Plasencia, y soy alcohólico!.... – Cuando escuche a mi hermano hacer esa confesión, me sentí emocionado, también triste. Mi padre no había tenido, o no se dio esa oportunidad. A él sus hermanos y amigos lo estimularon a intoxicarse, y cuando un día quiso decir “hasta aquí”, la marea se le llevó para adelante. Mi papá era simpático y trovador, galán con las mujeres, pero se afinaba con varias botellas de lo que le pusieran enfrente, y uno cree que no pasa nada. Hasta que te pasa todo.

— ¡Hola Martín! – contestaban los compañeros, como en un coro de escuela primaria — Luego se seguían, como “hilo de media”. Que si mi mamá me pegaba, que si mi papá también, que deje a mi familia sin comer varios días y yo con la botella en la mano invitando a todos a tomar; qué deje el trabajo para chupar libremente; qué si los “escuadrones de la muerte”, y así era toda la noche, sin parar. Yo notaba entonces, el brillo que se encendía en sus ojos y que era como una esperanza, que estaba ya desconectada.

Una noche, le tocaba el turno a un hombre joven, moreno, de pelo chino, que en las demás juntas había estado siempre callado, se veía como ausente. Antes de subir a la tribuna, repartió unas hojas, con ayuda, de uno, que luego supimos era su hermano, Rogelio que era mudo, una golpiza en un sitio llamado “Anexo”, le había dejado lesiones en la tráquea y un médico inexperto que trató de salvarle, cuando se ahogaba, le rebanó uno de los nervios recurrentes, que van a las cuerdas vocales. Rogelio emitía algunos sonidos, y con señas, esos ruidos nos conminó a leer las hojas que recién nos había repartido.

ANEXOS DE ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS 24 HORAS Y TERAPIA INTENSIVA (PUERTAS CERRADAS).

“FANTASMAS, CLANDESTINOS O FUERA DE SERIE”

De estos lugares se podrían escribir un sin fin de tomos, trataré de narrarles que es un anexo “fuera de serie” y lo que se vive ahí, tengo que advertirles, que la verdad te marca de por vida, y quiero dar a conocer las atrocidades que se cometen aun en este milenio.

Los anexos están ubicados en casas baratas, muy feas, casi siempre en barrios muy populosos; en construcciones no muy costosas; en donde la insalubridad predomina. Eso, junto con el miedo a ser aplicado (esto es,

torturado), — así le llaman ellos a las torturas — "¡Vamos a aplicarte por renuente hijo de tu chingada madre!.....". Esa es la forma delicada como nos tratan en esos lugares.

En los “Anexos”, tienen una capacidad de aproximadamente de 80 a 150 personas, casi todos somos alcohólicos, adictos o ingobernables. Hay alrededor de ocho juntas al día, de una hora y media cada una. La última junta, por la noche es la estelar. Esta es de dos horas de duración. ¡Hay que aguantarlo todo! Algunas personas nacen con la mesa puesta, solo tienen que comer y ser felices. Aunque no lo son, quieren cada vez más de lo mismo. A lo mejor, yo soy un elegido, pero a la inversa. Tengo que pasar por todo esto, formar mi carácter, pero yo nunca he entendido nada de estos mensajes que llevamos escritos. Me tengo que detener un día y sentarme debajo de un árbol, como Buda, Siddhartha Guatana, El Iluminado-También Isaac Newton se sentó de bajo de un árbol. En los “Anexos” no hay ningún pinche árbol, ni en Navidad. ¡Ja, Ja, Ja, Ja!

Ejemplos de castigos que me daban en los anexos:

“Tienes que permanecer en una banca de acero, sin respaldo, con los pies juntos, manos en la rodilla, vista al frente, y cuatro guardias te vigilan, entre 12 a 24 horas, que son las horas que llegas a permanecer sentado en la banca, con una cubeta de agua por si muestras señales de sueño o dices algunas palabras o si te mueves y no estas en la posición indicada. Te mojan con el agua fría.

Los guardias tienen autorización de golpearte si no permaneces inmóvil, en todas las juntas. En ellas escuchas las más fuertes groserías y actos aberrantes que un ser humano puede expresar con la boca, es un lugar para valorarlo todo, desde el sueño hasta un cigarro o un dulce. Todo lo que aquí es tan difícil, afuera lo tienes, aunque no lo ves. Todo está enfrente de nosotros, nuestra misma vida, no la vemos.

Hay chinches, hongos, cucarachas, y estás con shorts y chanclas para que no te puedas escaparte; no veras la luz del sol durante mínimo tres meses, algunas personas han estado años anexados, sentados doce horas al día. Dos veces por semana, hay juntas ¡MARATÓNICAS! Donde cuentan actos aberrantes, te duermes a las 12 de la noche y te levantan a patadas con groserías a las 5.45 de la madrugada.

Se duerme “pito con culo”, así es como lo llaman. En un lugar

infinitamente pequeño duermen los alcohólicos de lado y totalmente apretados uno tras de otros, de lado sin moverte las 5 horas cuarenta y cinco minutos que logras dormir en un cuarto sin ventilación, y hay una única puerta, estas encadenado, hay en el cuarto mas de 100 personas y una cubeta para orinar y defecar.

Los baños son tres veces por semana, con agua helada y tienes tres minutos para bañarte, son ocho personas con el mismo jabón. Por las mañanas, las 150 personas, mujeres hombres, adolescentes, adultos, todos anexados, hacen del baño en la misma taza sanitaria en cinco minutos, antes de entrar a tu primera junta, a las seis de la mañana, con él frió, en short y chanclas.

La comida se llama “caldo de oso”. Los anexados mas antiguos se les da la autorización de salir a la central de abastos, para pedir la verdura podrida que se las regalen para sus compañeros alcohólicos, la verdura podrida se echa en la vaporera, como viene y se le añaden agua y la ponen a hervir sin sal. Te dan dos tortillas, enlamadas (echada a perder) y una nueva de hace una semana.

Al llegar un compañero adicto recaído, se le despoja de todos los pelos de su cuerpo, se le rasuran las cejas y el cabello, procurando hacerle ligeros cortes en la cabeza, para después, ponerle su “shampoo”: alcohol, chile piquín, y sal de uvas pikcop, más jugo de chile habanero. Lo obligan a tomarse medio litro de café hirviendo con chiles habaneros en solo tres tragos.

Lo desnudan y lo latigean con cuatro cubetas de pintura, llenas de agua fría, con un envase de los de coca, de medio litro a un metro de distancia del anexado, los padrinos, le avientan con toda su fuerza al anexado, medio litro de agua en la espalda (¡Se siente como un latigazo!) y tendrán que turnarse cuatro padrinos para acabarse las cuatro cubetas de agua.

Le meten un chile habanero por el ano y con ramas secas y duras, encendidas con fuego, te sacan el “Chamuco”, te latigean para sacarte el chamuco, después, pasas a la pileta y entre cuatro padrinos te meten medio cuerpo a la pileta llena de agua, hasta que estas a punto de ahogarte, y patalees débilmente, entonces te sacan y vuelven a hacer todo eso, durante una hora y media.

Te ponen tacones, un vestido de mujer, y te maquillan, te colocan aretes, peluca, te pintan las uñas, una panti muy ajustada y te escriben palabras

obscenas en todo tu cuerpo como: “COJÉEME”, “JODANME”. Te hincan en grava o en dos fichas de refresco de metal frente a los 150 anexados y te ponen un maniquí de madera de la cintura para abajo con un pene de madera de 18 cm. También en tu boca y desde las 6: 00 de la mañana hasta las 12:00 estarás hincado en grava, con el pené de madera en tu boca, hasta que se te acalambre la mandíbula.

Antes de esto recibes 30 gansitos (30 palazos en las nalgas) con el palo de madera con la que mueven las carnitas y el “anexado” debe contarlas en voz alta y si se queja de dolor, vuelven a empezar las nalgadas.

Entras a “Morteria” un cuarto de 10 metros cuadrados, (la enfermería) y estas en calidad de muerto durante varios días, esto es cuando llegas al Anexo. Son 14 personas acostadas sin moverse, ni hablar, ni hacer ningún movimiento, mas que para comer el caldo de oso, durante varios días, en vigilancia de cuatro guardias, que al primer sonido te golpean con un calcetín y un jabón, o eres amarrado de pescadito (tobillos, muñecas y cuello, por detrás a presión) o encobijado con trece cobijas a punto fóbico de claustrofobia.

No sales del cuarto durante días, y sin hablar o moverte nada, mas que para comer, no hay ventanas una peste sin igual y una cubeta para orinar y defecar.

Al salir de la Morteria, pasaras los próximos 90 días sentado de 12 a 24 horas al día sin moverte valorando la comida, el sueño, y la libertad, te colocan la piedra de la serenidad, una bola de acero de 35 kg encadenada en tu tobillo y unas esposas en tus muñecas.

Si eres renuente, si te mueves o te duermes, te “aplican” de varias maneras, te atan con vendas las manos, por atrás en tu espalda y te cuelgan en un gancho a dos metros de distancia del suelo 15 minutos (o te desmayas del dolor), u otra aplicación es EL LIMBO. Te vendan ojos, nariz, oídos, boca, y pierdes la noción del tiempo, durante varios días.

Otra aplicación es dejarte hincado en un hormiguero durante horas al sol, o permanecer 15 días parado frente al grupo en juntas de actos aberrantes.

APLICACIONES:

Tres por tres (tres días parado día y noche sin sentarte)

Hincado (en la grava, o fichas de refresco de metal)

Parado latigueado (con agua, y ramas encendidas)

Limbo, Resbalón en el baño (te golpean en el baño cuatro padrinos).

Se vive una sensación de miedo, es una terapia muy poderosa, la que ocupan los Alcohólicos, 150 anexados de todos los medios socio-económicos y de alta peligrosidad, tienen pavor a los padrinos y las aplicaciones, pueden crear una atmósfera de tal pavor y pánico que 150 anexados no pelearía contra 2 padrinos.

La rutina y la monotonía hacen del lugar un centro de concentración en donde valoras todo, las 8 juntas al día, de hora y media cada una, y una estelar de 2 horas, 12 horas diarias sentado con la espalda firme, pies en el suelo manos en las rodillas, y vista al frente, (te llegan a salir granos en las nalgas por tantos meses de estar sentado).

Algunos anexados son aplicados en el polín, un ladrillo afilado en un extremo donde se sentara delante de la junta, y tendrá que conservar el equilibrio o sino lo amarraran de las puntas de los dedos en una pared, parado de puntitas.

Él tendrá que permanecer sentado en el ladrillo durante 15 días.

Yo he conocido personas que han estado durante meses sentado en la banca sin respaldo de 12 horas a 24 horas al día, dos veces por semana como minino no dormirás, ya que hay maratónicas juntas que empiezan de las 12: 00 a las 6: 00 de la mañana, sin poder ir al baño.

La terapia del terror (te dicen que te quedaras por orden de tu familia un año).

La familia firma la responsiva por tres meses mínimo de estancia del anexado, y los padrinos te dirán todo el tiempo que tu familia firmó por un año. (La depresión y el miedo a que sea verdad te produce estrés de sobremanera).

JUNTAS DE AYUDA

Son juntas sin limite de tiempo, en donde al adicto recaído, lo hincan frente a la tribuna, con los brazos doblados en su espalda, hincado en la grava, y todo el grupo tiene que destrozarte el ego con terapia dirigida, el compañero que no lo haga se expone a recibir el mismo trato.

Algunos compañeros después de 4 horas de su junta de ayuda entran en

delirios, para que su mente se proteja de tantas cosas en terapia cavernícola que le hacen.

Rogelio R.

Al salir de esa junta, Ramiro comentó:

— Ya se me hacía mucha belleza que estos güeyes de doble-A, fueran todos unos santos. ¡Hay de todo en esto carnales! Por una razón que no entiendo, los mexicanos siempre le buscamos la forma de hacer trampa, de llevar las cosas a extremos surrealistas.

Los padrinos de nuestro grupo, trataron, en las reuniones subsecuentes de minimizar el encuentro con Rogelio y su hermano, estaba de más que hicieran eso, solo daban entender, con su excesiva preocupación, que el fenómeno si existía, a mi se me hacía surrealista, ahí estaba Manuel, hermano de Rogelio, y lo fuimos a buscar a otro grupo, que estaba en la Nueva Santa María, en las calles de Vid número 68, casi esquina con la avenida de Camarones.

Manuel era un hombre de edad mayor a su hermano, el pelo ya con canas, la barba cortada al ras, también con zonas canosas, lo cual denotaban, que tenía una edad por arriba de los cuarenta. Alzó la vista y nos saludó distraídamente, luego alcanzó a distinguir la silueta inconfundible de Rodrigo. Un ser redondo, de pantalones de mezclilla y peto, con pelo y barba largos, morral de piel terciado, en donde se asomaban libros, revistas y periódicos, no era un ser difícil de olvidar mi hermano. Manuel lo detectó y supo que era de confiar.

— ¡Hola! No los reconocí a contraluz. - El semblante de Manuel mostraba una amplia sonrisa, y corrió a estrechar nuestras manos con amabilidad. Nos ofreció dos sillas de madera y mimbre para nuestro reposo. Eran las cuatro o cinco de la tarde, ciertamente muy temprano para la junta de doble-A, Rodrigo había insistido en darse una vuelta a esa hora y así lo habíamos hecho.

— ¡Muchas gracias!... ¿Manuel verdad? – Ramiro era muy bueno para el teatro, y la actuación se le daba muy bien cuando algo le interesaba.

— Si para servirte, ¿En qué les puedo ayudar?

— Yo soy Ramiro, este es Héctor, mi hermano. Estaba el otro día en el doble-A de la colonia “Valle Gómez”, y nos llegó de manera especial el

panfleto que repartieron ustedes. Yo soy... como una especie de estudioso de los fenómenos marginales, por decirles de alguna forma. Me interesa mucho saber todo lo que tiene que ver con el alcohol.- Aquí hizo una pausa, mientras acariciaba uno de los bucles de sus barbas, tratando de remover ideas de algún lugar de la “Caverna”, como se expresaba mi hermano de su mente. – Mis hermanos, todos son alcohólicos, afortunadamente en abstinencia, bueno, hasta ahora. A mi padre, se lo llevó la chingada un cáncer gástrico, y con esta carga de genes “chupamaros”, me he clavado leyendo todo sobre del alcohol y hasta lo que me daba miedo preguntar. Ya sabía lo de los “Anexos”, aunque no conocía a ninguna persona que hubiera estado en ellos. Es como los “escuadrones de la muerte”, sabemos que existen, como esos güeyes toman hasta morir, no hay quien regrese a contar detalles de sus correrías o los que regresan están tan afectados que no se les entiende nada.

— Así es, yo te lo puedo decir de primera mano, yo soy uno de esos sobrevivientes de “los escuadrones de la muerte”.- se hizo un silencio, en el que Ramiro y yo nos detuvimos a mirar la manera en que Manuel apretaba las quijadas, era un hombre curtido, que trataba de no derramar las lágrimas demás, aunque estas se asomaban ya entre sus párpados.

— ¿Qué piensa de los Anexos Manuel?- rompí el silencio con una pregunta, que era de alguna manera obvia, y que sólo llevaba la intención de aliviar la presión que se sentía en el ambiente.

— Esos lugares... son el parque de diversiones de los sádicos. Los padrinos recrean e incrementan el odio hacia los adictos. Las familias buscan, ya sea en su desesperación, o por su ignorancia, intolerancia y coraje, un sitio que por los métodos que sean, pueda ayudar a sus familiares...

— ¿Aún a costa de la muerte de ellos? – Interrumpió Ramiro

— Para algunas familias, sus adictos ya están muertos, son una carga... si se rigen por la culpa, el odio, la vergüenza y otras linduras como esas... ¿No es mejor ver muerto al sujeto que los martiriza a ellos?

— Si, entiendo.... ¿Qué has pensado hacer? ¿Por qué los panfletos?

— He pensado destruirlos, aunque eso no es posible, entonces trataré que las autoridades hagan algo ¿No? Para ellos también es muy cómodo, arrojar a la basura a los sujetos que se quemaron. Los dueños de la Bacardí, los Domeq, los tequileros y los fabricantes de cervezas, por lo mínimo, deberían de estar subvencionando centros de rehabilitación. Tampoco soy tan iluso y moralista, como para pensar que la solución es la prohibición. No todos los que toman se “truenan”, algunos toman moderadamente. ¿Pero de

verdad pensarán que con decir que su producto puede ser nocivo para la salud, hacen bastante? ¡No mamen! ¡Eso y nada es lo mismo! Entonces los Anexos, son la forma punitiva, para nada la forma efectiva de tratarnos. Se sigue el modelo del vicioso. ¿Se imaginan a un diabético tratado igual, a un obeso de doscientos kilogramos? Es sadismo al ciento por ciento. Ahora ningún padre de familia saca a la calles a los niños que se orinan en la noche, vestidos de niñas, o el colchón a la puerta de la casa, junto con el niño. Fue el proceso de decir que eso era un problema de controlar la vejiga, de madurar. Lo mismo es el alcoholismo, una enfermedad. Que como unos toman y controlan, no se explican porque hay personas que no pueden controlar. Pues esa precisamente es la enfermedad ¡Carajo!

— Si es cómodo para todos... menos para los pacientes.- Nos despedimos cuando llegaba la gente para la reunión nocturna del grupo. Las cosas se estaban poniendo muy interesantes.

SAMY Y SU REBANADA DE PASTEL

— ¿El licenciado Raúl Saucedo? – del otro lado se escuchaba una respiración que daba una pausa antes de contestar -.

— Si, soy yo ¿Con quien tengo el gusto? – “No sé si de verdad te va a dar gusto cabrón, pero hay te va”, pensó Samuel

— Soy su admirador licenciado, sé que usted es un hombre ocupado, y seré breve, se trata de Brenda Breceda ¿La ubica?

— Si claro, una psicóloga, si la conozco.

— ¿Qué piensa de ella?

— ¿Por qué me lo pregunta? ¿Quién es usted?- La voz de Raúl estaba calmada, su entrenamiento como locutor, le permitía hacer énfasis en algunas sílabas y darle más realismo e impacto a sus palabras.

— Yo soy alguien sin importancia, literalmente licenciado. Lo he estado siguiendo, soy una especie de detective privado. Al principio me compré la idea, que ella me vendió: le quería hacer pagar por algunos avances sexuales, que usted tuvo con ella, hay cosas muy evidentes en su manera de ser y en lo que dice esa mujer, que realmente me espantan. Por eso le llamo. – Nuevamente el silencio y la respiración, ahora más intensa y acelerada del otro lado de la línea.

— Ella es una mujer muy orgullosa, que no aceptó que la rechazara en el terreno sexual o sentimental, es por lo tanto alguien muy despechado, aunque me he disculpado por lo que sucedió, ella no parece quedarse satisfecha con mi explicación ¿verdad?

— Parece que no. ¿Qué le puedo yo decir? Apenas la conozco.- Samuel tosió, pues el fingir la voz, le molestaba un poco a su garganta.- Le voy a pasar un dato, yo tengo fotos de usted, lo mismo que una película. Van a ser usados de alguna manera en su contra, ni yo sé como... Si usted obtiene ese material antes, puede actuar con antelación, y salir bien librado ¿Le interesa lo que le comento?

— ¡Si, si me interesa!.

— ¿Cuánto vale su interés licenciado? ¿Le parece trescientos mil pesos? La otra parte me ofrece doscientos mil, digamos que tengo una especie de solidaridad de género y se la ofrezco en trescientos mil ¿La tiente la oferta?

— ¿Qué tengo que perder si decido no adquirir esa información señor?

— Su tranquilidad, seguir teniendo una novia linda, la señora Laura Medina. sobre todo, alejar a la loca de mi cliente, Brenda Breceda, librarse del castigo de una mujer despechada... ¿Es poco? Me preocupa que las cosas en manos de la señora Breceda se salgan de control, le repito, no sé que tiene en mente, por otro lado, yo perdí días de trabajo, por estar en este enredo ¿Me entiende? No me dedico a esto, yo soy policía profesional y he pedido permisos si goce de sueldo, no soy de esa clase de detective morbosos. – Los dos hombres guardaron silencio. Samuel escuchaba un tipo de música que salía del otro extremo de la bocina, parecía música electrónica, agradable y que le parecía conocida, estuvo tentado a preguntar quien era, aunque estaba negociando otro tipo de cosas, era melómano natural y era un sonido del tipo árabe, él se encontraba en la calle, el sonido que le envolvía eran cláxones y motores, alguna que otra persona que pasaba platicando, el ladrido de un perro de azotea.

— Me gustaría ver lo que tiene, que me enviara una muestra de lo que me va a vender, solo así sabré si vale la pena.

— Buen movimiento licenciado, ya esperaba esa negociación de una persona inteligente. Le mandaré por correo electrónico un fragmento de la película y le llamaré mañana, créame que vale la pena el material ¿Se imagina que pasaría en el remoto caso, que Pedro Aznar viera ese material?

— El señor Aznar es homosexual...

— Si lo sé, se ve con su amante en uno de sus lotes de automóviles, también de ellos tengo fotos. He trabajado duro, me he desvelado, los he seguido a muchos lados licenciado, al motel, a restaurantes, soy muy dedicado un amateur, con muchas tablas, créame que me he ganado su dinero.

— Hábleme mañana, después de que haya visto lo que me envía. A esta hora estará bien.

— Deme un correo electrónico por favor.

HÉCTOR

La semana siguiente, se presentaron Manuel y Rogelio a nuestro grupo.

Esta vez fue Manuel quien subió a la tribuna. Se veía como si no hubiera dormido en vario días. El pelo alborotado, con escasas huellas de haber recibido un peine en las últimas horas. Una playera azul y unos jeans del mismo color.

— Soy Manuel Macías y soy Alcohólico....

— ¡Hola Manuel!

— Hace una semana, mi hermano y yo repartimos unas hojas en donde se narraba la experiencia de Rogelio en los “Anexos”. Los alcohólico no merece este trato. Eso que se hace en los anexos es despreciable, apenas en Guantánamo.- Hizo un silencio, que matizaba más el carácter de sus palabras.- Entiendo que hay dolor en los seres que rodean al alcohólico, todo tiene un límite. Hoy vengo a pedirles... que algunos de ustedes nos ayuden a liberar a la gente de uno de los anexos. Esos es todo, los que estén interesados, mi hermano y yo los esperamos afuera.- Un murmullo acompañó la salida de los hermanos Macías. Al sonar la puerta de metal, ese murmullo se convirtió en gritería. Algunos gritaban que eran provocadores, otros que paleros, unos pocos pedían respeto. Yo estaba muy entretenido mirando las expresiones y poses que tomaban los dobles-a, cuando de pronto sentí el jalón de Ramiro. Él ya me sujetaba de un brazo y me llevaba al exterior.

Afuera otros alcohólicos ya estaban rodeando a los hermanos Macías. Seríamos cinco o seis en total. El plan era sencillo y según los hermanos, muy eficaz. Esperar a que se hiciera de madrugada, llamar a los periódicos, se les diría que en la casa de Pino 45 en la colonia Santa María, estaban detenidas unas personas de manera ilegal. Habían conseguido unos trajes de tarea, que tenían los escudos de la policía judicial, unos pasamontañas, y metralletas. Incrustarían un camión de carga contra una de las paredes de la casa, lo demás era sembrar miedo, se podría sacar a algunos detenidos, todo lo justo para llamar la atención.

Ramiro me volvió a sujetar del brazo y me jaló hacia fuera, me dijo al oído que nos marcháramos, que eso que iban a hacer los hermanos Macías era ataque a propiedad privada, que si algo salía mal nos llevarían a la cárcel. Las intenciones eran buenas, me dijo que si las había, si algo salía mal, sin embargo, se iba a volver todo contra nosotros, ellos eran alcohólicos, nosotros únicamente familiares y nos marchamos.

Al día siguiente, no apareció nada en los periódicos, tampoco en la

televisión. No me pude aguantar la curiosidad y me fui a ver si los Macías habían liberado a los anexados. Llegue a la calle de Pino 45. En efecto, la calle estaba acordonada. La silueta de un camión, cubierto ahora con una lona de color azul, se dibujaba incrustado en la puerta principal de la casa. En el suelo había manchas, seguramente de sangre. Me acerque a preguntar, hacía como que iba a merodear. Un policía que se encontraba recargado en un poste de la luz, adormilado, me dijo que él no sabía nada, sólo le habían dado la orden de que no dejará acercar a ninguna persona. En la esquina de esa calle, el señor del puesto de periódico, me contó que dos sujetos se estrellaron en el camión y que al parecer se habían matado, una de las vigas de la construcción aplastó la cabina del camión y ellos quedaron también apachurrados.

Me fui corriendo hacia la casa en donde había visto a Manuel, en su grupo doble-A. Era aún temprano, sólo estaba una señora ya de edad, que hacía la limpieza y me saludó con la cabeza.

— Hoy no va a ver junta señor, se fueron todos a velar a los hermanos Macías. – Yo hice como que no sabía nada.

— ¿Se murieron los Macías?

— Anoche se murieron aplastados... ¡Alabado sea el Señor, que los tenga en su Santa Gloria!

— ¿Cómo fue eso doña?- Ella se limpiaba las lágrimas que le escurrían, con el dorso de la mano.

— Pos yo no entendí muy bien. Creo que andaban bien tomados... ¡Esto no se cura! – Señalaba una botella de plástico de utilería.

— ¿Cómo sabe que estaba tomados?

— Pos de que otra manera se explica que se fueran a estrellar a una casa abandonada.

¡La casa estaba abandonada! Me alejé de la señora dándole las gracias. Por eso no había sido noticia. Ya después nos enteramos que el Rogelio era disléxico, o algo por el estilo, que no era Pino 45, sino Pino 54.

Pasaron varios meses, yo ya me había olvidado el incidente. Cada vez asistíamos menos a las reuniones de doble-A, y yo ya estaba a punto de irme al internado de pre-grado el último año de la carrera maratónica de medicina. Una noche fui al grupo a despedirme de ellos, al retirarme me detuvo Toño, él era de los dirigentes de nuestro grupo.

— ¡Héctor! Tiene tiempo que vino una persona y te dejó este sobre, me

pidió que te lo diera en persona.

— Gracias Toño, te lo agradezco.

Me retiré y olvidé el sobre por completo. Cuando estaba ya en Veracruz, sitio e donde hice mi internado, lo encontré hojeando en uno de los libros que acomodaba.

Hola soy Rogelio

Señor doctor Héctor

Me dijeron que usted mostró interés en leer mis cartas, Dios lo bendiga yo estoy bien; sé que estará asombrado por ver la carta que ahora está en sus manos No lo culpo yo haría lo mismo. Los del camión eran los dos padrinos del Anexo. Dios me guió con el sentido del presentimiento supe que debía hacer, guió mi brazo y el tubo que utilicé para despedazar sus cráneos. Manuel me dejó usar cocaína, esa sola noche él también inhala otro poco Ese polvo te da fuerzas y te abre las entendederas, a mi me permite distinguir cosas

Nos metimos primero por las azoteas brincamos del 45 al 54 y adentro bien que vi en donde estaban esos dos eran los señores del dinero que ordeñaban a las familias, por eso dormían solos, por eso solo me bastó darles dos tubazos, aunque ya tenía a la mano, mi pistola. No se murieron al cargarlos aun respiraban. Manuel y dos amigos doble-A que si nos acompañaron, los sacaron por la ventana y nos los llevamos a dos o tres cuadras, amarrados y pateados todos menos Manuel, los torturamos esos otros dos también eran soldados de Dios y habían estado en ese mismo anexo de la muerte.

Manuel se subió al camión con esos padrinos como muertos; incrustó el camión y nosotros todavía les arrojamos ladrillos y piedras y sacamos la viga para que aplastara la cabina. Todo paso tan de pronto que la gente que salió o se asomó por la ventana de sus casas pensaron que éramos como ellos, bien curiosos. Regresamos a sacar a los anexados y madrear a los cuatro padrinos que faltaban, a uno si lo abarate con un par de balas, nunca le diré el porque, no hace falta.

Manuel y yo estamos lejos, yo me he rehabilitado por completo y Manuel también. Si un día nos encontramos ojalá podamos platicar, aunque yo solo lo haga a señas.

Su amigo y eterno deudor.

Roger

HÉCTOR

Por primera vez estaba fuera de mi casa. Tenía la justificación de la escuela, y la distancia que necesitaba meter para alejarme de todo lo que no me dejaba ver mas lejos que mi ventana. Decidí marcharme al internado que los médicos realizamos al finalizar la escuela. Escogí una ciudad turística. Los primeros días, no me di cuenta de casi nada, todo era nuevo, mis compañeros, la ciudad, la rutina, los pacientes, el tratar de ubicarme en el mapa de mi vida. Para el mes de estancia, sentía algo que me molestaba y que era como mi sombra, solo que esa sombra estaba de noche y de día. Extrañaba mi casa, la vecindad, mis hermanos. Las horas que tenía libres, me iba a caminar cerca del mar, ni eso me calmaba. Era un ansia que se combinaba con la añoranza de mis espacios, y mis gentes. Empecé a no dormir. Por la noche me despertaba y se me hacía absurdo que no pudiera estar yo ahí, me enojaba el ser conciente, de que había sido yo, y únicamente mi obstinación, lo que me había llevado tan lejos de mi gente. Pudiendo haber escogido un lugar de internado en México, me había obstinado en irme al mar. Ahora sabía lo que era el paso del tiempo, la marginalidad, la tristeza que hay que enmascarar con una sonrisa, y el enajenarse por completo en el trabajo.

Para el segundo mes de mi estancia en Veracruz, la añoranza fue bajando de intensidad. Entonces fue que conocí a Mónica, ella era una mujer bajita y de cabellos ensortijados, de color claro, de facciones finas y de sonrisa fácil. Ella fue quien me detectó, quien me descubrió primero, y me siguió con la mirada, buscando una respuesta, la que fuera. Ella vio como me turbaron sus ojos, los cuales eran tan grandes y lucidores, que no podían dejarse de ver, me encandilaban; sus facciones tan bellas, eran armoniosas y llenas de un algo que me impedía voltear en otra dirección. Mónica me sonrió muchas veces, cada que yo pasaba de lado por el pasillo enfrente de ella. Era una cazadora experimentada. Una noche en que yo dormía plácidamente, me fueron a despertar unos colegas, unas muchachas pedían compañía para una lunada, y una de ellas, había solicitado específicamente mi presencia. Al bajar a la terraza la descubrí, era Mónica.

Esa noche de la lunada, ella se percató de que yo buscaba su cercanía, y no me la negó. Me dejó guiar, dócil y excitado, por todo su cuerpo, ella me indicaba el camino, por los valles y montes de su cuerpo, sólo me prohibió ingresar a la selva. A esa noche, siguieron otras más, con todo y sus días. Me esperaba a la salida del hospital, y me acompañaba a donde yo fuera, ella cubrió con un manto de afecto, mi soledad y paulatinamente, me hice dependiente de ella por completo. No me di cuenta de nada al respecto, creo que tampoco se percató ella, así fue, después de unas semanas éramos casi inseparables.

Alguna vez pasó por mi mente, que mi amor por Mónica era como una droga, que yo dependía más de ella, que ella de mí, y me dio miedo. Fue la primera vez que sentí perturbación por perderla, me imaginé la posibilidad de lo que era estar de nuevo sólo, creo que profundicé en esa fantasía, y entonces los papeles se invirtieron, ahora era yo quien que la buscaba sin respiro, con angustia por sus ausencias, si ella llegaba tarde, yo estaba que reventaba de furia, que era la punta del iceberg de la ansiedad. Si ella no llegaba a nuestras citas, yo corría a la caseta telefónica más cercana a llamarla, eran tiempos en que aún no se inventaba la telefonía celular.

Nuestras citas, se convirtieron ahora en interrogatorios de mi parte, en tratar de descubrir la más leve incongruencia con respecto a lo que me contaba. Había enojos, si algo no me cuadraba; gritaba queriendo domarla, espantarla, que no hubiera la menor duda de lo que me estaba haciendo, era reprochable. Ella lloraba, me juraba que no había otra persona, yo proseguía por un rato en mi enojo, manoteaba, gritaba, y luego pedía perdón, le llevaba flores, serenatas, al final ella me perdonaba. Perdí la cuenta de cuantas veces sucedió eso mismo. Creo que yo lo consideraba como algo normal, ella me decía que yo estaba mal, que si no me daba cuenta, pero yo no la quise escuchar. Muchas veces me dijo que se ahogaba, que yo no la dejaba respirar, que lo mío no era un amor normal, que la quería secuestrar, meter en una jaula de oro. Sólo eso sería mi tranquilidad. Una noche soñé que le amarraba dos grilletes con un par de bolas de acero a los tobillos. Me imploraba para que la soltara, yo no sólo no hacía eso, sino que me daba miedo el sólo hecho de pensar en el vacío de su ausencia.

Un lunes, después de haber estado en México, por toda una semana, al regresar a Veracruz, ella no apareció por ningún lado. Me esperé hasta medio día, y luego, me animé a preguntar, en el servicio en donde ella trabajaba por su destino. Me miró una amiga de ella, Juanita Rodríguez, por un largo rato,

y luego sin decir nada más, me lanzó a la cara la verdad de lo ocurrido, como quien vomita en tu cara: “¡Renunció!”.

Se había marchado, había renunciado, y ella Juanita Rodríguez no sabía nada más del asunto, pero por la forma como me miraba, intuí que yo era señalado como el verdugo de la huida de Mónica Solís. Solicité un permiso para salir del hospital, utilicé cualquier pretexto, cualquiera me daba igual. Llegue al edificio en donde estaba su casa, no había ni una alma que me pudiera informar, desde abajo, en la calle, los autos circulaban con una total indiferencia, mientras que las ventanas del departamento, lucían como si este estuviera deshabitado. Decidí esperar en el quicio de la puerta, y cuando esta se abrió, le pregunté a la señora portera sobre el paradero de la familia de Mónica. Me miró con extrañeza, — por que me había visto acompañar a la muchacha varias noches hasta el zaguán — Me preguntó, que si estaba yo enterado, también me cuestionó, del cómo yo no conocía el destino de mi novia; ya que se habían marchado no solo ella, sino todos los de la familia Solís Zaldívar para la capital. Le pedía que me dijera su dirección; que si la sabía, cuando me dijo que no, moviendo la cabeza, sentí que tenía que moverme y empecé a correr. Bajé los escalones saltado, me llené de un tipo de energía que me mantuvo en movimiento, pues de quedarme quieto, sentía que me moriría de algo muy adentro. Luego me fui, por todo el malecón, corriendo en mi uniforme de médico, iba jadeando, el aire se me hacía tan ligero, es que me sentía muy mal, un agujero en el abdomen, otro en el cerebro, la boca seca, y todo mi ser mojado y húmedo por dentro y por fuera: sudor, lágrimas, lluvia tropical vespertina. Esa sensación me espantó cuando se me hizo notoria y me detuve súbitamente. Yo estaba escurriendo por completo, gotas y más gotas, salían de los poros de mi piel. Me quedé asombrado. ¿De donde me salía tanto sudor, tanta agua pues? Alce la cara y recibí otras gotas de gran grosor en todo mi cuerpo. ¡Llovía! Y yo sin aliento, jadeando, me senté en una roca de la playa, a ver el mar de color verde y crestas espumosas. Estaba en medio de lo que llaman por ahí un “Norte”. El agua del mar se empezó a alborotar, y no faltó quien corriera a decirme que me alejara de la playa, que me podía lastimar con el oleaje. Creo que les hice caso. El resto no lo recuerdo con claridad.

Por varios días me ausenté del hospital. En efecto, no mentía, tenía fiebre y un gran malestar, por dentro y por fuera. Uno de mis colegas, me iba a visitar todos los días, para inyectarme algo, no sé qué, y yo me tomaba

tabletas de Valium para no despertar y de paracetamol para el dolor en el pecho, cada doce horas una tabletita de diez miligramos del primero, y un poco de agua mineral y al ratito hacía lo mismo con quinientos miligramos del segundo. No sé como se me metió en la mente, que con eso me iba a mejorar, que el mucho dormir me iba a aliviar mi abandono, o lo que fuera, que en mi interior estaba todo averiado. No sé como lo supe, es de esas veces que manejas la vida y el sobrevivir, nada más por instrumentos, como si te fuera dado el no perderte, aunque ya estas extraviado, casi ahogado y cualquier pedazo de hule es bueno para flotar. A la semana, me aligere del dolor y después, a lo largo de otras semanas, me alivié. En las horas que despertaba de mis letargos inducidos por medicamentos, estaba como ausente, mi mirada navegaba por el techo, y la pared de enfrente. Alguna tarde, que estaba en esas meditaciones, pensé que no sabíamos mucho del dolor por abandono, que era una experiencia cotidiana, y que quizás podría hacerme cada vez más tolerantes, con algún tipo de droga, después de todo era sólo un tipo de dolor visceral.

Regresé al trabajo, y creo que lo hice bien; atendí a mis pacientes y también, me esmeré un poquito en mi persona. Todo salió, como si nada hubiera sucedido, sólo yo me daba cuenta que algo no estaba bien. Actuaba todo el día, interpretaba mi papel de ser normal y eficiente, esa era la realidad, aunque la verdad estaba dissociada de ella y al llegar a mi cuarto o en mis ratos de soledad, era frecuente que alcanzara a gemir y hasta llorar. Algo se me había apagado, eso estaba claro, en algún sitio de mi cabeza, de eso me di cuenta perfecta, al percatarme por completo una tarde de un fin de semana, que no se me antojaba salir. Por supuesto, que argumenté, muchas cosas, diciéndome que tenía mil deberes y luego me fui a sentar en mi cama, sin saber que hacer conmigo y ese dolor de saberme abandonado una vez más por otra mujer, que no me amaba, o por lo menos lo suficiente para soportar mis locuras.

Enfermo de celos, de sentir que se han llevado una parte de ti, que al mismo tiempo sabes que no es tuya, que es únicamente una persona que se ha cruzado en tú camino, que se ha asomado a tú vida. Los celos son siempre enfermizos, sólo que cuando son como un dolor manso, leve, te los aguantas, deambulas por la vida, con una sonrisa estúpida, te sientes condescendiente amable. Aunque si son intensos, si te hacen evocar el pasado, que tienes guardado, como si este estuviera en una especie de represa, todo atorado, detenido, entonces sabes que si se salen del cause, ese torrente de emociones

acumuladas, estas serán, como el agua de las crecidas, de esos ríos que se vienen en avalancha, y en donde intentas detenerte de un árbol, de un poste, para tú sorpresa, ese árbol se convierte en brizna de paja, y tú en una hormiga sacudida, por todo lo que está a tu alrededor. Hombres como yo, con ese vendaval de celos en su interior, no deberían de enamorarse jamás, quizás con una cirugía cerebral, en las zonas que pudiese ser de más ayuda, o con un tratamiento constante con alguna sustancia. Hombres como yo, deberíamos ser eunucos. Ahora, que me pudro en la cárcel, sé que soy un inválido de los afectos ¡Un hombre malquerido!

BRENDA

Lo único que me interesa en la vida es destacar. Me doy cuenta, que los hombres me observan, les atrae mi cuerpo, creo que soy bonita. Todo eso no es suficiente. No me quiero casar sólo para tener hijos, eso no es lo mío. A mi me gusta ser independiente. Quiero tener mucho dinero, y que la mujer de mi papito sepa quien es la hija consentida, porque esa soy yo.

Hoy conocí a un psicoanalista. Es agradable, tiene una cara tierna de perrito mojado, como Esnupy. Lo que más me agradó de él es su forma de tratarme, con respeto, no como el resto de los machos que solo me quieren para su agasaje, y si te veo no me acuerdo. ¡Lástima que este casado!. La vida da muchas vueltas, además, parece que su esposa no le hace mucho caso, siempre está solito como perrito ¡Mi Esnupy! A mi me encantaban los peluches de ese perrito, todo el tiempo recostado en el techo de su casa de perro, filosofando, mirando la naturaleza.

LOS OLVIDOS DE BRENDA LA CACHETES

— Hola, ¿Raúl? ¿Y ese milagro que me llamas?... Si, sigo con el proyecto de mi libro... tú no me quisiste ayudar, yo tengo mis metas ¿Cómo? ¿Ayuda sí, lo otro no? Ah entonces, ¿Cómo amigos? Si tú lo dices... Acabo a las ocho en la clínica... si, claro, si sé donde es, ahí nos vemos... ¡Bay!

Brenda se puso de muy buen humor, era una muy buena señal que el galán le hubiera llamado por teléfono. Se recostó en un sillón cercano a su escritorio y cerró los ojos, mientras trataba de recapitular en que iba su vida, en donde estaba el vagón del tren en el que viajaba hasta ese momento. “¡Nada, no se ha desatado aún la guerra!”. En ese momento se acordó que era jueves y ese día salía con Héctor al cine, ya habían seleccionado incluso la película. “Pos ni modo querido Esnupy, que crees, se me puso un paciente muy grave, tengo que ir a darle un rato de terapia ¿Porqué no vas tú al cine y luego me la platicas? “

— ¡Josefina!... cuantos pacientes tengo de aquí a las tres de la tarde.- al decir eso, miró apurada su reloj, eran las once de la mañana.- ¿Sólo dos? Que los vea hoy una de las psicólogas nuevas ¡Dígales que tuve una emergencia!

Corrió a su auto, y en el camino llamó por su celular a la clínica de depilación, quería cera en las piernas, axila y área del bikini y un poquito en el bigote. Arreglo de uñas y pelo.

Dos horas después Brenda era otra mujer. Estaba radiante, transformada, lista para lo que se diera, esa sería su gran noche.

— ¡Hola amiga! ¿Que crees? Me llamó Raúl, estoy en el salón de belleza, dándome una manita de gato.

— ¿Vas a salir con él?

— Si Paloma, él me lo pidió...

— ¿No que ya habías terminado con él? y que le ibas a hacer no sé que chingaderas.

— Yo estaba ardida amiga, es el primero que me había dejado chiflando

en la loma, hoy en la noche, espero recuperarme o por lo menos saber que onda, quizás se el principio de algo bonito, tampoco creas que me hago muchas ilusiones, pero tampoco voy a llegar como mujer de las cavernas ¿Me explico?

PALOMA

Esa era su gran noche, como dice la canción del Rapahel ¿No? Yo no la vi en persona como salió arreglada, el policía de su clínica, las chicas psicólogas, y sobre todo el Esnupy, si la vieron salir, como si fuera a un concurso de belleza. Se fue a atender a un paciente de urgencias a las tres de la tarde y a las tantas llega arreglada como para ir a una pasarela de modelo ¿No manches? Claro que el otro se puso como pantera. Mira, a mi en lo personal Héctor nunca me cayo bien, por menso, flaco, chaparrito, con su cara de perro ¿alguna vez viste las caricaturas de Motita en los comics? Era un perrito al que se le colgaban los cachetes, serio, casi rayando en triste, sin chiste, mi amiga le decía Esnupy, pero para mi se parecía mas al Motita. Pero era su viejo y pos ese era el Esnupy, muy buena persona por otro lado, se pasaba de bueno, además, con el tipo de mujer con la que se había casado ¿Qué podía hacer? Tu vieja sale como si fuera al súper... y regresa no sé, como para ir a desfilas en una pasarela, y te dice que va a una exposición de una amiga de la Anáhuac. Ella estudio psicología no arte ni arquitectura, ella tan creativa para todas sus mentiras ahí si subestimo al perrito ¿No? La verdad tú no le crees a alguien así. El Esnupy se calmó, tenía la bola de pacientes esperando para consulta. Pues los vio, literalmente lo vio de pasadita a todos de tres a seis, y luego que se esconde, sale y persigue a mi amiga. Ella le había dado a Esnupy, una llave de plástico de emergencia de su automóvil. Un Jetta rojo muy bonito, me acuerdo, que le pregunté cuando me comentó sobre la llave, sobre sus intenciones reales de darle la llave a su marido. No me contestó, volvió a poner su risa de hija de la chingada, de hembra diabólica. Eso fue antes de que se contentara con el galán de sus sueños. Después se le olvidó por completo que ya había comenzado el plan y que ya había azuzado al esposo, al Samuel, que este traía fotos de todo mundo encuerados, como luego me enteró el Capitán Santibáñez. Vamos, que si yo fuera el Esnupy, con todo lo que me ha calentado la cabeza con el mentado galán, y la veo salir a horas de oficina, regresar a eso de las seis de la tarde, cambiarse y salir como si fuera a la premier de su propia película jamás filmada ¿Tú que haces? ¡Exacto! Lo mismo que hizo el pobre del Esnupy.

Brenda era muy buena para poner apodos. ¡Ah! Eso si, no se aguantaba cuando le poníamos uno a ella. Cuando estaba en la escuela preparatoria, que ya era una bala con los hombres, le pusimos la “No-ve-edades”, todo junto, como el periódico ya desaparecido, y es que no discriminaba edades, aunque si condiciones sociales. No sé pero me acordé de ese detalle. Yo creo que el Esnupy le dijo algo a Javier el policía, en cuanto mi amiga la “Novedades”, salió camino a su cita en la tarde ya cambiada y perfumada que le avisara de su regreso. Y que se lanza el Héctor atrás, no me refiero atrás como en las persecuciones de autos de las películas policiacas. ¡NO! Literalmente atrás en la cajuela del auto de la “Cachetes”, — así le decían los varones de apodo en la escuela, no por las mejillas sino por las nalgas y lo realzado que las tenía de manera natural. Era como sii trajera un aparato estereofónico, que en vez de bocinas eran dos masas voluminosas, que te daban la impresión de estar vivas e independientes. No sé si has visto a la cantante de Trinidad Tobago Nicki Minaj, que es rapera, vela en YouTube cantando Anaconda, el video te dará una idea de lo que te comento.

Brenda se había quedado de ver con el galán de galanes en el Restaurante del Lago, sitio predilecto de sus citas clandestinas, y bueno, pues ahí ya estaba, Raúl esperándola. Muy elegante y sin perder el estilo, cenaron, se comportó muy amable el señor, la señora pues no sé, me imagino que lanzaba, con todos los flechazos de su amplio repertorio: flash de senos, de pantis, pies calientes y todo el repertorio delicado que nos caracteriza a las chicas en celo. Esa era su gran noche ¿No?.

¿Y el menso del Esnupy? ¿Pos que crees,? Se metió además con la llave de plástico, y con una de esas que tiene botones que abren la cajuela sin usar las llaves. Mi amiga lo había preparado como el asesino del hombre que amaba, y además que la despreciaba. Todas las fotos, los videos y el aceptar que ya sabía que Raúl era su amante, no habían sido en balde, todo se había gravado y estaban en poder del Samy. Según ella, nunca pensó que el perro Esnupy fuera tan adelantado ¡Cómo ves! No si me cae que debe de haber un ángel vengador de los maridos cornudos, o algo por el estilo. Bueno, pues que salen los tórtolos de cenar, y Raúl le comentó que no traía su auto, que si le daba un aventón a su casa y aquella apuntada: “¡Te llevo a tú casa, no faltaba más... hasta Coyoacán!”. Te imaginas desde las Lomas hasta Coyoacán... ¡Que hueva! En fin, la nena no hacía las cosas por buena samaritana. Estaciona el auto dentro del garaje del mentado Raúl, y este la invita pasar.

¡Pum pum! ¡¡Papa fritas!! para lo que te quiero chenchita, a mover el bote chaca-chaca, hacen el amor, la Cachetes le dice que está enamorada como loquita de él, y Raúl le dice lo mismo, que no había querido que se le notara, ya que él tenía otra relación, y no sé cuantas mamadas más, de ese tipo que usan los tíos, todo lo que te cuentan, marean y engañan, cuando apenas te van a hacer el trabajito sexual.

A las doce de la noche, o por ahí de esa hora, se rompe el encanto, la Cachetes se acuerda que es una mujer casada, y sale como cohete, arrojando lumbre por el culo rumbo a su casa en donde su marido, supone ella que la espera. En su cabeza tenía un fichero de mentiras para cada ocasión y está dando vueltas, girando a gran velocidad.

¿Quién crees que se quedo en la casa de Coyoacán con Raúl Sauceda? ¡El perro Esnupy! Se bajo del auto de la Novedades y escondido, sube con cautela al primer piso en donde esta la sala y comedor, luego sube a la recámara, lo ha visto todo, ya no le pueden contar, ni decir que todo es una mentira. Se esconde temblando, porque no vino a solo a ser testigo de la infidelidad. Baja Brenda a la carrera y Héctor permanece congelado en la oscuridad. No solo no puede matarla, el portafolio de piel pequeño en donde esconde la pistola de Brenda está vacío.

HÉCTOR

Pase el año del internado y luego me fui al servicio social en Actopan Veracruz, cerca de Jalapa. La vida se me fue escurriendo en la monotonía cotidiana, mucho trabajo, muchas lecturas, y cero reflexión. Las mujeres me rondaban, yo era el médico del pueblo, el que tenía algún futuro, por lo menos eso era lo que ellas pensaban, yo me dejaba querer, en una forma resbaladiza, con cinismo, evitando el ser atrapado, - por lo menos eso me decía yo —, asistía a las reuniones, a las fiestas, algún jugueteo amoroso y nada más, a todas les salía con que tenía novia en México, a algunas, — las más empeñosas — que era casado y que tenía dos hijos. Así me la fui llevando, alguna de estas chicas, me comentó de pasada: “El miedo no anda en burro” y yo le respondí dándole la razón: “La burra no era arisca, los palos la hicieron de ese modo”.

Regresé a mi casa, en México, y los dos años que pase afuera, se me hicieron como de sueño. Me recuerdo alejándome solo en la noche de mi pueblo,— como le decía a Actopan —, como si yo me hubiera robado algo, más bien sentía miedo de enfrentarme, a esas personas que me querían, y luego tener que decirles adiós, despedirme, separarme, hacer lazos y luego

cortarlos: “Adiós, que te vaya bien, sigue adelante, sigue como vas, no te detengas, vas por buen camino, sigue así, el que persevera alcanza...” Si me dio miedo oír esas palabras. Por que, ¿Qué tal si no era así? ¿Qué tal si les fallaba? Así que me fui de mi pueblo como llegue, de la noche a la mañana si hacer más ruido, les dejé una carta con mi auxiliar de enfermería, en donde les decía que regresaría en unas semanas, par despedirme de todos, que si algo me lo impedía, pues que muchas gracias, o algo por el estilo.

En mi casa nadie me esperaba, bueno, así se acostumbraba, tampoco éramos en la familia, de hacer mucho aspaviento. Ya nada más vivían en la casa Rosa y Juanita, los extremos de mis hermanas, la mayor y la más chiquita, también había regresado a la casa Ramiro, ahí estaban las torres de libros que atestiguaban su presencia, pero él no estaba, se había ido con una amiga italiana de gira por Chiapas.

Mis hermanas se casaron o se arrejuntaron, al poco tiempo, pero el caso es que se fueron y nos quedamos de nuevo los dos hermanos de los extremos, los varones. Yo me iba por días al hospital y Ramiro sólo estaba en la casa los fines de semana, una señora de la vecindad nos hacía la limpieza y también nos cocinaba. Tal como me lo había propuesto, ingresé a hacer la residencia médica en psiquiatría. El hospital “Fray Bernardino Álvarez”, uno de los hospitales más grandes de Latino América, en el área de la psiquiatría, fue el sitio que se me asignó, ahí empecé a conocer la otra cara de la medicina, los enfermos psiquiátricos, enfermos de la pobreza, de la ignorancia, de los malos tratos y familias más fregadas que la mía, que ya era un decir.

Cuando estaba por termina mi especialidad, llegaron a prácticas las niñas psicólogas de la Anáhuac, otras pieles, otros cuerpos otros rostros. Coincidía a veces con ellas en el elevador, era como subirse al cielo, que bonitas me decía yo: “¡Que bonitas muchachitas!”

Una de ellas, se sonrió conmigo, era alta, de pelo largo oscuro, de ojos grandes de piel apiñonada, de cuerpo delgado pero bien formado y piernas torneadas y lucidoras. Tres días después, la vi nuevamente, entraba corriendo al hospital, como una ráfaga de viento, se le había hecho tarde. Al verme parado, levanto la mano para saludarme, como si ya fuéramos amigos. Yo le contesté el saludo y lo mismo otras dos o tres veces que nos cruzamos. Fue como al mes de habernos visto, que nos encontramos en la cafetería, yo llegaba sólo por un café, y ella estaba sola desayunando, me saludó con la mano haciéndome la seña que me podía sentar, y dócil cual borrego acepté.

Se llamaba Brenda Breceda. Ella habló y habló todo el tiempo, de muchas cosas y yo solo la miraba, absorto, extasiado, como quien ve por primera vez un charco de agua fresca saliendo del desierto.

Nos despedimos y me sentí mal de que se fuera. Por supuesto que la campanas de alarma sonaban por toda mi cabeza, pero no les hice caso.

Rodrigo me vio el fin de semana, yo estaba atarantado, y me preguntó él porqué tenía esa cara. Le platiqué sobre ella, y me dijo que yo era un pendejo. Lo peor de todo, es que era cierto, me dijo que solito me estaba metiendo al laberinto del minotauro, pero que en vez de toro, había una vaca inalcanzable, que me comería las entrañas.

“¡Pos que no ves pendejo donde vives! ¡Pica la salsa carnal! Salte un rato a caminar a los patios de la vecindad, súbete a la azotea, que te de un poco de aire mi cuate. ¡Esas pulgas no brincan en nuestros petates! Te voy a presentar a una amiga de Giovanna, esas, las italianas son guapas y no te ven de arriba para abajo. Ellas vienen al folklore. Tú eres el paisaje mexicano. La Brenda Breceda, no piensa así mi amigo, esa quiere pero con alguien de más arriba. Mira no la conozco, pero más sabe el Diablo por viejo y por cabrón...”

Así me lanzaba rollos y más rollos, sobre la imposibilidad de que me acercara a Brenda a lo largo de varios días; pero ella me buscaba en el hospital, se me aparecía literalmente, por todos lados. Luego supe que era una apuesta que había, hecho entre las alumnas, para ver quien me ligaba, pero era bonito vivir en el engaño, al rato hasta te lo crees, piensas que eres capaz de seducir a ese tipo de divas, te quitan el piso y eso pasa a ser tu nueva realidad. Se terminó el curso que ella tomaba y desapareció de mi vida por una temporada.

Seguí saliendo con más chicas, pero ahora todas eran Brenda. Terminé mi residencia en psiquiatría, y siempre me latió el psicoanálisis, me fui a una escuela, que aunque decían que estaba afiliada a la Secretaría de Educación Pública, a mi siempre me latió que era como clandestina, lo cual no me molestaba, todo lo contrario, lo marginal y oculto, siempre me ha atraído.

Leíamos las obras completas de Freud, y también los libros de los discípulos y adversarios del “Divino Maestro”. Pronto me fui troquelando, me fui mimetizando, me dejé la barba, una pipa, mis trajes de sacos cruzados, la vecindad se me fue haciendo chiquita e incomoda. Al poco rato me cambié a un departamento en la Narvarte, para estar cerca del “Maestro” que vivía en la del Valle. En el proceso de volverme analista, me percataba, que gran parte

de la atracción a esto, radicaba en tomar una identidad prestada, diferente, que me hiciera ver importante, culto, y hasta infalible.

La verdad es que después de cinco años de leer las obras de Freud, de equipararla como la palabra divina y creer desentrañar que era lo que él había querido decir, me la creí por completo. Algo ya había notado en mis compañeros, que me hacía de pronto cavilar. No eran muy dotados, me refiero a su inteligencia, a sus capacidades de estudio, y más aún la mayoría estábamos neurótico a la par.

“¿Será que no nos bastó con la psiquiatría y le entramos al circo análisis para entender lo que se agita dentro de nosotros?... pero ni así nos curamos algunos”.

Tenía yo un analista didáctico, que era uno de los maestros, - discípulos de Maestro, - al cual entre otras cosas, si podíamos hablarle de tú y los más avezados mirarle a los ojos. Se llamaba Nicanor Moctezuma, yo había estado rebatiendo algunas cosas con él, con relación a uno de mis casos. Una mujer con una depresión importante, que ameritaba ser tratada con medicamentos antidepressivos, pero en el cual Nicanor, insistía en que no se los diera le decía: “Refuerza sus resistencias al cambio, se va a embotar, le va a importar muy poco asistir a terapia y.... puede hasta mejorar de su depresión, si que resuelva sus conflicto intra-psíquicos”. Por supuesto que cuando escuché que ese era un argumento, me enojé y le dije que de eso se trataba, pero él me respondió muy solemne:

— ¿Por qué estudiaste psicoanálisis? ¿Para recetar píldoras? Eso lo hace cualquiera, solo es cuestión de tener un librito de medicamentos, un PLM, y ya, ¿Por qué estudiaste psicoanálisis Héctor Plasencia? – Yo lo veía pálido, desencajado. El buen Nicanor, tan calmado, con su cara de caballo, lentes de plástico como vitrinas y cabellos negros cual cerdas de brocha. Me dio miedo, era la forma como me lo estaba preguntando, buscando rastros de disidencia al dogma y traté de encontrar en algún sitio de mi cerebro, la respuesta ortodoxa, la correcta, la salvadora.

— ¡Está claro, que estudio el psicoanálisis como un método curativo! – Su semblante seguía pálido y me miraba fijamente, esperando que continuara en un alarde de retórica freudiana. — Aprender a que las personas se encuentren así mismos, que busquen la “Piedra Filosofal” que está en algún lugar de su inconsciente... para tratar de que puedan entender sus “acting-outs”, para que hagan “insight”... ¡En el caso específico de mi paciente para que descubra que su depresión es causada por una envidia del pene,

acentuada por una madre definitivamente castrante! – Creo que me recité todos las frases estereotipadas que había escuchado, leído, visto, al final ya jadeante sólo alcance a murmurar,— y por el bien de mis pacientes —.

— ¡Eso! ¡ESO! Es lo único importante doctor. ¿Usted cree que un antidepressivo va a ser mejor que el hecho que ella resuelva sus conflictos... cualquiera que estos sean? ... ¡NO! Es claro que no, un chofer de camión se lo diría, no necesita alguien ser médico, ni psiquiatra, menos psicoanalista, para saber que nada ¡Nada! Doctor Plasencia! ¿Me entiende? ¡Nada supera aún al psicoanálisis!

Martha, mi paciente deprimida se suicidó dos semanas después. No sé si entendió quien era ella o si su padre la había hostigado sexualmente. Sólo sé que se murió y que una obstinación dogmática de la escuelita clandestina del Maestro, había dicho que no era necesaria la química, y que la palabra bastaba. Renuncié a mi estilo, lo dejé de ir de un día para otro, sólo me faltaba presentar un par de casos clínicos más y una disertación, pero pensé que no valía la pena seguir con esa farsa y me marché de ese lugar.

Al paso de los días, al despertar una noche, brotó la pregunta de Nicanor: ¿Por qué estudiaste psicoanálisis? – Era de madrugada, estaba yo solo en la oscuridad, no se valía engañar a nadie menos a mi mismo. Empecé a rascar, salió la sombra de mi madre y luego la de mi padre, ya en fase terminal de su cáncer gástrico. También apareció el Papi, ahora muy del brazo de su bailarina exótica Paulina. Las nalgas de esa mujer que se llamaba en realidad Lucha, me llevaron con su cadencia al verdadero motivo de mis desvelos: ¡Las mujeres! Había estudiado circo-análisis para entender, por qué me iba tan mal con las mujeres, o quizás para poder situarme en una posición que hiciera verme como infalible.

Todavía en la oscuridad, en la pared que estaba enfrente de mi ventana, las puse a desfilas, como en concurso de belleza, una y luego otra, y me sentía alabado, que me mandaran de besos, con sus dos manitas enfundadas en guantes blancos, eran ellas, pero todas esas damas tan lejanas: se reían, me miraban, me mandaban besos, se movían en la pasarela con un ritmo y una cadencia sin igual. Atrás del escenario, de una especie de concha de utilería, de color rosa, salía entre luces, serpentinas, confeti, y unas fanfarrias, Brenda Breceda, una banda era todo lo que le cubría, una corona en su cabeza, cetro y unas zapatillas doradas. Las chicas se hacían a un lado, mientras ella avanzaba por la pasarela, sus piernas eran alumbradas por un rayo de luz, y se les veía moverse, adelante y atrás, adelante y atrás, su cadera era un

marcapaso, sus ojos negros brillaban de una manera especial y... entonces desperté. ¡Había sido un sueño! Ella era eso, un sueño, me sentí triste por despertar, traté de dormir nuevamente y lo logré, traté también de volver a soñar con ella, pero eso fue imposible, pasó mucho tiempo para que ella volviera a mi vida, pero ahora como pesadilla.

El teléfono celular de Ricardo Franco, vibró de manera insistente. Era un mensaje: “Estoy ya en la casa del Burlador. Adentro.” Ricardo estaba lejos de esa calle en donde se localizaba su amigo de borrachera, y posible cliente. “Llego en 30 minutos. ¿Cómo entro?”. La puerta del garaje, tenía otra mas pequeña, en uno de sus extremos. Era para el acceso de personas. Le envió la dirección exacta y le dijo que estaría abierta, la puerta individual que le había descrito. Mientras esperaba a Ricardo, el camello con el cual había vuelto a ingerir alcohol, sacó un anforita de metal, y del dio varios tragos. Arriba, en la casa estaba todo en silencio. No estaba el auto de Raúl, era cierto que estaba en el taller, pensó, pero el coraje no se detenía. Se había acordado vagamente, después de que salió Brenda, que la pistola calibre veintidós se la había dado a Ricardo, no le quedaba claro, o si le dijo que le iba a dar en el sitio del “Burlador”, como llamaban a Raúl. Después de que salió su esposa, le sobrevino un estado de aceleramiento parecido al que tuvo cuando lo abandonó Mónica Solís en Veracruz, necesitaba moverse.

Subió con cautela las escaleras, algo tenía que hacer, pues la ansiedad y la espera lo estaban haciendo sufrir, le producía algo parecido a calambres que solo se aliviaban con el movimiento. Llegó de nuevo a la planta baja, que presentaba algunas luces encendidas, y vio la escalera de madera que subía al siguiente piso. Ascendió, y ahí estaba su odiado rival, recostado en la cama, dormitaba desnudo, boca arriba. En la televisión, se trasmitía un partido de fútbol europeo.

Un cuchillo de treinta centímetros, apareció como por arte de magia en su mano. Lo habían olvidado en la mesa del mini bar localizado en la entrada de la recamara frente a la puerta, alguien lo dejó ahí al salir. La sangre en el cuchillo lo puso fuera de sí. También fue el ver a Raúl desnudo ya con una herida en el cuello del lado derecho y un piquete que sangraba en la carótida contralateral, era mucha información inesperada, aun para un médico.

En el momento en que el Barza anotaba un gol en la meta del Real Madrid, Raúl abrió los ojos. Héctor escuchó un ruido a sus espaldas y pudo ver en la penumbra de la habitación, la cara de un mastín que le aplicó una inyección torpemente en el cuello, y gritó también, como los miles de

espectadores del “Camp Nou”, pero su grito salió acompañado de sangre, y el aire se negó a ingresar nuevamente a sus pulmones. El enmascarado se hecho hacia atrás temeroso del cuchillo del médico que no se desmayaba del todo. Ambos lucharon en un combate desigual, en donde la inyección de lo que fuera atontaba al médico, quien sin perder del todo la conciencia se dejó conducir de forma dócil, como cuando alguien te está enseñando a nadar por primera vez en una alberca, y hundes un cuchillo de treinta centímetros en el cuello de un hombre que se ahoga en sus propios líquidos.

CONFESIÓN DEL DR. HÉCTOR PLASENCIA SOBRE EL CRIMEN DEL LIC. RAÚL SAUCEDO

El C. Héctor Plasencia González, de profesión médico psiquiatra, en pleno uso de sus facultades y sin coerción alguna declara lo siguiente:

Qué llegó al domicilio del occiso a las nueve de la noche, escondido en la cajuela del auto de su cónyuge, la C. Brenda Breceda Luppi, qué espero hasta que su esposa entró a la casa del hoy occiso y qué se introdujo de manera ilegal al mismo, una vez que bajó del auto. El presunto responsable dice haber estado bebiendo tequila y tomado pastillas tranquilizantes todo el tiempo que estuvo encerrado en la cajuela (No se encontró la botella mencionada y todo lo que se declara es dos días después de los hechos, en donde el reporte toxicológico no reporta alcohol ni sedantes en sangre del presunto asesino).

Qué cuando estaba teniendo relaciones carnales, la cónyuge y el occiso, en C. Médico Héctor Plasencia fue desarrollando un sentimiento de venganza y odio hacia la pareja, por lo qué trató de marcharse, pero que encontró la puerta de la residencia, del hoy occiso cerrada, por lo que esperó a que terminaran de tener la relación carnal, la pareja antes descrita y luego, aprovechando que el occiso dormía, le cercenó con un cuchillo de cocina el cuello del C. Señor licenciado Raúl Saucedo, con claro conocimiento de lo que hacía, por ser de profesión galeno, y de que el corte que realizaba en la parte anterior del cuello, cerca de la inserción al tórax, era mortal de necesidad, ya que cercenaba el paquete vascular de ambos lados de la tráquea. Una vez cometido el crimen, y con las ropas ensangrentadas, trató de abordar un carro de alquiler, pero qué el servicio le fue negado, por las condiciones propias de la ropa y aún portaba el arma homicida. Qué cuando iba por la calle de Francisco Sosa en la delegación de Coyoacán fue detenido por unos patrulleros que hacían su rondín y conducido a la delegación de policía, en donde confesó ser el autor del crimen, siendo el motivo principal

los celos.

Se aclara que esta declaración se obtuvo dos días después de los crímenes, porque el presunto asesino no podía hablar al ser arrestado. La psicóloga de la 8va delegación de policía, sugiere que pudo ser una afasia histórica, por la impresión que le causó el o los crímenes que cometió. Y la segunda razón de la tardanza en esta declaración es que por un día completo, no se supo a quien había asesinado, hasta que el lunes en la mañana la sirvienta del licenciado Raúl Saucedo reportó el hallazgo de los cadáveres, de su patrón, de la actriz Laura Medina y de un taxista Samuel Goldstein.

Laura Medina temblaba de pies a cabeza. Era impactante lo que la mente podía hacerle al cuerpo. Acababa de llegar a la casa de su amante. Ella poseía un juego de llaves, había llamado varias veces antes, eso era lo acordado entre los dos amantes, pero nunca le respondió Raúl. Al subir por las escaleras, se había percatado del porqué no le había tomado la llamada. Laura estaba inmóvil, contemplaba el cuerpo ensangrentado, con una herida en el cuello muy amplia y aparatosa. El cuerpo aún se estremecía, con convulsiones localizadas, el olor intenso a sangre era penetrante y la bolsa roja de mujer recargada en la silla, delataba, a la que quizás había sido la asesina. Un nuevo dolor se montaba sobre el otro. Raúl había estado con otra mujer antes de morir.

Se sentó en un taburete de color café y trató de respirar profundamente. Las lágrimas le nublaban su vista. En su interior el dolor sumado opacaba cualquier otro sentimiento, aún cuando una voz interna, pequeña pero poderosa, le insistía en que revisara la bolsa, ella permanecía inmóvil.

Sacó un pañuelo de algún sitio, y utilizándolo como protección en una de sus manos, procedió a abrirla. En una cartera negra, una credencial de elector capturó su interés por completo, la sacó de un solo movimiento, dejando caer la cartera y el resto de la bolsa sobre la alfombra: “Brenda Breceda Luppi”

— Aquí la patrulla 2459 del sector Coyoacán... ¡Cambio!

— ¡Proceda 2459!

— Tenemos un sujeto como de 40 años, detenido en la calle de Francisco Sosa, caminaba por la banqueta con un cuchillo de cebollero, está lleno de sangre. Se le ve bajo la influencia de alguna droga no habla... ¿Hay algún reporte de violencia en la zona? ¡Cambio!

— ¡Negativo!... ¡Negativo!... ¿Ya revisaron al detenido? Puede ser sangre de alguna parte de su cuerpo. Revisen si el sangrado está activo, de ser

esto positivo, no esperen, dirigirse a la Cruz Verde de Xoco ¡Cambio!

— ¡No se puede someter al sujeto con el cuchillo! Se procede a desarmar a la persona por la fuerza... ¡Cambio y Fuera!

En el marco de una vecindad de la calle Venustiano Carranza, Héctor esperaba desafiante, estaba temblando y no escuchaba nada. Llegó otra patrulla la 2460, y se bajaron dos policías más. En total, eran ocho policías. Rodearon a Héctor, quien no soltaba el cuchillo, además, lo blandía de un lado al otro, amenazador. Le cruzó la idea de morirse, pero antes, piensa que tiene que llevarse a más gente. La sangre en su ropa se hacía más notoria, ante el reflejo de los faros de las patrullas que le apuntaban. Las macanas avanzaron, las voces de los hombres de azul lo insultaban y lo llevaron a cualquier estado, menos al de calma. Uno de ellos le hizo una finta de que lo iba a golpear y los otros le asientan una serie de golpe a su espalda, luego son dos, tres y muchos golpes al mismo tiempo.

— ¡Amiga! ¡Amiga! ¡Se me hizo con “el Papucho de Papuchos!” Es una bala en el amor. Nada que ver con el Esnupy ¡Nada! Si ya decía yo que algo me faltaba en mi matrimonio ¡En mi vida!. Eso de que a la primera de cuentas, apenas te estas calentando y te embarren la entrepierna, no definitivamente no, eso no es para mí. ¡Todo perfecto! Me sacó un poco de onda, que al final, casi al despedirme, me dijera algo así como: “Ahora estamos a mano; Ya somos como hermanos” algo así, yo iba de salida y no pude preguntarle a que se debía. Fíjate que no me contesta el Esnupy, yo creo que está muy enojado... ¡Ay güey! ¡Dejé mi bolsa en casa de Raúl! Con el dolor de mi corazón, me voy a regresar, para ver si el se quiere venir... nuevamente conmigo ¡Ja, Ja, Ja!

“¡Quién es esta pendeja!” – cruza por su mente, cuando sostiene entre el pañuelo la identificación que sacó de la bolsa. Un chasquido primero, y luego un par de Beeps, preceden al sonido de un motor que indica que una cinta se está rebobinando. Laura Medina se levanta del taburete y se acerca al sitio de donde proviene el ruido. Es en un librero de donde proviene el sonido mecánico. Al mover dos gruesos tomos de piel de color guinda, se topa con una cámara de video. No puede evitar tocarla sin proteger sus manos, y correr a la sala de ver tele al fondo de la recamara, ahí reconoce que es la misma cámara que ella le regaló a Raúl en un cumpleaños. Hace las conexiones con un aparato de televisión y se sienta, aún temblando, a mirar lo que está grabado.

“Bueno, bueno, probando, probando... O.K. hoy es 3 de mayo del 2017,

estoy esperando a que llegue Brenda Breceda. Ayer en la noche recibí la segunda comunicación del Amigo Rito, y hoy una foto en donde supuestamente estoy haciendo el amor con Brenda, las dos tomas que me enviaron, enfocan sólo a Brenda, y hay un sujeto con una peluca negra, y bigote, que me simula, soy representado por un actor muy malo. Sólo que hay un error garrafal, el sujeto que me personifica, tiene un anillo de casado y un reloj con una correa azul, que es ostensible en todas las escenas. Creo que ese es el sujeto que me envió el material, es decir el Amigo Rito, y el actor que hace mi papel, son la misma persona. Quiero averiguar porqué Brenda está haciendo esto y que busca. La mejor estrategia es la vía vaginal, y sin prisas, voy a conocer que se trae entre manos. Voy a ir al Restaurante del Lago y dejaré mi auto en el taller, para que se faciliten las cosas”. Ahí Laura apaga, la cámara. Ha oído que un auto se estaciona, y corre a la ventana, sin asomarse del todo, en la habitación de donde está, ve a una mujer que baja de un Jetta de color rojo. Viene sonriente, en ese momento la identifica, es la imagen de la foto, el timbre suena varias veces, luego con algún objeto metálico toca enérgicamente la puerta de la entrada. La otra regresa a su automóvil, y sin subirse a él, con una mano toma el celular, y llama a Raúl. Laura lo sabe, el celular suena de manera insistente. La pequeña serenata de Mozart, va y viene. Laura toma el teléfono y contesta. El jadeo que finge es real, llora, es el mismo tono que surge de su garganta, la cual maneja en forma conjunta al llanto, temblor, dolor y pantomima. Toda esa ensalada de sentimientos en un solo conjunto de gemidos, de vocablos, es más de lo que cualquier analizador racional de sentimientos, o sea una mujer, puede detectar. Un “¡Hoolaaaaa, sii, siiii, mmmm, más, más, todo, que rico! ¡Si Raúl Toda!”.

Ese sonido resulta como metralla en el cuerpo de Brenda. Se queda inmóvil, se sostiene apenas de la puerta de su automóvil. Toda la adrenalina se infiltra por sus músculos, corazón, pulmones y cerebro. Da un salto descomunal, corre, sin importar su condición de mujer frágil, se trepa por una de las bardas, que está tapizada por una enredadera de ramas gruesas, va clavando las uñas, los dedos hasta la mitad de las falanges, la ira y el coraje la hacen jadear, sin que le importe los rasguños y heridas, que se va haciendo, se ha despojado en la escalada de las zapatillas, y las medias de nylon se desgarran entre los dedos de los pies, no siente nada, de algo han valido los miles de cortes que se ha infringido a lo largo de su vida.

Laura Medina solo ve un cuerpo agazapado que escala y trata de llegar

hasta el sitio en donde ella la observa. Sabe que no puede entrar, hay barrotes y vidrio doble, pero los va a mirar, de eso va toda la trama. Ambas mujeres quieren eso, una asomarse y ver a la que está ocupando su territorio, mientras que la otra, quiere que la miren, esa va a ser su venganza. Laura se despoja de su ropa, arrancándosela del cuerpo y coloca una toalla sobre el cadáver de Raúl, se acuesta sobre él e imita, se estremece, en la parodia de un coito, que al mismo tiempo es la danza de un cisne herido, la despedida y un ritual ante la muerte, de ese ser al que ama aún muerto. Su cuerpo se arquea, y da la espalda a la chica que los mira, Laura finge que goza al extremo, se agita y tiembla, la otra no sabe que es de un llanto extremo, la que espía no escucha el plañir de la amante adolorida, la doble imagen del dolor, aunque parezca que es placer, el cerebro dicta lo que quiere ver y nunca mejor dicho: ¡Las apariencias engañan! Adentro está el llanto de la llorona al que le han matado al amante, afuera la malquerida, que se da cuenta que la han engañado. Voltea a ver la pantalla en donde se ven la imágenes de Raúl y ella, eso le confirma que todo ha sido una treta, le van a revirar la jugada.

Brenda, se asoma sudorosa, el aire apenas suficiente, se agolpa en su garganta, sin que llene por completo sus pulmones. Ve a la mujer que esperaba encontrar, sabe que es Laura Medina, está gozando sobre Raúl. Se adosa al vidrio toda ella, sin mucha precaución, se golpea ligeramente la cabeza, pero no le importa, así, con la oreja adherida escucha la voz de él: "... Quiero averiguar porqué Brenda está haciendo esto y que busca. La mejor estrategia es la vía vaginal, y sin prisas, voy a conocer que se trae entre manos...". La confesión que escucha surte el efecto de un rayo que la atraviesa y la fulmina. Se quiebra una de las ramas, de las que está sujeta y esto hace que Brenda caiga completa sobre el prado. Son tres metros de altura, primero cae sobre un arbusto y luego rueda toda ella, por el prado que rodea la casa. Laura Medina escucha el golpe de la caída. Lo que no puede ver Laura, es que Brenda está tirada en el prado, con la mirada perdida y la conciencia obnubilada.

Laura toma la bolsa y la cámara de video, al mismo tiempo que medita: "No fue ella la asesina, no le hubiera llamado al regresar por la bolsa, ella esperaba encontrarlo vivo". Mientras ata cabos, limpia los sitios en donde puedan estar sus huellas. La siguiente sospechosa en la lista, de cualquier policía del mundo incluso la mexicana, sería ella, Laura Medina, el motivo del crimen: Los celos.

Se viste apresurada, se peina y se pinta, se mira un rato lago en el

espejo, trata de que sus ojos no se le vean hinchados. Piensa, en como le va a hacer para que no se note su dolor, su llanto, su tristeza, Ahora es cuando , sus dotes de actriz, van a servirle. Escucha un ruido a sus espaldas. Al girarse, solo percibe un destello, y un dolor inmenso en la frente que se acompaña de un estallido “¡Gracias fantasma!”.

La mujer del auto rojo maneja sin medida, no la detiene nada, se siente engañada, burlada, y eso sólo se lo ha permitido a un solo hombre en su vida, a Miguel Breceda, su papito. Se siente herida y humillada, no hay límites en ese momento que no pueda romper. “Quien haya dicho que las hembras no son agresivas y violentas, no ha conocido a una mujer herida en su amor propio”, piensa mientras maneja. “No hay tiempo para que el estúpido del Esnupy sea quien mate a su rival, tampoco de hablar con su papito”. Respira dentro de sus manos, cuenta lentamente, quiere tener la mente clara, si tiene que tomar decisiones efectivas, tiene que tener la mente despejada, aguda, si no va a dejar vivo a nadie, tiene que estar al máximo de sus capacidades. Es casi de madrugada, no puede llamar a su padre, la Doña de Veracruz le armaría un escándalo al ex Acalde. Cuando por fin logra tranquilizarse, se detiene en un parque y marca el teléfono de Samuel, este tarda un rato en contestar, tal vez sea la hora, son las dos de la mañana. La cabeza le va a estallar, sangra del lado izquierdo arriba del oído. Finalmente se escucha del otro lado del teléfono. Es una voz profunda y adormilada pero es su voz sin duda.

— ¡Necesito que envíes todo el material fotográfico hoy! ¡Sin misericordia! —No hay dulzura en la voz de esa mujer, es metálica y dura. Esa madrugada es otra —. Llego a tu departamento en quince minutos, necesito que me ayudes, te voy a pagar bien, todo lo que quieras, y una dosis extra de lo que hubo la otra vez.

Maneja quince minutos como una poseída, no recuerda como llego hasta el edificio gótico de piedra y ventanales verdes en la colonia Condesa, enfrente del parque España. Es hasta ahí en donde recobra su conciencia. Samuel ya está enfundado en un atuendo deportivo, sentado en los escalones de la puerta de su casa. Esta demasiado alerta y hasta se podría decir que contento, le sonrío a la mujer demonio, la invita a pasar a su departamento y ella pasa sin decirle nada, con la cara apretada. Samuel piensa que la nena le va a pagar por adelantado lo de la cogida prometida. Pero esta vez se equivoca por completo. No la vio con mas cuidado.

— ¡Quiero que me consigas a alguien que le ponga una golpiza a ese

patán! ¡Ni me preguntes que me hizo! ¡No te lo voy a decir! – Samuel se percata que trae la cara raspada, y las rodillas también, varios hilillos de sangre resbala por una de sus mejillas, una de sus piernas, el resto de las manchas son de sangre ya coagulada y viene sin zapatos -.

—¡Esto tiene que ser esta noche ¿Ya enviaste los correos con los documentos? – Continua frenética, sin sentarse camina de un lado a otro. – Dejé mi bolsa en su casa, ¡soy una pendeja! –. No llora, tiene la boca seca, le tiemblan los labios, las manos, está pálida, espectral. Samuel intenta abrazarla, ella lo rechaza, él insiste, lo hace ahora de manera enérgica, al mismo tiempo que amistosa, casi paternal.

— ¡Tranquila! Si hay que abaratar a ese maldito yo puedo hacerlo solo, no metas a más personas, se puede complicar todo.

— ¿Vas a matar a los dos pájaros? Porque yo a lo de asesinar no le entro, vamos ni a esa zorra podría.

Samuel le da la razón, toma una chamarra y le indica con la mano que se ponga unas sandalias, que eran de Paloma, y que salgan de la casa. Él taxista ya no pregunta nada, está contagiado por el frenesí y por dos pastas que se ha empujado con una chela que trae en la mano, conduce su taxi en silencio. Ella también va muy callada, sus respiraciones sin embargo van sincronizadas, paralelas, se dan cuenta y les vale madres, ella estira la mano izquierda, le aprieta con fuerza el paquete y mira hacia adelante, oprime los labios con firmeza, para que estos ya no le tiemblen; un extraño sonido se escapa de su boca, puede ser un quejido o muchas maldiciones. El chofer conoce que le piden ese tipo de achuchones y saca otras pastas y se las reparten entre los dos sin preguntar.

Samuel se mete por los callejones, luego les salen más avenidas y nueva dosis de más calles y callejones, ya están por unos rumbos que sólo aparecen durante las noches, porqué de día son diferentes o de plano no existen. Finalmente llegan hasta la puerta de un bar de la colonia Doctores cuyo exterior se ve bastante deteriorado, apenas iluminado con focos de color rojo, que se intercalan con otros morados, las paredes están descascaradas, y las costras que se desprenden son de pintura anaranjada. La música se hace aparente cuando se apaga el motor del taxi. Es un saxofón tenor desafinado que imita a John Coltrane, tocando “A love supreme”, Samy sacude la cabeza de un lado a otro, negando lo que escucha, pues se da cuenta de que está alucinado. El antro está abierto a esas horas de la noche. Samuel se ha bajado de taxi de volada, como si hubiera atravesado la carrocería de metal como si

nada, se aleja sin decirle nada a la nena, su acompañante temblorosa, aunque ya ha dejado de llorar. Al poco rato sale con dos tipos, que visten con chamarras, gorras, y mezclillas, están sucios. Los tres suben al taxi. Uno de ellos es moreno, de facciones toscas, mira de reojo a la mujer del asiento de adelante, y dice una maldición. El otro tiene un color indefinido, tiene barba, pelo largo y mucha mugre, esto lo hace ser como una sombra pestilente. Ambos huelen mal, a ese olor mezclado de sudor, cebollas y excremento, que se clava en las fosas nasales y las lastima, pero tiene el propósito de ser el olor que produce un mal ruido para cualquier perro rastreador.

Uno de ellos, extrae de su chamarra una botella de tequila, le da un trago, y la pasa entre los otros pasajeros. Todo el trayecto solo se escucha el paso del licor por las gargantas, y uno que otro eructo. Llegan a casa de Raúl Saucedo, Brenda está tan poseída que hasta ese momento recupera el habla, aunque sigue teniendo la vista obnubilada y ordena sin ver siquiera a los ojos de los que la escuchan:

— ¡Ahí es!, Aún está la luz prendida. Si está la novia con él. ¡También le ponen en su madre! — luego antes de que baje el Samy con los otros dos abajo, lo detiene de un brazo — ¿Cómo llegaste tan derecho? Ya habías estado aquí antes. ¡Las fotos de Laura Medina y él! ¿Adentro tienes mas cámaras? ¡Te las traes todas no las vayas a dejar! ¡Y MI BOLSA LA ROJA CHANEL!

Bajan todos los hombres del pequeño taxi de manera apresurada, apenas se cubren con lo que pueden el rostro, uno de ellos saca una barreta, de alguna parte de su chamarra y rompe la chapa de la puerta. Después, todos se precipitan al interior de la casa. Los tres hombres agazapados entran como sombras a través de la puerta del garaje, por unos cinco de minutos solo se escucha la noche que tiene sus ruidos y en dominan los silencios.

Brenda piensa que eso es lo que su padre hubiera hecho. El golpear al enemigo, es sin lugar a dudas, eso es lo más efectivo que mil palabras. Al día siguiente llamaría a la oficina de Raúl para firmar con su voz, la autoría intelectual, de esa golpiza.

Se escuchan las pisadas de los hombres subiendo las escaleras de madera, que apenas hace algunas horas ella subió ilusionada. Hay un silencio de unos minutos. La noche amplifica cualquier vibración, incluso de sonidos que vienen de muy lejos. Ella espera oír gritos, se desespera, trata de escuchar los sonidos que se suceden, entonces se sobresalta, un par de balazos surgen en el interior, otros dos tiros extra y luego las pisadas en los escalones de

madera que bajan en tropel. Salen únicamente los dos amigos de Samuel, enciende el auto con ella en su interior y se marchan.

— ¿Y Samuel? ¿Qué le pasó a Samuel? – No pudo decir una palabra más uno de los sujetos la golpea con la botella de tequila en la cabeza, un estallido de fragmentos de vidrio, alcohol, sangre y hueso, rebotaron en todas direcciones, Brenda pierde la conciencia. El auto se detuvo en el mismo parque, desde donde hacía apenas unos minutos la mujer llamó a Samuel para iniciar el ataque.

Ella está confusa, ya sabe de lo que se trata, uno de ellos la vuelve a golpear en la cara, ahora con la mano cerrada, el otro se baja deprisa los pantalones, la sujetan con fuerza, aunque ella apenas ofrece resistencia. La violan, ella está muy lejos, con la mirada obnubilada. Primero uno, y luego cambian y es el turno del sujeto moreno. Una cara que no es la de ninguno de los violadores, aparece de la nada. Los párpados de la mujer, están cerrados, y aún así, la cara se aparece sonriente, parece no reconocerla, pero es claro que la conoce. El segundo violador, parece estar más excitado en golpearla, que en hacer el resto de la faena, pues ya no la penetra, se viene entre sus piernas, al mismo tiempo que la insulta. El último golpe la deja inconsciente. Lo que ella recuerda, antes de perder el conocimiento, es que la bajan los hombres del taxi y uno de ellos, con la misma barreta con que abrió la puerta de la casa de Raúl, la golpea en la mitad de la cara, le arrancan las pulseras, el reloj y el collar. Algo le gritan mientras corren, pero ella está casi desmayada escucha: “¡Para que aprendas a no engañarnos pinche puta!... ¡Alguien se te adelantó prostituta!”

Apenas llegan a la recámara de la casa de Raúl se dan cuenta que hay dos difuntos, un hombre boca arriba con la garganta rebanada y una mujer que se encuentra a su lado, casi a mitad de las rodillas del hombre degollado, con un balazo en la frente. No son hombres que se espanten ante la muerte, son bestias que acechan y eso les hace recomponerse en cuestión de segundos. El Tarántula, sin más golpea a Samuel con la barreta un par de veces, y le hace una seña al Rata de que saque su pistola. El Rata no tiene que preguntarle para qué, hace dos disparos a quemarropa, ya casi de bajada del nivel de la recámara, sobre el cuerpo del taxista, este, ya en el suelo dispara con el arma que también trae, mientras se retuerce moribundo. El Tarántula justifica la acción musitando entre dientes: — ¡A ponerle trampas a tú chingada madre pinche Samy! La rata lo jala cuando ve que el otro sentado en un escalón los encañona.

Samuel no alcanza a entender nada de la que sucede, lo que sí sabe, es que ya no le importa saberlo. Tirado en la alfombra, se siente cansado, de algún sitio le llegan las notas de esa melodía de la banda de Glenn Millar “De buen humor”. Alcanza a subir a de espaldas, sabe que es un error hacerlo a gatas, la herida se puede complicar. Solo queda una cámara en su sitio, entre los libreros, ahí le dijo a Raúl Saucedo que la pusiera, ese era el mejor ángulo. Además, no iba a poder verlo escondido entre el sillón, la lámpara y las cortinas, un punto ciego al ángulo de la cámara. Había esperado cinco horas escondido. No sabía porqué, él se había dicho así mismo que era por si algo salía mal y Raúl lo delataba con la Brenda, diciendo que un tal “Amigo Rito” le había ofrecido un material. O quizás si él, al fin macho mexicano, se burlaba después de cogérsela de ella. Para eso se había armado de un cuchillo cebollero, recién comprado. Samuel era fanático de la serie “Dexter”, lo había planeado todo a la perfección. No se iba a arriesgar: guantes de látex, un asiento de lona plegadizo. Jeringas hipodérmicas con anestésico. Sin embargo acabaron, hablaron de nada, de esas mamadas que se dice cuando de plano se queda la incertidumbre, no sucedió nada. Excepto de lo que le dijo de salida, eso de que: “estamos empatados, quedamos empatados”.

“Debió de ser la adrenalina, las pastas que me estuve tragando para no dormirme. Me dio tanto coraje que se quedara tan a gusto, desparramado en la cama, con el pito aún parado, sin circuncidar ¡SI, SALÍ COMO ESTAMPIDA CON EL CLOROFORMO! Luego directo a la yugular, serían los sentidos al mil por cien, pero claro escuche cuando alguien cerró la puerta de la sala, no me dio tiempo de ponerle nada en el sitio en donde sangraba. Llevaba el inicio del cuello rebanado, ya traía la gabardina transparente de agente de tránsito, pero las escaleras seguían tronando, alguien subía muy despacio. Me regresé a mi escondite. Ni me di cuenta de que había dejado el cuchillo en el tocador que usaba como mini bar el galán ¡La culpa judía que otra cosa! “El yo no fui mamá fue Samuel”. Entonces vi la bolsa de Brenda en la silla. La bolsa roja Chanel que parecía acolchonada por los cuadros a ambos lados y las dos cadenas para colgarse al hombro a los lados con arillos dorados. “¿Si es ella que vas a hacer pendejo? ¡La vas a tener que matar! ¡Los pendejos no nacen se hacen! ...¡Pinche pendejo Samuel!”

“¿Esnupy? ¡Es el pendejo del marido de Brenda! ¿Cómo supo? Lo envió de emergente ya tomo el cuchillo... ¡Jeringa al cuello y!....”

Samuel llegó hasta el último escalón, se giró y vio a Laura Medina. Se levanto apoyándose en el marco de la puerta. Héctor Plasencia no estaba

dentro, no era el otro muerto, no estaba por ningún lado. La televisión estaba prendida y antes de irse de espaldas y rodarse por las escaleras vio los cables de su equipo de video, alguien lo había visto todo. “Tienes que buscar al hombre del marcapaso, ese viejo de tu sueño”. Sin más, se puso en marcha, por en medio de un túnel húmedo y caliente, al final del cual estaba la luz, que se apagó al terminar de rodar las escaleras.

La mujer del taxi, bien vale que la violen, con eso pagan un poco el disgusto de haberse tenido que salir del bar “La Cuina” a la mitad de la juerga. El Rata, también piensa lo mismo, aunque él se hubiera conformado solo con golpearla por horas, colgada de algún gancho, con la boca tapada y los brazos al aire. Le dan a la mujer golpes por todos lados, de una fenomenal patada la bajan del taxi, se marchan desvaneciéndose en la noche, como si nunca hubieran existido.

EL ROMPECABEZAS

La reconstrucción de lo sucedido fue una tarea casi imposible. Héctor se obsesionó por un tiempo en hacerlo. Reunió todos los reportajes y artículos sobre esa noche. Él había asesinado a Raúl, de eso si había un vago recuerdo. No podía quitarse de la mente, la sensación de la carne del cuello al rebanarlo, y el despertar de ese hombre que al instante se lleva las manos al cuello, para luego morir ahogado entre los borbotones de sangre y en medio de una convulsión, pero alguien o algo le llevaba sujetas sus manos, un ser con una máscara que le había puesto algo en el cuello, le había atravesado la tráquea con la aguja, y entre toses y estertores, había vomitado para luego salir corriendo ensangrentado de la ropa con el cuchillo en la mano “¿Pero, quien había asesinado a Laura Medina? ¿Qué hacía Samuel Goldstein desparramado por las escaleras? ¿Por qué acudió ahí, si se tienen evidencias de testigos que lo vieron llegar a su casa a dormir esa noche? ¿Quién lo mató?”

Para la policía las cosas eran claras, y apuntaban todas hacia Héctor Plasencia (a) el Esnupy. Cuando este se recuperó del “shock” en el que estuvo después de matar a Raúl, supo que también habían detenido a Brenda, que estaba herida en un hospital. Héctor les contó su versión de la confusa historia: Brenda había salido ilesa, él no había tenido nada que ver con la golpiza. Así lo confirmó después ella.

Lo que Héctor no sabía, era que lo habían detenido, por varias horas, casi un día, sin saber la policía capitalina a quien había matado u herido, pues no podía hablar, tenía la cuerdas vocales anestesiadas y aunque más tarde señaló que alguien le había inyectado algo en la garganta, nadie se tomó la molestia de investigar nada al respecto en esa dirección. “Me detienen en un estado parecido al estar borracho, no huelo a alcohol, sin poder hablar, golpeado, les señalo como puedo en dirección de mi garganta, y después de unas horas, como si fuera un milagro, me pongo a hablar ¿No les habrá dado curiosidad? ¿Como es que un mudo recuperó el habla? ¡Exacto! Fue eso, el hecho de que recuperara el habla. Antes de eso podrían haber pensado que

fingía, que me habían golpeado en la garganta ¿Nadie me revisó respecto a mis lesiones? ¿Por qué? ¡Porque es México!”

En la tarde del día siguiente, fue que encontraron los cadáveres de Laura Medina, Raúl Saucedo y Samuel Goldstein. Aunque lo primero que les brincó fue el asesino que tenían ya bajo custodia, lo mas fácil era que todo lo hubiera hecho el psicoanalista. El tal doctor Plasencia. Uno de los periódico amarillistas ya lo anunciaba como “El Hanibal Lecter mexicano: ¡Se bebió la sangre de Raúl Saucedo y después fue devorando los hígados de cada una de sus victimas cocinados con los vinos Radda in Chianti, Castellina in Chianti y Gaiole in Chianti”.

La “Cruz Roja”, reportó a las seis de la mañana de ese mismo día, cuando salían los titulares que se mencionan, que habían recogido a una mujer inconsciente, con huellas de golpes y signos claros violación, en la entrada de un edificio en la colonia condesa. Esas cuatro personas estaban de alguna forma conectadas a una quinta o quizás sexta persona, que los había asesinado sin piedad. En las paredes de la policía, sección de crímenes se colocaban las fotografías de los muertos y las líneas en forma de cordeles que se iban entrelazando en dos personas. Los esposos Plasencia Breceda. Fuera de una cámara de video y quizás dinero, no se reportaban desapariciones de pertenencias en la casa de Saucedo. Pero al servicio forense, le quedaba claro una cosa: las víctimas habían muerto a diferentes horas, por distintas armas. Era como si hubieran estado llegando a cuenta gotas, uno a uno, como si uno o varios asesinos los hubieran estado esperando, para matarlos, con tres tipos diferentes de armas.

El capitán Patricio Santibáñez, que era el encargado del caso, dibujaba en un cuadernillo las siluetas de los sujetos asesinados, mismos que seguían inamovibles, él era muy bueno en esos menesteres, sabía captar, sobre todo, el rictus de dolor que quedaba marcado en los cuerpos. Algunas vez le preguntaron del porque hacía eso, si ya habían tomado fotos y hasta videos de la escena. Dependía de si estaba de humor para responder y quien preguntaba. En realidad era una forma de compenetrarse con las personalidades de los asesinados. Un “Storybook” como los que hacia Alfred Hitchcock a quien admiraba. Un hombre cercano a los cincuenta años, mucho tiempo en la policía, casi treinta años, era delgado y de bigote bien recortado, con pantalones que le llegaban arriba del tobillo ajustados, con sombrero de la famosa casa “Tardan”, una gabardina y un cigarrillo marca “Delicados” colgado sin prender, de manera permanente en la comisura de sus labios.

“La mayoría de los novelistas policiacos y directores de cine de este género, te dosifican el suspenso y la película se centra en descubrir al asesino, a veces antes de los motivos. Hitchcock, tienen películas en que desde el principio sabes quien es el asesino y la trama va de porque lo mataron ¿No? Como en “La sogá”. Una pareja de chicos homosexuales, de familias acomodadas, matan con una sogá a un compañero de clases solo para saber que es matar a un hombre y ser “súper hombres”. El mismo profesor los descubre y se horroriza de como su palabras fueron mal interpretadas”.

El capitán Patricio Santibáñez caminaba por la recámara en donde los cuerpos yacían como si estuvieran dormidos, ya que a veces daban la apariencia que respiraban, trampas que nos hace el cerebro. Los miraba detenidamente, se agachaba, y con las manos enfundadas en guantes de hule, tocaba algunas cosas, al parecer sin sentido, por ejemplo la frente de los cuerpos, luego la sangre coagulada de las heridas. Movía las sábanas, revisaba las áreas cercanas a los genitales del hombre, a la mujer recostada en el lecho le toco el labio y luego se limpio con un pañuelo de papel secante, con mucha destreza el dedo del guante, y guardó todo en una bolsita de plástico; con una lamparita se asomó a su entrepierna, movió con mucho cuidado las bragas, apenas unos centímetro. Al igual que había hecho con el pubis del hombre, frotó el de la dama con un tipo de papel adherente, los olfateo, y después de guardarlos en unas bolsas que su secretaria marcaba con un plumón, se recostó en el piso alfombrado y se puso a revisar todas las pisadas; se acercó a la ventana que estaba cerrada por dentro. Bajó al jardín, vio las ramas de la enredadera quebradas, se trepó hasta la ventana con una escalera de metal que ya estaba en ese lugar, volvió a bajar, se recostó en el pasto, metió los dedos en las huellas de unos zapatos femeninos que estaba en la barda de salida. Regresó a la recámara y dictó a una grabadora mientras veía la escena de los crímenes :

“Tres cuerpos, dos en la cama. El del hombre con una gran herida en el cuello, la cual posiblemente fue la causa de su muerte, en dos secciones, no continuas, la segunda menos precisa, hay residuos de semen en el pene. La mujer tiene un balazo en la frente, sin signos de excoiaciones en vulva, el lápiz labial de ella no corresponde al que tiene en el cuello el muerto, por lo tanto estos dos no tuvieron relaciones esta noche. El lápiz labial si corresponde al maquillaje desparramado a un lado de la silla en donde está la bolsa de Brenda Breceda. El hombre tirado en la entrada, un balazo a quemarropa en el pecho. Él nunca pasó de esos sitio, hay pisadas con zapatos

de suela de hule, ninguna de las víctimas usaba este tipo de calzado. Una persona, quizás una mujer, con barniz de uñas blanco nacarado, observó desde la ventana lo que pasaba, pero no pudo abrirla, son cristales de plomo pequeños, para nada entro pero lo intentó incluso con la frente. Hay huellas de zapato femenino en el prado. El orden probable de las muertes: hombre degollado, luego mujer y finalmente el tipo tirado en la recámara. Posible móvil celos...???”.

Desde la puerta de la recámara miró hacia la lámpara que estaba junto a un sillón de respaldo alto, de los llamados orejeros. Se acercó con mucha lentitud a este, como si algo le fuera a saltar, se puso de rodillas y al estar a un lado del sillón de piel color vino, alumbró un librero lleno de guiones y novelas, sin huellas de polvo, por lo que estaba en uso. Se levantó y recorrió la cortina gris de un material grueso, era una falsa ventana, pero aún así el policía se inclinó al mismo tiempo que volvió a utilizar su dictáfono: “Un personaje estuvo asechando desde esta localización, quizás con la cámara de video que fue conectada al televisor, misma que fue robada por alguno de los criminales. Las lámparas que los lectores utilizan, se coloca del lado izquierdo, como muestran las huellas de polvo localizadas de este lado y el presunto mirón y quizás asesino, la movió para aumentar su visibilidad, y se sentó en un aditamento plegable”. El mismo Capitán arrojó polvos y pasó las brochas para huellas en los muebles cercanos. “Al parecer en todo momento estuvo protegido respecto a dejar huellas dactilares, no se detecta ninguna.”

Santibáñez, dio algunas órdenes aquí y haya, se subió a su vehículo y se marchó con dirección de la comisaría. En el trayecto hacia conjeturas, pero todas eran confusas. Al llegar a su oficina en el escritorio estaba la nota que le indicaba, que una mujer de nombre Brenda Breceda estaba en la “Cruz Roja”, herida y en calidad de detenida y posiblemente relacionada con los crímenes. La bolsa de esa señora se había localizado en el escenario de los crímenes, con varios documentos que la identificaban. Ella estaba muy golpeada y con signos de violación. Santibáñez ingirió su café con leche de dos grandes tragos, estaba casi frío, lo cual no le importó para nada, lo que necesitaba era algo que lo despertara, desde la cuatro de la mañana estaba en pie. Y aunque no era una persona que durmiera mucho, necesitaba por lo menos seis horas de sueño al día, y sólo había dormido tres esa noche. Le hubiera gustado resolver ese caso e irse a tirar en su cama un día completo, pero eso no sucedía, desde hacía muchos años cuando empezaban las faenas. Se había casado con una de sus compañeras de la licenciatura de leyes, pero nada

funcionaba cuando tu esposa era la justicia, ciega, con espada y una balanza.

En la sala del hospital en donde estaba la mujer herida, Santibáñez mostró su placa de detective a los policías que custodiaban la entrada. Ellos conocían al Capitán, por eso le pidieron que se identificara, sino lo hacían, después de pasar al cuarto del enfermo, los habría hecho arrestar, por no cumplir el reglamento. La razón de ser de Santibáñez era el reglamento. Algunos se preguntaban si sería igual de cuadrado en su vida personal - ¿Habría una vida personal fuera de la corporación para ese Capitán? - Ya dentro, en el cuarto privado del hospital, resaltaba la figura amorfa de la golpeada. La mujer que estaba en la cama, con la cara amoratada, y ambos brazos sujetos, para que se pudieran pasar las botellas de suero y sangre. Respiraba con dificultad, se quejaba y balbuceaba cosas que no se entendían. En una silla tipo reclinable, reposaba impávido, un hombre obeso, calvo y con un bigotito delgado y apenas distinguible, los setenta años se le habían venido de golpe al ver a su hija Brenda al borde de la muerte, esa noche, levantó su cabeza y se presentó:

— Licenciado Manuel Breceda, soy el padre de la señora ¿Usted es?

— Inspector Santibáñez, estoy a cargo de la investigación de una serie de crímenes que ocurrieron esta misma noche, en la que encontraron a su hija —. Al mismo tiempo que se acercaba a la mujer herida, el inspector comprobaba un rictus de dolor del anciano.

— ¡Qué barbaridad! Fue una salvajada lo que le hicieron a su hija, tiene la cara deformada.— Sacó una lupa y examinó con detenimiento el rostro de la mujer.— Le pegaron con una barra metálica, de las barretas que usan en las construcciones, tiene las marcas en su cara, algunas rebabas permanecen incrustadas.

— ¡No saben esos malditos, a quién le hicieron esto! Son hombres muertos —. La expresión de Manuel Breceda era siniestra, se diría que hablaba para sí mismo, con un tono aplanado.

— ¿Ya despertó? Me refiero a que si ya se comunicó con alguna persona.

— No qué yo sepa. Acabo de llegar unos minutos antes que usted. ¿Cómo me dijo que se llama?

— ¡Capitán Patricio Santibáñez!

— ¡Gracias Capitán Santibáñez! — La cara de Manuel era ahora muy expresiva, y se mostraba diferente, con signos reales de gratitud. Sus ojos vidriosos por las lágrimas que recién nacían, y que no se atrevían a

derramarse del todo, frente a un extraño, lo reivindicaron un poco frente a los ojos del detective.

Al salir de la habitación Santibáñez supo que debía de darse prisa en su investigación. El padre de la mujer golpeada, era un hombre de poder, sus hombres investigaban ya el caso, sólo que ellos lo hacían de manera inversa, al fin parte del hampa política, la mayoría de los guardaespaldas de estos hombres seguían teniendo sus contactos en el bajo mundo. El señor Breceda había comentado que: “esos malditos no sabían con quien se habían metido”. Eso le dio al detective nuevas pistas.

PALOMA

Eran la diez de la mañana cuando toda amodorrada me disponía a desayunar. No sabía en que había acabado lo del regreso de Brenda a casa del Galán de galanes, de seguro que está se quedó a dormir toda la noche. Pensé “al rato me va a llamar Esnupy , que le voy a decir, no le puedo decir que esta aquí dormida, no hicimos plan B ¡Pendejas!”.

Entonces, como autómatas aburridas de la vida, que prendo la televisión y lo primero que veo es la licencia de conducir de mi amiga, en “close-up”. “¡En la madre! Ya se la llevó la calaca, la tía de las muchachas, la tilica y flaca...”, pensé, y hasta el hambre se me quitó, y mira que eso ya para mi eso si es una cosa seria, como puedes ver por mis quilates ¿No?

El locutor decía que la encontraron viva, golpeada y violada, ya parecía encabezado del periódico amarillista ese que había antes: “ El Alarma”. Cuando de plano si me dio diabetes, fue cuando me enteré de las noticias referentes a los asesinatos de Raúl Saucedo, Laura Medina, y Samuel Goldstein. ¡El pinche Samuel! ¡Hay! ¡Hay! ¡Hay! No pos has de cuenta que se hubiera muerto mi papá Abraham León Sefinovich, grité, lloré y patalee. ¿Qué onda? ¡¡Paren el mundo que me quiero bajar!! No es que el Samuel fuera el amor de mi vida, pero después de tantas cogidas, de tantas noches palomeras, de ser el hombre que me sacó del gueto de Polanco y Palmas y me trajo a la Condesa, si le tenía mucho cariño, además ¿te acuerdas que te platique eso? Yo lo había metido en ese asunto, no a la fuerza, claro está, pero sí por invitación de esta tu servidora la gordibuena Paloma.

Las versiones que daban de un canal a otro, en la pinche televisión, eran confusas y encontradas, lo cual, traducido al buen español significaba que no sabían ni madres. Pero yo si sabía, dos o tres cosas que les encantarían a los de la policía. Sólo que conociendo como se las gastan esos tíos, que cuando no encuentran a los asesinos fabrican uno, me dije: “¡Palomita de maíz, tú

chitón!”. Era ya de noche, cuando me llamó don Manuel, el papá de mi amiga, eran como las nueve y tantas, y yo con los ojos hinchados del llanto, porque si me sentía muy culpable, tu no sabe que es eso para una mujer de raíces hebreas, es muy cabrón. Bueno pues don Migue me dijo, que si ya sabía que la Brenda estaba hospitalizada, que pasaba por mí para ir a verla. Si señor, “¡Clarín de órdenes!”, faltaba más, y ahí estaba tú servilleta, abajo en la calle esperando al chofer del señor Breceda a que pasara por mí. Vi el Mercedez Benz negro blindado llegar, y que me subo al mega-auto, sin pensarlo mucho, me trepé a la maquina. Ya adentro, se me fueron para abajo las pantaletas, cuando veo que ahí estaba el mero señor Manuel, has de cuenta como el Orson Wells, en la película “El Proceso”, creo que hasta ahí la hacía de abogado ¿No? Claro que lo conocía desde que las dos éramos niñas, nos llevaba juntas a todos lados, luego a las tres cuando Ivonne estuvo mayorcita. A todas nos apapachaba de más, la Brenda me avisaba que su jefe era muy cariñoso, pero a mi daba de impresión que a veces se pasaba un pelín.

No habíamos caminado en el auto ni dos cuadras, cuando empezó a interrogarme, que él sabía ya que su hija me había llamado por la noche, ya que él tenía en ese momento el celular de Brenda: ¿que me había contado? Y yo pos ¿Qué crees? Me arranqué como merolico, hable y hable; cante y cante; desembuchando todo, fue por miedo, pero también, por toda la ensalada de sentimientos encontrados hacia la Cachetes. Total me dije en ese momento: “Si empiezo con mis mentiras para tapar a la otra, al rato Brenda les dice la neta a su Papito y yo quedo como la pendeja de pendejas, y ese señor que estaba enfrente era de la narcopolitica, una mezcla de jugador de ajedrez, con cara de “It” de Stephen King, el payazo de la película, que te mira cuando le dicen lo que sabe pero que de todas formas quiere oír y se ríe igual ” Así que le fui vomitando todo, haciendo las acotaciones pertinentes, según Brenda me lo había dicho, lo cual era la neta, yo solo había estado mirando como los chinitos y lo que no sabía lo interpretaba y de esa forma lo acotaba, diciendo: “esto me imagino que sucedió porque paso X y luego Y...”.

Si había estado su hija con el señor muerto, y lo último que supe fue que a ella se le había olvidado su bolso y regresó por eso con el difunto. El señor Manuel se me quedó viendo, mientras meditaba, y luego me pregunto si yo creía que su hija se había enloquecido al ver a ese hombre con la señora. Los dos sabíamos que la niña Brenda era de armas tomar, pero guardamos silencio por un rato, moví la cabeza negando que mi amiga pudiera haber

actuado violentamente, su estilo era más el de dañar, por debajo del agua, claro que no se lo dije así.

Luego me platico lo que le había pasado a Brenda, de la violación, de los golpes excesivos, y de que él estaba haciendo investigaciones en el mundo de los mafiosos. Me dijo que estaba enterado que Samuel Goldstein era amigo mío y que quizás yo sabría con quién se juntaba. Le conté de mi relación con el Samuel, con un poco de pena, no creas, pues era el papá de mi amiga, como si fuera mi papá un poco ¿No? Al final permaneció en silencio. Su panza subía y bajaba con cada respiración, movía un habano que traía entre los labios y emitía unos ruiditos parecidos a rezos, solo que estos estaban salpicados de mentadas de madre y más florituras.

Le llegó una llamada al celular y solo movió la cabeza asentando a lo que se le comunicaba. Al terminar se quedó observándome por un rato, en un momento me dio hasta miedo verlo, sin más preámbulos, me dijo que ya tenían a los dos sujetos detenidos. Habían tenido un accidente menor de tránsito, derraparon y se había estrellado con una barda, dos policías, los habían detenido, iban conduciendo el auto de alquiler del Samuel, llevaba una pistola y una barreta de metal, además de los calzones de su hija. Alguien muy bien enterado le dio el pitazo a los hombres del señor Breceda, que pagaron la fianza y se llevaron a los malandrines ¿Cómo ves?

Llegamos a su residencia en las Lomas, y le indicó al chofer que le diera toda la vuelta a la manzana, luego escuché que le decían por un radio de frecuencia corta, que todo estaba limpio, que ya podíamos entrar. Me preguntó don Manuel, muy amablemente, que si quería pasar a ver a los golpeadores y violadores de su infanta, o que igual me podía mandar de regreso a mi casa. No sabía el señor Breceda, que yo soy la mujer más curiosa del oeste, y le dije que clarín de ordenes que pasaba a verlos. Me moría de ganas por ver a los violadores de mi amiga. Por supuesto que era un pinche morbo de la chingada, pero no me digas que tú hubieras dicho que mejor te quedabas a ver las caricaturas en la televisión en el canal del “Cartoon Network”. Bajamos al sótano de la mansión, pasamos por unos pasillos largos y oscuros, el guarura que nos acompañaba llamó por su radio a otro sitio, y les dijo que el Jefe iba llegando, se abrió una puerta y ahí vi a los dos “angelitos”.

En un cuarto amplio, como bodega, iluminado como set cinematográfico, estaban colgados esos güeyes de una vigas, casi desnudos, solo con sus calzones de un color indefinido, llenos de sangre. Cuatro gorilas

estaban de pié y guardaron silencio ante nuestra entrada. Uno de los guardaespaldas del señor Manuel le dijo que ya habían “cantado”. Les decían “el Rata” y “la Tarántula”, los había contactado el Samy, por petición de Brenda, para darle una madriza a Raúl, cuando llegaron, y vieron la escena del hombre y la mujer ya muertos, le reclamaron a Samuel por querer involucrarlos en esa matanza, el Rata sacó su pistola y hizo dos disparos, uno le toco a Samuel. Ya de bajada en la escalera, decidieron cobrarse el engaño con la mujer que estaba en el taxi, no sabían quien era. Estaban drogados, le habían metido duro a la coca, a las tachas y al alcohol. Se les botó la paranoia, pensaron que el Samy y Brenda los habían llevado a la escena del crimen que ellos habían cometido, para que les echaran a ellos la culpa, que el taxista se había quedado al pie de la escalera y les disparo primero, con muy malo puntería, luego al disparar ellos lo mataron. Esa era más o menos la historia.

El señor Manuel estaba sentado fumando, y en silencio, los dos cuerpos se quejaban, estaban adormilados, yo temblaba todita. No podía detener mi cuerpo, además creo que gemía un poco. Don Manuel me preguntó que le sugería que hiciéramos con esas bestias. Lo primero que se me vino a la cabeza fueron las palabras matarlos, desaparecerlos, torturarlo. Sin embargo, en el fondo de todos esos pensamientos, una idea cobraba forma en mi cabecita, nunca había sido violada pero muchas mujeres en este país lo son día a día, y cada que leía o sabía de algún caso lo primero que se venia a mi mente era CAPARLOS, y en efecto eso fue lo que se e salió. — ¡Caparlos! ¡Caparlos! — Y sin pensarlo mucho se me salió a flor de labios.

Los hombres se me quedaron viendo, luego sonrieron. El papá de Brenda comentó que esa respuesta era típica de las mujeres, pero que por primera vez, me daba la razón. Pidió que les arrojaran agua fría a los colgados, que se habían desmayado y al hacer esto, movió una mano y uno de los guaruras se acercó con unas tijeras de jardinero. El Jefe les dijo que eso era lo iba a hacer él solito, que nada mas los detuvieran, con una pinzas de panadería les levantaron el paquete. Bastaron dos tijeretazos en cada cuerpo, y los gritos de los colgados fueron los signos de que ahora eran eunucos. Estaban sin pene y también sin testículos, salía bastante sangre.

El guarura que llevaba un mandil blanco de carnicero, se acercó y les cauterizó las heridas que sangraban con una barra de metal al rojo vivo. La carne chamuscada olía de una manera muy peculiar, yo por lo pronto me desmayé ahí mismo.

LE DIRE QUE NACI EN UN MUNDO RARO

El viaje de México a Veracruz, había sido imperceptible, ella estaba drogada llena de sedantes y analgésicos. Reconoció la entrada al rancho de su papi, cuando escucho ladrar a los perros, y sintió el calor peculiar de esa zona de Veracruz en su piel al bajarla de la camioneta.

El siguiente recuerdo que tuvo fue por la noche, cuando una enfermera le realizaba curaciones, sintió entonces que su cara estaba destrozada. Luego, de la nada, apareció el otro rostro asustado de Laura Medina, que a gritos le pedía que no lo hiciera. El dolor tan fuerte le venía de la cara, la hizo cancelar ese recuerdo, se desmayó. Dos días después despertó ya de manera completa.

— ¡Papito! ¡Papito! – No parecía obtener respuesta alguna, hasta que una mujer de la limpieza del rancho se asomó y le dijo que le iría a comunicar a su papá que ya había despertado.

El Papito y la Nana lloraron al verla, y se abrazaron entre todos. Las semanas siguientes, ella continuó oscilado entres somnolencia, dolor, confusión, más sufrimiento y luego calma. Se había visto ya al espejo, y sólo debido a que estaba tomando tantas medicinas pudo contenerse. Una cicatriz le atravesaba la cara. Se iniciaba en el lado derecho de la frente, en la zona en donde brotaba el cabello y terminaba en el nacimiento de la nariz, para continuarse en la mejilla izquierda, menos marcada, pero era notoria la laceración. La nariz, era la parte de su cara más afectada, estaba desviada, además de achatada, ancha y roja. Ahora habían desaparecido los moretones y la inflamación, pero estaba aún muy deformada. Esa cara no era la suya, era como una mascara mal hecha, que semejaba de alguna manera la cara de mujer bonita que había sido alguna vez.

Papito le había dicho, que en cuanto estuviera mejor se irían a la Clínica Mayo, que ya había contactado con el mejor equipo de cirujanos plásticos. Lo que no le había dicho Manuel, es que ella no podía salir del país, hasta que no quedara totalmente aclarado, lo que había ocurrido aquella noche. Un amigo de Manuel, director de una Facultad de Derecho, había quedado a cargo del

caso, y con una fianza, se había permitido que saliera Brenda del hospital, en donde había estado custodiada, cambiando su situación legal por detención domiciliaria, en este caso, el domicilio era el rancho de Manuel Breceda: “La Escondida”. Manuel se la podía llevar si quería, fuera de México, eso en si no era el problema, pero estaban otras circunstancias, de tipo político, que se lo impedían. Ese era un año, en donde se iniciaban las movilizaciones políticas para gobernador y diputados locales, y él quería nuevamente ser diputado. Le dijeron que no le moviera mucho al agua, que algún enemigo político podía hacerle ruido, y eso lo calmó. Igual influencia tuvo, la Doña, la mujer oficial, quién utilizando las mismas armas del miedo al escándalo, para que contuviera ese “amor filial” recién nacido, que mas bien era un cúmulo de culpas amontonadas en el desván de su cabeza, le advirtió que una cosa era que ella permitiera que la escuincla esa, hija de la Gran Puta, — que era como se expresaba de Lupita, la madre de Brenda —, fuera atendida en el rancho, y otra muy diferente que se “quemara” ante los ojos de la sociedad veracruzana, haciendo de padre amoroso, con una bastarda.

Los días eran tremendamente largos, y aburridos para Brenda. Se terminaron los antidepresivos, y nadie hizo mucho caso, excepto la misma Brenda. Por las noches se despertaba aún de madrugada, y se sentía fatal. No se movía para nada de un solo sillón, en el que la colocaban, al que estaba ya como clavada, no comía, y las lágrimas salían de la nada, de manera abundante y generosas. Un día sin mucho pensarlo, se levantó de ese sillón, y se fue por una soga, la pasó por una de las vigas del techo, se la colocó en el cuello y se trepó en un banquito, con la soga enlazada al cuello. Nada de notas de despedida, no de los rituales que solía hacer cuando se cortaba por todos lados, esos eran pendejadas de niña mimada, ahora estaban ella y el vacío. Se mecía de un lado en el banquito, hasta que lo tiró de un golpe, sin clemencia para ella. La soga se tensó en su cuello, quemándolo. Por un segundo sintió que se moría, que el aire se le atoraba entre la soga y la tráquea, se percibió a punto de morir, y eso no le angustió para nada, al contrario, pensó que eso era lo mejor, pero de pronto, sin que nada la previera, la cuerda se reventó.

En el suelo, toda desparramada, se aturdió con la caída, y miró hacia el techo, tratando de explicarse que le había sucedido. Ahí estaba, frene a sus ojos, la viga rota, toda apolillada, que colgaba cual muñón de un brazo amputado desde una de las paredes.

Se arrastró con dificultad hasta su cama en donde lloró

desconsoladamente. Cuando llegó su padre a verla, y vio la sogá, la viga rota y el cuello lacerado de Brenda, le quedó claro, que era hora de irse del país.

Se fueron manejando hasta Monterrey y de ahí a Laredo Texas, sitio que conocía muy bien Manuel, ya de más antes, por el estilo de las compras compulsivas de todas sus mujeres. En Laredo dejaron el automóvil y volaron hasta Minnesota. Una semana después Brenda salía totalmente restaurada de la “Clínica Mayo”, la nariz, la mejilla, la frente, todo estaba de nuevo ahí en su sitio. Por lo menos todo lo externo, porqué en lo interno, algo había cambiado. Sólo su Nana se percató de eso, ella que la había amantado y nada se le escapaba notaba que la hembra no vibraba como antes. Brenda sonreía, se movía, se comportaba, exactamente como siempre, sólo que había una lentitud en sus movimientos, unos tiempos más largos en sus respuestas, un quedarse mas tiempo mirando hacia la nada, seguía rodeada de un vacío que por un momento pensó se había roto como el polín apolillado, pero ella estaba rodeada, viviendo dentro de eso.

LOLITA “LA NANA”

Yo si le pregunte, al poco rato, que la vide, pos que como estaba. Era mi niña, pero al mismo tiempo no lo era, no era de mis entrañas aunque como si lo fuera. Me acerqué un día a la cama de ella, no dormía, estaba como mirando al techo, hacia las vigas, que sé yo si tal vez miraba pa los ladrillos. Si le pregunte, le dije qué pos que le pasaba, a mi no me podía engañar, ya estaba yo muy vieja para esas vaciladas. Primero me dijo que no sabía de que hablaba, que ella se sentía igual. Pero cuando le dije lo de su risa congelada, la manera como veía ahora las cosas, y esa forma que había adquirido, últimamente de estarse como alelada. Se me quedó mirando un buen rato y luego solo me preguntó que si se le notaba mucho. No pos no era mucho, pero si era algo, pos ¿Cómo me di cuenta yo?

Luego me dijo que la verdad no sabía lo que le pasaba, que si sentía que estaba un poco más lentita, pero, por más que quería no se podía acelerar. Luego me pregunto por el señor Héctor, si tenía yo razón de él. ¡No pos cual!, Si esta rete bien guardadito por echarse al plato al otro cristiano. ¡Hay niña! ¡Tan chiquita y tan pasionuda! Quien sabe a quien saliste, a quien te pareces, por que de que eres rara mi amor, si lo eres.

— ¿Sabes que Nana?... tengo mis dudas sobre como mataron a la señora Laura. Te comento, ella era la novia de Raúl, bueno eso decía ella. Cuando regresé por mi bolsa, y me subí por las ramas, la vi ahí... ya sabes, haciendo el amor con el Raúl, me dio mucho coraje, tanto que arranqué la rama que me

sostenía sin querer como arrancarle el cuello y me caí. Después no supe de mí. Hasta que estaba arriba del auto manejando para buscar quien los golpeará. No me acuerdo de nada más por un buen rato, ellos, los dos que me desgraciaron decían que Samy y yo les queríamos plantar los dos muertos, fue la primera vez que supe que alguien había matado a Laura Medina ¿Quién más si era la única que estaba con él? Si yo la hubiera matado no hubiera regresado ¡Me hubiera pelado! Te digo Nana Dolores alguien no hace bien su trabajo en la policía. Esnupy no mataba ni una mosca. Bueno los ratones, tenía que pedir de favor que los matara el policía de la caseta. Cortándole el cuello a Raúl y luego ¿esperar para matar a la otra? Antes me hubiera matado a mi en la ventana, si traía una pistola, ahí de tiro al blanco, ahí me hubiera matado si es que como dice la prensa que todo lo motivaron los celos.

El rancho estaba lejos del puerto de Veracruz, pero Lupita llegó al poco tiempo que supo lo de su hija. Todo el camino había estado pensando en ella, a veces se hacía como que dormía, otras más miraba a la distancia, aunque sin ver nada, con la mirada perdida, aunque Héctor, su novio actual le platicaba y ella le contestaba, ella estaba como ausente, pensando solo en Brenda.

Lupita conoció a Manuel Breceda en una fiesta, por los años sesenta, una amiga la había invitado a acompañarla, se había corrido el rumor que había gente importante y las jóvenes de colegios como el Queen Mary y la Academia Madox, acostumbraban la familiaridad de padres y amigos para invitar a sus conocidas, pues eran escuelas exclusivamente para señoritas. Las Lomas de Chapultepec, Virreyes, Palmas localizados hacia el rumbo de la carretera de Toluca, era un sitio de mansiones palaciegas, habitadas por hombre ricos, generosos, viejos la mayoría, que en realidad vivía cortas temporadas en esas casas y pasaban mas tiempo en Acapulco, Londres, Nueva York o Madrid. La amiga en común de Lupita Luppi, una mujer cinco años mayor, Gladis era más conocida por ser una prostituta de la alta sociedad, Lupe no le importó que la vieran con ella, todo lo contrario, quien se acercara sabría que no era una niñata fácil de engañar. La Familia de Guadalupe era de origen europeo, italianos y españoles, de los que se había opuesto al fascismo en sus respectivos países, y que habían llegado un par de generaciones atrás a las Américas. Fue de la rama italiana que aprendió a sobrevivir como fuera posible, y de la española la fina estampa de su porte y la belleza de su rostro. Su apellido Luppini se había acortado a Luppi por uno de esos errores de las

mecanógrafas de los registros civiles y el Ibarzüengoitia de la madre Eburne, por impronunciabile entre los vecinos y maestros del colegio se lo habían mochado. Algunas personas raras de esas que leía, le preguntaban que si era familiar de un tal Jorge del mismo apellido Ibarzüengoitia, ella decía que si, pero la verdad era que no tenía la menor idea y su madre para entonces ya había fallecido.

Al llegar a esa casa tan grande y bella, cruzó por su mente que le gustaría algún día tener una casa como esa. Guadalupe Arantxa tenía belleza, juventud y sobre todo inteligencia. Al entrar las dos mujeres a esa sala, le pareció que las miradas de los hombres se habían quedado como hipnotizadas, quizás fuera el tamaño reducido de sus minifaldas, las piernas bellas y bien torneadas, que se enfundaban en un par de botas de charol de longitud suficiente, como para cubrirle las rodillas y un poco de la parte inferior de los muslos. La cabellera negra de Lupe le llegaba hasta la cintura, los ojos del mismo color, centellaban buscando a otras miradas que la desearan. El maquillaje y en general toda la estampa que la dibujaba esa noche, era la de una mujer trampera, ella iba a la caza en la jungla de esos hombres solos, sedientos de cuerpos jóvenes, con pezones firmes y que apuntaban hacia el cielo, de nalgas respingadas, de cinturas reducidas, que se remataban como una especie de monturas briosas y generosa. Ella lo tenía todo, y lo sabía. Caminó por el pasillo, por entre los sillones, las mesas y las sillas, sentía como si estuviera en una pasarela, incluso las mujeres la miraban y se sonreían, Lupita, coqueteaba también con ellas, solo un poco ¿Por qué no? Esa era la mejor forma de asegurarse la fama, las amigas y la complicidad secreta de las mujeres, rivales y amigas.

Recargada en la barra del bar, pidió algo de beber, y ya con el ron entre sus labios, vio que un hombre la observaba detenidamente, solo a ella. Era alto y guapo, un poco llenito, pero bien vestido, calvo prematuro.

— ¡Buenas noches bella mujer! Manuel Breceda a tus pies.- Y así la trató el resto de la noche, como si él fuera su sirviente, su admirador, como si se hubieran conocido de toda la vida. Hombre de la política, la seducción era una de sus mejores habilidades, y Lupita lo comprobó esa noche. Bien medido, sólo la acompañó hasta su casa, la llevó hasta la puerta, y la despidió con apenas un beso en la mejilla.

Siguieron saliendo, él le dijo que la había visto muchas veces en aquellas “Jaulas de chica a Gogo”, y que ya de sólo verla en la televisión, le había atraído, pero ahora que la tenía a su lado le fascinaba.

Ella se lo creyó todo, sin muchos rodeos, y es que no era para menos, el señor tenía su casa en ese mismo barrio residencial en donde se habían conocido. Un auto Mercedes Benz, que era conducido por un chofer muy amable, la flores, los regalos, los vuelos en su avión particular, lo mismo iban a Acapulco, Miami, las Vegas, las atenciones. ¿Qué chica a Go-Go, nacida en la colonia Roma, en las calles de Colima, casi esquina con Insurgentes, podía resistirse a las promesas de tener un “Genio de la lámpara maravillosa”, por amante?

Ella sólo tenía que tronar los dedos, o enseñarle un poco los bordes de las pantaletas , o dejar como por descuido un botón de la blusa al aire, para que al ver las reacciones que despertaba en Manuel, lo pusiera en acción. Claro que él se rindió a sus pies y con ese único acto, que no fue de amor, ella adquirió un departamento con automóvil Cadillac y chofer a la puerta. Lupita supo después, que la persona que Manuel le había puesto como chofer, no era únicamente su ayudante, Marcial Benítez era también un informante y su espía, que daba informes a su jefe, de las amistades de Lupita, a donde salía, a quien conocía.

Ahora que se acordaba de Marcial, en el trayecto a Veracruz, le ganó una especie de risa interna. Ese sujeto era como un personaje salido de las películas “Vaselina” o “Fiebre del sábado en la noche”, la imagen mexicana del John Travolta. Lupita se enteró con el tiempo, que Marcial Benítez era un estudiante fracasado, fósil de la preparatoria 5, la de Villa Coapa, que había sido reclutado a principios de los años sesenta por organismos oscuros de la derecha, que se conectaban misteriosamente todos al PRI, Partido Revolucionario Institucional, siete décadas en el poder. El pelo engomado, el copete cual resorte en espiral, trajes cruzados, camisa a rallas. Sin embargo, esa persona se convirtió, además de su chofer, en su guardaespaldas, en su confidente y una noche de borrachera de ambos en su amante fortuito, aunque constante, en los largos periodos en que Manuel Breceda se ausentaba para irse a la “Casa Grande”.

Al despertar Lupita, una mañana, en la que Marcial había pernoctado con ella olvidándose de recoger a su patrón en algún sitio, él ya se había marchado. Lupita nunca volvió a ver más a Marcial, y cuando le preguntó a Manuel, este solo le contestó que lo había enviado al otro lado. Respuesta ambivalente de por si, que connotaba la posibilidad de ir a Estados Unidos de Norteamérica en donde Manuel tenía muchos negocios o que lo había mandado asesinar.

Dos semanas después de esa noche de amor con Marcial, la chica a Go-Go, sospecho que estaba embarazada. Primero, había notado que estaba muy sentimental y chillona, como cada mes, solo que esta vez no se le quitaba cuando le venía la regla, que para variar se le suspendió y luego, se presentaron unas ganas de vomitar tremendas. Una noche mientras trataba de dormir, se enfrentó sola a la decisión de su vida. Por momentos le daban ganas de tirar al fruto de su relación furtiva con Marcial, el chofer, pero tantos años de iglesia y penitencia, se lo impidieron. A pesar de que Lupita se subiera medio desnuda a brincar en la jaula como chica a Go-Go, tenía una educación muy a la antigua, el Vaticano seguía latiendo incluso en la sangre de los llamados rojos, y eso la desanimó. Era una mujer de buena suerte, eso nadie lo dudaba, y menos ella. Esa misma noche que estaba con el alma en un hilo, llegó Manuel Breceda, muy pasado de copas. Se acostó a su lado, y ella sintió que el corazón se le desbordaba, pero el señor venía bastante caliente, lo habían dejado “a punto”, alguna otra que no había tolerado la montaña de sebo y el olor a alcohol y orines. Eran las huellas de besos y manchas de rimel en la camisa, mas que evidentes de lo que Lupita sospechaba, en su cabeza solo había un pensamiento: “¡Ahora o nunca! Un mes de retraso no es nada ¡Vamos a cabalgar! ¡Cabalgar! ¡Vamos a cabalgar mi elefante y yo!”

Esa noche, como todas las demás, el señor se montó en su hembra, pero no terminó como debía, y Lupita se aburría de verlo sudar y pujar. En su cabeza, solo para distraerse de eso que la aburría, cantaba, una canción de Cri-Cri: “Halla en la fuente había un chorruto, se hacía grandote, se hacía chiquito...” Diabético y borracho, ¿cómo lo iba a lograr? Pero Lupita era muy lista cuando se lo proponía, sobre todo cuando estaba en apuros, como el de esa noche. Le dio la media vuelta y se trepó ella en el señor panzón, y sudó y se movió como la mejor de las odaliscas. Al principio le daba de cachetadas para que no se durmiera, al gordo le gustaba que lo maltrataran cuando la fuerza menguaba, sin embargo notó que ya le dolían las palmas de las manos y él no despertaba, entonces, así como si nada, le dejó que se durmiera, luego con mucho sigilo, se levantó de la cama, y ya en la cocina mezcló un poco de agua y harina de trigo, batió y mezcló por un rato el contenido, cantando la canción del “Chorruto” entre los dientes: “Halla en la fuente había un chorruto, se hacía grandote, se hacía chiquito...”. Al rato, una vez que el engrudo estuvo medio frío, lo aplicó con mucho cuidado y en mínima cantidad, en las ropas de gordo de Manuel, en su pene y en las partes íntimas de ella, y luego se quedó dormida.

Al amanecer del día siguiente, sintió como se incorporaba Manuel, que se iba al baño, ahí se tardó un buen rato, pero cuando salió le escuchó llamar por teléfono al chofer en turno, pidiéndole que le trajera una camisa y un traje limpio de su casa. Al verla levantada, Manuel la agarro a besos: “¡Qué noche la de anoche Lupita! Me vaciaste todo, mira nomás, hasta a ti te tocó una embarradura de mocos.” Las dos o tres gotitas de cloro que le había puesto al final al engrudo, le daban ese olor característico del semen. “¡La de mañas que me enseñó la Gladys!” En efecto su amiga y casi madrota, le había dicho que lo único que no debía de permitir en sus clientes es que se fueran derrotados en su presencia. Ahora ya había muchas pastillas para la falta de erección pero en aquellos tiempos, todo era cultivarles la imaginación.

Al mes que se volvieron a ver, Lupita le confesó que estaba embarazada, él se puso como loco de alegría, le dijo que eso era lo que más quería en el mundo, que si era un hombre, su nuevo hijo, dejaba a la doña de Veracruz, que sólo le había dado puras hijas y muchos dolores de cabeza. En los meses de espera, le llovieron regalos y atenciones a Guadalupe.

Todo se acabó a los nueve meses, cuando, como le dijo Manuel al ir a verla con una ramo de rosas y su chequera abierta al hospital: “¡Me tenías que salir con tu batea de babas ingrata!”. Le acomodó las flores en un jarrón, le entregó un cheque por una buena cantidad, y ya casi de salida, le dijo que no se preocupara que ya vendría pronto a visitarlas.

En ese momento, el desconcierto dio paso a la ira, y Lupita estuvo a punto de decirle que la niña no era su hija. Pero eso, ¿de qué le serviría?

Manuel hizo otro intento de tener un hijo varón con Lupita, pero otra niña les volvió a nacer. A partir de entonces, las visitas del señor se hicieron cada vez más aisladas. Las dos niñas Brenda e Ivonne, crecieron casi solitas. La mamá las regañaba y azotaba por todo, las llevaba de un sitio a otro como borreguitos, y cuando le salía un nuevo galán, las dejaba por temporadas con su tía, doña Arantxa hermana de Edurne por la que le había puesto a ella su segundo nombre. La tía era una mujer de pueblo, aferrada a la tierra, los santos, a lo que le dijera su señor marido. Pero todo esto se terminó cuando este último se le murió. Entonces se vino a vivir a la capital, en una vecindad que sus hijos le pagaba, y después, ya casi de sesenta años, cuidaba a las niñas de Guadalupe.

El contraste marcado entre el mundo de su madre y el padre, habían marcado a Brenda. Eso ni Lupita lo podía negar, entonces como para desquitarse con la vida, y con Manuel, le pegaba duro a la niña Brenda, sólo

por verla feo, o por decir que quería más a su papá Manuel que casi nunca la visitaba. Ivonne se convirtió en la favorita, y aun cuando esta si era la hija biológica de Manuel, sólo por estar en contra de la madre, Brenda la hija de su lugarteniente, fue el amor de su vida para el Papá.

Manuel había mandado matar a Marcial Benítez, pero eso no fue por celos, ni tampoco por algo que tuviera que ver su amante Guadalupe, de lo cual él nunca se había enterado. Lo que sucedió fue que se había descubierto que el Benítez, vendía información a los enemigos políticos de Manuel, y que inclusive había tratado de participar en un periodicozo, en donde se le acusaba de estar apoyando a los nacientes señores de la droga. Así que, por azares misteriosos, Marcial se había muerto y Brenda Breceda que se debería llamar Brenda Benítez tampoco sabía nada.

Guadalupe seguía recibiendo ciertas sumas de dinero de Manuel, solo por ser la madre de sus hijas, y por permitirle de vez en cuando que jugaran al papá y a la mamá. Esas eran las épocas más felices de la "familia postiza", en donde todos se iban de vacaciones a Disneylandia, otros sitios de Estados Unidos o Europa, después, todo quedaba igual, las niñas solas, mientras que la madre estaba en las clases de aeróbicos, que llegó a dominar a la perfección, permitiendo de esa forma tener un cuerpo en forma incluso para la quinta década de su vida, y pronto se convirtió en una instructora respetada y bien pagada. Una temporada, cuando Brenda cumplió los 18 años, se salió de su casa, Manuel le restringió la mesada, internó a Ivonne en un colegio de monjas suizo, y ella se puso a trabajar de edecán en convenciones, al tiempo conoció a la cubana, una bella mujer, morena, de senos descomunales, que le dijo que no fuera tonta, que todavía era bonita y de buen cuerpo, que se dedicara a trabajar con ella, para ahorrar y así fue como se conectó en el negocio de las chicas de la vida galante.

Pronto se dio cuenta de que había sido una idiota, cuando por dos o tres citas a la cama, sacaba lo de toda la semana brincando en el gimnasio y sudando la gota gorda.

Su hija Brenda se había vuelto su enemiga, desde el día en que la vio con uno de sus novios. Se llamaba Armando, Lupita le había puesto mucho empeño, era guapo, amable y con dinero. Lo había venido trabajando con ahínco, soltando su cuerpo poco a poco, midiendo la calentura del hombre, lo mismo que su chequera. Pero una tarde se les cruzó Brenda en el camino.

Una tarde, Lupita había llegado tarde a su departamento, Ivonne estaba de vacaciones en la casa, y cuando entró su hermana se le hizo fácil dejarla

pasar. Al rato llegó Armando y preguntó por Lupita, pero cuando vio a Brenda, no se volvió a acordar de la mamá de la chamaca.

Brenda de dieciocho años, minifalda de porrista, pantaletas de color azul eléctrico, y escote tipo ombliguera, no le costó mucho trabajo seducir al hombre, dos cubas y un beso, las manos migrando al sitio adecuado. Armando no entendía la razón de lo que pasaba, del por que si estaban fajaban, luego descansaban. Tampoco comprendía si primero lo seducía, y luego le decía que ella no se acostaría para nada con el novio de mamá. En el cuarto de la hermana Ivonne el tocadiscos a todo volumen, por un momento en su cerebro se le prendió el foco de una celada, de que todo eso era una trampa. Sin embargo, no hay un hombre joven heterosexual, que puede resistir la apertura de unas piernas femeninas, y el calor de unos labios que lo vienen a acariciar. Armando Montoya pensó por un momento que se debería marchar, también cruzó por su mente la idea de que el infierno debía de ser algo similar, querer y no poder, tener la tentación tan cerca, oler el sabor de esas pantaletas, y saber que las cadenas que lo detienen son de un material tan frágil, y al mismo tiempo, cualquier intento puede hacer que el castigo se pueda prolongar de manera infinita por toda la eternidad. “¿Qué caso tiene? ¡MEJOR ME LARGO!”

Fue hasta que escuchó el motor del auto de su madre, que se había tardaba mucho en estacionarse, cuando Brenda se bajó de un solo golpe toda la ropa. Armando trataba de hacer sentido sobre ese torbellino, fue un changuito embobado por la boa que en forma de vulva lo mantuvo hipnotizado. Fue hasta cuando la luz les inundó todas las pupilas, cuando apenas distinguió la silueta enfundada en unos pants que le gritaba y se dirigía hacia ellos como un rinoceronte en celo a gran velocidad, que recobró la conciencia de donde estaba.

Brenda aventó su madre de una patada, y erguida cual pantera, se le enfrentó.

— ¡Este cabrón me estaba violando! ¿Lo vas a defender a él golpeando a tú hija? ¡Pos órale, éntrale a ver de a como nos toca!

Guadalupe se quedó helada, la chica traía una pistola, sabía que esa arma era de Manuel, ya antes la había visto, era una .22, balas pequeñas pero que se perdían en la madeja del cuerpo. Armando se arrastro cual gusano ponzoñoso con la panza para arriba, mientras el pene se enfundaba temeroso a gran velocidad dentro del escroto. Se escurría por entre los muebles. Todavía con los ojos agrandados, Lupita tuvo tiempo de recular, y salir

corriendo por donde había entrado. Ahí se había acabado para ella todo con su hija.

Al leer sobre las muertes en los periódicos. La de Laura Medina con una bala del mismo calibre de la pistola que la había apuntado alguna vez su hija le hizo un eco terrible. Guadalupe Arantxa Luppini estaba seguro que su hija había asesinado a su rival de amores y que de alguna manera había embarrado a su esposo el médico. Ella le había calentado la cabeza la médico, este le cortó el cuello a Raúl Saucedo y Brenda escondida espero a su rival, y le disparó, a eso iba todos los sábados a un club de tiro, a entrenar ¿No?

Ahora que iba a verla al rancho de Manuel, sabía que a lo mejor ella no aceptaba recibirla, pero nada le importaba, había pasado mucho dolor desde entonces en su vida, por causa de esa hija, que ni siquiera era de Manuel, y desde hace mucho tampoco de ella. Pero le llevaba varias cosas en unos sobres de papel manila, si no la podía ver, por lo menos que tuviera claridad en su vida, porque eso de vivir de mentira nunca es bueno, pensó Guadalupe.

Se habían quedado solos Manuel y Guadalupe. Estaban en la pequeña sala a la entrada de la casa del rancho. En el techo, las aspas de dos ventiladores eran el único ruido de fondo de ese silencio que envolvía la estancia. La mujer miraba el rostro del padre de Brenda, y se preguntaba, que en donde estaba ese hombre que la había cautivado, aquella noche en las Lomas. Una silueta deforme, un abuelo casi desdentado, con poco cabello en el cráneo, ahora lustroso, pero que conservaba aún la mirada desafiante. Él no podía decir nada en contra de ella, su caballera larga y negra, los ojos, y la boca con las líneas de una mujer madura, pero aún deseable. Él era la imagen de un ídolo oriental, y ella la de una diosa hindú que meditaba, sentada frente a él.

— Se nos fue la vida Lupita, - comentó, solo por que alguien tenía que empezar.- Pero tú sigues muy bonita.

— Gracias Manuel, me ha costado mi trabajo. Tú sabes mi edad, no me hago la jovencita, pero la vida de esta mujer que ves, no ha sido fácil.- Le dio un trago al vaso de agua de chía, que les habían servido al llegar.- ¿Cómo está Brenda?

— Esta bien. Lo de ella no fue más que raspones, pero la tengo aquí hasta que se aclare lo de los muertitos. ¿Estas enterada del asunto Lupita? – Siempre la había tratado como menor de edad, como un ser inferior, antes le molestaba a ella que la tratara así, hoy ya no le importaba.

— Si Manuel, también leo los periódicos. Qué bueno que se encuentre

bien ¿La puedo pasar a ver? – Se había parado del sillón súbitamente, mirando en la dirección de los diferentes arcos de la puerta que confluían en esa habitación.

— ¡No!... ¡Espérate mujer! Ella no te quiere ver. Me pidió que la disculpes, pero que sus nervios no andan bien.

— ¡Fíjate nomás! Una psicóloga que no anda bien de los nervios. Eso si es una noticia Manuel.- Lupe había alzado la voz, sabía que Brenda la escuchaba, y quería que las cosas fueran claras. En algún sitio de su cuerpo, una grabadora registraba todo lo que se decía. – Esta bien Manuel, ¿Tú crees que no me esperaba esto? Pero bueno, pues yo ya cumplí, como cualquier madre, vine a ver que se le ofrecía, desde México y pues con tu permiso, me retiro.- Dio la vuelta por donde había venido y cuando estaba ya afuera de la casa, escucho que Brenda la llamaba, por su nombre. Primero pensó que su cabeza le estaba jugando una mala pasada, pero luego se percató, a fuerza de oír varias veces el “¡Lupe, Lupe, Lupe!”, que era como ella la llamaba, nunca Mamá, que pronunciado por los labios de su hija sonaba seco.

— ¿A que has venido Lupe?- La muchacha estaba pálida, sostenida por el barandal de metal del balcón, gritaba las palabras que pronunciaba, con una fuerza y un odio que calaba, mientras todo el cuerpo le temblaba. Lupe la miró y pensó: “Eres muy brava desde lejos, escudada por tu papi, pero se te va a caer el castillito, y para siempre”. Sin embargo apretó los labios, quiso entrar en razón con la muchacha, llevar todo en paz.

— ¿Cómo estas hija? – Le salió la parte más conciliadora posible, como si no hubiera escuchado todo lo demás, como si en su cerebro no se estuviera gestando el golpe de un ariete mortífero.

— ¡Estoy a toda madre sin mí madre! Nunca he tenido una ¡Sólo padre! ¡Mi padre!- Brenda sacaba medio cuerpo del balcón, su cara roja, sus ojos desorbitados, su cabellera en desorden.

Lupita pestañó, y se dio cuenta que tenía que vomitar su odio, eran mucho años que se lo tragaba, y sino lo hacía esa tarde, lo iba a lamentar.

— ¡Pos yo que si soy tú madre! Eso lo sé pues saliste de mis entrañas, y te lo digo bien claro, ya no me lo voy a guardar, ese engendro que esta contigo, no es tú padre. ¡Eres hija de un chofer, de Marcial Benítez, a quien Manuel mandó matar!.- Se lo había soltado a gritos, pero mesuradamente, como quien clava una daga y va sintiendo que los dientes del filo, van destruyendo las capas de los tejidos, al internarse en el cuerpo, con lentitud, diente a diente, muy despacio. Alzó un sobre amarillo de papel por arriba de

su cabeza, y haciendo una seña con su dedo índice, le indicó que el sobre era para ella, se subió al auto que la esperaba con el motor encendido y se marchó, haciendo una señal en su cuello que equivalía a decapitarla, y luego la señaló con los ojos muy abiertos.

El sobre se estuvo ahí un buen rato, dos sirvientas habían querido levantarlo, pero Brenda, que seguía en el balcón, se los impidió. En su mente digería las palabras, de Lupe. Si ella, Brenda Breceda, no era hija de su papito, que sentido tenía entonces la vida. Pero de seguro era una mentira, la araña ponzoñosa de Guadalupe, había soltado su veneno por todo la casa, y ahora era Brenda la que lo recibía. Escucho pasos en su espalda y vio que era su papito y la Nana que subían a buscarla, a jalones la metieron de nuevo a la recámara, y al poco rato llegó en doctor. Le inyectaron un sedante en la vena, y se quedó profundamente dormida.

Abajo, la Nana recogió el sobre de papel amarillo y se lo llevo a su cuarto. Ahí lo guardó entre las cobijas, sin más, el patrón no sabía de su existencia, era un sobre para Bendita, sólo ella lo iba a leer, cuando ella se lo pidiera ¡Y nada más!

— Marcial Benítez, ¡Hijo de la chingada! ¡Mira como te fuiste a desquitar! – Solo en el espacio que llamaban la biblioteca, Manuel caminaba de un lado a otro. ¿Qué podía hacer? Ni modo que saliera a matar a la mamá de Brenda, después de todo el escándalo que había en la zona por los supuestos crímenes de su hija, otro escandalito más y ¿para qué? — Lo bueno es que mi mujer y mis hijas andan de vacaciones en Miami sino la que se me armaba por todos lados.

— ¡Víctor! ¡VÍCTOR! – uno de sus capataces y pistoleros acudió a paso presuroso.

— ¿Si patrón? ¿Qué se le ofrece?- el sombrero fuera de la cabeza, la actitud respetuosa.

— Se me ofrece que me digas una cosa: ¿Te acuerdas de Marcial Benítez?- aquí la voz de Manuel se había atenuado y miraba incluso a los lados, para cerciorarse que no lo escuchaban.

— Si patrón, bien que me acuerdo de ese Marcial, pos lo ajusticiamos por andar de ladrón y soplón, ¡Huy pero eso tiene rete harto patrón! – también hablaba en voz queda, temiendo que las paredes lo escucharan.

— ¿De donde era ese Benítez? ¿Tú te acuerdas Víctor?

— Pos si me acuerdo rete bien Patrón, era de cerca de Jalapa, Actopan se llama el pueblo.

— Quiero que me investigues algo muy confidencial. Te mando a ti por ser de todas mi confianza, también por ser muy discreto. Consígueme unas fotos de ese Marcial, y si tiene familia en Actopan de su familiares también, suéltales mentiras y una lana, y cuando pases por Jalapa le dices a mi compadre el doctor Gargollo, que lo necesito de volada, que se dé una vuelta lo más rápido que pueda por aquí.

LOLITA “LA NANA”

A mi niña la tenían a puras inyecciones, bien dormida, dizque era por su bien. Un suero de colores le llegaba hasta la vena, de ahí le tomaron sangre, y se la levaron a analizar, el doctor Javier Gargollo, se lo llevó todito, también la sangre del patrón. Ya no me aguanté y fui a ver lo que estaba en el sobre amarillo, que escondía debajo de mi colchón. Ahí estaban las fotos que había mandado buscar el patrón. La mamá de mi niña se les había adelantado.

Las fotos estaban rete viejas, había una niña como mi niña, trepada en un cajón, era la mamacita de Marcial y luego otra de esa misma señora pero ya mayor, con el joven, que fue en vida Marcial Benítez. Ya pa que querían más análisis, si ahí estaba la verdad. La señora se llamaba Juanita y el joven que era su hijo, ese era el joven Marcial.

Una semana había pasado cuando se apareció de nuevo Víctor Mendoza, que era el caporal, y le trajo otras fotos, que eran igualitas a las que yo guardaba debajo de mi cama. Al patrón se le pusieron los ojos rojos, y se encerró sólo en su recámara.

Brenda se había repuesto con esa cura de sueño, y preguntaba por su papito. Le dijimos que no estaba, que se había marchado a la ciudad. Cuando llegaron los análisis esos, ya estaban de más, me dijo Víctor el caporal, que los había aventado de un manotazo fuera de su vista, después de que los había leído.

— Cuando esa chamaca este mas repuesta, que se la lleven para la capital, le dicen que me fui para con los gringos, ahí le dan la noticia de su orfandad. – comentó entre dientes el Patrón.

Yo que lo escuche todo, pues conocía todas las piezas de esas historias, me fui a ver a mi madrinita, Eulalia Sánchez, ella me iba a aconsejar. Le platique con calmita lo que sucedía y me escuchó, atenta, mientras daba traguitos a su bebida. Me miraba con su único ojo, y no me decía nada, se quedó una ratote en silencio y yo, pos también, ¿Cómo iba a molestar a mi madrinita?

— A las mujeres siempre nos va de la chingada ¿No Lolita? Los

hombres nos hacen cosas, y nos llevan entre las patas. ¿Quieres componer la vida de tú niña? Pos te tienes que volver muy bruja como tú madrina. Lolita, si quieres salvar a tú niña tienes que darle mastuerzo a la bestia esa del Manuel Breceda. ¿Sabes que pasa si no lo haces? Van a quitar a tú niña de la lista de la herencia, aunque eso creo que no le importe mucho a la escuincla, pero a lo mejor, en un ataque de furia hasta la manda matar, para quitar las huellas de sus pendejadas. Mata a ese señor, sin que nadie lo sepa, que aparezca como que se murió dormido, para que ella lo llore, quema las fotos, y mándame a Víctor Mendoza, el caporal, el que lo sabe también todo, también él es mi ahijado, y nos vamos él y yo a arreglar de muy buen modo.

Me dio una botellita de color ámbar, que sacó de algún sitio debajo de sus enaguas y me dijo bien clarito, que se lo pusiera esa misma noche en la cena de mi señor: “ya mañana no amanecerá”.

Así mismo fue que lo hice, Víctor llegó después de ver a la Madrina, y me dijo que lo que iba a hacer era lo correcto, no solo pa la niña, sino pa muchos de los que andaban por ahí. El patrón ya había llamado al abogado del Ministerio Público, y el lunes iban a cambiar lo del testamento.

Esa noche le hice su atolito a mi patrón, ahí le puse su venenito, y por si las dudas, también le aderecé sus tamalitos con unas cuantas gotas de la botellita de color ámbar, me guarde pa mi también un poquito, por si las cosas me salían muy torcidas. Mi madrina me dijo que no sufriría nada, sólo se iba a quedar dormido, y así fue. Bien temprano me levanté al otro día, al cabo que yo no podía dormir. Me lo encontré quietecito, como si estuviera dormido, ya estaba tieso, pero estaba bien dormido, miraba pal techo, le cerré los ojos, y me fui corriendo con Víctor y él le aviso a los demás, ya tarde vino el doctor y dijo que había sido un infarto. La niña se enteró por la tarde, bajó como loca, pero ya su papito estaba vestido, listo para irse a su cajita a descansar. Así fue como mi niña no se quedó desamparada cuando la iban a desheredar, huérfana de padre había sido desde antes nacer, aunque eso ella nunca lo pudo saber .

En su cama, la noche previa, Manuel Breceda se sintió fatigado. La cena apenas la había probado, lo que si se terminó fue el atole. Tenía mucho frío, y tomar algo caliente, le hizo mucho bien. Entonces la muchacha no era su hija. Tanto tiempo que se le había antojado. Era cierto que la había acariciado por todos lados, pero la culpa no lo dejaba tranquilo por días, tenia que irse al puerto y comprar por un buen billete, los servicios de las madrotas de los mejores burdeles. Todo para que le trajeran niñas vírgenes a quienes

“desquintaba”. Eso le quitaba el ansia y la culpa que sentía por haber tocado a quien creí que era su hija. “¡Chingada madre! Me la hubiera cogido completita”. Se estaba quedando dormido, y se llevó la mano a la bragueta. Pensó que después de todo nunca era tarde para remediar los errores del pasado. La iba a matar, de eso no tenía dudas, era la hija del Marcial, pero antes iba a terminar con esa fantasía, después de todo la tenía al lado, en bandeja de plata... dormida, apendejada. “Me voy a dormir un ratito, porque tanto coraje me ha dejado agotado. Pero mañana me paro con la reata bien parada y después de una buena cogida la mato... ¿será como volverme a coger a su puta madre! Manuelito hay que hacer de las derrotas vict...”

SI TE DICEN QUE CAI

La tarde que Brenda regresó a su casa llovía. Víctor el caporal la había llevado de regreso a la ciudad, también iba la nana Lolita, entre los dos le ayudaron a escombrar y limpiar su casa. La clínica había seguido trabajando en los tres meses de su ausencia, Héctor daba indicaciones desde la cárcel y por lo menos la parte administrativa funcionaba. Había menos pacientes, eso sí, pero al día siguiente de su llegada, los integrantes de la clínica celebraron la reaparición de Brenda, y todo volvió más o menos a la normalidad. Sin embargo, a la psicóloga no se le quitaba de la cabeza, la idea de la interrogante de quien había sido el que había matado a Laura Medina.

A las dos semanas de su llegada, Brenda ya estaba repuesta, inclusive de la muerte de su papito, le dolía a veces y se ponía a llorar. En el intervalo de la comida, mientras tomaba un café, decidió llamar al detective Santibáñez.

— Buenas tardes señor Santibáñez, soy Brenda Breceda, del caso del asesinato de Laura Medina , ¿Se acuerda?... ¡Que bien! ¿Me gustaría verlo para que me explicara algunas cosas y quizás integrar algo más... ¡Sí claro! Donde usted me diga... entonces mañana a las siete de la noche, ¡Gusto en saludarlo!

Se vieron al día siguiente a la hora convenida en una de las placitas comerciales de moda, en donde hay un poco de todo; cafés, tiendas de ropa, restaurantes y salas de cine.

Ella vestía muy formal, de ser una mujer que resaltaba sus encantos con escotes y minifaldas, ahora usaba trajes sastre, faldas largas, el cabello recogido, y unos lentes de carey que le daban una imagen aún más austera.

Santibáñez, la esperaba en la mesa, cuando llegó, se impresionó con su belleza. A pesar de la marca de la cara, la cual después de tres cirugías plásticas apenas habían logrado desvanecer.

— Bueno días, detective.- sin esperar más respuesta se sentó y con la mano alzada pidió la asistencia del mesero.

— Hola señora Breceda ¿Cómo está usted?- Santibáñez apagó su

cigarrillo, al mismo tiempo que reafirmó el gesto al mesero, para que le sirvieran algo a la recién llegada.

— Como le decía ayer detective, mi vida salió muy lastimada por los acontecimientos de esa noche en que murió Raúl Saucedo... y los demás. — hizo una pausa para acomodarse los lentes y poder leer el menú que se le ofrecía, luego con un dedo indicó al mesero que quería un capuchino frío, prosiguió -. Usted no conoce mi versión de los hechos, misma que le voy a proporcionar ahora, con la sola condición de que usted me haga la reconstrucción de lo que usted piense que sucedió esa noche, para mí es importante, quiero aclarar las zonas oscuras.

— Le puedo contar algunas cosas, otras, como comprenderá son aún áreas de investigación y no son divulgables, es como cuando usted tiene un niño como paciente, y vienen los padres a preguntarle por él, me imagino que usted platica generalidades, y cosas que sabe pueden ser comunicadas, de otra manera estaría faltando al secreto profesional.

— Así es detective, creo que nos entendemos.- Dio un sorbo a su café sin dejar de mirar el rostro el hombre que la acompañaba. Ella era una mujer entrenada en decodificar, pero Santibáñez era un hueso duro de roer, estaba inexpresivo, serio, sin huellas de emociones que se reflejaran en su rostro.- Esa noche fuimos juntos del restaurante del lago a la casa de Raúl, él no traía auto, por eso yo lo llevé. Hicimos el amor divinamente, en su casa. Perdone por mi descripción, pero, bueno, luego me marche. En el camino, cuando hablaba por teléfono con mi amiga Paloma, que puede ratificar lo que le he dicho, me percaté que había olvidado mi bolsa, llegue a la casa de Raúl, la luz de su recámara estaba encendida, eso se podía ver desde la calle. Llamé a su celular, la voz de una mujer en la mitad de un coito fue quien me contestó, me obnubilé por la ira, por esa razón decidí trepar por una enredadera en la parte posterior de la casa y llegar hasta la ventana. Pude ver como Laura estaba montada en Raúl, la visión no era muy buena, pero si estoy segura de lo que vi. Cuando Laura giró su cabeza y se encontró con mis ojos, yo me caí al césped y me torcí una pierna, alcancé a rodar y volví rengueando a mi auto. Después fui por Samuel y le pedía que me consiguiera alguien para que golpeará a Raúl y de paso a su novia. Los celos me cegaban, estaba temblando, fuera de mí, como cuando alguien tiene una explosión de ira. Fuimos a un bar por unos sujetos que harían el trabajo y de ahí nos dirigimos a casa de Raúl. Lo que sigue, usted ya lo sabe mejor que yo, el caso es que los encontraron muerto a los dos, Héctor mi esposo, confesó haber matado a

Raúl, a Samuel lo mataron sus compinches, pero ¿Quién mató a Laura Medina?- Se detuvo en seco después de la perorata que había lanzado - ¿Ya se sabe quien lo hizo?

— No lo sabemos con precisión. Su marido mató a Raúl, de eso tenemos su confesión, las huellas en el cuchillo, y sin embargo Laura murió de un balazo en la frente, disparado desde dentro de la casa. De un calibre diferente al de las armas de los que llegaron con Samuel, él mismo murió con un balazo al abdomen de una bala de calibre .36, disparado por un revolver que ya está en nuestro poder y que pertenecía al Rata. La misma duda que usted tiene la tengo yo.- sacó un cigarrillo y ofreció la cajetilla que ella tomó -. La bala que tenía Laura Medina era de calibre .22 y aún no encontramos el arma homicida.

— ¿Hay alguna pista?

— No por el momento. Cateamos la casa de Samuel Goldstein y encontramos unas películas y fotos, él estaba trabajando para usted ¿Verdad?.- Ella se hizo un poco hacia atrás, simplemente para darle tiempo a su respuesta, se rebobinaban memorias, recuerdos, situaciones, luego pensó que era mejor ser honesta o las cosas se le iban a complicar al extremo. Asintió con la cabeza.- ¿Qué quería hacer con esa información?

— Al principio, sólo lastimar a Raúl, estaba humillada por sus desprecios. Él era el único hombre por el que lo hubiera cambiado todo. Usted no me entiende es que es hombre, y no me conoce. Pero cuando una mujer se enamora con todas sus sentidos, es capaz de todo. Yo quería que se sintiera mal, hice muchas cosas, pero luego, de la noche a la mañana él cambió, literalmente de la noche a la mañana cambió y yo detuve por completo ese plan de desprestigio.

— Pero no del todo, Samuel alcanzó a mandar archivos a varias direcciones electrónicas. Unos correos son de la noche de los asesinatos, Raúl Saucedo había recibido correos de Samuel días antes. Pensamos que Samuel quería chantajear a Raúl, o que le estaba ofreciendo el material, para que de comprarlo no lo divulgara.- Él guardó silencio y miró a su alrededor, había poca gente, el lugar era pequeño, pero abierto a la plaza, que estaba cubierta, enfrente un restaurante japonés, a esa hora lucía desolado. — Usted no se torció los pies señora Brenda, se descalzó para trepar por la enredadera y dejó sus zapatos en el jardín. Lo mismo que sus uñas y huellas dactilares en los vidrios de las ventanas exteriores. Sabemos que no mató a ninguna de las víctimas, sin embargo, hay sospechas de que usted pudiera ser la autora

intelectual de por lo menos el crimen de Laura Medina. — Brenda se sorprendió y solo fue que seguía tomando antidepresivos lo que impidió que hiciera nada inusual. Solo miró con extrañeza al detective. — Hemos recibido una denuncia anónima hace dos semanas de que usted poseía una pistola del calibre con que fue asesinada Laura y que solía asistir a un club de tiro los fines de semana. Sin embargo, cuando fue levantada después de lo que le paso, se le practicó la prueba de la parafina, y dio negativa. Se hizo un cateo de su casa y consultorio y no se ha localizado el arma homicida. El doctor Héctor Plasencia tampoco disparo un arma de fuego esa noche, sin embargo recuerda que usted poseía esa arma, que fue obsequio de su difunto padre ¿En donde está esa arma? — Brenda lo miro asombrada.

— No lo se, honestamente, desde que me casé con Héctor no he vuelto a ver esa arma debió de haber estado en la casa, nunca compre nuevas balas, y la única que sabia de mi afición por el tiro era la bruja de mi madre. Ella es la denunciante anónima.

— ¿Podría pensar en alguien que la hubiera robado o sustraído de la casa? Por ejemplo su esposo, ¿para que un tercero actuara como sicario y la incriminara a usted? — Brenda trato de no reírse ante esa pregunta. Ahí se dio cuenta de que para ella el pusilánime de Esnupy era inocente. No se o imaginaba siquiera contratando a un sicario, menos cargando el arma.

— ¿Ha investigado al esposo de Laura?

— ¿Pedro Aznar? Por supuesto sí, es el más feliz de todos, y él si tendría un buen motivo. Pero mire, vamos a suponer que yo quiero matar a Laura Medina, como su esposo ¿No se le hace rebuscado seguirla a donde su amante, entrar a la casa, verlo muerto, luego esperar a Laura y matarla?

— Si es ilógico desde su punto de vista, pero no desde el punto de vista de una mujer.- Ahí guardo silencio, mientras movía con la cucharilla su café. - ¿Qué tal si fuera una mujer?

— Lo he pensado señora, pero no sé quien pueda ser. Hay tintes de pasión en dos de las victimas, sin embargo he llegado a pensar que esto se parece a los asesinatos seriales, en donde lo de menos son los motivos, lo mas importante es el ritual — Continuaron charlando un rato más y después se despidieron.

Ya en el interior de su auto, Santibáñez, siguió con esa idea en la mente, de que la única persona que quería matar a Raúl Saucedo era una mujer. Lo que había investigado, era que el señor Saucedo era hombre de una mujer, una mujer a la vez, y que la única que podía tener una razón poderosa para

matar a Laura Medina era la mujer que acababa de darle la pista: Brenda Breceda.

La primera visita que Brenda hizo a la cárcel para ver a Héctor fue un mes después de que ella hubiera regresado de Veracruz. Estaba muy repuesta, él se había negado a recibirla dos veces antes, pero ahora ella le había pedido el divorcio y tenía que darle la cara.

Él estaba con unos lentes oscuros, acompañado de su abogado. Llegó sola, pero con una grabadora escondida en su bolso, de tal manera que registraba todo lo que conversaban. Por alguna extraña razón ella había decidido ir de negro, traje sastre de dos piezas, austera de maquillaje y sus nuevos lente de armazón negro y ovalados.

— ¿Hola! ¿Cómo estas?- Él guardó silencio, no sabía Brenda, si la miraba o tenía los ojos cerrados. El abogado de Héctor se presento.

— Abogado Saúl Martínez a sus ordenes doctora

— ¿No va a hablar su cliente?

— Así es, él piensa que es lo mejor, pero está en la mejor disposición de otorgarle lo que usted le pida, como parte de su divorcio. – Ella no pudo evitar un leve gesto de desprecio: “¡Perro naciste y no cambiaras!”, paso por su mente.

— ¿Podría estar con él uno minutos a solas? – Héctor miró a su abogado y le hizo una seña con su cabeza en donde le asentía. A solas ella se acercó un poco más a su marido.

— Mira Héctor. No te voy a pedir perdón, no tiene caso, ya la persona que mataste pagó con creces mi culpa, sólo quiero que no te hagas el papel de víctima. A mi no me convences, si eso es lo que quieres no me convences.

— No trato de convencerte.- surgió la voz tímida y casi murmurando de Héctor.

— ¿Me vas a contar tú parte de la historia?

— Que te puedo decir que tú no sepas. Me escondí en tú auto, con la llave que me diste y salí para matar a tú amante.

— ¿Y luego? – Se apresuró a preguntas Brenda tratando de seguir una pista.

— No recuerdo nada más, al acercarme a Raúl ya había sangre en su cuello, me gire porque alguien salto a mis espaldas embozado, me puso una inyección al cuello, creo que era un anestésico, pero me perforó la tráquea, él fue quien me obligo a cortar el cuello de Raúl, con sus manos enguantadas guió las mias que sostenían un cuchillo, al ver salir la sangre se me nublo la

vista, la recuperé al estar ya en el asiento posterior de un auto de la policía.

— ¿Tienes idea de cuanto tiempo pasó? – Ella se apresuró a preguntar.

— Quizás dos horas. – Titubeo, y luego se quitó los lentes negros - ¿Por qué esas preguntas Brenda?

— ¡Quiero saber quien mató a Laura Medina!

— ¿No la mató Samuel? – La cara de duda auténtica era conocida por Brenda.

— ¡No, no le dio tiempo! Él recibió un balazo después de que ya los habían matado a los dos. Ahí hubo tres asesinatos, sabemos de dos asesinos, nos falta uno.

— El caso no está cerrado ¿verdad?

— No, no lo está. – Esto último lo pronunció Brenda con desesperación, apretando los labios.

— Si sabes algo avísame, me gustaría estar informado, por otro lado te voy a firmar los papeles, te los mando con mi abogado.- Luego aún con los lentes en la mano, él se asomó a los ojos de la mujer que todavía era su esposa, y desafiante le preguntó: - ¿No fuiste tú la asesina de Laura Medina? ¿Era tu pistola la calibre veintidós? - Ella se levantó ofendida, con un desplante de niña rica, que en realidad nunca había sido, y sin despedirse siquiera salió de la habitación.

El capitán Patricio Santibáñez había visto y oído la entrevista, cámaras y micrófonos le habían permitido hacerlo, porque en efecto era un caso que no estaba aun cerrado. En efecto, desde su detención el doctor Plasencia había afirmado lo de la inyección en el cuello y de que alguien lo había forzado a degollar a Raúl Saucedo en un estado de aturdimiento. Ya en la comisaría, en la pared de fotos y líneas que las conectaban, una foto con el sillón orejero y una interrogación fue colocada en el centro de los crímenes. El sujeto que había filmado todo, que había estado oculto, era el que había matado a Raúl, creyendo que anestesiaba al médico, quien después extrajo de la bolsa de Brenda Breceda la pistola y luego mató a Laura Medina ¿Quién le pagaba al sujeto? La esposa de Héctor Plasencia, quizás hubiera sido la primera sospechosa, sin embargo, Raúl le cambió la jugada, la mujer de estar despechada, pasó a ser adorada, y en ese estado de locura que es el amor, se le olvida avisarles a los presuntos implicados de que la misión debe de ser abortada, y se suceden una cadena de pendejadas tras pendejadas, en donde ella misma es arrastrada por el tsunami.

PALOMA

Me mudé a vivir con Brenda por una temporada, a mi amiga se le había venido la vida abajo. Yo le ayudaba en todo, era como el señor de la casa, y ella mi mujer, por supuesto que no somos lesbianas, las mujeres si sabemos como ayudarnos las unas a las otras. Somos cabronas, a veces entre nosotras, eso ni lo dudes, pero la mayoría de las veces no echamos la mano... y no me mal interpretes.

Brenda fue armando su vida de nuevo, pero había perdido su altivez, sus poses de gran dama, se refugiaba en el trabajo, como si ahí le fuera su vida. Había adelgazado y aunque seguían sus encantos presentes, estos estaban empequeñecidos, todo en ella estaba así, disminuido, como si en alguna parte de su cuerpo tuviera un botón del volumen de intensidad, y estos se estuvieran apagando. Lo único que aumentó fue su obsesión por la edad, verse al espejo se transformo en una obsesión. Yo no sabía mucho de psicología, pero si me daba cuenta de que estaba horas frente al espejo jalándose los cachetes, la papada, la frente.

Un día se aplicó inyecciones de botox, y le funcionaron bien. Pero yo creo que ahí fue en donde se le disparó la locura por completo, por lo menos hasta donde ella me dejaba ver. Me sorprendió cuando me dijo que notaba que su cara se estaba haciendo asimétrica, yo la veía igual, pero ella juraba que era como si la hubiera pintado algún artista cubista.

— ¡Mira amiga! ¡Ve bien! Mi cara del lado derecho esta más gorda que la izquierda, mira las mejillas, son más grandes. Los ojos, es que me ha caído mal el botox, yo creo que no se desvanece el efecto por igual, parejo. ¡Mira que los voy a demandar!

Yo no veía ninguna diferencia en su cara. No la veía chueca, no encontraba todas las cosas que según ella, decía que eran diferentes. Se lo comenté varias veces, pero al ver que ella insistía, me di cuenta que no llegaríamos a ponernos de acuerdo. Ahí fue en donde inicio su calvario. Los médicos, los cirujanos plásticos, los charlatanes. Poco a poco, la cara de mi amiga, se fue viendo diferentes. ¡Muy diferente! Le jalaron la cara para un lado, luego para el otro, le levantaron lo caído, le acomodaron colágena en los pómulos, no sé que más cosas, pero la verdad es que la dejaron peor, cada nueva cirugía, su cara se convertía en una caricatura, pero de muñequito de comic, como de la “Familia Burrón”, con perdón de la Cachetes, que Dios la tenga en su Gloria.

Sumergida en una depresión del tamaño del mundo, empezó a tomar antidepresivos, alcohol, a inhalar cocaína, pastillas para dormir, pastillas para

despertar. Un día le dije que se estaba dejando ir, que se estaba tirando por un tobogán, que quien sabe a donde iría a parar, que estaba todo el día bajo la influencia de las drogas, que se estaba desfigurando, que tenía sexo con cualquiera, y sin protección. Pero como sucede en estos casos, no solo no me escuchó, sino que me mandó por “un tubo”. Uno de sus pacientes, que era drogadicto, empezó a venir mas seguido a la casa, fuera de horas de consulta ¡Claro!, Era el que le daba la droga, bueno se la vendía, y a veces se la cambiaba por sexo.

Entonces fue que todo terminó para ella. Un día me corrió de la casa, bueno era su casa ¿No? Pero yo la cuidaba. Le molestaba que yo le dijera que tenía que dejar de hacer sus cosas, que me comportara como su madre. Ya desesperada fui con Lupita, me escucho un largo rato, no me dijo nada. Su pareja, que también se llamaba Héctor, me dijo que para Lupe, su hija estaba muerta hacía mucho tiempo, que gracias por contarle lo que le había contado. Y me pidió que me marchara.

Fue en la vil calle, mientras me dirigía a mi antiguo departamento, que antes de entrar, un señor muy atento, que me enseñó de inmediato su charola, como le decimos por estos rumbos a las placas de policía se presentó conmigo.

— ¡Buenas noches ¿Paloma Chernisky Rosenthal? Soy el Capitán Patricio Santibáñez. – Era como de película neta, y yo venía muy distraída, y lo menos que esperaba es que me saliera un hombre guapo, atento, de bigote de cantante de trio mexicano, pero cono ojos negros y cejas, bueno ya sé que vas a decir que estaba con la añoranza de que me abrazara un hombre, pero si además se te aparece Omar Shariff, amiga perdona que no sea fiel al Sabbath, era viernes de madrugada, si le conteste con mucha amabilidad y que si era yo y que adelante y perdón por el desorden de mi morada.

Ya dentro le comento que acabo de regresar de vivir unos meses con Brenda Breceda y que me acaba de correr. Así de manera espontanea y al bote pronto. El muy atento me escucha, y yo hablo como siempre, es decir hasta por los codos. Se ríe por como hablo, y en un dos tres estamos tomando café y somos los grandes amigos.

Una hora después él me empieza a preguntar del Samuel Goldstein, que si habíamos sido novios, que como fue mi conexión de él con Brenda. Me dice que catearon su casa varias veces, que encontraron material fotográfico y video. Que les falta una cámara de video que la policía piensa que fue en donde grabaron las últimas dos muertes. Y que él tiene la sospecha de que el

Samy es el criminal de los dos amantes. Debí de abrir los ojos como hipertiroides, ya sabes la gente que se le salen los ojos, de inmediato me puso una de sus bellas manos en mis manos y como si fuera mago, me tranquilicé.

— ¡Calma! Es una sospecha. Mira Brenda había planeado mínimo darle un escarmiento en los medios a Raúl por no hacerle caso, pero sabemos que Samy se le adelantó y le ofreció el material porque le daba miedo lo que pudiera hacer Brenda. Cuando sabe que se van a ver Raúl y Brenda, cualquier negociación económica, se acaba con la cama ¿Estas de acuerdo? — ¡Clarín de ordenes! Vagina, tetas y cola mata cualquier pirinola. — La policía detectó que alguien estuvo filmando o por lo menos de mirón detrás de un sillón alto tipo orejón, que estaba en la recámara. Hay huellas de que el mirón movió una lámpara, y que se mantuvo sentado en algo como tri-pie de lona, pues fui al sitio en donde se derraparon los que se llevaron el taxi del Samuel y ahí estaba, roto y sin razón de lo que podía ser pues en realidad era un triangulo de lona con tres varillas. La última vez que fui a casa de Samuel me traje todos sus tenis, los lleve al laboratorio, y un par concuerda con las huellas de la alfombra y aún trae fibras de ella.

— ¿Y yo que vela tengo en todo esto? — a esas alturas ya estaba muy espantada, porque era cierto, él Samuel se había tomado tan en serio el trabajo que de seguro se había enamorado de la “cachetes”. Ahí fue en donde me leyó el pensamiento mi Capitán.

— Revisamos las cuentas bancarias del señor Goldstein, y si hay un par de depósitos extra, pero no son muy cuantiosas las sumas. La pregunta que te he venido hacer esta noche, es una que solo se le hace a una mujer que ha estado enamorada de un hombre ¿El Samuel se enamoró de tu amiga?; ¿Le trabajó gratis?; ¿Existe la posibilidad de que acostaran para mutuo beneficio?

¡Eureka! ¡Clarín de ordenes! Sabía de los fotomontajes, e incluso de los video montajes. La Novedades siempre me dijo que era como las películas los dos vestidos con trajes de baño, y nada más. Sin embargo, en la medida que me describía las escenas que él había visto, el realismo se pasaba un poco de lo que uno pensaría es estrictamente profesional.

— ¿Tienes un equipo de computo? — Si en la mochila que traía de casa de la Cachetes estaba mi Notebook. Pin pon pan en menos que canta un gallo a ver las escenas reales. Los técnicos de la procuraduría le habían quitado el trabajo del Samuel, y en algunas de las últimas tomas ya de plano sin cobijas, ese par estaban cogiendo con ganas. — Pensamos que se le olvidó apagar la cámara o que la dejó prendida sin avisarle a tu amiga para su regocijo

posterior. — Y yo que hago como que se me resbala la mano y el Patricio con la lanza lista para lo que fuera.

— ¡Hay perdón! Pues tu también como que también estas regocijándote ¿no?

— Uno es humano Paloma, que te puedo decir, seria hipócrita que te dijera lo contrario. — Se puso rojo granate, y yo que soy rápida de reflejos que me lanzo al ataque.

— ¡A sus órdenes mi capitán! — El beso si me lo aceptó y te juro que no me arrepiento. Y luego con la delicadeza de todo un caballero me dijo, que no podía hacerme la faena completa, porque yo era una testigo de su caso. Que si se sospechaba que yo había sido forzada, que conste que yo para nada, pero si lo entendí, porque cuando lo hombres te explican las cosas bonito y con razón, y después del besos que me dio, solo le pedí que me diera otro. Se me quedó viendo con una sonrisa de espérate que se me ocurrió una cosa. Extrajo un papel de algún sitio y me dijo después del beso que firmara. Que ahí yo declaraba que había cooperado sin coerción alguna, y neta desde cuando coger y enamorarse de persona ha sido un delito.

NADA ES PARA SIEMPRE, NI PARA TANTO

La última noche de su vida, Brenda se había mirado todo el día en el espejo. Las líneas de su rostro, antes apenas insinuadas, ahora eran gruesos surcos de muñeca de trapo rellena de hule espuma. Las tocaba con sus manos temblorosas, no era necesario siquiera que las viera, se encontraba marcada y eso era lo que la hacía infeliz.

Un paquete estaba sobre la mesa, era una caja, de la cual había extraído un cuaderno de color verde, con una espiral de plástico transparente. Se sentó a leerlo con una botella de ron a un lado. Al abrirlo reconoció la letra, esa era su letra, era su cuaderno de adolescente. Entonces, en sus catorce años, llenaba páginas de ese cuaderno con lo que le había sucedido, con lo que aspiraba a llegar a ser algún día. Tenía la impresión de que si escribía ciertas cosas, algunos deseos, se realizarían.

“Hoy mi papito me dijo que me iba a dar el dinero que yo necesitara... para la Universidad privada más cara del país. Yo por supuesto pedí la Anáhuac. Él tiene razón, solo podré estar bien con las chicas de un nivel al que aspiro. ¡Hay papaíto! Como sabes que sólo quiero ser rica, como tú o más que tú, por eso voy a esa Universidad, por eso cuido mi figura...”

A un lado estaba un sobre color amarillo, una hoja de papel se asomaba tímidamente fuera del sobre. El resto del contenido del mismo era fotos, las mismas que había secuestrado su nana Dolores unos meses atrás. Había leído la carta del papel amarillo, renglones y márgenes azul claro: “Brenda, desde hoy eres sólo Brenda, olvídate de mi nombre. Para que me odies más y ahora si con razón bien fundada, te pido revises las fotos que te incluyo. Son de tu verdadero padre, yo si soy tu auténtica madre, como puedes constatar en el registro civil. En las fotos verás la cara de un hombre delgado Marcial Benítez, de dientes grandes, pero todo su rostro divino, del hombre que de verdad estuve enamorado. Ese es tu verdadero padre. Tal vez no me creas, por eso te envié las fotos, para que te des cuenta, de que el hombre por el que lloras tanto, tu papito, mando matar a tú verdadero padre, y que a tu madre, a

la que has excluido por completo de tu vida, te sigue queriendo, pero con dignidad, y que a tú esposo el único hombre que te amó sin interés alguno, se está pudriéndose en la cárcel, por tú culpa y eso nada más tú lo sabes. Ahora estás más sola que un zapato, pero así es como te tocaba estar, creíste que el mundo no te merecía, y mira lo que te resultó. Si puedes seguir engañándote, adelante, no me duele escribirte esto, tú me has tratado como una criminal, que no lo soy. Has vivido en el vacío Brenda Benítez Luppini, ahora por tu propia decisión no eres tampoco mi hija, sin padre, esposo, amante, eres la nada... Guadalupe.”

Leyó esa carta varias veces, tratando de encontrar algunos mensajes ocultos, pero no había nada extra, todo era del color que se miraba, y en realidad no le importaba. Lo mas absurdo de todo, es que esperaba que ella, la Lupe le dijera quien había matado a Laura Medina. “¡Qué pendejada! Pero de esas cosas se alimenta la cucaracha en que me he convertido”. La botella de ron estaba vacía, lo mismo que la cajita en la que tenía sus pastillas. El espacio de la caja de metal se trasminó hacía su sentir, sería el efecto de la carta, sería el efecto del alcohol y la combinación de las sustancias contenidas en las pastillas, todo lo anterior mezclado, era dulcemente letal. Volvió a llamar al capital Patricio Santibáñez, solo para no irse con la duda.

— ¡No señora Breceda! Nada nuevo, tampoco hemos podido sacar a su esposos de la cárcel, aunque no hay evidencias concluyentes en su contra, no hay excluyentes. La única pista que no encaja en todo es la de un morral tejido, gris con blanco, con unos papelitos de cocaína, que se quedó atorado en la entrada de la puerta del garaje, no sabemos a quien pertenece y no hay huellas dactilares en los papeles no en dinero que estaba dentro, una suma menor por cierto.

— ¿Y le hicieron la prueba de parafina a Raúl? A lo mejor Laura le reclamó por la bolsa ¿No?

— Fue negativa, además el murió al menos una hora antes de que llegara Laura. Ya le dije en otra ocasión, que el verdadero asesino de Saucedo fue Samuel Goldstein, que le inyectó un anestésico a su esposo que lo atarantó y que lo cargó hacia la cama y condujo las manos del cuchillo con el que completo el trabajo que había iniciado.

— ¡Ya! Si ya de eso ya me acuerdo. Fue por iniciativa del Samuel, eso que quede claro. Nadie debió morir esa noche.

— Samuel, usando su seudónimo de “Amigo Rito” le había pedido dinero a Raúl, una cantidad mayor a la de usted, y cuando los vio en la cama,

lo primero que debió de haber pensado era que se le acababa negocio y lo otro que hacia con usted. – Santibáñez guardo silencio esperando una respuesta del otro lado de la línea, pero solo escucho la respiración de la mujer y su llanto.

— ¡Todos nos pasamos por ambición o pasión! Pues así es esto de la vida ¿No? Unos lo tienen todo y otras no tenemos nada ¿No?

Colgó el teléfono con la certeza de que esa noche iba a saltar.

Ella sintió que apenas era la brisa de un suspiro, trató de adornarse, probó primero con las prendas que eran de otro tiempo, de otra época, se colgó cadenas, pulseras y anillos. Pero sintió que su espíritu ya no pesaba, que era sólo un suspiro, este, no pesaba nada, no era ya más denso siquiera que el aire. Quedó asombrada frente al espejo. Se veía y se sentía traspasada por todos los recuerdos que estaban labrados en la piel.

Se vistió lo más mística que pudo, pensó que ella ya solo era como su alma etérea, y esta esencia de su ser, tendría que ser más fuerte y más valerosa. La noche ya había trepado por los muros, y había substraído la luz, injertando la oscuridad, especialmente en los recovecos, orificios, agujeros inertes y vivos. Abrió la boca frente al espejo y vio la negrura a la que se sumergiría. Subió con lentitud los peldaños. Llegó a lo alto de la casa, sintió que el aire estaba formado por pequeñas manitas heladas que la tomaban de la piel, la jalaban hacia el vacío. Soltó de su garganta uno como gemido, pero no se detuvo ya, una succión la impulsaba hacia delante, la gravedad era su amiga, y la atraía. Trepada en la barda vio que el mundo que la rodeaba era ajeno a sus sentidos y entonces saltó. Todavía en el aire pensó que volaría. Las alas que intuía en la espalda no le respondieron y solo vivió un poco más después del golpe. La dureza del piso de concreto la quitó el aliento y sintió los mil fragmentos en que su cuerpo se despedazaba y entonces se supo muerta, inmóvil, incrustada en ese piso que era ahora parte de ella y la oscuridad inició la tarea de envolverla lentamente. Las tinieblas y ella se había amalgamado, entonces volvió a morir, sólo que esta muerte fue la definitiva.

El Capitán Santibáñez, contemplaba un diagrama en el que conectaba a las víctimas y a los asesinos. Un día antes, le habían reportado el hallazgo de dos cuerpos, con varios días de muertos. Estaban capados y desfigurados. Al parecer eran el Tarántula y el Ratón, los dos sicarios que había “contratado” Samuel con la Brenda. Ellos mataron al taxista, y violaron a Brenda. Eso lo había confirmado Brenda, las huellas en la alfombra y otras evidencias..

Samuel había asesinado a Raúl Saucedo para que no se rompiera el negocio con Brenda y quizás otras cosas. El que no aparecía por ningún lado era el asesino de la actriz. Tenía una pieza, que no encajaba en el rompecabezas, un morral pequeño, con unas grapas de cocaína y quinientos pesos en billetes pequeños, que alguien había dejado en el garaje de Raúl. Se le había atorado en un clavo, era alguien que salía o entraba de manera presurosa, este se engancho y fue arrancado de un jalón por su propietario. Eso era todo, que supiera Raúl, Laura, Brenda, Samuel o el mismo Héctor no eran usuarios del polvo blanco. Después de varios meses, no quedaba más que cerrar el caso, había una nueva revisión del expediente entero y la propuesta de Patricio Santibáñez de declarar que la autora material de por lo menos dos de los crímenes era Brenda Breceda no procedió por la ausencia de la pistola calibre veintidós y que el presunto autor material, Samuel Goldstein, pues estaba muerto.

HÉCTOR

Me moriré pronto, uno de estos días, en esta soledad colectiva, como yo le he llamado el estar encarcelado. Me moriré del todo, y nunca sabré que ocurre en el momento que surge el amor, o como aparece ese aroma que se filtra lentamente en tus poros y te va saturando las entrañas.

La mirada, los ojos son en gran parte la clave. Mirar, sentir el aleteo de sus movimientos, el sonido de la voz que te susurra y acaricia al mismo tiempo, y no importa ya nada más, quizás la poesía, la música, o ver su caminar, subir y bajar la cuestas, las laderas, hundir los pies en las arenas calientes, mientras trotan en la playa, observar como se sumergen en el mar y surgen las caderas voluptuosas, volviéndose metamorfosis y quimera de las sirenas, con todo y sus cantos.

No es solo el afán de reproducción lo que te lanza a los brazos de una mujer, es también la necesidad imperiosa de compañía, de tener un ser hermoso a tu lado, que te mire, te oiga y al mismo tiempo que ella realiza todas esas maravillas, que te acaricie, que te bese, que deje que la penetres, y que en esa tibieza de su interior, por unos breves destellos de tiempo abandones el estar solo, por la sencilla razón de estar dentro de ella. Después de todos los pertenecemos, por eso este dolor, por eso esa amargura ante su partida, somos como piedras de mar, arrancadas de la playa y llevadas al desierto sin su compañía.

No es solo el sexo con, pudiera incluso no serlo, pudiéramos solo verlas, por instantes en las tardes o noches, recorrer en silencio, el perfil de sus

labios, las curvas de sus párpados, los lóbulos de sus oídos y en todas las combinaciones posibles ser de ellas, son los ángeles que deambularon después del diluvio, al que fuimos condenados por culpa de la avaricia de los hombres.

No habrá bálsamo para mi dolor, ni brazos que mitiguen mi sed de ser acariciado, no habrá soledad más grande que la mía, la contundencia de estas mis palabras que laceran mis oídos, llevan el acero de mis lágrimas, y el dolor de la niñez, en que abandonado por mi madre, me refugié en contemplar una ventana, que solo daba a una pared.

La ilusión o el delirio aberrante de ser querido me llevó a este sitio, al limbo terrestre que hoy habito. ¡Yo sí que no soy de nadie! ¡El malquerido! ¿De quién soy ahora? ¿Por qué mentiste cuando dijiste alguna vez que me amabas? ¡No ves que no tengo barajas contra tus mendigas jugadas!

Rogelio, el paciente mudo de Héctor vino esa tarde a la visita de los días jueves. Era el mismo individuo que alguna vez, junto con su hermano, habían querido rescatar a los alcohólicos secuestrados en un “Anexo”. Después de muchos años, se hizo paciente de Héctor, sufría de depresiones. Estaba sólo y mudo. En los cuadernillos que traía con puntualidad, cada semana a su consulta, se narraba el dolor, la desesperanza, y hasta una demanda de búsqueda del sentido de su vida. Rogelio no lo supo, para Héctor, la presencia de ese paciente en particular, era recordarle su labilidad, lo frágil que era él. Al igual que ese paciente, él era adicto al alcohol, y además a las mujeres, por lo menos a una, que ese día en particular ya estaba muerta. ¿Qué iba a hacer ahora con el hueco en donde tenía acomodada la esperanza de volver a verla algún día, de que cambiara, de que ambos se transformarían y unirían nuevamente? Estar sin ella por toda la eternidad, era algo que no podía soportar, aunque tampoco podía aceptar que la siguiera queriendo. Ahora entendía que los antiguos pensaban, que el amor era como un embrujamiento, se percataba, de una manera total, que no era extraño que dijeran que estar enamorado era como un tipo de locura, pero ya estaba decidido todo, lo de menos era seguir adolorido un rato, lo de menos era lo que seguía.

Pero ese día Rogelio venía solo, ya lo conocían los celadores, por lo que pasó sin las revisiones correspondientes, pasó directo a la sala y se sentó en la mesa frente a Héctor. Esa tarde las miradas de muchos sujetos iban a esa pareja de hombres sentados en silencio. Los presos comentaban la muerte de la mujer del hombre delgado, de ojeras y cara de perro asustado. Una especie

de mala vibra se extendía por la sala de visitas, entre los otros presidiarios, el de la cara de perrito, que era doctor, les había ayudado cuando lo habían necesitado ¿Y a él, quien lo iba a ayudar ahora? Ella ya no estaba. Sabían que el mudo Rogelio, otras veces venía con el hermano de Héctor, Ramiro, el barbón, pero ahora, no estaba ni el hermano mayor. Rogelio solo traía un recado envuelto en un sobre de color blanco y algo más, un poco más pequeño. Todos los demás tenían la sensación de estar asistiendo al final de algo, sabiendo que ahora, esto si se iba a acabar. Hasta los policías de guardia no dijeron nada cuando Rogelio abrazó a Héctor, ni revisaron el sobre, y menos el papelito de color marrón, que iba dentro del sobre.

Habían pasado tres años de la muerte de Brenda. Acostado en una hamaca, miraba el follaje que le rodeaba, le había asentado muy bien el clima de Río Verde, un paraíso en la Huasteca Potosina. Los hermanos Macías, junto con Ricardo Franco y una pequeña ayuda del Capitán Patricio Santibáñez, que creía en la justicia de los justos, lo habían sacado de la cárcel, repartiendo billetes y papelitos de droga entre policía y celadores. No había sido nada peligroso, tampoco una aventura de suspenso. Héctor se fingió enfermo, se lo llevaron a la enfermería del hospital, ahí un colega médico y antiguo doble-A, dijo que necesitaba irse de urgencias al Centro Médico, pues tenía un infarto. El capitán Santibáñez que nunca hacía guardias, apareció en la enfermería y firmó la orden de salida poco antes le dijo al oído que él sabía de su inocencia, que cuando estuviera afuera lo visitaría, con su novia Paloma Chernisky Rosenthal, que por cierto lo mandaba muchos saludos y una pronta recuperación.

En el camino, los mismos de la ambulancia fingieron una descompostura de vehículo, aunque luego dijeron que había sido asaltados por un comando armado. Llegó una camionetita, en la que los hermanos Macias y Ricardo, se lo llevaron.

Tardaron seis horas en llegar hasta Río Verde, cambiaron de vehículo en Querétaro, y ya mas cómodos en una camioneta grande, continuaron el viaje. Fue en ese trayecto que Ricardo le develó lo sucedido la noche de los tres muertos.

“Llegue al sitio que me indicaste. Te marque al celular para que me indicara que tenía que hacer. Me tardé un poco mas de los cinco minutos que te dije, porque cuando estaba a punto de salir del bar, llegó la policía y me tuve que esconder. Andaban tras un pitazo de un güey, que no se había puesto a mano con sus cuotas, pero como luego agarraban parejo, y yo no sabía de

que se trataba, me escondí como media hora.

Al poco rato dieron con la persona que buscaban y se fueron, así de rápido como llegaron. Me fui corriendo a la casa de Coyoacán. Te repito, llamé a tu celular, y nada. Nunca me describiste a Brenda ni yo la conocía de cara, quien era tu esposa, cómo era, cómo estaba vestida, y eso era lo que te quería preguntar. Entré por la puerta que me habías indicado, todo estaba bien oscuro. Se oía que una persona lloraba, era el llanto de una mujer, así que subí con mucho más cuidado, ya con la pistola en la mano, y cuando la tuve enfrente, pues le disparé sin preguntar nada, sólo que después supe que no era Brenda tu esposa, la mujer que me había cargado, sino a Laura Medina, la actriz. Salí corriendo del lugar cuando me di cuenta del otro difunto. Ni siquiera me acerque para ver cómo lo habían matado, ya casi a la salida, escuche que un taxi llegaba patinando, me escondí como pude, y en el momento que entraron varios hombres en tropel, después de romper la chapa principal, yo salí de volada. Sentí como mi morralito se atoraba y como se rompía el tirante con el que me lo colgaba al cuello. Estaba oscuro y no me importó, no me podía detener a buscarlo, salí agazapado. Me enteré dos días después de mi error, mismo que pago con esta tu liberación y con una cámara de video que me llevé del sitio del crimen. La tarjeta de la memoria se la envié al Capitán Patricio Santibáñez, primero de manera anónima, pero hoy que firme unos documentos para quitarle toda la responsabilidad al mentado capitán, reconoció mi caligrafía, y se me quedó mirando un rato, me llevo a su privado. Me preguntó que si yo era el del morralito, y pues le dije que si, que cuando salió el señor gordo del taxi dejó abierta la puerta y que solo entre a robar, que nunca pensé que me iba a encontrar dos difuntos en la recámara, y que cuando estaba haciendo mi guardado con la cámara, escuche que regresaba un taxi, me escondí y salí al oír los plomazos. Ahí fue cuando se me atoro mi morral, le dije el sitio y todo, pos ya ves como es uno bueno para la mentira.

Yo pensaba que ya la había librado, pero me detuvo del hombro, y me pregunto por la pistola calibre veintidós, que si me la había robado del sitio del crimen. Fue la pistola que me diste el día que nos pusimos bien pedos Héctor, la que dijiste que era de tu esposa, no pos yo saliendo, la tire en una coladera ¿Qué iba yo hacer con ella?”

Desde donde estaba Héctor en la hamaca, se podía ver la laguna. Era llamada “De la media luna”, sus aguas estaban siempre tranquilas, a veces baja a lanzar unos guijarros para romper el espejo del agua. Le gustaba estar a

solas, y si podía no pensar en nada. Algunos fines de semana, o cuando eran vacaciones venía Ramiro a visitarlo, lo ponía al tanto de la familia, del país, y de todos los libros que él leía. Al marcharse, se volvía a quedar sólo. Ramiro había vendido la clínica, la casa, y además descubrió que en la cuenta de su cuñada, estaba una suma considerable de dinero, que intuyó era parte de la herencia que le había tocado a Brenda, con todo eso le formó un fideicomiso a su hermano, que aun cuando estaba a su nombre, se iba directo a manos de su carnal. A veces pensaba que se había quedado como tocado, que se había apagado por completo. Se lo comentó alguna vez a Ramiro, pero se rió de buena gana.

Patricio y Paloma también fueron varias veces a visitarlo, se habían casado, tenían ya dos hijos varones. Samuel Goldstein mato a Raúl Saucedo, él le puso la inyección en el cuello a Héctor pensando que era la yugular, Paloma encontró unas llaves de su laboratorio en donde revelaba fotos y tenía todo su equipo de paramédico. Después como llegó Laura Medina cuando estaba levantando todo, le dio un balazo con la pistola que llevaba Brenda Breceda en su bolsa Chanel roja. Luego quiere plantarle los crímenes a “La Rata” y “El Tarántula”, solo que estos dos traen cocaína en su sistema y suben toda velocidad y a media escalera le dan de balazos al taxista, pero hay dos balas de la pistola de Samuel incrustadas en el marco de la puerta de la recámara, si intentó dispararles, no sabemos si los espero al salir, hay huellas de una rodilla apoyada en el primer escalón. Luego ya herido subió hasta la recámara se incorpora en el marco de la puerta y de ahí se desploma sobre las escaleras, esto según el análisis de la trayectoria de su sangre. Lo único que se nos ocurre es que en esta parte auténticamente, ya no interviene para nada su esposa, pues ella está convencida de que los amantes están vivos por lo que vio en la ventana de la recámara.

Lo que más le asombraba a Héctor era como la sociedad lo halla olvidado todo tan rápido. Como si en cada uno de los eventos que había vivido, él y la gente a su alrededor, hubiera un dique de contención. La muerte de tanta gente acomodada en cajones, fechas, armas, autores materiales e intelectuales, y él que era el sobreviviente de todo el maremoto de sangre, estaba vivo pero borrado. Una silueta que contaminaba el bello paisaje potosino, aún así era un hueco, un espacio que con nada se llenaba. Vivía en el vacío, como alguna vez le dijo Héctor a su esposa, que nada la satisfacía, y que esa impresión le daba. Se asomó a la orilla de la laguna desde un muelle y vio su silueta reflejada lo mismo que una débil sonrisa.

Héctor quería que su alma estuviera en paz, como las aguas de esa laguna que miraba al atardecer. No hacer mucho ruido, era su forma de expiar sus culpas. Había muerto una mujer inocente de manera indirecta, Laura Medina, por su estado transitorio de locura por celos, y para eso no había medicina. Le espantaba ver el reguero de muerte que se había generado a su alrededor, en una noche, en que las aguas de la laguna que llevamos todos dentro, se había desbordado. Ahora todo le quedaba claro, la inutilidad y lo efímero de eso, que los seres humanos llamamos pasión, amor, deseo y pensó: “Nada es para siempre, ni siquiera el amor”.

— ¡EL VACIO! ¡SOLO EL VACÍO! ¡EL VACÍO!

ÍNDICE

VIVIR EN EL VACÍO

ÍNDICE

¡ LA ACTRIZ LAURA MEDINA, Y EL COMENTARISTA CULTURAL
RAÚL SAUCEDA, ASESINADOS!

LOS DESEQUILIBRIOS DE BRENDA

LA NANA DOLORES

PALOMA

SI NOS DEJAN ...

LOS ESPOSOS FELICES

SAMY Y SU REBANADA DE PASTEL

LOS OLVIDOS DE BRENDA

EL ROMPECABEZAS

LE DIRE QUE NACI EN UN MUNDO RARO

SI TE DICEN QUE CAI

NADA ES PARA SIEMPRE, NI PARA TANTO